57248

57244

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

HISTORIA DE ESPAÑA

Y

DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

R. 758. 154

HISTORIA DE ESPAÑA

Y DE LAS

REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

POR

D. ALFREDO OPISSO

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
SOCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE

CON UN PRÓLOGO DE

D. MIGUEL S. OLIVER

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y OTRO PRÓLOGO, REFERENTE A LA PARTE DE AMÉRICA, DE

D. FEDERICO RAHOLA

SENADOR DEL REINO

TOMO VI

España durante el siglo XIV.
Castilla. Aragón. Navarra. Granada.

BARCELONA
CASA EDITORIAL "GALLACH"
416, CONSEJO DE CIENTO, 418

© Biblioteca Nacional de España

PROPIEDAD DEL EDITOR

—

DERECHOS DE TRADUCCIÓN
RESERVADOS

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL SIGLO XIV

CAPÍTULO PRIMERO

CASTILLA

(1312-1333)

Minoridad de Alfonso XI, página 1. — Nueva tutoría de doña María de Molina, pág. 4. — La guerra de Granada, pág. 5. — Escandalosas discordias en Castilla, pág. 7. — La anarquía, pág. 8. — El bandolerismo, pág. 9. — Mayoridad de Alfonso XI, pág. 11. — Guerra civil en Castilla, pág. 15. — Triple alianza, pág. 18. — Guerra con los moros, pág. 18. — Restablecimiento del orden, pág. 21. — España, tierra de violencias, pág. 22. — Sucesos del interior, pág. 24.

CAPÍTULO II

LA INVASION BENIMERINA

(1333-1350)

Pérdida de Gibraltar, página 26. — Asesinato del rey de Granada, página 29. — Represión de los rebeldes, pág. 30. — Guerra con Navarra y Portugal, pág. 31. — Victoria de la escuadra castellana sobre la portuguesa, pág. 33. — Nueva invasión de los benimerines, pág. 34. —

© Biblioteca Nacional de España

Muerte de Abd-el-Melik, pág. 36. — Traición del maestre de Alcántara, pág. 37. — Muerte del almirante Tenorio, pág. 37. — La grande invasión benimerina, pág. 39. — Memorable triunfo del Salado, pág. 40. — Después de la victoria, pág. 44. — Prosigue la campaña, pág. 45. — Las alcabalas, pág. 46. — Victorias navales, pág. 47. — El sitio de Algeciras, pág. 48. — Sitio de Gibraltar, pág. 54.

CAPÍTULO III

PEDRO I DE CASTILLA «EL CRUEL»

(1350-1369)

Un reinado odioso, página 58. — Primeras venganzas, pág. 59. — Guerra con Inglaterra, pág. 61. — Matanzas en Burgos, pág. 62. — Cortes en Valladolid, pág. 63. — Primeras rebeliones, pág. 65. — Doña María de Padilla, pág. 66. — Casamiento del rey, pág. 67. — Nuevos asesinatos, pág. 68. — Rey bígamo, pág. 69. — Liga contra Don Pedro, pág. 70. — Prisión del rey, pág. 71. — El terror, pág. 72. — Guerra con Aragón, pág. 75. — Nuevas matanzas, pág. 76. — Reanúdase la guerra con Aragón, pág. 78. — Prosiguen las matanzas. El parricidio, pág. 78. — Asesinato de Abu-Said, pág. 80. — Proclamación de Don Enrique, pág. 81. — Batalla de Montiel, pág. 84. — Muerte de Don Pedro, página 85.

CAPÍTULO IV

LOS TRASTAMARA

(1369-1379)

Comienzos difíciles, página 88. — Resurgimiento de las Cortes, pág. 90. — Auxilios navales a Francia, pág. 92. — Guerra con Portugal, pág. 94. — Concordias con Navarra y Aragón, pág. 94. — Guerra con Navarra, pág. 95. — El gran cisma de Occidente, pág. 96. — Muerte de Enrique II, pág. 97.

CAPÍTULO V

LA CUESTIÓN DE PORTUGAL

(1379-1390)

Juan I, página 100. — Los españoles en el Támesis, pág. 101. — Comienzos de la guerra con Portugal, pág. 101. — Batalla de Aljubarrota, página 104. — Pretensiones del duque de Lancáster, pág. 105. — Política interior, pág. 105.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

ENRIQUE III «EL DOLIENTE»

(1390-1406)

La minoridad, página 107. — Matanzas de judíos, pág. 108. — Años de paz, pág. 109. — El cisma de la Iglesia, pág. 111. — Conquista de Canarias, pág. 112. — Embajadas a Bayareto y el Gran Tamerlán, página 113. — Sucesión de Don Enrique, pág. 113. — Cortes en Madrid, pág. 113. — Guerra en Granada, pág. 114.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

ARAGÓN

(1291-1302)

Jaime II, página 117. — Paz con los demás príncipes, pág. 119. — Guerra con los angevinos, pág. 120. — La paz de Agnani, pág. 121. — Casamiento con Blanca de Anjou, pág. 123. — Don Jaime II contra su hermano Don Fadrique, pág. 124. — Don Jaime II hace la guerra a Castilla, pág. 126. — Don Jaime II hace la guerra al rey de Sicilia, pág. 127. — Investidura de Córcega y Cerdeña, pág. 128. — Nuevos triunfos de los sicilianos, pág. 131. — La gran batalla de Cabo Orlando, pág. 134. — Noble proceder de Don Fadrique, pág. 140.

CAPÍTULO II

ESTADO INTERIOR DE ARAGÓN

Cortes, página 142.

CAPÍTULO III

EXPEDICIÓN DE CATALANES Y ARAGONESES A ORIENTE

(1302-1313)

Orígenes de la expedición, página 147. — Roger de Flor, pág. 148. — Tumultos en Constantinopla, pág. 150. — La victoria de Cabo Aztacio, pág. 151. — Los almogávares en Cízico, pág. 153. — Invasión de Asia

© Biblioteca Nacional de España

Menor. Brillantes triunfos de los catalanes y aragoneses, pág. 154. — La ingratitud de Andrónico, pág. 156. — Los capitanes aragoneses y catalanes, señores feudales en Asia Menor, pág. 158. — Asesinato de Roger de Flor. Matanza de catalanes, pág. 158. — Toma de Heráclea, pág. 160. — Traición de los genoveses, pág. 161. — Quema de las naves, pág. 161. — Grandes victorias de los almogáveres, pág. 162. — Venganza de catalanes, pág. 162. — Las hazañas de Arenós, pág. 163. — Derrota de los alanos, pág. 166. — Berenguer de Entenza en libertad, pág. 167. — El infante Don Fernando, pág. 168. — Muerte de Entenza, pág. 169. — Muerte de Rocafort, pág. 170. — Maravillosas hazañas de los catalanes, pág. 172. — Batalla de Ceñso. Los catalanes dueños de Tebas y de Atenas, pág. 174.

CAPÍTULO IV

LOS TEMPLARIOS

(1304-1312)

Muerte de Roger de Lauria, página 177. — Cortes en Montblanch, página 179. — Proceso de los Templarios, pág. 180. — Los Templarios se defienden, pág. 182. — El Concilio de Tarragona, pág. 182.

CAPÍTULO V

LA RENUNCIA DE UN TRONO

(1308-1327)

Jornada de Almería, página 184. — Muerte de Don Jaime II de Mallorca, pág. 186. — Renuncia de un príncipe heredero, pág. 187. — Conquista de Cerdeña, pág. 188. — Injusticia de la guerra, pág. 189. — Famosas Cortes de Zaragoza, pág. 191. — Guerra de Cerdeña, pág. 192. — Bandos interiores, pág. 192. — Muerte de Don Jaime II, pág. 193.

CAPÍTULO VI

UNIFICACIÓN DE LA CORONA DE ARAGÓN

(1327-1344)

Alfonso IV. Cambio de política, página 195. — Guerra con Génova, página 197. — Política interior, pág. 197. — Mensaje de Guillén de Vinatea, pág. 198. — Principios del reinado de Don Pedro IV, pág. 201. — Invasión de los benimerines, pág. 202. — Maquinaciones de Pedro IV contra el rey de Mallorca, pág. 204. — Toma de Mallorca, pág. 208. — Toma del Rosellón, pág. 211.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

El poder real contra el privilegio de la Unión

(1347-1387)

Violación de la constitución aragonesa, página 212. — La Unión, página 214. — Las Cortes de Zaragoza, pág. 216. — Cortes en Barcelona, pág. 217. — Don Pedro IV prisionero en Valencia, pág. 217. — Destrucción de la «Unión aragonesa», pág. 219. — Destrucción de la «Unión Valenciana», pág. 220. — Muerte de Don Jaime III, pág. 221. — Guerras en Cerdeña, pág. 221. — Guerra con Castilla, pág. 222. — La cuestión de Sicilia, pág. 222. — Última tentativa de los reyes de Mallorca, página 223. — Desgracia de Don Bernardo de Cabrera, pág. 224. — Anexión de Sicilia, pág. 224. — Cuarto casamiento del rey, pág. 224.

CAPÍTULO VIII

Fin de la casa de Barcelona

(1387-1410)

Juan I, página 228. — Don Martín *el Humano*, pág. 230. — Sicilia incorporada a la corona de Aragón, pág. 232. — Extinción de la casa de Barcelona, pág. 232.

CAPÍTULO IX

Navarra

(1307-1425)

Los reyes Capetos, página 236. — La casa de Evreux, pág. 237. — Carlos II *el Malo*, pág. 237. — Carlos III *el Noble*, pág. 243.

CAPÍTULO X

Granada

(1302-1406)

Mohamed III, página 245. — Muley Nazar, pág. 246. — Ismail, página 246. — Mohamed IV, pág. 249. — Yusuf I, pág. 251. — Mohamed V, pág. 251. — Abu-Said, el rey Bermejo, pág. 252. — Mohamed V por segunda vez, pág. 253. — Yucef o Yusuf II, pág. 254. — Mohamed VI, pág. 257.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LAMINAS

Págs.

Alcázar de Sevilla. Vista general del Patio de las Doncellas..... 55
Asesinato de Don Pedro I de Castilla «El Cruel»..... 85
Batalla naval de Cabo Orlando 134
Poblet. Bodega del Monasterio..... 180
Palma de Mallorca. Casa Lonja..... 200
Cortes de Zaragoza. Don Pedro IV, *el del Punyalet*, se abre paso a estocadas..... 216
Alhambra de Granada. Puerta judiciaria..... 250

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PRIMERA PARTE

EL SIGLO XIV

CAPÍTULO PRIMERO

CASTILLA

MINORIDAD DE ALFONSO XI. — NUEVA TUTORÍA DE D.ª MARÍA DE MOLINA.—LA GUERRA DE GRANADA. — ESCANDALOSAS DISCORDIAS EN CASTILLA.— LA ANARQUÍA.— EL BANDOLERISMO.—MAYORIDAD DE ALFONSO XI.— GUERRA CIVIL.— TRIPLE ALIANZA.— GUERRA CON LOS MOROS.— RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN.— SUCESOS DEL INTERIOR.

(1312-1333)

Minoridad de Alfonso XI.

De nuevo se ponía a prueba a Castilla con otra minoridad, la cuarta en el transcurso de siglo y medio: minoridad de Alfonso VIII, de Enrique I, de Fernando *el Emplazado* y de Alfonso XI, ahora, el cual, al ser proclamado rey (1312) no contaba más que un año y veintiséis días. Estaba el reino «sin

© Biblioteca Nacional de España

amparo y sin gobernalle, escribe Mariana. Este es el inconveniente que resulta de heredarse los reinos, mas que se recompensa con otros muchos bienes y provechos que dello nacen, como lo persuaden personas muy doctas y sabias, si con razones aparentes o con verdad aquí no lo disputamos».

Lo que se puede decir es que si funestas han sido, en general, las minoridades, no menos inconvenientes ofrecía la monarquía cuando era electiva, de igual manera que las magistraturas republicanas, según en qué países.

Esta vez la minoridad amenazaba convertirse en una era sin igual de turbulencias y trastornos, desatadas las concupiscencias de los nobles y sin una mano fuerte que pudiera refrenarlas.

Desde luego formáronse dos partidos furiosamente rivales y no poco poderosos. Discrepaban por completo en la política que había que seguir la reina abuela doña María de Molina — la insigne regente durante la minoridad de Fernando IV, que vivía retirada en Valladolid — y la reina madre D.ª Constanza de Portugal, al tiempo en que, como lobos hambrientos, se disputaban la presa los tíos del rey, D. Pedro y D. Juan, el otro infante D. Felipe, D. Juan Manuel, los infantes de la Cerda y D. Juan Núñez de Lara, lo cual basta a dar idea de las terribles alteraciones que ocurrirían en los pueblos. «Muchos se entremetían sin ser llamados, dice el historiador talaverano. Era negocio peligroso anteponer uno a los demás. La desordenada codicia de mandar salía de madre por no señalarse alguno a quien los demás tuviesen respeto; muchos no tenían vergüenza ni temor ni cuenta con las cosas divinas, ni con las humanas, a trueco de salir con su pretensión.»

No podía darse situación más miserable. «No se veía amor ni lealtad, continúa diciendo Mariana; el deseo de acrecentar cada cual su estado les tenía ocupadas las voluntades. Las reinas, por ser mujeres, no eran bas-

© Biblioteca Nacional de España

tantes para cosas tan graves, bien que todos entendían su autoridad y favor sería de gran momento a cualquiera parte que se arrimasen, dado que no se concertaban entre sí, como suegra y nuera.»

Pronto se precisaron más los caracteres de ambos bandos: el uno era el del infante D. Pedro, muy popular, apoyado por D.ª María de Molina, el rey de Aragón D. Jaime II y un poderoso señor de la casa de Haro; el otro era el de la reina madre, auxiliada por el infante D. Felipe, los La Cerda y Lara. Así, en vez de un gobierno había dos: «triste y miserable Estado». Ambos bandos se presentaron en Ávila, para arrebatar al rey niño, que había sido confiado a la custodia del poderoso obispo de aquella diócesis, D. Sancho, quien, obrando con gran lealtad, se encerró con el tierno príncipe en la catedral, donde se hizo fuerte.

Consiguióse, por fin, que se resolviese la cuestión de la tutoría en Cortes, y para este efecto fueron convocadas en Palencia (1313), «torpes sobornos, grandes cautelas y trazas». No tardó en verse que no podía llegarse a un acuerdo, pues los nobles de uno y otro partido se presentaron armados de punta en blanco, como dispuestos a batallar allí mismo. Y efectivamente, mientras los unos proclamaban la tutoría de D.ª María de Molina y del infante D Pedro. los otros mantenían la de D.ª Constanza y del infante D. Juan.

En su afán de aquietar los ánimos y conciliar unas ambiciones con otras, propuso D.ª María de Molina lo que irreverentemente llamaríamos en nuestros días «un pastel», y fué que D.ª Constanza y D. Juan gobernasen los pueblos que les habían proclamado tutores, y ella y D. Pedro los que se habían declarado en su favor. La solución, no por ser pacífica, dejaba de constituir un desacierto que nada remediaba, pero la muerte de D.ª Constanza, en Sahagún, vino a simplificar la situación, pues el infante D. Juan, ante la expectativa

© Biblioteca Nacional de España

de quedarse solo reconoció la tutoría de la reina abuela y del infante D. Pedro.

Digamos ahora que gran parte fué para la muerte de D.ª Constanza, según Mariana, «la pesadumbre que tenía de ver a su hijo fuera de su poder y la necesidad y pobreza que padecía, tan grande que para pagar sus deudas y el gasto de su casa aun el oro y las joyas que tenía para su persona no bastaba, como ella misma lo declaró en el testamento que otorgó a la hora de su muerte».

Nueva tutoría de D.ª María de Molina.

Para poder disponer con más libertad del rey niño, tan bien custodiado en Ávila, se lo llevaron a Toro. En último resultado se acordó que D.ª María de Molina se encargase de la crianza de su nieto y que los infantes D. Pedro y D. Juan gobernasen el reino, cada uno allí donde les siguieron las ciudades representadas por los procuradores en las Cortes de Palencia, «manera de gobierno bien extraordinaria y sujeta a grandes inconvenientes; pero era forzoso conformarse con el tiempo y llegar hasta lo que las cosas daban lugar».

No podía, sin embargo, dar buen resultado tal división. Y así fué cómo en el reino de Toledo (1314) «se despertaron nuevos alborotos y bandos, y aun donde querían se cometían mil maldades, robos, fuerzas y muertes; grande era la avenida de miserias, sin que hubiera fuerzas bastantes para atajar tantos daños».

Como aquello no podía continuar, se reunieron Cortes en Burgos y acordaron que desempeñara el gobierno supremo el Consejo Real y que los infantes entendiesen en los negocios de menor cuantía.

Con esto quedaron algún tanto sosegados aquellos reinos, mas, por si no bastaran los graves males que se seguían de tan terribles turbulencias, impuso la necesidad de terminar las diferencias interiores la grave amenaza de una grande invasión granadina.

© Biblioteca Nacional de España

La guerra de Granada

Ya se recordará que atacada la plaza de Almería, por los aragoneses, y la de Algeciras, por los castellanos, en tiempo de Jaime II y de Fernando IV, se vieron obligados unos y otros a desistir de su propósito y emprender la retirada, lo cual fué conceptuado como prueba de debilidad por los granadinos, quienes, desde entonces, habían causado grandes daños con sus algaradas lo mismo en Andalucía que en Murcia y Valencia, repitiéndose las razzias con lamentable frecuencia.

Reinaba en Granada, en 1314, el fanático Ismail, ávido de dar nuevo esplendor a la dinastía de los nazaritas, y ante tal peligro, y aprovechándose de las discordias dinásticas que reinaban a orillas del Genil, partió para allá el infante D. Pedro, que al frente de una aguerrida hueste invadió las tierras moras fronterizas, se apoderó de Rute en tres días, empresa en que habían consumido largo tiempo, sin darle cima, los antiguos reyes, después de lo cual continuó su triunfante marcha hacia el Sur, taló los campos e infligió continuas derrotas a las tropas granadinas.

Bramaba de ira el infante D. Juan, el co-regente, con la popularidad que con sus brillantes triunfos iba ganando cada vez más D. Pedro, y a tanto llegó la envidia y la ojeriza, que todos se temían que en vez de ir a combatir contra los moros, no se viese D. Pedro puesto en el trance de tener que batallar con D. Juan, presunción tanto más fundada en cuanto el traidor de Tarifa tenía levantada muchísima gente en Castilla la Vieja y Tierra de Campos.

Para evitar tan peligrosa y escandalosa contienda, D.ª María de Molina convocó cortes en Valladolid, con ánimo de poner término al conflicto, pero todo fué inútil, y así los dos infantes se aprestaron cada uno por su lado a pelear contra Ismail, el cual, como sucediera otras veces, pidió auxilio a los benimerines de

© Biblioteca Nacional de España

Marruecos, entregándoles en pago las plazas de Algeciras y Ronda, con todos sus contornos.

El bizarro conquistador de Rute continuó alcanzando importantes victorias, y a buen seguro hubiera

Caballería árabe

© Biblioteca Nacional de España

debido Ismail pedir una paz humillante, sin la funesta intervención del traidor de Tarifa. Hallábase éste en Baena, roído de envidia, y en su anhelo de eclipsar las glorias de D. Pedro se le antojó invadir la vega de Granada, sin parar mientes en lo inoportuno de la sazón, cuando se dejaban sentir los más terribles calores. Reuniéronse los dos infantes en Alcaudete, componiéndose su hueste de 9,000 caballos, la flor de Castilla y de las Órdenes militares, y gran número de peones, y en efecto, llegaron a la vista de la capital, pero la suerte de las armas debía cambiar ahora, por desgracia. El rey Ismail, en efecto, había confiado esta vez el mando de sus tropas al esforzado guerrero Ostman, conocido por los cristianos por *D. Ozmín*, y en una impetuosa salida que hizo éste con cinco mil jinetes y algunos infantes desbarató la hueste castellana. Allí murió el noble D. Pedro (24 de junio de 1319), de una insolación, y allí perdió también la vida, de súbita enfermedad, D. Juan, ante cuyo fallecimiento, presa de pánico la hueste castellana, se dispersó en el mayor desorden. Cayó en poder del granadino el cadáver de D. Juan y dijeron los historiadores arábes, aunque con evidente exageración, que los vencedores habían recogido en el campo de batalla 43 quintales de oro y 140 quintales de plata, cantidad de numerario absolutamente imposible.

A consecuencia de la rota de los castellanos los granadinos atacaron con terrible ímpetu las plazas fronterizas y se apoderaron de Huéscar, Cazorla, Galera y Martos, entrando a sangre y fuego esta última villa.

Escandalosas discordias en Castilla.

Tan acrisolado era el *patriotismo* de aquellos ambiciosos próceres, que sin importárseles un ardite la catástrofe de Granada se disputaron con más furor que nunca el mangoneo del poder. Muertos D. Pedro y D. Juan, pretendieron ahora ocupar el gobierno los infantes D. Juan Manuel,

© Biblioteca Nacional de España

D. Felipe y D. Juan *el Tuerto*, hijo del de Tarifa, apoyado el último por D. Alfonso de la Cerda.

Sucedía, en efecto, que el mayor de los desposeídos infantes resucitaba ahora la cuestión dinástica, y pedía se le entregasen los importantes territorios que, a guisa de compensación, se le habían ofrecido anteriormente y había rechazado. La mayoría de la nobleza se había opuesto, y ya que el otro infante, D. Fernando, no pudiera obtener nada, se contentó con el cargo de mayordomo de la Casa Real. Tantas tribulaciones acabaron por rendir las fuerzas de D.ª María de Molina, que falleció en Valladolid (1321), después de entregar a aquellos leales caballeros y regidores la persona del rey, su hijo, con encargo de tenerle bien custodiado hasta llegar a la mayoridad, y de proveer a su educación, todo lo cual juraron y cumplieron.

La anarquía

No cabe imaginar situación más horrible que aquella en que se encontró Castilla a la muerte de D.ª María de Molina, ya que esta insigne reina representaba cuando menos como una débil sombra del principio de autoridad.

He aquí cómo se repartieron el poder los tutores, no por disposición de las Cortes, sino por juntas y conciliábulos de los parciales de las ciudades y villas: al infante D. Felipe, tío del rey niño, le tocó Andalucía; a D. Juan Manuel, el reino de Toledo y Extremadura; a D. Juan *el Tuerto*, la mayor parte de Castilla la Vieja, con su señorío de Vizcaya, a cuya sombra se arrimó ahora el mayordomo de la Casa Real, D. Fernando de la Cerda.

«Dentro de las ciudades se veían mil contiendas por los bandos que cada uno seguía. Mudábanse a cada paso los gobiernos; los mismos se aficionaban, ora a una parte, ora a otra, conforme a cada cual le agradaba. El vulgo, con la esperanza del interés, se vendía al que más le daba, vario como suele e incons-

© Biblioteca Nacional de España

tante en sus propósitos. De aquí se seguía libertad para cometer todo género de maldades, muertes y robos y latrocinios; miserable avenida de calamidades. Los más poderosos atropellaban a los pequeños. Los que regían la república y la gente principal usurpaban para sí las rentas y patrimonio real; infame latrocinio y torpísimo robo. Finalmente, ningún género de desventura se puede pensar que no padeciese aquella provincia.» (Mariana.)

El bandolerismo.

La situación se define pura y simplemente diciendo que por espacio de cuatro años reinó en Castilla el más espantoso bandolerismo. «Todos los ricos-omes, et los caballeros, dice Juan Núñez de Villarán en su *Crónica de Alfonso Onceno,* vivían de robos et de tomas que facían en la tierra, et los tutores consentíanlo por los aver cada uno de ellos en su ayuda.»

Todos los ricos hombres y principales caballeros vivían, pues, *de robos et de tomas,* pero sucedía que cuando se desavenían con el tutor, bajo cuya protección se hallaban, aquél les destruía sus castillos y lugares, les robaba los ganados, les talaba los campos e infligía los más bárbaros atropellos a los vasallos del desavenido.

En las comarcas dependientes directamente de los tutores, los vecinos que contaban con el favor oficial imponían las más arbitrarias exacciones a los contrarios, les robaban, les injuriaban, les devastaban las fincas, les herían y mataban, bien seguros de que el tutor les sacaría a bien de los procesos que pudieran formárseles en las chancillerías.

En las villas y ciudades que no dependían de los tutores mandaba el que más fuerza tenía; los que formaban los concejos y sus partidarios se repartían las rentas reales, y gravaban con enormes contribuciones a los del otro bando.

© Biblioteca Nacional de España

«En suma, en toda Castilla, escribe D. Julián Zugasti, no imperaba más que la arbitrariedad, la violencia, el robo y el bandidaje, llegando la impunidad, el desorden y el desamparo en que el poder público tenía a los moradores hasta el inaudito extremo de que nadie se atrevía a recorrer los campos ni andar por los caminos, a no ser muchos juntos, y bien armados, para defenderse de los robadores.

»Las aldeas y lugares que no estaban cercados, y, por lo tanto, no podían ofrecer seguridad y resistencia contra los malhechores, habían quedado completamente desiertos; pero las villas muradas y los castillos eran en su mayor parte guarida de ladrones, y sólo se mantenían de los hurtos, robos y presas que en sus diarias correrías se proporcionaban, en las cuales solían ser también cómplices, lo mismo muchos vecinos de los pueblos, que los labradores y los hidalgos.

»Era tal la frecuencia de los robos y asesinatos, que a nadie le causaba extrañeza el encontrar a cada paso en los campos y caminos hombres heridos y muertos por las bandas de facinerosos, que en todas direcciones cruzaban el territorio.

»A todas estas calamidades deben añadirse los tributos extraordinarios que los tutores imponían a su capricho, y cobraban por medio de inauditas violencias, tropelías y vejaciones, por lo cual muchos campos quedaron yermos, y muchas villas despobladas; pues los moradores, no pudiendo sufrir tanto cúmulo de gabelas, tiranías y latrocinios emigraron de Castilla, buscando asilo y refugio en los reinos de Aragón y Portugal.»

Creemos digna de meditación esta página de la Historia de España, pues el hecho, aunque con menos violencia, se ha repetido después muchas veces, y aun podría decirse que continúa en formas apropiadas a la actual organización.

© Biblioteca Nacional de España

Mayoridad de Alfonso XI.

Eran grandísimos los clamores por salir de aquella vergonzosa situación, y todas las gentes honradas anhelaban que llegara el momento de que empuñara el cetro el joven rey, de quien se sabía que daba pruebas de juicio y energía superiores a lo que pudiera esperarse de su edad.

Y su primer acto público confirmó tal suposición, pues con gran firmeza, en cuanto cumplió los catorce años, manifestó a sus leales guardadores vallisoletanos que quería ser rey y no pupilo y estaba resuelto a encargarse del gobierno (1325), a cuyo requerimiento se apresuraron a obedecer.

Convocadas en seguida Cortes en Valladolid, y jurados los fueros, privilegios y franquicias, reconociéronle éstas por rey y le prestaron juramento a su vez, en vista de lo cual tuvieron que presentar las dimisorias los triunviros D. Juan *el Tuerto*, D. Juan Manuel y D. Felipe, a quienes no se les podía ocultar que las cosas iban a cambiar por completo bajo el cetro de aquel mancebo que prometía ser rey de extraordinaria fuerza de voluntad y no poca resolución.

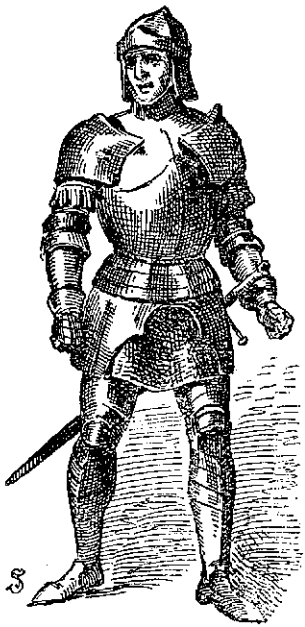
Alfonso XI comenzó por llamar a sus consejos a los caballeros Garcilaso de la Vega y Alvar Núñez Osorio, que no habían sido ciertamente modelo de virtudes durante la minoridad, pero que eran hombres de sano consejo, y como se necesitaba lo que llamaríamos hoy un buen ministro de Hacienda, eligió para el cargo a un rico judío, cuyo nombre era Yusef, natural de Ecija y bien acreditado en su habilidad recaudatoria como jefe de los arrendatarios y alcabaleros.

Aquellos nombramientos llenaron de despecho y encendieron en ira a D. Juan Manuel y D. Juan *el Tuerto*, que sin pedir permiso al rey abandonaron la Corte, donde sólo quedó D. Felipe.

Reunidos ahora los dos ex tutores en Cigales, se ju-

© Biblioteca Nacional de España

ramentaron para confederarse contra D. Alfonso XI, ignorando con quién se las tendrían que haber, a pesar de no contar más que quince abriles. Aquellos compadres, sin embargo, respondiendo a sus antecedentes, estaban dispuestos a traicionarse a la primera ocasión, sin que valiesen juramentos, ni consorcios. Habíase convenido, en efecto, en que D. Juan *el Tuerto* casaría con D.ª Constanza, hija de D. Juan Manuel, y para mejor obligarse no fiando el uno del otro, apelaron a la ceremonia de rúbrica, esto es, «comulgaron, partiendo una hostia consagrada entre los dos, con horribles maldiciones contra el que faltare a lo convenido».



Guerrero del siglo XIV

Por ser documento histórico y arrojar mucha luz acerca de las costumbres de la época, reproduciremos la fórmula que se empleaba para tales pleitesías entre los grandes, y fué literalmente la que usaron los dos infantes:

«Juro por Dios omnipotente y por su gloriosa Madre que todo lo que se ha declarado por su orden en el instrumento y escritura pública que se ha leído lo cumpliremos cada uno de nos, sin intervenir en ello fraude ni engaño. Que no iremos el uno sin el otro contra nuestros enemigos, ni contravendremos en alguna guisa a lo que aquí se ha establecido. El que primero a sabiendas lo quebrantare en aquel mismo día vos, Dios Todopoderoso, le quitad en este mundo la vida, y en

© Biblioteca Nacional de España

el otro atormentad su ánima con crueles y eternas penas: haced que le falten las fuerzas y las palabras, y en la batalla el caballo, las armas, las espuelas y sus vasallos cuando más los hubiere menester.»

De tan estrecha manera coligados los dos D. Juanes, ambos poderosos y temibles, dispusiéronse a levantar la bandera de rebeldía, con grandísimo temor de los leales a D. Alfonso XI. No contaba el rey con fuerzas suficientes, pero las suplían la astucia y la travesura de sus ministros. Resultado de sus meditaciones para salvar la causa del rey y evitar una terrible guerra fué un ingenioso ardid, cual fué que D. Alfonso le pidiese a D. Juan Manuel la mano de Constanza, comprometida ya con D. Juan *el Tuerto*. Apenas insinuada la petición faltóle tiempo a D. Juan Manuel para marchar secretamente a Peñafiel, villa de su Estado, y entregarse al rey, dejándole en su poder a D.ª Constanza, que no era todavía núbil, villanía que sugiere al P. Mariana esta grave sentencia: «Suelen los príncipes procurar antes el provecho que tener cuenta con su palabra ni con el deber, y allí vuelven la proa de su pensamiento donde más esperanza se muestra de interés, sin tener cuenta con lo que dellos publicará la fama.»

Indignado D. Juan *el Tuerto* de la felonía de su tío, pensó en vengarse de todos, a cuyo efecto pensó en casarse con D.ª Blanca de Castilla, hija del infante don Pedro—el que murió en la vega de Granada,—movido a ello no tan sólo por su riqueza, sino por ser señora de las villas de Almazán, Alcocer y otras que caían cerca de la frontera de Aragón, con lo cual podría conspirar y maquinar teniendo segura la retirada.

No se les ocultó la intención a Alfonso XI y sus consejeros, que desde luego pensaron en parar el golpe, mientras D.ª Blanca y su madre, no creyéndose muy seguras en su Estado, se retiraban a Aragón.

© Biblioteca Nacional de España

Pero no era hombre D. Juan *el Tuerto* que desistiese de sus propósitos: fracasados sus planes matrimoniales pensó en encender de nuevo la guerra de sucesión dinástica, trayendo de Francia a D. Alfonso de la Cerda, emigrado en aquel reino.

El rey y sus ministros se vieron colocados en la disyuntiva de apelar a la fuerza o a la traición, y optaron por el segúndo término. D. Alfonso XI engañó, pues, a D. Juan *el Tuerto* diciéndole que en vísperas de emprender una guerra contra Granada le rogaba le prestara su concurso; que se presentase en Toro para tener una entrevista y que desde luego podía contar con la mano de la infanta Leonor, su hermana. Y para disipar todo recelo, hízose la comedia de enviar desterrado al ministro Garcilaso de la Vega, a quien D. Juan *el Tuerto* tenía por enemigo personal.

La celada obtuvo pleno éxito. Llegado D. Juan a Toro el día de Todos los Santos (1326) fué recibido con grandes muestras de afecto y de alegría por D. Alfonso XI, quien para mejor festejarle dispuso un espléndido banquete en su honor, y, en efecto, cuando más ajeno se hallaba el pobre D. Juan de pensar en nada malo, sentado a la diestra del rey, que sólo contaba a la sazón diez y seis años, el propio D. Alfonso XI, le mató a puñaladas, secundado por los caballeros. «Muerte alevosa y cobarde por la forma, dicen los Sres. Fornes, aunque en el fondo apareciera merecida y que deshonraría por sí sola a este soberano si por desgracia no hubiese otras en su vida.»

Muerto D. Juan *el Tuerto*, apoderóse el rey de los ochenta pueblos y castillos que heredara de su padre, y sin respetar el derecho que la hijita que dejó tenía al señorío de Vizcaya, obligó a la madre de D. Juan, anciana monja, a que se lo vendiera.

El asesinato de D. Juan *el Tuerto* aterrorizó al otro infante D. Juan Manuel, a pesar de ser suegro de Al-

© Biblioteca Nacional de España

fonso XI (por haber casado éste con D.ª Constanza).

Hallábase dicho infante de Adelantado o gobernador de las fortalezas de Andalucía, en continua guerra con los granadinos que habían recobrado la plaza de Rute; atacado por Ozmín, tuvo la suerte de derrotarle, y una vez conjurado aquel peligro se apresuró a retirarse a su fuerte castillo de Chinchilla, en previsión de alguna otra mala treta de Alfonso XI. Y no falló su sospecha, en efecto, pues alcanzado su propósito de desunir a D. Juan *el Tuerto* y D. Juan Manuel, repudió a D.ª Constanza para casarse con la infanta María de Portugal, y no contento aún, mandó encerrar a su primera y tierna esposa en el castillo de Toro.

Guerra civil en Castilla.

Dejando para más adelante la narración de las incidencias de la guerra con los moros, creemos oportuno no interrumpir el relato de las terribles turbulencias de que era teatro Castilla.

Era natural que D. Juan Manuel pensase en tomar represalias de los agravios de Alfonso XI recibidos, y, en su consecuencia, después de haber renunciado solemnemente, por medio de sus reyes de armas, la fe y lealtad que había jurado, se confederó con los reyes de Aragón y de Granada, y desde sus castillos de Almansa y de Chinchilla hacía las más terribles razzias en las tierras vecinas, dejando sumidos en la miseria y la ruina a los moradores, a quienes ninguna culpa cabía de ser vasallos de aquel rey.

Entretanto, hallábase el rey en Sevilla, con ocasión de la guerra de Granada, y allí se le ocurrió una idea muy original, y fué nombrar *conde* a Alvar Núñez Osorio, «cosa muy nueva, que hasta entonces en Castilla no se diera de mucho tiempo atrás a ninguno título de conde». Es digna de referirse la ceremonia con que se procedió a la investidura. «Echaron tres sopas en una taza de vino y pusiéronselas delante, convidáronse por tres veces el Rey y el Conde sobre cuál de ellos tomaría

© Biblioteca Nacional de España

primero; finalmente, el Rey tomó la una y el Conde la otra. Concedióse que en los reales tuviese caldera y cocina aparte para su mesnada, y en la guerra propia y particular bandera con sus divisas y armas. Hiciéronse las escrituras y privilegios, y leídos, todos los presentes aclamaron con gran aplauso: ¡Viva el Conde! Tal fué la costumbre y ceremonia con que se criaban los condes en aquella era» (Mariana).

El título que se le dió a Alvar Núñez Osorio fué el de Conde de Trastamara, Lemos y Sarria; desgraciadamente, como ya veremos, el condado debía durarle poco.

El joven rey era completamente distinto de los que hasta entonces se habían conocido. Había llegado el momento en que el Poder real emprendiera la lucha a brazo partido con los que hasta entonces le habían puesto cortapisas, y para ello no retrocedía ante los más crueles excesos.

No podía ser más fierísima su saña tratándose de sus enemigos o de los que creyera ser tales. Hallándose de paso en Córdoba, de regreso de Sevilla, mandó degollar a Juan Ponce por haber desobedecido su mandato de que devolviera a los calatravos el castillo de Cabra, de que se había apoderado aprovechándose de las revueltas de los tiempos, y lo mismo a muchos ciudadanos que habían ayudado a Ponce o estaban acusados de otros delitos.

Para atajar la insurrección promovida por el infante D. Juan Manuel, fué enviado a Soria el favorito D. Garcilaso de la Vega, muy odiado por los ricos hombres, creídos de que fuera el instigador de la destrucción de la nobleza por medio de sus mañas y arterías, pero a los pocos días y estando oyendo misa en el monasterio de San Francisco, caía acribillado a estocadas por algunos caballeros del bando juanmanuelino, que temían no hubiese ido allí como ejecutor de las venganzas regias.

© Biblioteca Nacional de España

Ondeaba la bandera de la rebelión en Escalona, villa del reino de Toledo, y furioso Alfonso XI se encaminaba hacia allá para hacer terrible escarmiento, cuando hubo de acudir a otro más urgente peligro, pues casi toda Castilla la Vieja estaba levantada en armas. A la voz del prior de San Juan, D. Hernán Rodríguez de Balboa, personaje de gran poderío e influencia, habíanse declarado en abierta insurrección contra el Rey, Toro, Zamora, Valladolid y otras plazas fuertes, indignadas de que gobernasen el reino y lo tuviesen a su voluntad el flamante conde de Trastamara y el judío Yusef, quienes «tenían rendido al rey como si fuese esclavo y como si le hobieran dado bebedizos».

Llegó Alfonso XI, pero los ciudadanos se negaron a abrirle las puertas hasta que hubiese destituído a Osorio, a lo cual no tuvo más remedio que allanarse. Bien hubiera podido el favorito resignarse a su desgracia, que tal vez sólo hubiera sido momentánea; pero en vez de hacerlo así se rebeló a su vez contra quien tanto le había favorecido, y le faltó tiempo para entrar en tratos con su antiguo y mortal enemigo D. Juan Manuel. Proceder que, dentro del ajetreo político, hemos visto repetido muchas veces en nuestra edad.

No debía habérsele olvidado a Alvar Núñez Osorio cómo se desembarazaba Alfonso XI de los que le hacían sombra, y le pasó lo que a D. Juan *el Tuerto*. Presentósele un día a ofrecerle sus servicios un cortesano llamado Ramiro Flores de Guzmán, diciéndole que había huído del Rey, y a la primera ocasión en que le encontró descuidado, le mató a puñaladas, hecho lo cual se apoderó D. Alfonso de todos sus bienes, castillos y tesoros, que no eran pocos, pues aun siendo grandes las mercedes que había recibido, mayores resultaban sus rapiñas. Así, de los tres hombres que habían dispuesto de Castilla al advenimiento de Alfonso XI sólo sobre-

© Biblioteca Nacional de España

vivía el judío Yusef, a quien salvó de la muerte el propio menosprecio y bajeza en que eran tenidos los de su nación.

Poco después, casaba el joven rey con la infanta D. María de Portugal.

Triple alianza.

Sofocada, por lo pronto, la rebelión de Castilla, Alfonso XI trató de bienquistarse con el rey de Aragón, Alfonso IV *el Benigno*, amparador de D. Juan Manuel, y para ello le ofreció la mano de D.ª Leonor, su hermana (la misma que había ofrecido al pobre D. Juan *el Tuerto* para atraerle a la celada de Toro). El aragonés aceptó de buen grado y se llevó a efecto el enlace (1329). Por otro matrimonio, el de D.ª Blanca, hija del infante D. Pedro, con el príncipe D. Pedro de Portugal, se estrecharon nuevamente los lazos con este reino.

Consecuencia de tales casamientos fué una alianza entre los tres reyes para combatir unidos contra los moros de Granada, aparte de lo cual se convino en que ninguno de ellos daría asilo a los enemigos de los otros.

A esta coalición respondió otra de los nobles, cimentada también en algunos casamientos: era jefe de los rebeldes D. Juan de Haro, señor de Cameros; aparecían ostensiblemente declarados contra el rey el infante D. Juan Manuel y D. Juan de Lara, y disimulaban, por lo pronto, su adhesión Castro, Alburquerque y otros próceres.

Guerra con los moros.

Precisa decir ahora que mientras ardía en Castilla la tea de la discordia, el joven rey (1325) se ponía al frente de una expedición contra los moros de Granada, de la cual salió muy airoso, yéndose luego a invernar en Sevilla. Con todo, la victoria más brillante fué la alcanzada en el Estrecho de Gibraltar por el almirante D. Alonso Jofre Tenorio sobre la flota africano-granadina, compuesta de 27 galeras, mientras la escuadra castellana sólo se componía

© Biblioteca Nacional de España

de 6 galeras, 8 naos y 6 leños. Tenorio echó a pique cuatro naves enemigas y capturó tres; perecieron 1,200 moros y sólo se salvaron 200. El resultado fué que se firmaran las paces entre Alfonso XI y Mohamed IV.

Rompiéronse de nuevo las hostilidades al tiempo que se había firmado ya la triple alianza de que hablamos más arriba (1329). Era urgente acudir a sofocar el incendio, pero se luchaba ahora con la falta de dinero para adquirir provisiones y pagar a los soldados, y, por lo tanto, se acudió a la convocación de Cortes en Madrid.

Estas Cortes hicieron buena labor, pues dejaron establecidas las siguientes leyes: que en la Casa Real nadie desempeñase más que un cargo; que no pudiesen imponerse nuevos pechos sin autorización de las Cortes; que no se otorgase beneficio alguno a ningún extranjero. Por lo demás, las Cortes (formadas principalmente por el brazo popular) concedieron los subsidios que pedía el rey, y no sólo esto, sino que las ciudades y villas hacían espontáneamente importantes donativos para la guerra.

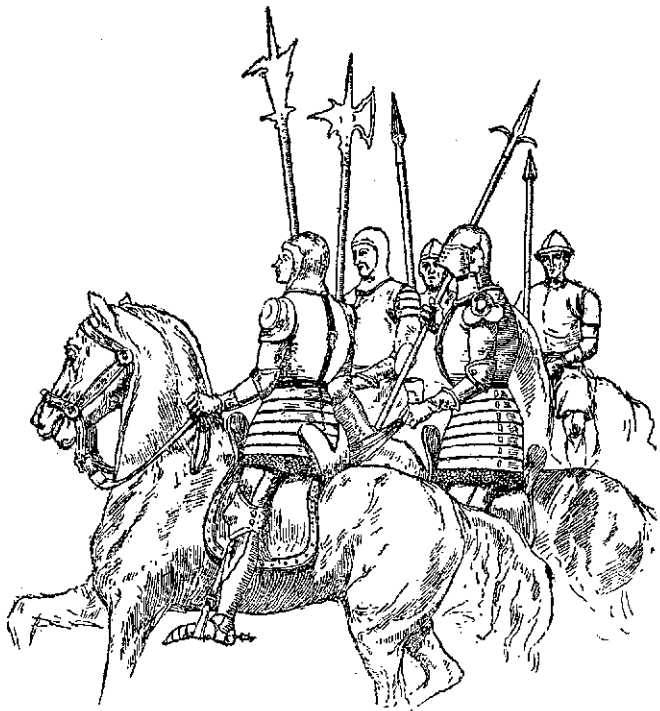
Púsose el rey en campaña, y como necesitaba que no se alterasen de nuevo sus contrarios, trató de aquietar a D. Juan Manuel, su ex suegro, devolviéndole a su hija D.ª Constanza, recluída en el castillo de Toro, después de haber sido repudiada. Llegado el ejército a Écija, los nobles exigieron a Yusef, el antiguo ministro de Hacienda, que diese cuenta de lo que había cobrado y gastado, y como la «liquidación» no resultó muy clara, fué destituído. Los nobles exigieron entonces que en lo sucesivo debiese ser cristiano el que manejase los fondos, y como el nombre de *almojarife* no sonaba bien, se acordó que se llamase en adelante *tesorero general.*

A tenor de la alianza, el rey de Portugal envió a D. Alfonso XI quinientos caballos; D. Alfonso IV de

© Biblioteca Nacional de España

Aragón y D. Juan Manuel, ya reducido con la devolución de su hija y el miedo al escarmiento, prometieron su ayuda.

D. Alfonso XI, con sus castellanos, rompió gallardamente por las tierras de Granada, y alcanzaba bri-



Caballería cristiana

llantes triunfos apoderándose de Teba, Pruna, Cañete, Priego y otras plazas, todo ello sin ajeno auxilio pues los portugueses se habían marchado en seguida, y el aragonés y D. Juan Manuel habían brillado por su ausencia. Esto hizo que D. Alfonso XI quedase resen-

© Biblioteca Nacional de España

tidísimo de todos ellos, y aceptara las paces del granadino, mediante el tributo de 12,000 ducados al año y una especie de tratado de comercio en virtud del cual los moros podían sacar de Castilla trigo y otros productos y viceversa los castellanos (1330).

El rey Alfonso XI, hallándose por entonces en Sevilla, hubo de enamorarse locamente de una dama llamada D.ª Leonor de Guzmán, de diez y nueve años de edad, «que en linaje, apostura y riquezas se pudiera tener por dichosa». Era hija de Pero Núñez de Guzmán y viuda reciente de Juan de Velasco. Dicen las crónicas que «era en fermosura la más apuesta mujer que había en el reino». Fué causa D.ª Leonor de grandes desgracias, desórdenes y crímenes. Tuvo numerosa sucesión bastarda, de entre la cual un hijo hubo que llegó a ser rey y fundador de una nueva dinastía.

Restablecimiento del orden.

De algún respiro le pudo servir a Alfonso XI la inesperada sumisión de D. Alfonso de la Cerda. Hallábase en Burgos el rey ocupado en armar caballeros, cuando se le presentó dicho ilustre prócer y echándose a sus pies le besó la mano, que era como reconocerse por vasallo suyo. D. Alfonso XI, encantado de la sumisión, le restituyó en sus dominios y le donó otras villas y tierras, suficientes a que con sus rentas pudiese vivir decorosamente. Y así quedó extinguida por siempre la causa de la legitimidad.

Mucho era tal resellamiento, pero como en caso de una guerra con Granada, se sabía que este reino contaría con el poderoso concurso de los Beni-Merines de Marruecos, convenía dejar bien apaciguado el interior, para no tener que suspender las hostilidades, o pedir humillantes treguas. Por lo mismo, D. Alfonso XI emprendió un viaje por sus Estados, no precisamente para ser recibido con aclamaciones y arcos de triunfo, sino para hacer severísimos castigos y aterrorizar a los díscolos.

© Biblioteca Nacional de España

Estamos, como ya hemos dicho, en plena lucha del Poder Real contra la nobleza.

Comenzó el rey su viajata por el reino de Toledo, y como del pueblo de Santa Olalla, perteneciente a D. Juan Manuel, salieran a robar y matar a los caminantes varias cuadrillas de vecinos que tenían aterrorizada la comarca, fueron presos y luego ajusticiados. Igual terror desplegó en la ciudad de Toledo, con lo cual pareció renacer algún tanto la tranquilidad.

España, tierra de violencias.

Ciertamente era de deplorar que el rey de Castilla se mostrara tan feroz en sus castigos, pero se comprende que después de tan largo período de revueltas como venía perpetuándose con la nobleza ensoberbecida, el pueblo desmoralizado y el poder real escarnecido, sobreviniese una reacción terrible. La historia podrá tachar de severísimo e implacable a Alfonso XI, pero hallará justificado su proceder ante el propósito de restaurar el prestigio del poder real y restablecer la seguridad pública.

Por otra parte, no podemos comparar la *ética* de hoy con la de entonces; no se tenía por gran pecado matar a traición, si no cabía otro recurso. De tiempo inmemorial venían los procedimientos de violencia y el escarnio de la legalidad, lo cual explica su perpetuación a través de los siglos.

Muere asesinado, en la época visigótica, Turismundo por su hermano Teodorico, y Teodorico por su hermano Eurico; arrebata Gesaleico la corona a su hermano Amalarico, y es asesinado después; Agila mata a Teudiselo, y perece a manos de Leovigildo; Liuva II sucumbe bajo el puñal de Viterico, y Viterico bajo el de Gundemaro; Sisenando se apodera de la corona de Suintila; Wamba es traidoramente destronado por Ervigio; Witiza manda sacar los ojos al padre de D. Rodrigo y éste le aplica a Witiza la pena del talión.

No cambian mucho las cosas con la dinastía pela-

© Biblioteca Nacional de España

giana: Aurelio usurpa el trono a D. Fruela, muerto en un motín; D. García se rebela, apoyado por la nobleza, contra su padre Alfonso III *el Magno;* Ordoño *el Malo,* con el auxilio del conde de Castilla, derriba del trono a Sancho *el Gordo,* restaurado luego por las armas de los mahometanos; Sancho *el Bravo* se levanta en armas contra su padre Alfonso X y arrebata sus derechos a los infantes de la Cerda, legítimos herederos de la corona.

Y no digamos nada de las violencias durante las minoridades y tutorías: de aquella insurrección de nobles contra D.ª Urraca, proclamando rey de Galicia al infante heredero D. Alfonso VII; de la separación de Portugal; de las contiendas entre Laras y Castros durante la niñez de Alfonso VIII; de la minoridad de Enrique I, de Fernando IV y después de Alfonso XI.

Era, pues, casi normal el estado de revuelta, desobediencia y escándalo; era cosa corriente el perjurio, el asesinato, el desprecio a todo sentimiento de honor.

«La nobleza, escribe el Sr. Zugasti, había llegado al último extremo de su ambición desenfrenada y feroz soberbia, sin que nada ni nadie la detuviese en sus aspiraciones de mando y en sus instintos de medro y rapiña, haciendo escarnio del honor, del deber y hasta de los más sagrados juramentos.

»La voz de la patria era un nombre vano para aquellos feroces magnates; el bien público no era comprendido por ellos sino a medida de sus provechos particulares; el sacrificio de los propios intereses era considerado como imbecilidad y torpeza; la virtud no hallaba eco en aquellos corazones corrompidos, y la fuerza, la astucia, el poder y las fuerzas, eran las únicas deidades a que rendían culto.»

Pero el triste cuadro que acabamos de esbozar no comprende únicamente a Castilla, sino también a

© Biblioteca Nacional de España

Navarra y Cataluña, si bien aquí no se dió el caso de que triunfara la iniquidad como en el primero de los citados reinos: en Navarra es asesinado D. Sancho IV por su hermano bastardo D. Ramón, pero no logra éste disfrutar de su fratricidio, sino que es arrojado del país; en Cataluña es asesinado Berenguer III por su hermano, pero jamás logró ser reconocido y los catalanes proclamaron al hijo del difunto. No por eso faltan negras páginas, como el asesinato de Fernán Sánchez por su hermano Pedro III.

No fué, pues, de extrañar que en cuanto apareciera en Castilla un rey enérgico se dejara sentir terriblemente su mano férrea. Pagaron con la vida sus deslealtades D. Juan *el Tuerto* y Alvar Núñez Osorio; pero no paró aquí, sino que, como ya diremos, mandó matar también a D. Juan de Haro y a D. Lope Gil y redujo a la más humillante sumisión a D. Juan de Lara, de cuyos castillos se apoderó.

Sucesos del interior.

En vista de la escasez de numerario, procedióse, sin tener en cuenta las lecciones de la experiencia, a alterar el valor de la moneda acuñando unas piezas de baja ley que se llamaron cornados, de que se siguió gran carestía y falta en los mantenimientos, en grave daño y enojo del pueblo, porque falseada y adulterada la moneda luego cesaron los tratos y comercio.

Es digno de recordarse que por este tiempo (1332) reconocieron la soberanía del rey de Castilla los habitantes de Álava, que hasta entonces se habían regido por sus propias leyes y fueros. D. Alfonso XI los recibió muy de buen grado, les concedió el fuero de Calahorra y los mantuvo en sus antiguos privilegios, pues no se les podían imponer nuevos pechos ni alcabalas.

Sigamos diciendo que hallándose D. Alfonso XI en Vitoria instituyó allí una orden de Caballería que se llamó de *la Banda,* muy ilustre en sus principios, pero

© Biblioteca Nacional de España

que acabó por desaparecer, y por fin demos cuenta de que cada día era más grave el escándalo del amancebamiento del rey con D.ª Leonor de Guzmán, hasta el punto de tener poco menos que abandonada a su esposa D.ª María de Portugal; conducta que había de ocasionar una sangrienta guerra.

La ceguedad del rey por la hermosa viuda sevillana llegó hasta expedir ésta Cartas reales, y se dió el caso de que parieran a la vez la reina y la combleza, llamándose el hijo de la primera D. Fernando (fallecido después) y D. Sancho el de la segunda, a quien el rey Don Alfonso XI hizo donación del señorío de Ledesma.

Caballero de la Banda y de la Jarra

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

LA INVASIÓN BENIMERINA

PÉRDIDA DE GIBRALTAR.—ASESINATO DEL REY DE GRANADA.—REPRESIÓN DE LOS REBELDES.—GUERRA CON NAVARRA Y PORTUGAL.—VICTORIA DE LA ESCUADRA CASTELLANA SOBRE LA PORTUGUESA.—NUEVA INVASIÓN DE LOS BENIMERINES.—MUERTE DE ABD-EL-MELIK.—TRAICIÓN DEL MAESTRE DE ALCÁNTARA.—MUERTE DEL ALMIRANTE TENORIO.—LA GRANDE INVASIÓN BENIMERINA.—MEMORABLE TRIUNFO DEL SALADO.—DESPUÉS DE LA VICTORIA.—PROSIGUE LA CAMPAÑA.—LAS ALCABALAS.—VICTORIAS NAVALES.—EL SITIO DE ALGECIRAS.—SITIO DE GIBRALTAR.

(1339-1350)

Pérdida de Gibraltar.

De nuevo iba a ser teatro Castilla de un gravísimo trastorno, tanto más doloroso en cuanto brillaba por su ausencia el patriotismo por parte de aquella nobleza sólo atenta a la satisfacción de sus concupiscencias y dispuesta a aliarse no sólo con el extranjero, sino con los mismos perseguidores de la fe cristiana. Páginas tristes que demuestran hasta qué extremo de degradación puede llegar un país.

Iba consolidándose en Marruecos la dinastía merinida, aunque en continuas guerras con el rey de Argel y con el de Tlemecén. Ceñía el tahalí de los Califas, en 1333, el valiente Abul-Hassán-Alí, noveno sultán

© Biblioteca Nacional de España

merinida, y tan enorgullecidos se hallaban él y los suyos de las victorias alcanzadas sobre sus enemigos de todo linaje, que imaginaron poder, como en tiempo de Tárik, conquistar la península hispánica entera.

No eran, a la verdad, para otra cosa los preparativos, pues según las crónicas la expedición benimerina se dejaba atrás en importancia a la de los almohades, de 1211. Hablábase, en efecto, de 400,000 hombres y 40,000 caballos, conducidos en 250 naves escoltadas por 60 galeras, y se decía que con ellos iban sus mujeres e hijos, pues tenían pensado establecerse en España.

Precisamente entonces estaba reclamando su auxilio el cuitado rey de Granada, Mohamed IV, que había tenido que sufrir rudo castigo por parte de D. Alfonso XI, el cual le había obligado a pagarle un tributo anual de 12,000 escudos de oro.

Lleno de confianza en el triunfo, mandó Abdul-Hassán proclamar la guerra santa y envió a España a su hijo Abd-el-Melik al frente de 7,000 caballos como vanguardia.

Mientras llegaban a España los benimerines, los granadinos invadían el reino de Murcia, talaban y destruían los campos, pegaban fuego al pueblo de Guardamar, a orillas del Segura y regresaban de su razzia llevándose cautivas 1,200 personas.

En tal estado las cosas, se presentaban en Granada a ofrecer su espada a Mohamed IV el infante D. Juan Manuel y sus parciales, corriendo con el cuidado de las negociaciones y escrituras cierto Pedro Calvillo. «Estaban los pechos de todos, dice Mariana, tan llenos de una diabólica discordia, que sin tener memoria de la cristiana religión ni misericordia de los suyos, por hacer pesar a su Rey y vengar sus particulares enojos no echaban de ver ni curaban destos grandísimos apercibimientos de guerra que contra la misma cris-

© Biblioteca Nacional de España

tiandad se hacían, ni la tempestad que se armaba.»

Ya en la costa andaluza Abd-el-Melik, se apoderó de Algeciras, intitulándose rey de esta ciudad, y de Ronda, conseguido lo cual emprendió con Mohamed IV el sitio de Gibraltar, con gran tren de batir: mantas, torres y todo género de máquinas de guerra.

Hubiera el rey D. Alfonso XI corrido presuroso en auxilio de la plaza a no haberse visto detenido por la necesidad de reprimir algunas sediciones de los nobles, y para no perder tiempo envió delante a los maestres de las Ordenes militares y confió a D. Jofre Tenorio el encargo de defender por mar la plaza.

No solamente era insuficiente el socorro, sino que Gibraltar carecía de víveres y municiones, y apenas si había algunos soldados para la guarnición, debido a la inepcia, desidia y cobardía de su gobernador Vasco Pérez.

Todo eran traiciones: mientras el hijo del rey de Marruecos y de Fez tenía cercado a Gibraltar, Mohamed IV hacía irrupción en el reino de Córdoba, pasándolo todo a sangre y fuego, y el villano alcaide del castillo de Cabra le entregaba la plaza, llevándose el granadino prisioneros a todos sus moradores. Poco después, y como no podía menos de suceder, sucumbía Gibraltar, y Vasco Pérez se quitaba la máscara huyendo a África. Gracias a que en la capitulación se convino en que los soldados y habitantes tendrían salvas las vidas y la libertad, se pudo evitar una catástrofe.

Cuatro días después de entregado Gibraltar, llegaba Alfonso XI, desesperado al considerar que por culpa de los sediciosos de su reino no había podido auxiliar la plaza. Con todo, no desistió de su recobro, para lo cual hizo en Sevilla grandes levas de gente; pero todo fué inútil, a pesar de los desesperados esfuerzos del monarca. Y no sólo esto, sino que, acosados por el hambre, desamparaban el campamento muchos sol-

© Biblioteca Nacional de España

dados que caían en seguida prisioneros, siendo vendidos por una dobla de oro.

Digamos ahora que mientras en tales trances se hallaba D. Alfonso XI, D. Juan Manuel, D. Juan de Lara, D. Juan de Haro y otros caballeros, apoyados por el rey Alfonso IV de Aragón, hacían gravísimos daños en las tierras fronterizas de Castilla, para distraer sus fuerzas.

Era insostenible la situación y, por lo mismo, se vió obligado el rey a concertar treguas por cuatro años con Mohamed IV y el rey de Marruecos, «sin hacer caso de las murmuraciones del vulgo ni de la que llama honra la gente menos considerada» (1333), y así era, en efecto, pues el rey de Castilla había sacado todo el provecho posible, obligando al de Granada a continuar rindiéndole las anteriores pesadas parias.

Asesinato del rey de Granada.

Grandes muestras de amistad se dieron Mohamed IV y D. Alfonso XI, convenida la tregua, y cambiaron riquísimos presentes, aunque fueron superiores en valía los del castellano. Regresó a Sevilla D. Alfonso XI; encerróse en su reino de Algeciras Abd-el-Melik, y Mohamed IV fué a visitar a Málaga. Conspiraban desde hacía tiempo contra él los hijos de aquel valiente general *D. Ozmín*, vencedor de los infantes D. Pedro y D. Juan en la vega de Granada, y enemistado después con el reinante, y con horrible saña, aprovechándose de una ocasión, le mataron a puñaladas (agosto de 1333), proclamando en su lugar a su hermano Yusuf.

Era un usurpador, pero esto no quitó que se apresurasen a ofrecerle sus servicios los nobles caballeros andaluces D. Gonzalo y D. Fernando de Aguilar, que desde luego comenzaron a hacer talas y robos en los pueblos fronterizos, rompiéndose así la convenida tregua. Por suerte, Abd-el-Melik tuvo que regresar a África, para combatir contra el rey de Tlemecén, y

© Biblioteca Nacional de España

privado de este apoyo fué fácil concertar una nueva tregua de cuatro años con Yusuf, siendo tanta la prisa de D. Alfonso XI para verse libre de aquel cuidado y poder volver a Castilla para sofocar las rebeliones de los nobles, que renunció a las parias, mientras tanto daba a luz D.ª Leonor de Guzmán a dos gemelos, que se llamaron D. Enrique y D. Fadrique. Añadamos ahora que poco después nacía, de la reina D.ª María, un príncipe destinado a gran celebridad, bajo el nombre de D. Pedro I de Castilla (1334).

Represión de los rebeldes.

Furioso D. Alfonso XI con la hostilidad sin tregua de los ricos hombres, partió para Valladolid resuelto a hacer terribles escarmientos. Desde luego mandó que fuesen entrados, talados y robados los señoríos de aquellos descastados vasallos, apoderándose de la mayoría de las villas y castillos de los Laras, y reconociéndole como su señor natural los habitantes de Vizcaya.

El ejército real penetró luego en el estado de D. Juan de Haro; éste fué degollado, y sus bienes confiscados. El alcaide del castillo de Iscar trató de resistir al rey, y fué degollado también.

Como hace observar un autor, no fué aquello una campaña, sino una serie de cacerías contra los magnates levantiscos, castigándose con pena capital a cuantos se cogía con las armas en la mano. La mortandad de bandidos fué espantosa, pues a nadie se le dió cuartel. Nunca se había visto tan terrible y sangrienta persecución contra rebeldes y malhechores. D. Alfonso XI no perdonaba a nadie, y recelaba de todos.

Tales justicias, o escarmientos, espantaron a D. Juan Manuel que le pidió perdón al rey, prometiéndole absoluta sumisión en lo sucesivo, aunque, claro es, no había de cumplirlo. Con esto se dió por terminada la rebelión, siendo extraordinario, por ello, el contento de los pueblos que celebraron la paz con grandes regoci-

© Biblioteca Nacional de España

jos, juegos y espectáculos públicos. El rey mismo, aunque de incógnito, tomó parte en un brillante torneo que se verificó en Valladolid.

Guerra con Navarra y Portugal.

Por desgracia, no fué de larga duración el sosiego, amenazando graves complicaciones con Navarra y Portugal, hasta romper la guerra con ambos reinos.

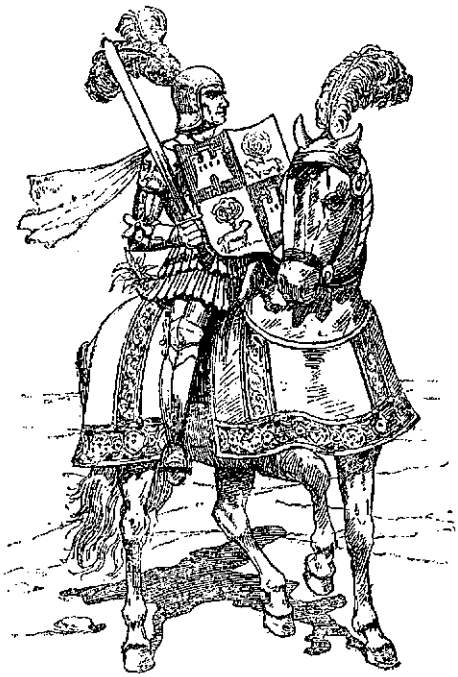
El disgusto con Navarra fué porque el príncipe heredero de Aragón, D. Pedro (después el IV) casó con la hija del rey de Navarra, D.ª María, a condición de que al morir su padre sería proclamada reina, en menosprecio de los derechos de su hermana mayor, D.ª Juana, y esto era aumentar contra Alfonso XI el poderío de Aragón. El príncipe D. Pedro, sin licencia de su padre, Alfonso IV, y movido por la ojeriza que le tenía a su madre, D.ª Leonor de Castilla, se entró por tierras de este reino y se apoderó del monasterio de Fitero; el rey Alfonso XI envió entonces un fuerte ejército a las órdenes de Martín Portocarrero, siendo derrotados por completo aragoneses y navarros. Prolongóse aún la guerra, pero en definitiva, triunfó el castellano (1335).

Admira el considerar que de tal manera anduvieran a la greña los príncipes cristianos, con el granadino en las fuertes defensas de Sierra Nevada, y el peligro africano siempre enfrente.

Apenas acabado lo de Navarra, presentóse en la liza, contra Alfonso XI, el rey de Portugal. Tiempo hacía que éste deseaba repudiar a D.ª Blanca de Castilla, hija del leal infante D. Pedro, enfermiza y estéril, para casarse con D.ª Constanza, la hija de D. Juan Manuel. Éste, que no veía llegada la hora del casamiento, los Castros, los Laras y los Alburquerques no cesaban de importunar al portugués para que declarara la guerra al castellano, so pretexto del abandono en que, por su amancebamiento con la Guzmán, tenía a la pobre doña María, su esposa.

© Biblioteca Nacional de España

Alfonso XI, airado, comenzó por entendérselas con Lara, a quien tomó lo que le había quedado y sitió en Lerma. El sitio fué formidable, valiéndose el castellano de todas las máquinas conocidas hasta entonces: mantas, torres, trabucos y demás. La lealtad de los habi-



Caballero cristiano

tantes hizo que no se avinieran a entregarse, a pesar de no recibir socorro alguno de D. Juan Manuel, aliado de su señor, mientras, por otra parte, temeroso Alburquerque de lo que le podía ocurrir, prestaba pleito homenaje a D. Alfonso.

Acudieron entonces los portugueses, pero fueron derrotados y se volvieron a su tierra.

© Biblioteca Nacional de España

En suma, entregóse Lerma, a fines de año (1336); el rey Alfonso XI perdonó a Lara, pero no sin haber exigido fuese desmantelada Lerma y se pactó una tregua con Portugal.

D. Alfonso XI no se condujo así precisamente por exceso de bondad: el rey de Marruecos había vencido al de Tlemecén, cuyos Estados había anexionado a su imperio, y tal pujanza constituía una gran amenaza para lo porvenir.

«Alardeaba el rey de Castilla con los grandes que andaban alterados, y les hacía buenos partidos para atraerlos a su servicio. Sus caricias prestaban muy poco por ser ellos hombres revoltosos, de seso mal asentado, y astutos», dice Mariana.

Volvió, pues, a perdonar y concedió nuevas mercedes a D. Juan de Lara; perdonó de nuevo también a don Juan Manuel; procuró entretener a su hermana D.ª Leonor, cada vez más agraviada por su primogénito el príncipe D. Pedro de Aragón, pero no pudo prestarle el concurso de la fuerza e invadir aquel reino, pues el portugués se disponía a hacerle terrible guerra, sabedor de que pensaba repudiar a su hija D.ª María, por causa de D.ª Leonor de Guzmán (la cual, fecundísima, había parido ya a D. Sancho, los gemelos Enrique y Fadrique, Fernando y Tello, mientras sólo tenía D. Alfonso XI un hijo legítimo, Pedro, por muerte del primogénito Fernando).

Victoria de la escuadra castellana sobre la portuguesa.

Ante los grandes preparativos de D. Alfonso IV de Portugal contra su yerno, procedió éste a reunir gente en Badajoz. Tomó la ofensiva el castellano, invadió a Portugal, taló, robó, incendió, pero como cayera enfermo de tercianas, suspendió la campaña y se retiró a Sevilla, aunque no por eso cesaron las hostilidades. Ya que no en tierra, peleóse en el mar.

Poco a poco se había ido formando una escuadra

© Biblioteca Nacional de España

castellana, que si no llegaba a tener la importancia de la catalana, no por eso dejaba de constituir un valiosísimo elemento, envidiado por la propia Inglaterra. La escuadra portuguesa no era tal, por entonces, sino que estaba compuesta en su mayoría de galeras de Génova, al mando del almirante Manuel Pezzano.

Encontráronse las dos escuadras (1337) cerca de Cabo San Vicente. «La pelea fué brava y dudosa, dice Mariana; al principio los portugueses tomaron dos galeras de Castilla; recompensóse este daño con que los de Castilla rindieron la capitana de los portugueses y abatieron el estandarte real. Esto causó gran temor en los enemigos, y por todas partes fueron desbaratados y puestos en huída. Era cosa horrenda ver en aquel espacioso y ancho mar huir, dar la cara, prender y matar, y todo cuanto alcanzaba la vista estar lleno de armas, y tinto de sangre. Tomáronse ocho galeras y seis echaron a fondo, y el general Pecano con Carlos, su hijo, quedó preso.»

Celebradísima fué la victoria, saliendo el rey en persona a recibir a D. Jofre Tenorio, que entró en Sevilla en triunfo.

Ya repuesto el rey D. Alfonso XI, prosiguió la guerra; entró en Portugal por el Algarbe, devastando cuanto encontraba a su paso, y sin que nadie se le opusiera, pues el portugués no contaba con fuerzas bastantes para medirse con tan poderoso rey como el de Castilla. La campaña duró hasta comenzar el invierno, en que el rey D. Alfonso XI se retiró de nuevo a Sevilla. Como resultado, se concertaron treguas por un año, a principios de 1338.

Nueva invasión de los benimerines.

Sabíase que el rey de Marruecos, Fez y Tlemecén, Abul-Hassén, se preparaba a una nueva invasión, y la fantasía popular, abultando los hechos, suponía que las fuerzas eran superiores a las de los almohades, cuando en tal

© Biblioteca Nacional de España

peligro pusieron a la cristiandad en tiempo de Alfonso VIII. No sólo Castilla, sino Valencia y Cataluña se sentían atemorizadas, tan exageradas eran las noticias. Por doquier se hacían grandes armamentos y se reclutaba gente, ante el peligro común.

El Papa Benedicto XII concedió indulgencias, cruzada y las tercias eclesiásticas, mientras sus legados procuraban restablecer la paz entre los príncipes cristianos españoles. Coligáronse Aragón, Portugal y Castilla; ofreció Génova sus escuadras y se dió el caso raro de que la nobleza castellana se ofreciera unánime al rey para conjurar el peligro benimerín.

Entretanto, el rey D. Alfonso convocaba Cortes en Burgos para proponer se reformase el grande exceso que se había introducido en el comer y el vestir; singular revelación en medio del mal estado de los negocios públicos, y que parece endémico en España.

Habíanse vuelto a reconciliar con el rey el infante D. Juan Manuel y D. Juan de Lara, con quienes fué a Cuenca. El rey de Aragón, Pedro IV, ofrecía al de Castilla su cooperación para la cruzada, olvidadas las diferencias con su madre D.ª Leonor.

Urgía el peligro; Abd-el-Melik había desembarcado en Algeciras con 5,000 caballos; terminaba la tregua con el granadino.

Tomó la ofensiva el castellano, invadiendo el reino de Granada, y talando los campos de Archidona y Antequera, hasta verse en grave apuro las mismas ciudades. D. Juan de Lara y el infante D. Juan Manuel repararon sus antiguas faltas infligiendo terribles derrotas a los africanos y granadinos en Ronda; tanta fué su encarnizada persecución, que muchos moros se despeñaron por los riscos de aquella serranía, huyendo de caer en su poder.

El ejército castellano, cargado de laureles, se retiró a Sevilla, y los pueblos fronterizos conquistados recibieron fuertes guarniciones.

© Biblioteca Nacional de España

El rey de Aragón, cumpliendo su palabra, envió una escuadra de doce galeras, al mando del almirante Gilabert, para incorporarse a la de D. Jofre Tenorio y guardar ambas el Estrecho.

Era menester dinero, y el rey Alfonso partió para reunir Cortes en Madrid, y pedirlo, dejando en su lugar al maestre de Santiago D. Alfonso Meléndez de Guzmán y a los caballeros que le habían acompañado.

Con la ausencia del rey cobraron ánimo los benimerines, que atacaron la villa de Lebrija, donde los castellanos tenían acumuladas grandes provisiones de trigo. Entablóse la lucha, que fué varia en su suerte; los moros, que eran en número muchísimo mayor que los cristianos robaban y estragaban los campos, llevándose gran botín.

Muerte de Abd-el-Melik.

Poca gente era la que tenía a sus órdenes el maestre de Santiago, por lo cual se apresuraron a unirse con él varios señores principales de Tarifa y Sevilla, y el maestre de Alcántara. Junta la hueste, topóse con una columna de 1,500 caballos moros, que, cargada de presa, se encaminaba desde Lebrija a Arcos de la Frontera. Sin reparar en la inferioridad de su efectivo atacaron impetuosamente los castellanos a los benimerines, logrando una completísima victoria, pues apenas si hubo enemigo que escapara, y fué recobrado todo el botín.

Tan feliz suceso animó a los vencedores a atacar al grueso del ejército invasor, mandado por Abd-el-Melik, y aunque muchos juzgaron temeridad tal propósito, pues las fuerzas musulmanas eran grandemente superiores a las de los castellanos, llevóse adelante el plan. Atacados furiosamente los benimerines al amanecer, mientras se encaminaban descuidadamente a Arcos, sin flanqueadores ni avanzadas, desbandáronse en revuelto tropel. Dicen algunos historiadores que perecieron en esta derrota diez mil moros, pero aunque no lle-

© Biblioteca Nacional de España

gasen a tantos, la consternación fué grandísima en el campo benimerín, pues había perecido en la batalla su general en jefe, Abd-el-Melik, hijo del rey de Marruecos y heredero de aquella corona.

Ansioso Abul Hassén de vengar la muerte de su hijo, ordenó se hiciesen en seguida los preparativos necesarios para una inmensa invasión en España, a cuyo efecto recorrieron los morabitos toda África predicando la guerra santa. A creer a los historiadores, el rey de Marruecos juntó un ejército de 70,000 jinetes y 400,000 infantes, estando dispuesta para su embarque una escuadra de 250 naves y 70 galeras, abarrotadas de víveres y municiones.

Traición del maestre de Alcántara.

Sin reparar en el gran peligro que amenazaba a la cristiandad, acusado de graves delitos, con motivo o sin él, el maestre de Alcántara, mandóle Alfonso XI se le presentase en Madrid para dar sus descargos, pero en vez de obedecer se pasó al rey de Granada. Dicen algunos que le obligó a ello el temor que tenía de alguna asechanza por parte de D.ª Leonor de Guzmán, que era declarada enemiga suya.

Llegada la primavera partió el rey para Andalucía, y como supiese que el maestre se había hecho fuerte en el castillo de Valencia de Alcántara, fuése para allá, le hizo prisionero y le mandó degollar y quemar.

Muerte del almirante Tenorio.

Ya era hora de que el rey Alfonso XI acudiese al peligro benimerín. Había desembarcado ya la vanguardia, fuerte de 3,000 caballos, y asolaba con sus cabalgatas los campos de Arcos, Medinasidonia y Jerez. Con todo, los moradores de esta última ciudad no se arredraron, y haciendo una salida contra los benimerines, al retirarse éstos cargados de botín y ajenos a todo pensamiento de ofensiva, les infligieron cruentísima derrota, pues se dice que murieron un millar, aparte de lo cual fué rescatada la presa.

© Biblioteca Nacional de España

Así pasaron cinco meses, durante los cuales cruzó el Estrecho la inmensa hueste africana, que se reconcentró en Algeciras. Grandes fueron entonces las censuras que se dirigieron al almirante Tenorio, achacando a su desidia la facilidad con que habían podido desembarcar los moros de África. El almirante, que era un dechado de valor y lealtad no pudo sufrir que de tal manera se pusiese en duda su arrojo, y sin reparar en la enorme inferioridad de su flota atacó temerariamente a la enemiga, frente a Gibraltar. Luctuosísima fué la jornada; fué completamente echada a pique la escuadra castellana, salvo cinco galeras que pudieron escapar a Tarifa, y pagó D. Jofre Tenorio con la vida su denonada resolución (4 abril 1340).

Caballero de Alcántara

© Biblioteca Nacional de España

La grande invasión benimerina

Era terrible el peligro. Hallábase en Sevilla el rey Alfonso y perplejo acerca de la decisión que había que tomar, convocó a consejo a los prelados y grandes, revistiendo el acto inusitada solemnidad. El rey expuso claramente la suma gravedad de la situación; consumidos los tributos, llevadas a un grado insoportable las cargas impuestas al país, para sofocar unas veces las rebeliones de los nobles, y para hacer frente, otras, a las invasiones de los moros, ¿a quién pedir ayuda?

Opinaron algunos que era imposible toda resistencia, y lo mejor sería tratar de hacer paces con Abul Hassén; otros eran de parecer que la paz, en las condiciones en que la impondría el rey bárbaro sería una deshonra. Triunfó, pues, el partido de la guerra, y se acordó buscar alianzas.

Todo salió como mejor podía desearse: el Papa Benedicto XII concedió indulgencias, cruzada y las tercias eclesiásticas, mientras sus legados cerca de las cortes de Aragón, Navarra y Portugal y de la república de Génova exhortaban a la concordia con el rey de Castilla. Iba a repetirse el magnífico espectáculo de la confederación de los reyes españoles, como en tiempo de la invasión almohade, no menos amenazadora que la presente.

Procuró ante todo el rey reorganizar su marina, en el puerto de Sanlúcar, confiando el mando a D. Alfonso Ortiz Calderón, prior de la Orden de San Juan. El rey Pedro IV envió su escuadra, al mando del almirante Pedro de Moncada; Génova proporcionó quince galeras, al mando del almirante Egidio Bocanegra, hermano del Dux Simón; ganóse la voluntad del rey de Portugal, Alfonso IV, con licencia para que doña Constanza, la asendereada hija de D. Juan Manuel, casara con el infante heredero D. Pedro, y tan completa fué la reconciliación que el monarca portugués

© Biblioteca Nacional de España

prometió acudir personalmente al frente de su ejército, y envió desde luego su escuadra, compuesta de doce galeras, que continuaba a las órdenes de Pezzano, después de la derrota que le infligió Tenorio en Cabo San Vicente el año 1337.

Entretanto, el rey Alfonso iba reclutando gente en Sevilla, por más que ni de mucho pudiese contrastar en efectivo con el de la hueste benimerino-granadina. Abul Hassén y Yusuf apretaban furiosamente a Tarifa, cuyo cerco había comenzado ya el 21 de septiembre. Dícese que el ejército sitiador constaba de 160,000 hombres, entre mauritanos y granadinos, pero lo más notable no era tan extraordinario número, sino la terrible batería que con las máquinas de guerra se hacía contra la plaza. No solamente empleaban los moros trabucos, mantas, picos y grandes torres de madera que iban acercando al adarve, sino que se valieron también de *artillería,* esto es, «máquinas e ingenios de *truenos* que lanzaban *balas de hierro* grandes con *nafta,* causando gran destrucción en sus bien torreados muros».

La guarnición, que era numerosa, se defendía con gran valor y D. Alfonso XI cuidaba de mantenerla en la firme esperanza de pronto y eficaz socorro.

Memorable triunfo del Salado.

Reunidos todos los elementos y concertado el plan partió de Sevilla, hacia Tarifa, la hueste cristiana, al mando de los dos Alfonsos, XI de Castilla y IV de Portugal, mientras seguían por la costa las escuadras.

No era muy numeroso el ejército de la Cruz (pues todos los soldados llevaban una cruz roja en el pecho) ya que no pasaba de 14,000 jinetes, mil de ellos portugueses, y 25,000 peones, apenas la cuarta parte de la hueste enemiga.

Al avistar los moros el ejército castellano se apresuraron a retirarse, después de pegar fuego a las máqui-

© Biblioteca Nacional de España

nas, y pasando a la orilla derecha del Salado, que baña los muros de Tarifa, se fortificaron en unos cerros allí vecinos, mientras los castellanos acampaban en la orilla izquierda, junto a una colina llamada de la *Peña del Ciervo*, ansiosos todos ellos de llegar cuanto antes a las manos.

Aquella misma noche fueron enviados a Tarifa mil

Soldados castellanos

caballos y 4,000 infantes para reforzar la guarnición, y hacer una salida en la ocasión oportuna. El resto del ejército pasó en vela aquellas horas, en medio de regocijos y plegarias, pero todos con gran seguridad de salir vencedores en la contienda.

En cuanto amaneció (30 octubre 1340) dijo misa, en la tienda real, el arzobispo de Toledo; comulgaron to-

© Biblioteca Nacional de España

dos, desde el rey al último soldado, y en seguida se procedió a la formación de las tropas.

Dióse el mando de la vanguardia a D. Juan de Lara, el infante D. Juan Manuel y el maestre de Santiago; el centro iba regido por los dos reyes, en compañía del famoso arzobispo de Toledo, D. Gil de Albornoz, y otros prelados; la retaguardia por D. Gonzalo de Aguilar. Quedó en la Peña del Ciervo una reserva, al mando de D. Pedro Núñez, «con los labradores y omes de poca valía».

Llevaba el pendón de la Cruzada, por orden del Papa, el caballero francés Hugo.

Acordóse que el rey de Portugal acometiera a los granadinos, y el castellano a los benimerines. Arengó este último a sus tropas y comenzó el avance para pasar el Salado, cerca de su desembocadura en el mar.

Según les correspondía, iban delante D. Juan de Lara y D. Juan Manuel, pero traidores o cobardes, detuviéronse sin atreverse a cruzar el río, bien que duró poco la indecisión, pues acudieron al punto los hermanos Gonzalo y García Laso, y poniéndose al frente atravesaron el Salado por un puentecillo, lanzándose contra las masas enemigas. Eran pocos en número, y con facilidad pudo rechazarlos la caballería africana, pero reforzados luego por D. Juan de Lara, que por fin se había decidido, y por el maestre de Santiago, acometieron con furia los castellanos, obligando al enemigo a retroceder hacia Tarifa, con lo cual se vió cogido por el frente y la espalda, pues la guarnición hizo una impetuosa salida que introdujo la confusión en sus filas.

El rey de Castilla, sin querer atender a los que procuraban retenerle, se lanzó también por el puente, cayendo sobre él una lluvia de saetas, y clavándose una de ellas en el arzón de su silla.

— ¡Feridlos, feridlos! — gritaba el soberano, — que yo soy el rey D. Alfonso de Castiella y de León; cá el

© Biblioteca Nacional de España

día de hoy veré yo cuáles son mis vasallos, et verán ellos quién soy yo.

— Señor — le respondió el arzobispo Albornoz, — estad quedo, et non pongades en aventuras a Castiella et León, ca los moros son vencidos, et fío en Dios que vos seredcis hoy vencedor.

Ya en contacto las tropas castellanas con las benimerinas, trabóse un rudísimo combate cuerpo a cuerpo, «una de aquellas carnicerías, dice un autor, que caracterizan tales batallas, en que un terrible flujo y

Sello de Alfonso XI

reflujo de cuerpos humanos cubría los campos arrastrándolo todo en pos de sí la oleada más poderosa».

Mientras esto ocurría, algunas bandas de los castellanos se apartaron del lugar de la acción, y guiadas por algunos conocedores del terreno sorprendieron el campamento de Abul Hassén, y después de saquearlo lo entregaron a la destrucción.

El rey de Portugal, encargado de habérselas con los granadinos, apenas encontró resistencia, pues apelaron a la fuga, por lo cual Yusuf pudo regresar a su corte sin grandes pérdidas.

Alfonso IV y Alfonso XI se encontraron, yendo al

© Biblioteca Nacional de España

alcance del enemigo en las márgenes del Guadalmesí, cuando estaba ya completamente asegurada la victoria, escapando por mar a Marbella Yusuf, y refugiándose en Algeciras el rey bárbaro, para reembarcarse luego y no volver jamás a pensar en nuevas invasiones.

Esta victoria del Salado fué señaladísima, pero tal vez haya exageración en el número de bajas: dicen los antiguos historiadores que murieron 200,000 moros y quedaron prisioneros muchos miles más, mientras por nuestra parte sólo tuvimos veinte bajas, esto es, la repetición de la legendaria batalla de Covadonga. Esto no quita que la victoria fuese decisiva y que los benimerines se retiraran harto escarmentados, pues perdieron las tres cuartas partes de su gente, sin que sea permitido fijar con exactitud su número.

Digamos también que el triunfo correspondió casi exclusivamente a los castellanos; según queda manifestado, el rey de Portugal sólo concurrió con un millar de caballos, y Yusuf pudo llegar a Granada con su efectivo casi intacto; los aragoneses no se movieron de sus barcos; los navarros brillaron por su ausencia a causa de hallarse su rey, Felipe de Evreux, en guerra con el francés.

Quedaron en poder de los vencedores del Salado la hermosa Fátima, con otras tres mujeres de Abul Hassén y su hijo Abohamar. Otros dos hijos perecieron en la brega.

El botín fué inmenso. «Los reales de los moros, dice Mariana, se hallaron llenos de todo género de riquezas, así del rey como particulares, costosos vestidos, preseas y tanta cantidad de oro y plata que fué causa que en España abajase el valor de la moneda y subiese el precio de las mercaderías.»

Después de la victoria. Triunfantes de los ejércitos benimerín y granadino, regresaron los dos reyes de Castilla y Portugal a Tarifa, y procedieron a reparar

© Biblioteca Nacional de España

los muros, que en gran parte habían quedado aportillados, a proveer la plaza y dejar en ella buena guarnición, después de lo cual partieron para Sevilla, donde se les hizo un recibimiento triunfal.

Correspondía ahora galardonar a los que con su esfuerzo habían contribuído a la victoria: el rey de Portugal recibió algunos jaeces y alfanjes, como recuerdo; al Papa Benedicto, que residía en Aviñón, le envió D. Alfonso XI un presente de cien caballos «con sendos alfanjes y adargas colgados de los arzones, y veinticuatro banderas de los moros y el pendón real y el caballo con que el mismo rey D. Alonso entró en la batalla, y otras cosas». A Egidio Bocanegra, el genovés, le hizo almirante de Castilla y le encomendó la guarda del Estrecho de Gibraltar.

No por eso se daba por terminada la guerra, antes bien, si por una parte se temía volviesen a las andadas los africanos en cuanto Abul Hassén se hubiese rehecho de su gran derrota, por otra habíanse cobrado grandes ánimos para arrojar, en definitiva, de España a los granadinos, últimos dominadores musulmanes, y tanto para un caso como para el otro se necesitaba dinero. Ciertamente era mucho el que se había cogido en los reales de Yusuf, pero todo se había ido ya en premios y mercedes y en las pagas de los soldados. Las clases humildes no podían pechar más de lo que pechaban, pero los mercaderes eran ricos y gozaban de una vida holgada. Concediéronse importantes servicios en Llerena y Madrid, y con lo que se recaudó pudo reanudarse la campaña.

Prosigue la campaña.

Comenzaba el año 1341 cuando el rey de Castilla hizo una nueva entrada en el reino de Granada, y obtuvo señalados triunfos. Simulando un ataque a Málaga, distrajo la atención del enemigo y se apoderó de Alcalá la Real, a cual entrega siguieron las de otras muchas y castillos de aquellos

© Biblioteca Nacional de España

contornos, y lo que fué más, gracias al arrojo de D. Alfonso Fernández Coronel, fué tomada por asalto la fortaleza de Modín, a la vista de Granada.

No podían, pues, ser mayores las ventajas que se alcanzaban en la empresa de arrojar de España a los musulmanes que todavía seguían dominando en el reino de Granada. Invernó el castellano en Sevilla y no tuvo desde entonces otro pensamiento que apoderarse de la fuerte plaza de Algeciras.

Las alcabalas

Presentábase lleno de dificultades tal intento, y en primer lugar por la necesidad de dinero y la falta que de él había. Anticipándose los consejeros del rey Alfonso XI a nuestros ministros de Hacienda coetáneos, le hicieron ver cuán fácil era procurarse fondos, para lo cual bastaría imponer fuertes gravámenes sobre las mercancías. En efecto, era un medio sumamente expedito y sólo faltaba que las Cortes lo aprobasen, pues sin las Cortes, por no conocerse entonces los *créditos extraordinarios,* no era posible sacarle una blanca a nadie.

Apresuróse, pues, D. Alfonso XI a convocarlas, en Burgos, dejando encomendado el mando del ejército durante su ausencia, al maestre de Santiago, y ya en la patria del Cid, conferenció con D. Gil de Albornoz, el Arzobispo de Toledo, Lara, el obispo de Burgos y otros personajes influyentes para que defendiesen la proposición, como así lo hicieron. El resultado fué que las Cortes de Castilla concedieron al rey la veintena parte del importe de las ventas que se hiciesen, pero solamente mientras durase el sitio de Algeciras, e igual concesión hicieron las Cortes de León. Era grande el entusiasmo en pro de aquella conquista, y todos se resignaron a pagar.

«Adelante, perdido ya el miedo, dice Mariana—que en sus reflexiones sobre esta clase de asuntos demuestra un profundo conocimiento de las cuestiones económi-

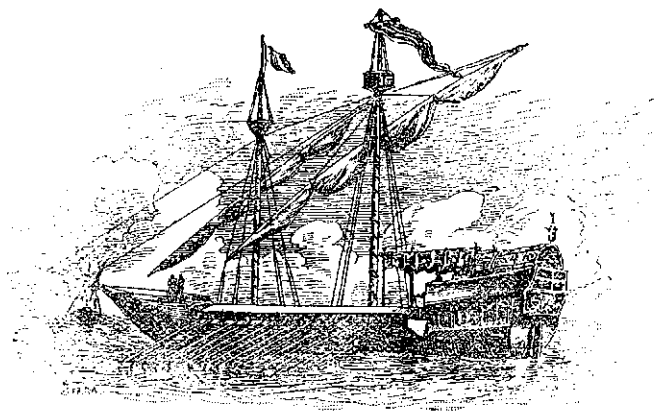
© Biblioteca Nacional de España

cas,—el uso ha enseñado cuán oneroso sea este tributo si por rigor se cobrase. Los ministros reales, por granjear el favor del rey, procuraban acrecentar las rentas reales con mucha industria. El próspero suceso de muchos que han seguido este camino hace que sean hoy válidas mañas semejantes. Llamóse este nuevo pecho o tributo alcabala, nombre y ejemplo que se tomó de los moros.»

Victorias navales.

Contribuyó a hacer menos sensible la nueva gabela la noticia de los brillantes triunfos que se alcanzaban por mar.

Habíanse reunido en la rada de Ceuta ochenta y tres



Galera del siglo XIV

galeras marroquíes y granadinas, y otras doce en las playas de Sierra Bullones, y aprovechándose de este apartamiento fueron atacadas las últimas por diez galeras castellanas que echaron a pique a la mayor parte.

Reunida luego toda la armada mora, fondeó en el desembocadero del Guadalmecí, pero no tardaron en presentarse las flotas castellana, genovesa y portu-

© Biblioteca Nacional de España

guesa al mando respectivo de Ortiz Calderón, Egidio Bocanegra y Pezzano, y fué total la derrota de la Media Luna, pues fueron destruídas veinticinco galeras enemigas y murieron los dos almirantes granadino y africano.

Por si fuera poco, no tardaron en comparecer las galeras catalanas, que, arremetiendo contra trece galeras moras cargadas de bastimentos, frente a Estepona, capturaron a cuatro y echaron a pique a dos, logrando escapar las demás.

El sitio de Algeciras.

Larguísimo, porfiado y lleno de dificultades había de ser el asedio de Algeciras, uno de los más notables en la historia de la reconquista.

Cada vez más animoso Alfonso XI comenzó por reconocer, desde una galera, el emplazamiento de la ciudad, guarida predilecta de los almohades y benimerines, en sus invasiones, y silla en España del imperio africano.

Era una urbe populosa, rodeada de fertilísima y alegre campiña sembrada de alquerías, quintas y molinos. Pudo saberse, por algunos prisioneros que se hicieron, que escaseaba el trigo en la plaza y esto hizo que el rey, impaciente por apoderarse de tan importante ciudad, decidiera emprender desde luego el ataque, sin tener en cuenta las pocas tropas de que a la sazón disponía y que tampoco eran muy sobrados los mantenimientos.

Mandó, pues, al arzobispo de Toledo, al obispo de Cádiz y a los maestres de Calatrava y Alcántara se le reunieran con todas las fuerzas que tuvieran disponibles, mientras los concejos de Andalucía enviaban sus milicias en mayor número de lo acostumbrado.

Comenzaba agosto (1342) cuando se dió principio al cerco. El ejército real constaba de 2,500 caballos y 5,000 peones, y custodiaban la costa las escuadras cas-

© Biblioteca Nacional de España

tellana y catalana, pues los portugueses se habían marchado, sin quererse detener más, después de la victoria del Guadalmecí.

No había que pensar, sin embargo, en que fuese fácil cosa la toma; la ciudad estaba fortificada de una manera formidable, la guarnición era numerosísima, pues constaba de 800 jinetes y 12,000 flecheros, y el vecindario se hallaba dispuesto a resistir hasta la muerte.

Desde el primer momento comenzaron a hacer los sitiados impetuosas salidas, que no dejaban de ocasionar bastante daño a los castellanos, si bien éstos consiguieron, con su arrojo, apoderarse de una torre, llamada de Cartagena, cercana a la ciudad.

Así pasaron días, siendo cada vez más evidente que la toma iba para largo; se abrían fosos y construían trincheras; se acumulaban faginas y maderos, pero todo ello servía de muy poco.

Llegó septiembre y hubo que lamentar el fallecimiento del maestre de Santiago, D. Alfonso Meléndez de Guzmán, siendo nombrado en lugar de tan ilustre guerrero y sesudo varón el jovencito D. Fadrique, el bastardo de D.ª Leonor.

Sobrevinieron luego terribles lluvias otoñales, que ocasionaron grandísimos daños en los campamentos y dieron lugar a una epidemia de la que sucumbieron muchos, pero aun ante tales contrariedades mostrábase obstinado el rey en llevar adelante su empresa.

Por otra parte, y a pesar de la alcabala, no había dinero, por lo cual no vaciló D. Alfonso en pedirlo prestado a los reyes amigos; al de Francia, para el cual fué comisionado D. Gil de Albornoz, que consiguió de Felipe VI de Valois le entregara 50,000 escudos de oro, veinte mil en dinero y el resto en letras sobre el Banco de Génova; al de Portugal; al Papa Clemente VI, que otorgó una pequeña parte de las rentas eclesiásticas;

© Biblioteca Nacional de España

mas aun resultaba harto exigua la cantidad reunida.

Así llegó el año 1343 sin que nada se hubiese adelantado en los cinco meses transcurridos. En vano eran los trabajos de ingeniería que hacían los sitiadores: los fosos y trincheras, las torres de madera, los trabucos y máquinas de batir. Los sitiados disponían también de máquinas, y las piedras que lanzaban destruían todas las torres de los castellanos, las cuales, por otra parte, no era posible acercar a las murallas por lo escarpado del terreno, pero no sólo ésto, sino que, como cuando tenían puesto cerco a Tarifa, «*tirábanles muchas pellas de fierro con los truenos*» a los cristianos, ocasionando con ello grande estrago.

Ciertamente debía estar la plaza muy falta de víveres, pues se hallaba bloqueada por mar y tierra, pero aun así, algunos atrevidos marinos conseguían introducirse de noche en la bahía, en ligeras barcas cargadas de provisiones.

Tanto se prolongaba aquella situación, que algunos aconsejaron al rey desistiese de su propósito y concertase la paz, pero no se avino a ello en modo alguno.

Amenazaba, sin embargo, un grandísimo peligro. Si hasta entonces el rey de Marruecos no había acudido en socorro de Algeciras (como tampoco el rey de Granada) era por la necesidad de atender a la rebelión de su hijo Abderrahmán, pero vencida ésta y muerto el ambicioso príncipe, se dispuso a reanudar la guerra, pues al fin y al cabo se trataba de conservar una importantísima plaza que era suya, y constituía la base de operaciones para cualquier campaña contra el reino de Castilla.

Componíase la escuadra bloqueadora de 50 galeras genovesas y castellanas, diez galeras valencianas, al mando de Mateo Mercer y Jaime Escrivá, cuarenta naves de Castilla, gran número de otras naves y bajeles destinados al transporte de provisiones, y no pocos le-

© Biblioteca Nacional de España

ños y zabras que se dedicaban a lo que llamaríamos hoy el servicio de escampavías, pero contra esta escuadra aprestaba otra Abul Hassén, en Ceuta, a bordo de la cual debían embarcar inmensas fuerzas africanas.

La amenaza, pues, de un socorro tan importante, con tropas de refresco, cuando la hueste sitiadora se hallaba cansadísima y asaz desesperanzada, no podía menos de inspirar las más vivas inquietudes, aunque por fortuna vinieron a prestar nuevos alientos algunos felices sucesos.

En virtud de la cruzada predicada por el papa Clemente VI, francés, comenzaron a llegar al campamento sitiador gran número de caballeros extranjeros y de los otros reinos españoles: acudieron de Inglaterra los condes de Harvead y Salisbury; de Francia, el conde de Foix y otros magnates, y se presentó el rey de Navarra, Felipe de Evreux, en persona, al frente de una lucida hueste, todo lo cual contribuyó a dar grandes alientos a las tropas castellanas y llenó de contento a D. Alfonso.

Al mismo tiempo que los susodichos, llegaban al campamento sitiador el infante D. Juan Manuel y los Laras, con muchos otros caballeros.

Tal aumento de fuerzas llenó de desaliento a los sitiados, que no se atrevían ya a intentar nuevas salidas. El rey de Marruecos, Abul Hassén, tuvo medios de hacerles saber su enojo por lo que consideraba una cobardía, pero los sitiados le contestaron que harto hacían con conservar su efectivo, sin exponerse a inevitables derrotas, dada la pujanza y arrojo de los cristianos.

Esto hizo que los granadinos y benimerines se decidieran a pedir treguas, que les fueron concedidas, y llegando a más, rogaron los embajadores al rey Alfonso XI les permitiera ver los campamentos, a lo cual accedió de muy buen grado.

«Púsoles en admiración, dice Mariana, que sigue en esto la *Crónica de Alfonso XI*, el concierto y buena dis-

© Biblioteca Nacional de España

posición de los pabellones, los soldados repartidos por sus cuarteles, las calles de oficiales, las plazas, como en una ciudad, llenas de provisión; parecióles todo tan bien, que confesaron que los nuestros les hacían grande ventaja en la disciplina militar y política, y que ellos en su comparación sabían poco de aquel menester. Por el tratado de las treguas no se dejaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros; de la ciudad hacían otro tanto, en especial *tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora,* que con grande estampido y no poco daño de los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que de este género de tiros de pólvora hallo hecha mención en las historias». (Ya dijimos que los moros habían empleado también la pólvora en el sitio de Tarifa, contra los castellanos sitiados.)

Llegó el otoño, y los caballeros extranjeros que habían creído que lo mismo sería presentarse ellos que vencer, viendo que la cosa se presentaba algo difícil, se apresuraron a marcharse, bajo especiosos pretextos, y así se volvieron los condes ingleses y el de Foix, imitándoles luego el rey de Navarra, aunque éste por haberse puesto enfermo de verdad, tanto, que murió en Sevilla.

No dejaron de llegar a noticia de los benimerines tales separaciones, y, por lo mismo, cobrando ánimos, se decidieron a tomar la ofensiva, y desembarcaron cerca de Gibraltar. Acudieron los castellanos, dióse la batalla a orillas del río Palmones, y fueron derrotados, por completo, los soldados de Abul Hassén.

Algeciras seguía, con todo, resistiendo con verdadero heroísmo, pues era terrible la escasez de víveres, y las galeras castellanas se apoderaban de las africanas que intentaban aprovisionar la plaza. Por fin, no pudiendo ésta prolongar su resistencia, entregóse Algeciras, al cabo de veinte meses de sitio, como ya dijimos (26 de marzo de 1344).

© Biblioteca Nacional de España

Los pactos fueron que el rey de Granada, a fuer de feudatario del de Castilla, volviese a pagarle tributo como antes; que los sitiados fuesen libres de dirigirse donde quisieren, pasándose la mayor parte a África; que hubiese tregua por diez años.

Ya en poder de Alfonso XI la ciudad, repartiéronse los campos a los soldados, y el rey de Castilla, con gran nobleza, devolvió a Abul Hassén las dos hijas suyas que habían caido prisioneras en la batalla del Salado, generosa acción a la que correspondió el benimerín con riquísimos presentes.

La alegría que produjo en todos los reinos españoles, y más en especial en el de Castilla, la gloriosa toma de Algeciras, fué inmensa, y se celebró con grandes fiestas religiosas y profanas.

«El sitio de Algeciras, escribe el ilustre historiador D. Antonio Benavides en sus *Memorias de Fernando IV*, es uno de los más memorables acontecimientos de la porfiada contienda habida entre moros y cristianos en el largo espacio de setecientos años. Guerra por la tierra y por la mar; gentes venidas de África en ayuda de la villa, otras de todas las partes de España y muchas de Francia para combatirla; encuentros diarios entre ambas razas; ingenios y máquinas de guerra como el resultado de todo el saber de los genoveses, haciendo diarios estragos en los hombres y en las fortalezas; la artillería, en su infancia, disparando muchas pellas de hierro con trueno, indicio de la mudanza radical que iban a sufrir las artes de la guerra; y como si todo esto no bastara, la naturaleza acudió con sus fenómenos a hacer el cuadro más sombrío, multiplicando los peligros y aumentando las penalidades con las lluvias, de tal suerte que alborotada la mar con los temporales, intransitables los caminos, borradas las sendas y veredas, corría grave riesgo el ejército de ser víctima de la hambre, de la pestilencia y de todas las plagas que afligen

© Biblioteca Nacional de España

a la humanidad. Fugáronse del campo cobardemente muchos de los extranjeros que presurosos habían acudido, o con la esperanza del botín o con el deseo de la gloria, o sin tener en cuenta los azares de la guerra, y de seguro sin pensar las vicisitudes y contrariedades que Dios y los hombres iban a poner a la legítima aspiración del rey de Castilla. Muchas veces también los capitanes del ejército, tumultuosamente congregados, aterrados con los riesgos de la empresa y temerosos del éxito, quisieron abandonar el campamento y obligar al Rey a levantar el sitio; pero Alfonso XI, que nunca fué grande hasta el sitio de Algeciras, resistió enérgicamente todas las sugestiones de sus vasallos, con tal entereza y con tanta perseverancia, que resignados si no convencidos, humillaron su soberbia o disimularon su miedo y fueron los compañeros del monarca en aquella gloriosa jornada sin rival en los tiempos antiguos, con muy pocas imitaciones en los modernos.»

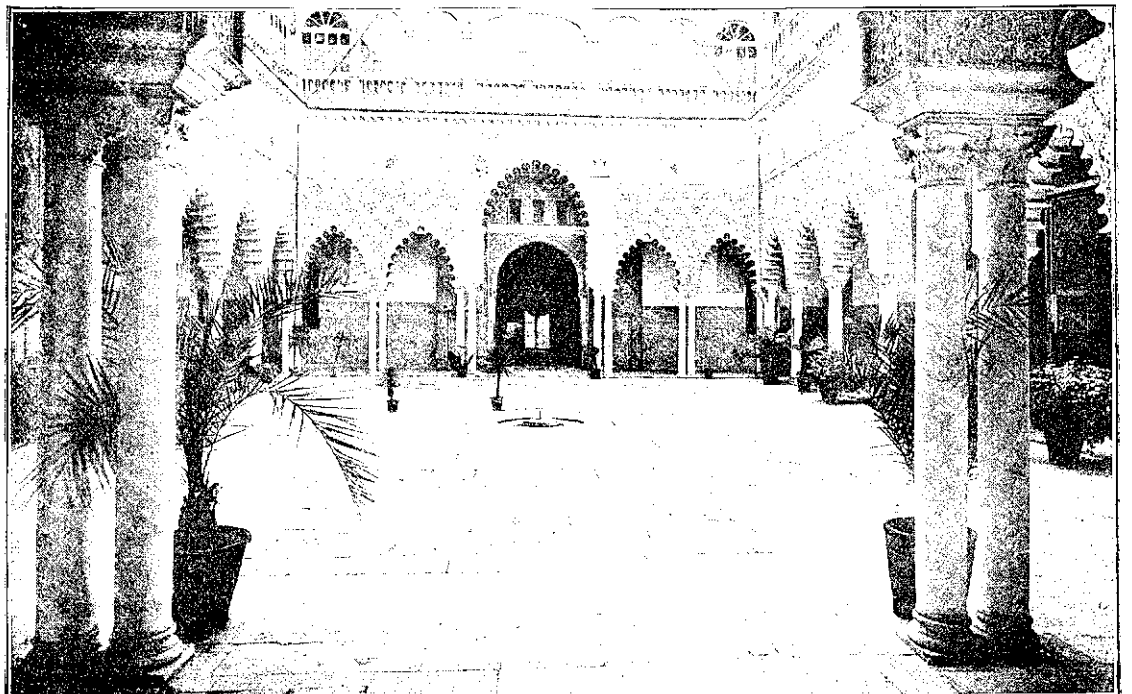
Sitio de Gibraltar.

Cinco años transcurrieron, durante los cuales si hubo paz con los moros, ocurrieron en Castilla gravísimas discordias por las grandes diferencias surgidas entre los calatravos de dicho reino y los de Aragón sobre elección del maestre, pero importantes sucesos dieron lugar a que de nuevo surgiese la guerra con los africanos.

Seguía reinando en Marruecos Abul Hassén cuando su hijo Abul Einán, sin escarmentar en la suerte que le había cabido a su hermano Abderrahmán, se sublevó contra él. La rebelión, esta vez, se vió coronada por el éxito: Abul Einán se proclamó rey de Fez, y embarcando luego para España, ocupó a Gibraltar, Ronda y demás ciudades y villas que en nuestro territorio dependían o habían dependido del imperio africano, poniendo fuertes guarniciones en ellas.

A sus excitaciones respecto a querer reparar las pérdidas debidas a la cobardía y desidia de su padre y a

© Biblioteca Nacional de España



ALCÁZAR DE SEVILLA. — Vista general del Patio de las Doncellas

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

sus jactancias de que vengaría los daños realizados, respondía el pueblo con mayor entusiasmo.

Los castellanos, por su parte, no se mostraban menos belicosos. Ciertamente había que atenerse a la tregua concluída con Abul Hassén, pero no era éste, sino otro rey el que mandaba ahora, y, por lo tanto, creíanse relevados del compromiso. Por otra parte, a nadie se le ocultaba la conveniencia de apoderarse de una vez de Gibraltar, tantas veces ganada y perdida y cuya posesión era un paso decisivo para la total destrucción del poderío musulmán en España.

No deseaba otra cosa el rey Alfonso XI que emprender de nuevo la guerra; Castilla se había repuesto en aquellos cinco años de paz y, por lo tanto, podía proporcionar dinero.

Con este objeto convocó Cortes en Alcalá de Henares, a las cuales concurrieron muchas ciudades que antes no solían ser llamadas, como eran muchas del antiguo reino de Toledo y de Andalucía, que por ser consideradas como fronterizas y tener que hacer grandes dispendios para la defensa, no pagaban alcabalas como las de Castilla y León; pero era tan grande el entusiasmo, que sus procuradores aceptaron fuesen equiparadas a aquéllas.

Dejemos a un lado las disputas de preeminencia que surgieron entre Toledo y Burgos y digamos que por unanimidad se acordó emprender de nuevo la guerra.

Con febril actividad se procedió a reclutar gente y a proveerse de armas, lanzas, caballos, bastimentos, máquinas de batir y todo lo necesario, después de lo cual se puso en marcha el ejército y se presentó ante Gibraltar.

No se hallaba desprevenida esta plaza; las fortificaciones eran inmejorables, numerosa la guarnición, poderosos los medios de defensa. No podían ser más recias las murallas, ni más fuertes las torres, bien arti-

© Biblioteca Nacional de España

lladas con los famosos *truenos* de Tarifa y Algeciras.

El sitiador derribó las quintas y taló los plantíos y arboledas de los alrededores, y batió con sus máquinas las murallas. El pueblo, temeroso de que si entraban los cristianos lo hiciesen a sangre y fuego, optaba por entregarse, pero a ello se oponía la guarnición, compuesta en su mayoría de bárbaros africanos.

D. Alfonso XI, que andaba desavenido con Pedro IV de Aragón, entabló negociaciones con éste para llegar a una estrecha alianza, y así lo consiguió, dando por resultado que el aragonés le auxiliase con 400 ballesteros y una escuadra de 10 galeras al mando del almirante Ramón Vilá.

Pero no les faltaban también socorros a los sitiados, y así era como el rey de Granada les daba grandes rebatos a los castellanos, y hacía prisioneros a cuantos soldados se aventuraban a alejarse algún tanto de sus líneas.

De pronto, y cuanto más fundadas eran las esperanzas de poder tomar la plaza, desarrollóse una terrible epidemia en el campamento de D. Alfonso XI. Era grande la mortandad, y por lo mismo instaban muchos, principalmente D. Juan de Lara y el señor de Villena, a que se levantase el cerco. No se le ocultaba al rey de Castilla la conveniencia de tal resolución, pero dolíale en extremo el abandono de la empresa. Por desgracia, no tardó en caer, víctima de aquella peste, y falleció, aunque bien pudiera sospecharse que murió víctima de un veneno, a instigación de los moros, pues muchas veces, bien penetrados éstos de que el rey Alfonso era su principal peligro, habían atentado contra su vida, salvándose milagrosamente por dos veces en el sitio de Algeciras.

Con la muerte del insigne monarca levantóse el cerco y se retiró el ejército a Sevilla.

Gran pérdida fué la del malogrado D. Alfonso XI,

© Biblioteca Nacional de España

fallecido a los 38 años de edad (26 de marzo de 1350). Ciertamente fué, después de Alfonso VI y de D.ª María de Molina, la figura más saliente de Castilla, y el que inició prácticamente el régimen absolutista, procurando apoyarse en el pueblo para abatir a la nobleza, lo cual, en suma, era ir al cesarismo.

Dijeron de él los historiadores árabes «que había muerto uno de los más excelentes príncipes del mundo», hasta el punto de que muchos caballeros muslimes vistieron luto por él. Corrobora este sentimiento el hecho de que al abandonar el ejército el cerco de Gibraltar para retirarse a Sevilla con el cadáver del rey, los granadinos se abstuvieron de atacarle.

Mariana escribe con viril elocuencia: «Pudiérase igualar con los más señalados príncipes del mundo, así en la grandeza de sus hazañas como por la disciplina militar y su prudencia aventajada en el gobierno, si no amancillara las demás virtudes y la escureciera la incontinencia y soltura continuada por tanto tiempo. La afición que tenía a la justicia y su celo, a las veces demasiado, le dió acerca del pueblo el renombre que tuvo de *Justiciero.*»

De igual manera que D. Jaime I de Aragón, no podía tener sosiego. «Et este Rey, dice su *Crónica,* era de tal condición que cuando le menguaba de contender et trabajar contra los enemigos, contendía él et trabajaba contra los venados de los montes.»

Digamos también que a pesar de las guerras con los moros, de las sediciones de la nobleza y de las contiendas con Portugal y Aragón, Castilla progresaba en todos los órdenes de la civilización, y su literatura se elevaba a esplendoroso grado, según veremos a su tiempo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

PEDRO I DE CASTILLA «EL CRUEL»

UN REINADO ODIOSO.—LAS PRIMERAS VENGANZAS.—GUERRA CON INGLATERRA.—MATANZAS EN BURGOS.—LAS CORTES DE VALLADOLID.—LAS PRIMERAS REBELIONES.—D.ª MARÍA DE PADILLA.—CASAMIENTO DEL REY.—NUEVOS ASESINATOS.—LIGA CONTRA DON PEDRO.—PRISIÓN DEL REY.—EL TERROR.—GUERRA CON ARAGÓN.—NUEVAS MATANZAS.—REANÚDASE LA GUERRA CON ARAGÓN.—PROSIGUEN LAS MATANZAS.—EL PARRICIDIO.—ASESINATO DE ABU-SAID.—PROCLAMACIÓN DE D. ENRIQUE II.—LA BATALLA DE MONTIEL.—MUERTE DE D. PEDRO.

(1350-1369)

Un reinado odioso.

Turbulentísimos tiempos habían de suceder a los que acabamos de historiar, encrespadas como nunca las pasiones y suspendida, en virtud de las treguas con el granadino, la lucha secular con la Media Luna para combatirse tan sólo entre sí los enemigos interiores. Nunca como en el período que vamos a reseñar florecieron la traición, la violencia, la mala fe. Había llegado a su punto culminante la lucha entre el absolutismo monárquico y la nobleza castellana, aunque planteada por el poder real en el más repugnante y antipático de los terrenos, en el terreno de las pasiones carnales y del desenfrenado libertinaje. Se trataba de un hombre que no reconocía ley ni derecho en cuanto a la satisfacción de sus

© Biblioteca Nacional de España

apetitos y que por darles libre rienda no solamente desafiaba a la aristocracia, sino a las propias naciones, así de España como del extranjero; verdadero monstruo coronado, sin que valgan las novelescas reivindicaciones que de su conducta se han pretendido hacer. Por lo mismo, sucumbió en su intento, y triunfó la aristocracia.

Primeras venganzas.

Fallecido D. Alfonso XI, fué elevado al trono, en Sevilla mismo, el 28 de marzo de 1350, su hijo mayor, y único legítimo, D. Pedro, habido de D.ª María de Portugal. Sólo contaba diez y siete años el nuevo rey; pero, de igual manera que su padre, que sólo tenía catorce cuando comenzó a empuñar el cetro, demostró desde luego, valiéndonos de una frase vulgar, que daría muchísimo qué hacer.

Hay que hacerse cargo de las circunstancias en que se había deslizado hasta entonces la existencia de Don Pedro para explicar, ya que no justificar, sus violencias. Su padre, que jamás le demostró el menor cariño, le tuvo encerrado, juntamente con su madre, en el monasterio de San Clemente de Sevilla, sin más preceptores que su ayo, el noble portugués D. Juan Alonso de Alburquerque, ni más espectáculo que el de la triste D.ª María, devorada por los celos y humillada por los continuos desprecios de su regio esposo. Y así se fué depositando en su corazón el más terrible odio contra la favorita y sus numerosos bastardos; odio reconcentrado, que había de dar lugar a las más dramáticas consecuencias en cuanto desbordara.

Fuese por la mala educación recibida, o por ingénito natural, parece ser que D. Pedro se distinguía ya en su adolescencia por su soberbia, su lenguaje descompuesto, su carácter díscolo y su aspereza en el trato con todo el mundo, frutos muy naturales de quien se había criado poco menos que en una prisión, al lado de una madre toda rencor y despecho, y con las leccio-

© Biblioteca Nacional de España

nes de un hombre como D. Juan Alonso de Alburquerque, si muy leal, asaz corto de luces y atento a fomentar todas las malas pasiones del futuro monarca, para hacérsele grato.

Ya proclamado rey se pudo ver que quienes mandarían serían la reina madre, llena de encono contra la que le había arrebatado el cariño de su marido, y con la reina D.ª María, D. Juan Alonso de Alburquerque.

Dióse entonces un espectáculo lastimoso, y fué que los que más rendidos se habían mostrado en servicio de D.ª Leonor de Guzmán, se apresuraron a abandonarla; era poco de temer y, por lo mismo, mandó D. Pedro que fuese encerrada en el palacio de Medinasidonia, villa de su pertenencia, por merced de Alfonso XI, pero como los bastardos contaban con poderosas fuerzas por sus enlaces y sus grandes Estados, no se atrevió por lo pronto el joven rey a proceder contra ellos, antes bien recibió benignamente en Sevilla a D. Enrique, conde de Trastamara, y dejó que continuara, con todo sosiego, en Llerena el otro hermano D. Fadrique, maestre de Santiago. Los demás bastardos eran D. Fernando, señor de Ledesma; D. Tello, señor de Aguilar; D.ª Juana, D. Sancho, D. Juan y D. Pedro.

No fiaba mucho, sin embargo, D. Enrique en las bondadosas demostraciones de D. Pedro, y por lo mismo, para contar con robusto apoyo, se apresuró a celebrar su enlace con D.ª Juana, hermana de D. Fernando Manuel, señor de Villena, matrimonio que el rey consideró como una amenaza y dió por resultado que fuese más riguroso el encierro de D. Leonor de Guzmán, que fué enviada a Carmona. D. Enrique, temeroso de las intenciones que acerca de él pudiera abrigar Don Pedro, creyó oportuno ponerse en salvo y huyó disfrazado, no parando hasta Asturias.

Pocos meses habían transcurrido desde que el joven rey ciñera la corona, cuando cayó enfermo de tal gra-

© Biblioteca Nacional de España

vedad que fué desahuciado por los «físicos», lo cual dió ocasión a que se desataran las más desenfrenadas ambiciones para la sucesión al trono. Mostrábanse los unos partidarios de que se proclamase rey a D. Fernando de Aragón, marqués de Tortosa; otros a D. Juan de Lara; otros a D. Fernando Manuel, todos ellos de regia estirpe. Por fortuna, no se confirmó el pronóstico de los médicos, y D. Pedro recobró la salud, con la agravante de que a los anteriores odios venían a añadirse ahora los engendrados por el conocimiento de los que pretendían ser sus sucesores.

Fué rara casualidad que al corto tiempo fallecieran D. Juan de Lara y D. Fernando Manuel, precisamente cuando se disponían a encender la guerra civil. No hay pruebas, sin embargo, de que hubiesen fallecido envenenados, a pesar de ser muy empleado entonces este medio para desembarazarse de un enemigo o un rival.

Mandaban a sus anchas D.ª María y D. Juan Alonso de Alburquerque, y la reina viuda pudo satisfacer sin trabas sus anhelos de hembra vengativa. «Por un refinamiento de crueldad, dice un autor, mandó sacar de su prisión de Carmona a D.ª Leonor de Guzmán, y en son de fisga, agregándola al séquito de sus damas, la hizo sufrir humillaciones nada nobles, muy poco generosas y mucho menos cristianas, y para terminar tan odioso pasacalle la encerró en Talavera, mandándola matar por uno de sus satélites.» Fué este infame verdugo un ballestero de la reina D.ª María, llamado Alonso Fernández de Olmedo.

Este asesinato había de exacerbar más que nunca los odios contra el rey, y señalaba el comienzo de una era de horribles crímenes, más propios de un país salvaje que de un reino civilizado.

Guerra con Inglaterra.

Contaba Castilla a la sazón, como resultado de la campaña de Alfonso XI contra los benimerines, con una poderosa escuadra.

© Biblioteca Nacional de España

Ignórase por qué motivo, pues existían las más amistosas relaciones entre Castilla e Inglaterra, navegando por las costas de Flandes una flota castellana que llevaba mercancías para aquellos puertos, al mando de D. Carlos de la Cerda, atacó a unas naves inglesas cargadas de vinos, lanas y otras mercancías, las apresó y echó a pique a algunas, y acuchilló a las tripulaciones.

No acabó aquí la cosa, sino que reunida luego una numerosísima flota, en el mismo paraje, con imponente fuerza armada, jactábanse los castellanos de que en breve destruirían todos los buques ingleses, dominarían el mar del Norte, invadirían Inglaterra y destruirían a este pueblo.

Esto hizo que Eduardo III pidiera el auxilio espiritual del Papa y declarara la guerra a Pedro I, a cuyas órdenes, sin duda, se debía la agresión.

Eduardo III, monarca poderoso, vencedor de los franceses por mar en la batalla de la Esclusa y por tierra en los campos de Crécy, mandó reunir en Winchelsee una fuerte escuadra, y atacó a la de Castilla, que quedó totalmente derrotada. La alegría fué inmensa en Inglaterra, y desde entonces se le llamó a Eduardo III *el Rey del mar*. Como resultado, firmáronse las paces (1.º de agosto de 1351) y volvieron a restablecerse las antiguas amistosas relaciones, que con el tiempo habían de serle de gran provecho a D. Pedro.

Matanzas en Burgos.

Tenía el joven rey que celebrar Cortes de Castilla y partió para allá en febrero de 1351. Llegado a Burgos, fué recibido con grandes muestras de alegría, lo cual no fué obstáculo a que, sin estar aprobado por las Cortes, exigiera el pago de la alcabala. Resistióse a ello la ciudad, pero los empleados del fisco lo exigieron a la fuerza, sin duda en virtud de las órdenes del tesorero del rey, o sea el célebre judío Samuel Leví, antiguo almojarife o recaudador de rentas de Alburquerque.

© Biblioteca Nacional de España

Defendía el derecho de Burgos a no pechar la alcabala, mientras no estuviese votada por las Cortes, el adelantado de Castilla, Garcilaso de la Vega, tenido por adicto a los Laras y enemigo de Alburquerque. Estalló el motín, y el pueblo mató a uno de los agentes ejecutivos. Furioso D. Pedro por lo que consideraba un desacato a su real persona, mandó llamar a palacio a Garcilaso, que se presentó juntamente con tres burgaleses, y allí mismo fueron asesinados los cuatro, a porrazos, por los ballesteros, pero no sólo eso, sino que por un bárbaro refinamiento de crueldad, el cadáver del infeliz adelantado de Castilla fué arrojado por el balcón a la calle, para que fuese pisoteado por una vacada que debía lidiarse aquel día, y recogidos sus informes restos, fueron expuestos en un ataúd en el adarve de la muralla.

Cundió el espanto en la ciudad, y fueron muchos los ciudadanos que, temerosos de la real venganza, huyeron a ampararse en otras ciudades, al mismo tiempo que Alfonso Fernández Coronel (muy desleal a Doña Leonor como gobernador de Medinasidonia) se encastillaba en su fortaleza de Aguilar, y D. Enrique hacía lo mismo en Gijón.

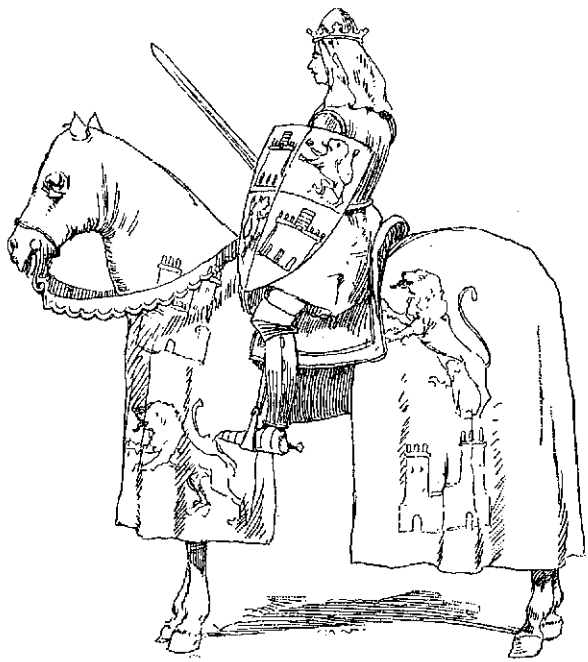
Estaba visto que el joven rey no reconocía freno, y procediendo ahora, como usurpador, después de haberse conducido como un asesino, se apoderaba de los estados de Lara, entre ellos el señorío de Vizcaya, Lerma, Lara y otras villas y castillos, en menosprecio de los legítimos derechos de las tiernas herederas Doña Juana y D.ª Isabel, hijas del difunto D. Juan.

Cortes en Valladolid.

No impidieron los asesinatos de Garcilaso y sus compañeros que ardiese Burgos en fiestas en obsequio al nuevo rey, que por entonces recibió la visita del de Navarra, Carlos *el Malo*, después de lo cual continuó su camino hacia Valladolid para tener allí Cortes.

© Biblioteca Nacional de España

Debe suponerse que los odios que de tal manera ensangrentaban los palacios no rezaban más que entre el rey y la nobleza, y que el pueblo se mostraba ajeno a tales atrocidades. De ahí que en las Cortes se tratase de asuntos de grande importancia y que nada tenían



D, Pedro I *el Cruel*

que ver con las tales diferencias. Es digno de notarse que habiendo propuesto Alburquerque acabar con las behetrías (esto es, con la facultad que tenían muchos pueblos de elegir sus señores, sin precisa condición de ser nobles o plebeyos, y de mudar de ellos cuando les pluguiera) fué rechazado tal intento, por ser «gran

© Biblioteca Nacional de España

sinrazón quitar a estos pueblos la libertad que de sus antepasados tenían heredada».

El plan de Alburquerque al proponer que se diese el golpe de gracia a las behetrías, de suerte que en lo sucesivo recibiesen el señor que nombrara el rey, era enseñorearse él de todas, y tal vez por sospechar este propósito no hizo hincapié D. Pedro en llevar adelante una restricción que tanto favorecía a su poder absoluto, lo mismo sobre los nobles que sobre el pueblo.

Aparte de esto, han quedado aquellas Cortes como dechado de excelente labor, de manera que, como dice un autor, «fueron sus trabajos reglamentarios y legislativos de una importancia y utilidad tan incuestionable, que pocas asambleas castellanas de aquel siglo hicieron tanto, ni tan bueno. El ordenamiento de los Menestrales, la confirmación del de Alcalá, y las restantes disposiciones de seguridad pública, desarrollo y fomento de agricultura, industria y comercio, higiene, costumbres, moralidad pública, protección a los judíos, etcétera, etc., hacen decir a los historiadores que a seguir así, su reinado se citaría con aplauso».

Primeras rebeliones.

Terminadas las Cortes de Valladolid, plantearon algunos nobles a la reina D.ª María la cuestión del casamiento de D. Pedro, muy urgente para asegurar la sucesión; pensóse en la novia y se fijó la elección en alguna de las seis hijas que tenía el duque Pedro de Borbón, primo del rey de Francia. Enviáronse embajadores, accedió el padre y fué la preferida D.ª Blanca, tan hermosa como discreta y buena, y quedaron firmados los esponsales.

Comenzaba el año 1352 cuando sabedor el Rey de que D. Alonso Fernández Coronel se había fortificado en Aguilar y se procuraba alianzas, partió contra él. Atemorizado D. Alonso, huyó a Portugal dejando plantificada a su esposa D.ª María, famosa heroína de castidad, la cual, dice el grave historiador talaverano,

© Biblioteca Nacional de España

«por no poder sufrir la ausencia del marido quiso más perder la vida que dejarse vencer de malos y deshonestos deseos; así, fatigada una vez de una torpe codicia, la apagó con un tizón ardiendo que metió con enojo por aquella misma parte donde era molestada; mujer digna de mejor siglo y de mejor loa, no por el hecho, sino por el deseo invencible de castidad.»

Poco le costó a D. Pedro apoderarse de los Estados de Fernández Coronel, pero hubo prestamente que acudir al sofoco de otros incendios. D. Enrique levantaba la bandera de rebelión desde Gijón, y recorría Asturias, y D. Tello (que al comunicarle D. Pedro, friamente, la muerte de su madre, le respondiera que para él no había más madre que su rey) robaba desde su castillo de Monteagudo, en la raya de Aragón, las vecinas tierras.

Trasladóse D. Pedro rápidamente a Asturias y en esta expedición debía sobrevenir un suceso particular que, sin embargo, había de influir poderosamente en su reinado.

D.ª María de Padilla.

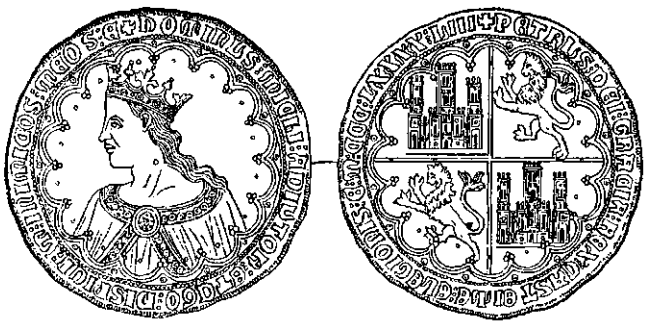
Ello fué que al llegar a Sahagún alojóse el rey en casa de D. Juan Alonso de Alburquerque y allí tuvo la desgracia de conocer y de prendarse en seguida locamente de una preciosa joven, llamada D.ª María de Padilla, hija de D. Juan, señor de Villajera, pequeñuela de cuerpo, bellísima, graciosa y discreta como pocas, y que al parecer se sintió a su vez enamoradísima del rey, que era también un guapo mozo, «blanco, de buen rostro, autorizado con una cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado».

Criábase D.ª María de Padilla en casa de Alburquerque, como dama de una hermana de éste, y parece fué treta de cierto D. Juan de Hinojosa, tío de la doncella, para conquistarse con ello la privanza; tristes amoríos de los cuales, como dice Mariana, debía resultar «la total destruición del Rey y del reino».

© Biblioteca Nacional de España

Siempre, ya desde allí en adelante, en compañía de D.ª María de Padilla, continuó el rey su expedición a Asturias contra D. Enrique, sometiendo fácilmente a los revoltosos, mientras su hermano bastardo se refugiaba en Portugal; subyugó luego a los revoltosos de Monteagudo, desamparados por D. Tello, que huyó a Aragón y por fin revolvió de nuevo contra Aguilar, donde había regresado D. Alonso Coronel después de su emigración a Portugal.

Sitiada la villa, resistió por espacio de cuatro meses,



Dobla de a 10 de D. Pedro I

al cabo de los cuales fué tomada por asalto. Fueron ajusticiados Coronel y cinco caballeros más, desmantelados los muros de la villa y perdonado el pueblo (febrero de 1353).

Triunfador D. Pedro, partióse para Córdoba, donde D.ª María de Padilla tuvo su primer parto, celebrado con grandes fiestas, entre ellas un torneo en el cual D. Pedro recibió una herida que, por la abundancia de la hemorragia, puso su vida en peligro.

Casamiento del rey.

Poco después llegaba a Valladolid la desventurada D.ª Blanca de Borbón, «la fermosa reina, blanca e rubia e de buen do-

© Biblioteca Nacional de España

naire e de buen seso», como dice la *Crónica* de Ayala.

A tanto llegaba la frenética pasión del rey por la Padilla que, aun ante las seducciones de la novia, sintió nacer en su pecho el mayor aborrecimiento hacia la que debía ser su esposa, y no quería matrimoniar, lo cual hubiera constituído un *casus belli* con Francia. Por fin se le pudo convencer, especialmente por parte de Alburquerque, que recelaba del favor de los parientes de la Padilla, y se casó, sin ocultar su contrariedad y su gusto, celebrándose las bodas «con poca solemnidad y aparato, pronóstico de que serían desgraciadas; así lo sospechaba la gente».

Halláronse presentes en la fiesta la reina viuda de Aragón D.ª Leonor (hermana de Alfonso XI), D. Enrique de Trastamara, vuelto a la gracia de su hermano por intercesión del rey de Portugal; D. Fadrique, el maestre de Santiago, que había salido a recibir en la frontera francesa a su futura cuñada; D. Tello, vuelto también a la gracia de su hermano, los infantes de Aragón Don Fernando y D. Juan, y gran número de ricos hombres.

Dos días después de la boda y sin ocultar el rey su desprecio hacia la desventurada D. Blanca, la dejaba abandonada, a pesar de las desesperadas súplicas de su madre y de su tía D.ª Leonor, para encerrarse en el castillo de Montalbán con su combleza, desde donde se trasladaron a Toledo.

Como no es asunto que interese mucho en una Historia de España la relación del escandaloso libertinaje de D. Pedro I de Castilla, pasaremos rápidamente sobre sus idas y venidas con la Padilla, para decir que acabó por enviar presa a Arévalo a la reina D.ª Blanca, concitándose con ello el agravio de Francia, que había de pagar muy caramente, costándole la vida y la corona.

Nuevos asesinatos.

Mandaban ahora a su antojo los Padillas y Henestrosas, y estaba en desgracia Alburquerque. Temeroso éste de que el rey le

© Biblioteca Nacional de España

hiciese matar, se encerró en su señorío de Grajales, mientras el maestre de Calatrava, D. Juan Núñez de Prado, significado por su adhesión a D.ª Blanca, huía a Aragón. De allí le atrajo D. Pedro, con falaces cartas llenas de cariño, y engañado volvió a Castilla, pero en cuanto llegó a Maqueda fué asesinado por los parientes de la combleza, confiriendo D. Pedro, sin derecho ni ley, a D. Diego Padilla el maestrazgo vacante *por defunción*.

Persiguióse luego a Alburquerque, atacando los pueblos y castillos de sus Estados, pero no pudieron entrarlos, y el ex valido logró refugiarse en Portugal, siendo ahora el caso de que D. Pedro nombró adelantado de Extremadura a sus hermanos D. Enrique y Fadrique para que cuidaran de que los soldados de Alburquerque no hicieran entradas en dicho reino. Y lo que sucedió fué que escandalizados aquéllos, se entendieron con el ex valido y concluyeron un tratado secreto contra el dementado rey.

Rey bígamo

Podría ser, como dice el historiador sevillano Espinosa, que D. Pedro, antes de casarse con D.ª Blanca de Borbón, lo hubiese hecho, en secreto, con la sobrina de Henestrosa, hija de Sevilla, en la catedral de esta ciudad, pero lo que sí es cierto es que casado con D.ª Blanca y amancebado con la Padilla, se casó con cierta D.ª Juana de Castro, por la cual había experimentado erótico arrebato al verla en Cuéllar.

Era esta D.ª Juana viuda de D. Diego de Haro, nieto del famoso señor de Vizcaya de igual nombre, y requerida de amores por D. Pedro se negó a acceder a sus pretensiones como no fuera llevándola al altar. Dos complacientes obispos, los de Avila y Salamanca, declararon nulo el enlace de D. Pedro con D.ª Blanca, y así pudo efectuarse el casamiento.

Sabedor del caso el papa Inocencio VI, emplazó a los dos obispos y envió un breve a D. Pedro para que,

© Biblioteca Nacional de España

so pena de incurrir en las censuras de la Iglesia, viviera con su legítima esposa. «Mira, le decía en otro breve posterior, que ya la fama de tus crímenes corre por el mundo, que ya suena en los oídos de todos el rumor de tus pecados, con los cuales se halla tu salvación comprometida, el lustre de tu nombre obscurecido, violada tu gloria, rebajada tu dignidad, tu honor marchito y tu real nombre manchado en su principio y destrozado por los labios de la multitud...»

No fué menester, sin embargo, que el Papa le predicara mucho, pues saciado su brutal deseo, abandonó a la Castro para correr de nuevo a los brazos de D.ª María, que en su pasajero abandono había pensado meterse monja. En cuanto a D.ª Juana, continuó llamándose reina y se fué a vivir en la villa de Dueñas, que la había donado su temporal esposo, naciendo después un hijo, llamado D. Juan, de su efímero matrimonio.

Liga contra D. Pedro.

La felonía de que, aunque hubiera podido preverlo, había sido víctima D.ª Juana de Castro movió a su hermano D. Fernando, poderoso caballero de Galicia, a vengar la afrenta. Contaba para ello con el auxilio de sus poderosos parientes y amigos, el concurso de los tres hermanos del rey, D. Enrique, D. Fadrique y D. Tello, Alburquerque y gran número de señores, y además con el auxilio de Talavera, Córdoba, Cuenca, Úbeda, Jaén, Toledo y otras ciudades, indignadas contra las intolerables demasías y crímenes de D. Pedro.

Las peticiones de la Liga se reducían, en suma, a que la pobre D.ª Blanca fuese devuelta a su dignidad de esposa y reina, saliendo de su encierro del alcázar toledano para ocupar el lugar que le correspondía en el trono; que la combleza entrara en un convento y que la parentela de la misma fuese separada de la privanza, pues de todo disponían y en todo mandaban los Padillas y Henestrosas.

© Biblioteca Nacional de España

Reuniéronse los coligados en Cuenca de Tamariz y enviaron un mensaje al rey que se hallaba en Tordesillas, exponiéndole sus pretensiones, no siendo menester decir que D. Pedro rechazó iracundo lo que se pretendía, de igual manera que había despreciado las conminaciones del papa Inocencio VI.

Rompiéronse en consecuencia las hostilidades y los coligados comenzaron por apoderarse de la importante villa de Medina del Campo, pero un sensible contratiempo vino a turbar la alegría del triunfo. Valiéndose D. Pedro de sus acostumbradas malas artes, había hecho envenenar a su antiguo preceptor y valido D. Juan Alonso de Alburquerque. El noble prócer, en los horrores de la agonía, tuvo aún alientos para hacer jurar a sus compañeros no enterrasen su cadáver hasta conseguida la victoria.

Prisión del rey.

La actitud cada vez más amenazadora de la Liga y la fuerza que iba adquiriendo, convencieron al rey de que valía más transigir que proseguir la guerra, y con este objeto se allanó a que se celebrase una conferencia entre representantes suyos y otros de la nobleza, como así se efectuó en el pueblo de Tejadillo, cerca de Toro, aunque no se pudo llegar a un acuerdo. En su vista volvieron a reunirse los comisionados en Toro, y resueltos esta vez a imponerse a toda costa, le intimaron a que se diese preso.

Como no podía menos, accedió D. Pedro a cuanto se le exigió: prisión de Henestrosa y del tesorero Samuel Leví; nombramiento del infante D. Fernando de Aragón para el cargo de canciller mayor; del infante D. Juan como alférez mayor; de D. Fadrique como camarero mayor; de D. Fernando de Castro como mayordomo mayor. Era, pues, una renovación completa del personal palatino, en substitución de la camarilla de la combleza.

© Biblioteca Nacional de España

Habíase conseguido lo que la Liga pretendía y, por lo tanto, dióse sepultura al cadáver de D. Juan Alonso de Alburquerque, en el monasterio de Espina.

Disimuló el rey su furor y aprovechándose de la libertad en que se le dejaba, confiados en su palabra los nuevos gobernantes, escapó con el judío Samuel a Segovia y desde allí a Burgos, donde llamó a sus parciales para luchar contra los rebeldes (1355).

El terror. Apena tener que dar cuenta de sucesos como los que venimos refiriendo; narrar tantas desgracias provocadas por las malas pasiones de un solo hombre, pues aunque la nobleza era sin duda ambiciosa y díscola, en el caso de que hablamos representaba la defensa de la moralidad y de la ley. El provocador de todas la rebeliones había sido D. Pedro, subido al trono sin más idea que la de venganza, azuzado por su madre y rodeado de gentes sin escrúpulos, como eran los que le habían encenegado en el vicio para aprovecharse ellos de la regia libídine.

Sello circular de D. Pedro I

Ciertamente podía temerlo todo D. Pedro de sus numerosos hermanos bastardos, pero tal vez no hubiera ocurrido lo que después acaeció sin el infame asesinato de D.ª Leonor de Guzmán; hubiera podido atraerse a la nobleza, y en su lugar la convirtió en enemiga con su brutal proceder con la infeliz reina D.ª Blanca, pues harto veían los ricos hombres, y con ellos el pueblo, que la conducta del rey provocaría una guerra con Francia. ¿Se puede justificar por ningún concepto el asesinato de los cuatro burgaleses que protestaban del co-

© Biblioteca Nacional de España

bro de la alcabala sin estar votado por las Cortes? ¿Se puede abonar el robo que hizo a las hijas de D. Diego de Haro del patrimonio que les pertenecía? ¿Y qué decir de su bigamia, que hace de él una especie de precursor de Enrique VIII de Inglaterra?

El alzamiento de la nobleza podía ser en el fondo un medio para alcanzar el gobierno, pero los motivos expuestos lo hacían más que de sobra justificado.

Y así se tenía trastornada a Castilla; así corría la sangre y se cometían las más horribles crueldades para que D. Pedro pudiera defender, no sus prerrogativas, sino sus vicios y su afán de despotismo.

Ya libre el rey, sólo pensó en bañarse literalmente en sangre, y hay que remontarse a los tiempos de Nerón, Calígula y Domiciano para encontrar un monstruo de maldad comparable al monarca de Castilla, verdugo coronado que se diría presa de monomanía homicida.

Dispersóse la Liga, procurando ponerse en salvo los que la formaban y en cambio acudieron con sus mesnadas y sus mercenarios los Padillas y Henestrosas, los Benavides, Guzmanes, Fernández de Toledo, Sanabrias, Girons, Villodres y otros, a quienes se les prometía espléndido botín.

Ya en campaña, no para vencer al enemigo, sino para saciar su sed de sangre, llegó a Medina del Campo e hizo matar en su presencia al adelantado de Castilla, D. Pedro Ruiz de Villegas y a D. Sancho Ruiz de Rojas.

Entretanto, apoderábanse de Toledo D. Enrique y D. Fadrique; eran feroces los odios, y como había llegado a su colmo la aversión a los judíos, correligionarios de Samuel Leví, el tesorero, fueron acuchillados más de 2,500 de aquellos infelices, avecindados en dicha ciudad.

Poco después llegaba allí D. Pedro, y mandaba que D.ª Blanca fuese sacada del alcázar y encerrada en Sigüenza, hecho lo cual mandó degollar a seis nobles y

© Biblioteca Nacional de España

veintidós ciudadanos, entre ellos un joven de diez y ocho años que se ofreció a morir en vez de su padre, octogenario, de oficio platero; substitución a que accedió el rey, sin mover su pecho a la clemencia tal rasgo de filial amor.

Caballero de Calatrava

No sosegaba, sin embargo, D. Pedro hasta haber tomado venganza de los de Toro, cuartel general de los partidarios de D.ª Blanca. Allí se hallaban la reina madre, D. Enrique, D. Fadrique, D. Per Estébanez Carpintero, que se titulaba maestre de Calatrava y gran número de caballeros que habían formado en la Liga. Puso sitio D. Pedro, y durante el mismo consiguió escapar D. Enrique y se refugió en Galicia.

D. Fadrique, a su vez, arriesgándolo todo, salió de la ciudad y se presentó a su hermano, haciendo protestas de su fidelidad.

© Biblioteca Nacional de España

El sitio, sin embargo, se iba prolongando, sin que se viese el término, hasta que un traidor vendió la plaza entregando una puerta a los realistas. Ya dentro fué atroz la carnicería, siendo las primeras víctimas Carpintero, González de Castañeda y otros caballeros principales. Los verdugos se cansaban de matar gente a mazadas, sin valerles ni aun los que se refugiaban en el regazo o a las plantas de la reina D.ª María, la cual cayó desmayada de espanto y horror, y maldiciendo la crueldad de su hijo huyó a Portugal.

Digamos ahora que, desde que saliera del convento de San Clemente de Sevilla, siempre había dado mucho qué decir D.ª María por sus liviandades, y no se corrigió ahora en Portugal, donde escandalizó con sus relaciones con cierto D. Martín Tello, por lo cual murió envenenada por orden de su padre el rey Alfonso IV.

Continuaron las ejecuciones en otros pueblos, hasta que, harto de sangre, se puso en camino para Tordesillas, donde la Padilla acababa de dar a luz por tercera vez. El rey quiso celebrar sus matanzas, y para ello hizo un torneo, en medio del mayor regocijo. Parecía que se hubiese aplacado ya D. Pedro, pero no fué así, pues al siguiente día hacía matar a dos escuderos de D. Fadrique, que con justo motivo estaba temiendo no hiciesen lo mismo con él.

Entretanto, D. Enrique y D. Tello, amparados en las fragosidades de Vizcaya, hacían rostro a las tropas reales enviadas contra ellos y derrotaban por dos veces a la hueste de D. Pedro, después de lo cual embarcábase el primero para la Rochela (Francia) en espera de los acontecimientos.

Guerra con Aragón.

Anegada en sangre la rebelión regresó don Pedro a Sevilla, donde solía tener su corte, y para distraerse fuese a ver matar atunes en las almadrabas de Sanlúcar de Barrameda.

Allí se hallaba cuando hubo de ser testigo presencial

© Biblioteca Nacional de España

de un desmán cometido por una escuadrilla de nueve galeras catalanas, al mando del almirante Francisco Perellós. Navegaba esa escuadrilla hacia Normandía, para auxiliar al rey de Francia en su lucha con Inglaterra, y al pasar por delante del puerto de Santa María hubo de ver que había allí fondeadas dos naves italianas, de Pisa. Hallábanse en guerra a la sazón catalanes y genoveses, y Perellós no reparó en apoderarse de aquéllas, a pesar de los ruegos de D. Pedro y de ondear en sus palos la bandera castellana juntamente con la de Génova, después de lo cual vendió los bajeles y el cargamento. Pidió satisfacción el rey de Castilla al de Aragón, Pedro IV, que éste no quiso dar; mandó el Pedro de Sevilla confiscar los bienes de los catalanes establecidos en dicha ciudad, y el Pedro de Barcelona hizo lo mismo con los castellanos (1356).

Atacó D. Pedro I de Castilla a Aragón por varios puntos a la vez; por la frontera de Murcia, por Molina, por Calatayud, pero de todas partes fué rechazado con graves pérdidas y escasa honra. Recrudecióse la lucha al comenzar el siguiente año y esta vez lograron los castellanos apoderarse de Tarazona. Era lastimoso espectáculo ver de tal modo guerrear entre sí dos príncipes cristianos, y por intercesión de la Santa Sede se convino una tregua.

Es digno de notarse, por lo que honra a su patriotismo, que en esta guerra con Aragón pelearon bajo las banderas de D. Pedro I sus hermanos D. Fadrique y D. Tello, deponiendo para ello la actitud defensiva que habían adoptado en Vizcaya.

Nuevas matanzas.

Descansado D. Pedro del cuidado de la guerra con el aragonés, continuó dedicándose a la matanza y a la libidine, ocupaciones en que no admitía competidores. Primero mandó prender y matar a D. Juan de la Cerda. En seguida se dedicó en Sevilla, a la conquista de las hermanas D.ª María

© Biblioteca Nacional de España

y D.ª Aldonza Coronel, hijas de aquel D. Alfonso Fernández Coronel a quien hizo dar muerte en su castillo de Aguilar, y de cuya esposa citamos tan notable ejemplo de castidad. Digna de su madre se mostró D.ª María, viuda de D. Juan de la Cerda, mandado asesinar poco antes por D. Pedro, como queda dicho, pues para librarse de verse en brazos del asesino de su padre y de su esposo, no vaciló en desfigurarse horriblemente el rostro. Menos honrada D.ª Aldonza, cedió al real requerimiento, pero fué corto el favor de que gozó.

De largo tiempo anhelaba el rey matar a su hermano D. Fadrique. Llamólo un día de a fines de mayo (1358), a su cámara y en cuanto llegó dió orden D. Pedro a sus ballesteros de que le matasen con sus porras, como así lo hicieron incontinenti. Después de esto corrió el rey por todo el palacio en busca de los servidores del difunto; sólo se pudo dar con Sancho Ruiz de Villegas (hermano del adelantado de Castilla, asesinado en Medina del Campo por D. Pedro); para salvar la vida cogió en sus brazos a una de las hijas de la Padilla, pero D. Pedro se la hizo soltar, y le acribilló él mismo a puñaladas. De regreso a su cámara se encontró con que todavía alentaba D. Fadrique; mandó a un criado le rematase, para lo cual le entregó su propia broncha o puñal, y luego, muy tranquilamente se sentó a comer, en un aposento contiguo a aquel en que yacía el cadáver de su hermano.

Después de esto, trasladóse sin dilación a Bilbao. Hallábase allí el infante D. Juan de Aragón, primo suyo, a quien había prometido el señorío de Vizcaya y venía a reclamarle ahora. D. Pedro le hizo matar en su misma cámara y arrojar luego el cadáver por el balcón (12 de junio de 1358). No satisfecho aún, mandó que dicho cadáver fuese transportado a Burgos, y que allí lo arrojaran al río.

Buscaba ahora a D. Tello para hacerle sufrir igual suerte que a D. Fadrique, pero consiguió escapar, por

© Biblioteca Nacional de España

lo cual se apoderó de su esposa D.ª Isabel de Lara y la encerró en el castillo de Jerez, en compañía de la desdichada D.ª Blanca de Borbón.

Reanúdase la guerra con Aragón

Había terminado la tregua concertada con Pedro IV. Peleábase por mar y tierra. Don Pedro I en persona, con la escuadra al mando del genovés Gil Bocanegra, atacó a la escuadra aragonesa, en la playa de Barcelona; pero los catalanes se habían prevenido, y contaban con una bombarda, que fué la primera que se empleó en toda Europa, en la marina de guerra. Con aquella artillería fueron echadas a pique dos galeras castellanas, mientras los terribles ballesteros barceloneses ponían en dispersión con sus certeros disparos a los demás buques. En esta defensa, como ya diremos, se cubrieron de gloria los Gremios de la ciudad condal. Con igual infructuoso resultado atacó a Ibiza y Alicante, hasta que por fin desembarcó en Cartagena para volver, en Tordesillas, a los brazos de la combleza (1359).

Prosiguen las matanzas. — El parricidio.

Apenas en tierra D. Pedro mandó matar a su tía D.ª Leonor (hermana de Alfonso XI y madre de Pedro IV), presa en el castillo de Castrojeriz; a D.ª Juana de Lara, esposa de su hermano, en Sevilla, e hizo envenenar a D.ª Isabel de Lara, viuda del infante D. Juan (el asesinado en Bilbao), en Jerez de la Frontera.

Mientras así se dedicaba al exterminio llegó a su noticia la tremenda derrota que D. Enrique, D. Tello y D. Pedro de Luna habían infligido en Araviana al ejército castellano, mandado por Henestrosa, tío de la combleza, y para vengarse del vencimiento no se le ocurrió ir él con nuevas fuerzas, sino que hizo matar a dos inocentísimos seres, D. Juan y D. Pedro, de 19 y 14 años de edad respectivamente, hijos menores de Alfonso XI y la Guzmán, y hermanos suyos por lo tanto. Con lo cual era ya tres veces fratricida.

© Biblioteca Nacional de España

Habíanse suspendido las hostilidades con Aragón, bajo la presión de Abul Said, de Granada, aliado de Pedro IV, y se hallaba D. Pedro en Burgos, a primeros de 1360, cuando supo que D. Enrique y D. Tello se dirigían hacia la Rioja al frente de 1,500 caballos y 2,000 infantes. Y de nuevo se repitieron las matanzas de judíos, a quienes se hacía, muy injustamente, cómplices de D. Pedro; así fué cómo perecieron, al filo de la espada, todos los que se hallaban en la aljama de Nájera. Siguió adelante aquella tropa, camino de Briviesca, después de cruzar por los desfiladeros de Pancorbo, y furioso D. Pedro I fuese a su encuentro, a la cabeza de 10,000 hombres. Llegado el rey a Azofra se le presentó un humilde clérigo diciéndole que había tenido una visión anunciándole que debía precaverse, pues si no moriría a manos de D. Enrique. El imprudente pagó en el acto con la vida su advertencia.

Retiráronse D. Enrique y D. Tello, ante la superioridad de fuerzas de su hermano, y de nuevo entregóse el rey terrorista a sus acostumbradas matanzas, sin reparar en leales ni contrarios. Ahora mandó dar muerte a uno de sus más fieles servidores, el repostero mayor D. Gutierre Fernández de Toledo, y no atreviéndose a hacer lo mismo con su hermano el arzobispo de Toledo, le desterró.

Tocóle entonces la vez al que desde sus primeros pasos había sido el más precioso auxiliar de D. Pedro, su tesorero Samuel Leví.

Ávido de apoderarse de sus riquezas le acusó de malversación, y después de someterle a los más crueles tormentos le mandó matar, como así se cumplió, entre las más horribles maldiciones del hebreo contra su malvado señor.

Faltaba coronar aquella terrible carrera de crímenes. Continuaba presa la infanta D.ª Blanca de Borbón en el castillo de Jerez, después de su larga odisea

© Biblioteca Nacional de España

de ocho años por las cárceles del reino, y la hizo envenenar por mano de un hombre llamado Juan Pérez de Rebolledo. Contaba tan sólo la desventurada y hermosa princesa 25 años.

El rey podía darse ya por satisfecho; la Padilla no tendría quien le hiciera sombra; pero no hubo de ser, pues murió al poco tiempo, si bien de muerte natural.

Asesinato de Abu-Said

Aunque en suspenso las hostilidades con Aragón, ocurrían a veces algunas escaramuzas con los granadinos, a causa de haber apoyado D. Pedro la causa de Mohamed V contra Abu Said. Sucedió, pues, que atacado por éste un cuerpo de tropas castellanas que se habían adelantado hasta Guadix, les infligió total derrota, haciendo muchos prisioneros.

Con todo, no quería Abu Said que pasase más adelante la guerra, y, por lo mismo, se apresuró a devolver a D. Pedro, sin rescate, los soldados que habían caído en sus manos, y no sólo esto, sino que le pidió un salvo conducto para visitarle en Sevilla. Accedió el monarca castellano y se presentó al poco tiempo Abu Said con brillante escolta y portador de riquísimos presentes.

D. Pedro le recibió con gran cordialidad, le obsequió con un banquete y propuso luego una gira, a la cual debían asistir Abu Said y 37 caballeros de los de su séquito. Ya fuera, en el lugar de Tablada, y tanto para vengarse de haberlo constreñido a firmar las paces con Pedro IV de Aragón, como para apoderarse de sus magníficas joyas, fueron pasados a cuchillo todos los granadinos, y D. Pedro I mató él mismo a lanzadas al rey Abu Said, víctima de la más artera traición (1362).

Poco después, y para dejar asegurada la sucesión habida de la Padilla, reunía D. Pedro Cortes en Sevilla y declaraba bajo la fe de un hermano y un tío de la difunta, y otros dos testigos, que antes de contraer enlace con D.ª Blanca se había casado con la susodicha

© Biblioteca Nacional de España

sobrina de Henestrosa, en consecuencia debían ser reconocidos como legítimos sucesores a la corona sus hijos Alfonso, Constanza, Isabel y Beatriz y en caso de faltar todos éstos, aquel D. Juan de Castro que dijimos hubo en su efímero casamiento con D.ª Juana, la rica hembra de Cuéllar.

Con todo, los proyectos del rey comenzaron pronto a verse contrariados, pues a los pocos días moría el varón D. Alfonso, por lo cual le heredaba D.ª Constanza (1362).

Proclamación de don Enrique.

Habíase reanudado la guerra con Aragón, y aunque los castellanos habían obtenido algunas ventajas, no llevaba trazas de acabar, lo cual hacía que decayeran mucho las fuerzas de los contendientes, aunque en especial las del tirano de Castilla.

Entretanto, D. Enrique procurábase la alianza con el rey de Francia, que con razón abrigaba odio mortal contra el verdugo de D.ª Blanca de Borbón, y tomaba a sueldo las terribles *compañías blancas* del caballero Beltrán Duguesclín, lo cual hizo que Pedro IV de Aragón le ofreciera su concurso para derribar del trono al fratricida y parricida.

Principiaba marzo de 1366 cuando cruzaban el Pirineo D. Enrique y Duguesclín, y a los pocos días entraban en Calahorra, donde en medio del mayor júbilo era proclamado rey D. Enrique, coronándose a primeros de abril en el monasterio de las Huelgas de Burgos. La revolución se propagó con rapidez extraordinaria, viéndose D. Pedro acorralado en Sevilla, donde había ido a refugiarse, desde Burgos, a la noticia de la entrada de su hermano en Calahorra. La nobleza y el clero, casi en masa, se habían adherido al nuevo orden de cosas, y en todo caso sólo contaba el rey con partidarios entre el pueblo, que veían en el terrible matador de caballeros y damas el azote de la nobleza.

© Biblioteca Nacional de España

Y sin embargo, la aristocracia representaba entonces la libertad, el freno al absolutismo monárquico, mientras la alianza del trono y el pueblo representaba, no el triunfo de la democracia, sino el del despotismo. Si el tirano halagaba al pueblo, en Castilla, era por necesitarlo como arma para sus fines, y cuando más adelante, abatida la nobleza y hecha instrumento palaciego pensó conservar el pueblo las libertades otorgadas por el favor real, recibió el pago de su concurso en Villalar. No se tuvo la suerte, en Castilla, de unirse los nobles y los comunes, como en Inglaterra, para imponerse al trono y gozar de los derechos inherentes a la personalidad humana sin necesidad de hacerlos reconocer por cruentas revoluciones.

No se ocultaba al nuevo rey D. Enrique, que su origen podía ser causa de desprestigio, pero si bastardo era ¿no lo era también, a pesar de lo declarado en las Cortes de Sevilla, la sucesión de D. Pedro? ¿Sería más honroso que el suyo el nacimiento de la heredera del trono, D.ª Constanza, la hija de la Padilla? En la necesidad, pues, de hacerse perdonar su ilegitimidad, acudió D. Enrique a las dádivas, con los nobles, y a lo que llamaríamos hoy populachería, con las clases plebeyas, a las cuales se atraía con su familiaridad y modestia.

Veíase perdido D. Pedro I, y para intentar su salvación embarcóse en Sevilla para avistarse, en el ducado de Guiena, perteneciente a la sazón a Inglaterra, con el famoso *Príncipe Negro*, así llamado por el color de sus armas, hijo de Eduardo III, con quien había combatido, según dijimos, en los principios de su reinado.

Hizo escala D. Pedro en Galicia, y marchando a Santiago mandó matar al arzobispo y al deán; realizadas estas dos ejecuciones continuó su camino, y por fin encontró al *Príncipe Negro* en Bayona, mientras tanto D. Enrique entraba en triunfo en Sevilla.

Previa la venia de Eduardo III allanóse el *Prín-*

© Biblioteca Nacional de España

cipe Negro a restaurar en el trono a D. Pedro, para lo cual contaba con sus famosos arqueros. Cruzó el ejército inglés el Pirineo, atravesó por Navarra, sin que a tal violación de territorio se opusiera su rey, Carlos *el Malo*, y desembocó en la Rioja.

Por demás está decir que la cooperación del inglés no fué gratuita, ni sin más objeto que volver por los fueros de la legitimidad, sino que hubo de ser prestada con su cuenta y razón. D. Pedro se comprometía a pagar a las tropas inglesas, a entregar al *Príncipe Negro* el señorío de Vizcaya y el de Castro Urdiales, a ceder la ciudad de Coria a sir Juan Chaucer, condestable del príncipe, y otras ventajas, aparte de la promesa de que D. Pedro no cometería nuevos crímenes, a todo lo cual se allanó.

D. Enrique, reuniendo cuantas tropas pudo, fué a su encuentro; pero a medida que se acercaba iban aumentando de tal manera los rumores de lo formidable que era la expedición inglesa, que los soldados desertaban en gran número, por lo cual, y antes de quedarse sin tropas, forzó la marcha y se enderezó intrépidamente contra el enemigo, con el cual se topó en Nájera. La batalla fué terriblemente sangrienta, y aunque castellanos y franceses pelearon con desesperado valor, contra el *Príncipe Negro* (3 de abril de 1364), perdióse por la cobardía de D. Tello, que huyó con su gente, sin tomar parte en la brega. Con eso fué total la derrota de los enriqueños, debiendo el de Trastamara su salvación a la ligereza del caballo que montaba, mientras Duguesclín caía prisionero. Este salvó la vida, pero muchos caballeros que se hallaron en igual caso fueron ejecutados por orden del sanguinario rey.

Había triunfado, pues, D. Pedro, que se apresuró a regresar a Sevilla, no sin mandar matar de paso a muchos ciudadanos de Toledo, Córdoba y otras ciudades, y ordenar otras ejecuciones en su corte. En Córdoba

© Biblioteca Nacional de España

hizo perecer a diez y seis caballeros principales; en Sevilla mató a muchos, pero fué horrible lo que se hizo con D.ª Urraca de Osorio, madre de D. Juan Alfonso de Guzmán, a la cual hizo *quemar viva*. Una doncella de esta señora, llamada Isabel Dávalos, de Úbeda, se metió en medio de las llamas «para tenella las faldas porque no se descompusiese, y se quemó junto con su ama; hazaña memorable, señalada lealtad con que grandemente se acrecentó el odio y aborrecimiento que de atrás al rey tenían».

A todo esto, el *Príncipe Negro* que esperaba se le cumpliese lo ofrecido, y, en efecto, D. Pedro le hizo saber que no estaba dispuesto a cumplir nada, con lo cual el otro se volvió a Guiena echando pestes y horrorizado de los crímenes que cometía su favorecido, faltando a la palabra empeñada.

Batalla de Montiel.

No se descorazonó D. Enrique por la terrible derrota de Nájera, y al siguiente año comparecía de nuevo en Calahorra, con Duguesclín, habiendo entrado esta vez por el valle de Andorra.

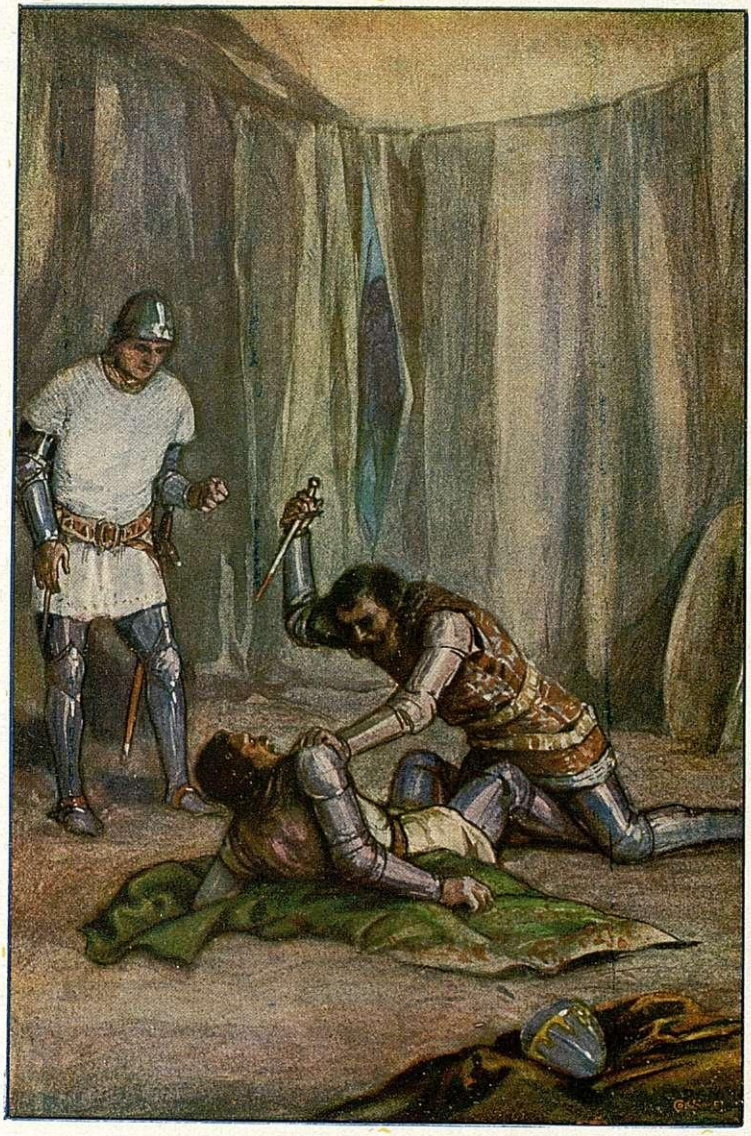
No podía ya ahora contar D. Pedro con el auxilio del chasqueado inglés y, por lo mismo, apeló al auxilio del rey de Granada, Mohamed V, su amigo, que le envió 7,000 caballos y mucha infantería.

Digamos ahora que tampoco Mohamed prestaba su concurso *gratis et amore*, sino con ventajosas condiciones para él.

Empezó la campaña, y mientras D. Enrique avanzaba y era aclamado rey en Burgos, León, Medina de Río-seco, Madrid y otras villas, los moros granadinos cruzaban la frontera, arruinaban las poblaciones, talaban los campos y se apoderaban de los castillos que mejor les parecía, sirviendo así a su rencor contra los cristianos, y ayudando al rey de Castilla.

A todo esto D. Pedro, al frente de aquella tropa mahometana, con los castellanos que quisieron se-

© Biblioteca Nacional de España



Asesinato de D. Pedro I de Castilla, *el Cruel*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

guirle, salió contra Córdoba, que se había pronunciado por D. Enrique; pero con tanto valor se defendieron aquellos ciudadanos, y especialmente con tanto ardor se conducían las mujeres, que se vió obligado a retirarse.

La situación era tan crítica que D. Pedro, para poner en seguridad a sus hijas y sus riquezas, las envió a Carmona, siguiendo después hacia Toledo, que por mantenerse a su devoción, tenía sitiada D. Enrique.

Beltrán Duguesclin

Sabedor éste de que su hermano iba para allí dejó el cerco y partió a su encuentro, avistando su campamento en el campo de Montiel, en plena llanura manchega.

Atacó con furia D. Enrique, y ante su terrible acometida desbandóse la caballería granadina, quedándole tan sólo a D. Pedro tres mil lanzas, la mitad moras y por lo tanto, muy poco seguras. Trató de huir, pero viéndose cerrado el paso se vió obligado a encerrarse en un castillejo que no lejos se levantaba. Era ya infalible su captura y para más asegurarla levantóse todo alrededor una cerca de piedra.

Muerte de D. Pedro.

Hallábase con el rey de Castilla uno de sus leales, llamado Men Rodríguez de Sanabria, amigo de Duguesclín, y viéndose con éste

© Biblioteca Nacional de España

le propuso dejar escapar a D. Pedro por la cantidad de 200,000 doblas de oro. El *condottiere* francés se negó, pero como insistiera Sanabria, acabó por decirle que lo pensaría, mientras lo que hizo fué ir a participárselo a D. Enrique. Manifestóle éste que 200,000 doblas de oro le daría él si engañaba a Sanabria, diciéndole que estaba conforme y que se presentase D. Pedro en su tienda.

Llegó la hora, ya de noche, y al entrar D. Pedro en la tienda del traidor adalid de las *compañías blancas* estaba ya allí D. Enrique, puñal en mano.

Las versiones de lo que allí ocurrió varían mucho; ello es que D. Pedro murió apuñalado por D. Enrique, gracias al auxilio que en la fiera riña le prestó el francés (23 de marzo de 1369). Así pereció el rey D. Pedro, a los 34 años de edad y diez y nueve de reinado, transcurrido en luchas intestinas, heredadas de la lujuria del padre y agravadas por la lujuria del hijo.

Como es natural, si D. Pedro ha tenido terribles acusadores, ha contado también con los vindicadores que nunca les faltan a los mayores malvados, comenzando por Caín y Judas, y acabando por Marat y Robespierre.

Reinado fué el de D. Pedro I de Castilla muy al caso para dar materia a poetas y novelistas, pero que en la historia de España constituye tan sólo un sangriento paréntesis, no compensado con la menor gloria ni adelanto. Las Cortes, aterrorizadas, se habían convertido en débil instrumento de sus designios, si bien para recobrar luego y aun aumentar su antigua influencia y su peso en el gobierno.

Quedan como recuerdo de aquellas Cortes un *Ordenamiento de menestrales*, lleno de restricciones, y la confirmación del *Ordenamiento de Alcalá*, que databa en parte de Alfonso VI y en parte de Alfonso XI. En lo demás, hizo publicar de nuevo el *Fuero Viejo de*

© Biblioteca Nacional de España

Castilla, aunque él no respetase fueros ni pragmáticas de ninguna clase.

No hizo nada por España, nada por el pueblo y nada por nadie, sino para la satisfacción de sus insaciables apetitos carnales, clave y explicación de todos sus actos. Por lo demás, escandalizó a la cristiandad; el Legado del Papa le tuvo que excomulgar por sus terribles pecados, y el *Príncipe Negro* no pudo contenerse de prodigarle los más duros calificativos por sus atroces matanzas en prisioneros indefensos. Mató a débiles mujeres, venerables ancianos, inocentes niños, y cabe preguntarse si en vez de un hombre de seso no reinó en Castilla un loco siniestro, poseído de la manía homicida.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LOS TRASTAMARA

ENRIQUE II *el de las mercedes.*—COMIENZOS DIFÍCILES.—RESURGIMIENTO DE LAS CORTES.—AUXILIOS NAVALES A FRANCIA.—GUERRA CON PORTUGAL.—CONCORDIAS CON NAVARRA Y ARAGÓN.—GUERRA CON NAVARRA.—EL GRAN CISMA DE OCCIDENTE.—MUERTE DE DON ENRIQUE II.

(1369-1379)

Comienzos difíciles.

Inaugúrase con el reinado de Enrique II una dinastía bajo la cual debía renacer el poder de las Cortes, con inmenso beneficio del país y llegarse por fin, después de un período anárquico, a la consolidación de la autoridad real, apoyada por todos los elementos vitales del país y tan robusta que convirtió a España en potencia dominante y dejó echadas las bases de su unidad nacional.

Desde luego no fué unánime el reconocimiento de la realeza de Enrique II, bastardo por su origen, aunque a la verdad, peor se decía de D. Pedro, pues se afirmaba que era hijo pegadizo, vendido por unos judíos a la reina D.ª María de Portugal, amenazada de muerte por Alfonso XI si no paría un varón, y parió una hembra, o cual la obligó a efectuar dicho cambalaje. Y así se explica el atroz insulto que en la tienda de Mon-

© Biblioteca Nacional de España

tiel le dirigió D. Enrique a D. Pedro llamándole «hi de... judío».

Sea como fuere, quedábale todavía algún partido a D. Pedro entre la nobleza y entre las ciudades, aunque no en todas fuese perfectamente espontáneo el afecto; así, en Toledo, si se mostraban partidarios de aquél era por el recuerdo de los terribles castigos que había impuesto, y por la fuerte guarnición de 600 hombres de armas y no pocos ballesteros, ciegamente adictos. Y otro motivo había y era que D. Pedro se había llevado en rehenes a varios principales caballeros que continuaban ahora en poder de los *petristas*, tales como eran Men Rodríguez de Sanabria, Villodres, Ruiz de Castro y otros, para quienes la heredera del trono era D.ª Beatriz, otra bastarda, la hija mayor de la Padilla.

Entre tal disyuntiva de bastardía, preferible era sin duda D. Enrique, aunque apareciese teñido con sangre fratricida, pues más fratricida, y parricida, que D. Pedro, no cabía, matador de D. Fadrique, D. Juan y don Pedro, hijos de su padre, y que hubiera querido matar cien veces, si pudiera, a D. Enrique y D. Tello; matador de su esposa; matador de su desgraciada tía, D.ª Leonor, hermana de su padre; matador de cuantos creía que no le eran adictos.

Pero aparte de la resistencia de esos cuantos nobles y algunas contadas ciudades a reconocerle, había la hostilidad de los reyes de Portugal, Navarra, Aragón, Granada e Inglaterra, ávidos todos ellos de arrojarse sobre Castilla y llevarse el trozo más grande que se pudiera. Unicamente un reino había que se mantuviese estrechamente fiel, y era Francia.

El primero en aventurarse a apañar con lo que se deparara fué el pequeño Portugal, que por lo pronto alcanzó algunas ventajas y se apoderó de varias plazas de Galicia y León, pero habiendo acudido D. En-

© Biblioteca Nacional de España

rique, se apresuró a retirarse, aunque reteniendo algunas ciudades de que se había apoderado.

También rompió las hostilidades el rey de Granada, quien, aliado con Marruecos, recobró a Algeciras, y para que no pudiese servir en adelante de baluarte de los cristianos mandó arrasar completamente las fortificaciones y cegar su puerto. Pronto se concertaron treguas, sin embargo, y también se disipó el peligro por aquella parte.

Poco a poco se fueron entregando las ciudades reacias, incluso la fuerte plaza de Carmona, baluarte del petrismo, no sin mengua de Enrique II, pues prometió no castigar a su leal y valeroso defensor Martín López de Córdoba, con título de maestre de Calatrava, y faltó a su palabra haciéndole sufrir horrible muerte.

Resurgimiento de las Cortes

Apenas restablecida la tranquilidad interior se apresuró D. Enrique II a tener Cortes en Toro (1369), ciudad en la que siempre había contado con fervientes parciales, Cortes que figuran entre las más memorables de la Historia por las sabias leyes que en ellas se promulgaron y a las cuales, a no tardar, debían añadirse otras, también por las Cortes reunidas en la misma ciudad.

Poco después de las primeras Cortes de Toro se celebraba en Medina del Campo, no propiamente una asamblea, sino una especie de junta compuesta únicamente de ricos hombres y caballeros para ver cómo se pagaba a Bertrán Duguesclín y sus *compañías blancas*. Mostrábanse aquellos extranjeros soberbios y exigentes hasta lo sumo, pues se atribuían el exclusivo mérito de haber elevado al trono a D. Enrique. La Junta de Medina no encontró mejor expediente que el desacreditadísimo de alterar el valor de la moneda, acuñando *cruzados* y *reales* de baja ley. El resultado fué una monstruosa elevación de precios, tanto que un caballo que valía antes de 6,000 a 10,000 maravedís, costaba ahora 60,000.

© Biblioteca Nacional de España

Lo adeudado representaba una cantidad enorme, pues sólo a Duguesclín se le debían 120,000 doblas, según la promesa que en el campamento de Montiel le hiciera D. Enrique porque le entregase a D. Pedro I. Como no bastaba el numerario que había disponible, se acabó de satisfacer entregando D. Enrique a Duguesclín al hijo del rey de Mallorca, D. Jaime, casado con la reina Juana de Nápoles, que había ofrecido 70,000 doblas por su rescate.

Este D. Jaime había sido uno de los generales de D. Pedro I en la batalla de Nájera, y se había retirado después, cuando la segunda invasión de D. Enrique, al castillo de Burgos, donde le hizo prisionero el nuevo rey. Aparte de esto, D. Enrique acabó de pagarle a Duguesclín con la donación de Soria, y las villas de Almazán, Atienza, Montagudo, Molina y Serna, de manera que no podía estar quejoso de lo bien que se le recompensaban sus servicios y su traición.

Reunidas de nuevo las Cortes en Toro (1371), a las cuales acudieron los tres brazos, eclesiástico, de la nobleza y popular, lleváronse a cabo importantísimos trabajos legislativos. En ellas se modificaron algunas disposiciones harto restrictivas del *Ordenamiento de Menestrales* y se promulgaron varias leyes contra el bandolerismo, que, a favor de las largas guerras civiles había adquirido alarmantes proporciones; pero como dicen los Sres. Fornes, «la gloria de estas Cortes en su segundo período es mayor, por la organización de una *chancillería* o audiencia, como supremo tribunal de apelación, con siete oidores o magistrados, y cuyas sentencias eran absolutamente definitivas. Para las causas criminales estableció ocho alcaldes ordinarios en la corte, que administraban la justicia bajo una previsora tramitación. Además las Cortes y el rey quisieron garantir el patrimonio de la corona, impidiendo donaciones de villas y ciudades, y anular privilegios

© Biblioteca Nacional de España

nobiliarios, como el de levantar fortalezas sin autorización real; declararon que las mujeres no podían ser presas ni embargados sus bienes por deudas de sus maridos; que nadie fuese despojado de lo suyo sin ser oído y vencido en justicia; y quedó abolida la ley última de la moneda, acuñándolas nuevamente con todo su valor efectivo. En fin, estas Cortes, con patriotismo y buenos deseos, atendieron a las peticiones de las ciudades y corporaciones del reino, legislando con prudencia para unificar el poder, garantir el orden, la seguridad individual, el derecho de cada uno y el desarrollo libre de sus libertades y naturales privilegios. Algunos errores administrativos y económicos se adoptaron, pero son disculpables porque eran errores universales de la época.»

Auxilios navales a Francia

Mucho debía Enrique II a los Valois, que le habían ayudado poderosamente a que derribase del trono a D. Pedro I; era cuando Francia e Inglaterra sostenían terrible guerra, y el de Trastamara creyóse obligado a corresponder a los favores recibidos, enviando una escuadra en auxilio del rey Carlos V *el Sabio* que a la sazón estaba sitiando la plaza de la Rochela, de la cual se habían apoderado los ingleses.

El auxilio no podía ser más precioso. La escuadra castellana era fuerte y numerosa; mandábala el almirante Ambrosio Bocanegra, digno hijo y sucesor de su padre Egidio, o Gil, y entre otros bravos marinos figuraban como capitanes de las galeras el ilustre Cabeza de Vaca, Ruy Díaz de Rojas y Fernando de Peón.

Ya en la Rochela trabóse reñidísimo combate entre la flota castellana y la flota inglesa, al mando ésta del conde de Pembroke, yerno de Eduardo III, y obtuvo Bocanegra la más completa victoria (21 de junio de 1372). De tanta monta fué el triunfo, que cayeron prisioneros de los castellanos el de Pembroke y setenta

© Biblioteca Nacional de España

caballeros de espuelas doradas, con 8,000 soldados, aparte de haberse hecho riquísima presa.

Los caballeros, incluso el conde de Pembroke, fueron enviados a Burgos, juntamente con el dinero hallado a bordo de las galeras inglesas, muriendo muchos de ellos en las prisiones.

Reciente aún la victoria de la Rochela, apresaba Bocanegra frente a Burdeos otros cuatro buques ingleses, pero sin duda por algún agravio que tendría recibido del francés, dejó de continuar la campaña y recaló en Santander.

Era sin embargo demasiado precioso el concurso de la poderosa escuadra castellana para que los franceses se aviniesen a prescindir de él, y por lo mismo presentáronse algunos buques de dicha nación en Santander reclamando el nuevo envío de nuestra escuadra para apretar más el cerco de la Rochela y cooperar a la acción de la flota francesa, a las órdenes de Iván de Gales (que por vengar la muerte de su padre el príncipe de Gales, muerto por orden de Eduardo III, peleaba contra su patria) y de Morellet de Montmaur.

Enrique II se apresuró a deferir al requerimiento de Carlos V *el Sabio* y envió a la Rochela una flota compuesta de 40 naos, 8 galeras y 13 barcos, a las órdenes de Ruy Díaz de Rojas, y nuevamente se cubrió de gloria la escuadra castellana, cooperando en primer término a la toma de la Rochela (octubre de 1372), pero de igual manera que le había ocurrido a Bocanegra, volvióse Ruy Díaz de Rojas enojadísimo contra los franceses; cosa que debía repetirse muchas veces en el transcurso de la historia.

Por lo demás, y aparte de la deuda de gratitud que tenía D. Enrique II con Francia, habían de ser para la nueva dinastía gran motivo de satisfacción aquellas victorias sobre Inglaterra, en primer lugar, como compensación a la derrota que en Nájera le infligieron los

© Biblioteca Nacional de España

arqueros del *Príncipe Negro*, y sobre todo por el casamiento contraído por los dos hijos del rey de Inglaterra, el duque de Lancáster y el conde de Cambridge, con las dos hijas de D. Pedro *el Cruel*, D.ª Constanza y D.ª Isabel, por lo cual el duque se intitulaba pomposamente *Rey de Castilla*.

Guerra con Portugal.

No escarmentaba en sus pretensiones el rey Fernando de Portugal, nieto de Sancho *el Bravo*. Ya se recordará que a raíz de la proclamación de Enrique II se presentó en son de guerra contra éste y consiguió momentáneamente algunas ventajas, aunque después se vió obligado a hacer las paces. Aliado después (1372) con el duque de Lancáster, declaró la guerra al castellano, pero éste, que contaba con un buen ejército y una poderosa escuadra, no esperó a que llegara el otro, sino que hizo irrupción en Portugal y después de apoderarse de varias plazas del Norte se presentaba a la vista de Lisboa, incendiaba los arrabales, y se apoderaba de los barcos; pero no sólo triunfaba por tierra D. Enrique, sino que la escuadra de Bocanegra, zarpando de Sevilla, ponía en fuga a la escuadra portuguesa de Lanzarote Pesaña. Esto hizo que el portugués se allanara a pedir la paz, como así sucedió (abril de 1373).

Concordias con Navarra y Aragón.

Reinaba en Navarra Carlos *el Malo*, modelo de felonía, y aprovechándose de los disturbios de Castilla cuando la lucha entre don Pedro y D. Enrique, se había apoderado de las ciudades de Logroño y Vitoria. El rey de Castilla le exigió su devolución, amenazándole en otro caso con la guerra, pero no fué menester, pues el navarro se avino a entregarlas por 12,000 doblas, quedando después sellado pacto de amistad.

Habían desaparecido, pues, los temores de nuevas guerras con Portugal y con Navarra; estaba sosegada Castilla, y continuaba la tregua con Granada, pero no

© Biblioteca Nacional de España

había nunca seguridad respecto a Aragón, cuyo rey, Pedro IV, *el Ceremonioso*, no podía ver con buenos ojos que ocupara el trono de Castilla un bastardo, y no menos que se mostrara tan *liberal*, como diríamos hoy, mientras él tendía al absolutismo y tenía atragantadas las Cortes y los privilegios.

Ya parecía inminente la guerra (1373), habiéndose confederado Pedro IV con el duque de Lancáster, cuando, mediante un hábil golpe de diplomacia deshizo D. Enrique II la combinación, y fué proponiendo el matrimonio de su hijo y heredero D. Juan, con doña Leonor de Aragón, hija de D. Pedro IV. Aceptó éste al momento, y quedó concertada la boda para el año 1375; faltaba la devolución de algunas villas de que en los pasados disturbios se había apoderado el aragonés, y se arregló mediante la entrega de 180,000 florines.

La nueva dinastía había arraigado rápidamente no sólo en Castilla, sino en el resto de España mediante los enlaces matrimoniales con aquellas casas reinantes; así, pues, como garantía de las paces con Portugal se había concertado el casamiento de D. Sancho, único hermano superviviente de D. Enrique II (pues D. Tello había fallecido ya de muerte natural) con la infanta Beatriz, hermana del rey Fernando, y seguidamente, después del convenio con Navarra, el matrimonio del primogénito de Carlos *el Malo* (después Carlos III *el Noble*) con la infanta D.ª Leonor, hija del castellano, de suerte que con las bodas, ahora, del príncipe D. Juan con la hija de D. Pedro IV, quedaba estrechamente relacionada la casa de Trastamara con las de Portugal, Navarra y Aragón.

Guerra con Navarra.

Era hombre Carlos *el Malo* de quien era imposible fiar, capaz de hacer traición a su misma sombra.

Ya hemos dicho que, ante la amenaza de guerra de Enrique II, avínose Carlos a devolverle las plazas de

© Biblioteca Nacional de España

Logroño y Vitoria mediante el pago de 12,000 doblas, que el castellano hizo efectivas; pero siempre codicioso, y, sobre todo, traidor, concluyó un pacto con los ingleses (a pesar de estar aliado con los castellanos y franceses, enemigos de aquéllos), en virtud del cual les cedía el puerto de Cherburgo que era suyo, a cambio de una buena suma de dinero con la cual pensaba poder levantar tropas y arrebatar nuevas tierras a sus vecinos.

Creyendo Carlos *el Malo* que todos eran de su condición, tanteó al adelantado de la frontera castellana D. Pedro Manrique para ver si se avenía a entregarle Logroño, por la cantidad de veinte mil doblones y espléndidas mercedes para después. D. Pedro Manrique aceptó el trato y se quedó con los doblones, y en su vista, muy satisfecho el navarro se disponía a tomar posesión de la capital riojana cuando saliendo el adelantado le atacó furiosamente, teniendo Carlos y sus tropas que buscar su salvación en la fuga. Entonces, con su acostumbrada falta de decoro pidió la paz al que de tal manera había querido hacer traición, pero D. Enrique le exigió la entrega de veinte castillos, a lo cual no tuvo más remedio que acceder.

Como se ve, renovábanse las glorias de Castilla, después de tan largo período de miserables persecuciones y villanías como el transcurrido desde que subiera al trono Pedro I *el Cruel*, derrotado por aragoneses, granadinos y franceses, y vencedor tan sólo una vez, y aun no él, sino el *Príncipe Negro*.

El gran cisma de Occidente.

Atravesaba la cristiandad por una dolorosa crisis. Dos papas, Urbano VI y Clemente VII, se disputaban la tiara, el uno desde Roma, el otro desde Aviñón. El primero le envió a D. Enrique, que se hallaba en Córdoba, una embajada solicitando su reconocimiento. D. Enrique, de igual manera que había hecho Pedro IV, se abstuvo de tomar

© Biblioteca Nacional de España

partido a favor de ninguno de los dos Pontífices, esperando a que la Iglesia decidiera (1379).

Muerte de Enrique II.

Todo hacía prever un próspero reinado, en medio de la más profunda paz, cuando, sin que nada lo hiciera prever, falleció de pronto el rey Enrique, en circunstancias que daban mucho que sospechar. Atribuyóse la muerte a envenenamiento; según unos, Carlos *el Malo* de Navarra le había dado hierbas; según otros, el envenenamiento había sido causado por unos borceguíes que le envió el *Rey Bermejo* (Mohamed V) de Granada, temeroso de que, hallándose D. Enrique en paz con los demás reyes, no se aprovechase del respiro para volver sus armas contra él.

De todas suertes, continuaba en Castilla la monarquía, con la ventaja de haber desaparecido las amenazas, o, mejor dicho, los abusos del absolutismo, intentado por Alfonso VI y realizado por Alfonso XI. De nuevo ejercían las Cortes su elevada misión, coartada por el terrorismo de D. Pedro I. Podía tacharse de ilegítimo nacimiento al nuevo rey, ¿pero eran más legítimas las hijas de la Padilla y el hijo de la Castro? Bastardos por bastardos, valían más los hijos de la Guzmán que los de la Padilla, por ser varones, aparte de lo cual D. Enrique II había sido reconocido por las Cortes de los reinos.

Aparte de esto, hacíase recomendable el nuevo rey por sus simpáticas dotes personales, pues se distinguía por «su afabilidad, blandura y suave condición; sus buenas y loables costumbres, que por excelencia le llamaban el Caballero; ayudábale otrosí a que le tuviesen respeto y afición la majestad y hermosura de su rostro blanco y rubio, ca dado que era de pequeña estatura, tenía grande autoridad y gravedad en su persona.

»Estas buenas partes de que la naturaleza le dotó, la benevolencia y afición que por ellas el pueblo le te-

© Biblioteca Nacional de España

nía las aumentaba él con grandes dádivas y mercedes que hacía... A la verdad, fuéle necesario hacerlo de esta manera para asegurar más el nuevo reino y gratificar con estados y riquezas a los que le ayudaron a ganarle y tuvieron su parte en los peligros, ocasión de que en Castilla muchos nuevos mayorazgos resultaron estados y señoríos» (Mariana).

Murió D. Enrique II, *el de las mercedes*, en Burgos, el año 1379, a los 46 años, después de 13 de reinado, desde que se coronó en Calahorra. «Varón de los más señalados, continúa diciendo el historiador talaverano, y príncipe en la prosperidad y adversidad constante contra encuentros de la fortuna, de agudo consejo y presta ejecución, y que el mundo le puede llamar bienaventurado por la venganza que tomó de las muertes de su madre y de sus hermanos con la sangre del matador y con quitalle de la corona la cabeza. Ejemplo, finalmente, con que se muestra que la falta del nacimiento no empece a la virtud y al valor, y que si enfrenara sus apetitos deshonestos en que fué vuelto, pudiera competir con los reyes antiguos más señalados. La franqueza demasiada de que algunos le tachan disculpa asaz la revuelta de los tiempos y la codicia de los nobles, que no se dejaban granjear sino a precio de grandes y excesivas mercedes. Además que estaba puesto en razón hiciese parte de los premios de la victoria a los que se la ayudaron a ganar y se hallaron a los peligros y trabajos.

»Todavía en su testamento corrigió en gran parte esta liberalidad con excluir de la herencia de aquellos estados que dió a los deudos transversales, y admitir solamente a los descendientes, hijos y nietos, traza con que gran parte de los pueblos que por esta causa se enajenaron y de las donaciones enriqueñas han vuelto a la corona real.»

Del profundo sentido político de D. Enrique II dan

© Biblioteca Nacional de España

fe los consejos que, a la hora de la muerte, dió a su hijo y heredero D. Juan, y fueron: que, respecto al cisma, no se inclinara a favor de ninguno de los dos pontífices; que viviese en el temor de Dios; conservase la amistad con Francia; pusiese en libertad a todos los cautivos cristianos; se procurase buenos ministros y criados «que son el todo para gobernar bien». Respecto a los partidos, recomendóle que conservase a los que le habían sido fieles por las mercedes que les había dispensado, aunque sin fiar mucho; a los que habían seguido a D. Pedro les podía confiar toda clase de cargos, pues habían probado su lealtad; y en cuanto a los que habían permanecido neutrales les dispensase justicia, pero no les confiase cargo alguno, que habían de mirar más por sus intereses que por el procomún.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

LA CUESTIÓN DE PORTUGAL

JUAN I.—LOS ESPAÑOLES EN EL TÁMESIS.—COMIENZOS DE GUERRA CON PORTUGAL. — BATALLA DE ALJUBARROTA. — GUERRA CON EL DUQUE DE LANCÁSTER.—TRASTORNOS INTERIORES.—LOS JUDÍOS.—LAS CORTES.

(1379-1390)

Juan I. Fué proclamado rey D. Juan I en Burgos, esto es, en el mismo lugar donde había fallecido su padre. Contaba veintiún años y se coronó juntamente con él su esposa D.ª Leonor de Aragón (1379).

Demostraba el arraigo que había tomado la nueva dinastía la total ausencia de rebeliones, antes bien, por el contrario, era universal la alegría al ver sentado en el trono a quien, según se decía, se mostraría digno hijo de su llorado padre. Y era cierto que se distinguía por su condición apacible, su prudencia y su piedad.

Casi a raíz de la coronación convocó Cortes en Burgos, en las cuales dió plena satisfacción a las demandas de los procuradores, en lo cual obró bien, pero ya no tanto en lo que, si bien para cumplir con las últimas voluntades de su padre, hizo al año siguiente y fué

© Biblioteca Nacional de España

que requerido por Carlos V *el Sabio*, de Francia, para que de nuevo pusiese a su disposición la escuadra castellana, contra los ingleses, se allanó a ello.

Verdad es que fué tan glorioso el triunfo alcanzado por nuestra marina que casi podía darse por bien empleada la intervención.

Los españoles en el Támesis

Al objeto de cumplir con lo que le pedía el rey de Francia, armó D. Juan I, en Sevilla, veinte galeras que puso a las órdenes del almirante Fernán Sánchez de Tovar, sucesor de Ambrosio Bocanegra. Esta escuadra, después de costear el litoral occidental de España y Francia y de dar caza a los buques ingleses que encontraba, cruzó el canal de la Mancha y embocando por el Támesis llegó hasta Londres, donde los castellanos dejaron terrible huella de su estancia, pues aparte de capturar gran número de buques, talaron los campos e incendiaron las granjas y alquerías.

No es menester decir el furor que se apoderó de los ingleses por la mengua que resultaba para ellos de la incursión de la escuadra castellana hasta los mismos puentes de Londres, y en su consecuencia salió el duque de Lancáster reivindicando sus antiguas pretensiones al trono de Castilla como casado con D.ª Constanza, la hija de D. Pedro I y la Padilla.

Comienzos de la guerra con Portugal.

Poco temible hubiera sido la amenaza, de no haberse proporcionado el de Lancáster la alianza de Fernando de Portugal, que, con olvido de las amistades recientemente confirmadas con D. Juan I, no vaciló en faltar a todos los tratos concluídos. D. Juan I comprendió que había que sofocar con toda urgencia la agresión, y reuniendo un fuerte ejército en Simancas puso sitio a la importante plaza de Almeida, y marchó luego sobre Lisboa. La magnífica escuadra castellana, como anteriormente al mando de Tovar, se componía de 16 galeras, las cua-

© Biblioteca Nacional de España

les vencieron a las 23 de los portugueses, apresando 20 y haciendo prisionero a su general el conde de Barcellos D. Alfonso Téllez. No se comprende ahora cómo conseguido tal triunfo abandonó Tovar las aguas de Lisboa para retirarse a Sevilla, pues con ello dejó libre el campo a la expedición inglesa que, al mando del conde de Cambridge (hermano de Lancáster) se disponía a desembarcar en Portugal.

Llegada la primavera (1382) aprestáronse al combate, entre Almeida y Badajoz, los castellanos de una parte y los anglo-lusos de otra. Eran los portugueses 3,000 jinetes y gran número de infantes; contaba el de Cambridge con otros 3,000 caballos y otros tantos flecheros; los castellanos disponían de 5,000 hombres de armas y 500 caballos ligeros, todos ellos aguerridos veteranos. Por suerte intercedieron los prelados de los dos bandos y se pudo concluir un armisticio, con gran satisfacción de los ingleses, a quienes ya les pesaba verse tan lejos de su país.

No tardó luego en firmarse un tratado de paz bajo las siguientes condiciones: casamiento de la heredera del trono de Portugal, D.ª Beatriz, con el infantito don Fernando, el menor de los dos hijos de D. Juan I, a fin de evitar que aquel reino se juntara con el de Castilla; restitución de las galeras y prisioneros hechos por el almirante Tovar; prestación de naves en que regresar a su país los ingleses.

Todo quedó aceptado, cuando la inesperada muerte de la buena reina D.ª Leonor de Aragón alteró lo convenido, y fué que en vez de casar D.ª Beatriz con el infantito, todavía muy niño, y, por lo tanto, dejando expuesto a Portugal a peligrosas interinidades, casaría con D. Juan I, y a la muerte de D. Fernando de Portugal tomarían D. Juan y D.ª Beatriz el título de reyes, pero sin gobernar, quedando este cuidado a cargo de la reina viuda D.ª Leonor Téllez, hasta que llegado a

© Biblioteca Nacional de España

los catorce años el hijo o hija que tuviesen, éste o ésta serían reconocidos como reyes, de hecho y de derecho de Portugal.

No tardó en morir el rey Don Fernando, y según lo pactado fueron proclamados reyes Doña Beatriz y Don Juan I de Castilla, con gran disgusto del maestre de Avis, Don Juan, hermano bastardo del difunto monarca.

Caballero de Avis

Quedaba entablada la contienda entre castellanos y portugueses; apoyaba la nobleza a los reyes D.ª Beatriz y D. Juan I de Castilla; el brazo popular prestaba su más entusiástico concurso al gran maestre de Avis.

Estalló una revolución en Lisboa, en la cual se cometieron los más horribles excesos contra los castellanos y los nobles portugueses. Inmediatamente partió para Lisboa Don Juan I al objeto de castigar la rebelión del maestre de

© Biblioteca Nacional de España

Avis. Quedó la capital sitiada por mar y tierra, y a buen seguro que hubiera caído en poder de los castellanos a no haberse desarrollado una terrible peste en el campamento, de manera que D. Juan I no tuvo más remedio que regresar a Sevilla, y dejar el sitio para mejor ocasión.

Los portugueses entonces no quisieron ya disimular más, y proclamaron rey de Lusitania a D. Juan I, gran maestre de Avis (y de consiguiente tocayo del castellano). La lucha amenazaba ser empeñadísima. D. Juan I de Castilla que tenía su cuartel general en Ciudad Rodrigo, invadió a Portugal y tomó a Coimbra, mientras la escuadra castellana bloqueaba a Lisboa. No solamente se aprestaba la capital a hacer una defensa brava, sino que el Gran Maestre de Avis, reuniendo un importante ejército salió al encuentro del ejército castellano.

Batalla de Aljubarrota

He aquí cómo refieren los señores Fornes la famosa victoria de los portugueses:

«Víspera de la Asunción se encontraron ambos contendientes en Aljubarrota; las tropas de uno y otro bando deseosas de combatir; los portugueses ocupando una excelente posición en un valle cerrado por dos colinas que, formando ángulo, se abrían sobre una vasta llanura. La parte angosta y elevada del valle, que ocupaban atricherados unos doce mil portugueses, se prestaba a una buena defensa, de modo que al llegar los castellanos molidos, cansados y hambrientos ante el enemigo, los viejos caudillos querían aplazar el combate hasta el día siguiente, pero los más jóvenes, y el rey con ellos, optaron por acometer en el acto. Esta imprudente locura produjo un funesto desastre; las tropas, reventadas de cansancio por su larga marcha anterior, aunque arrinconaron de pronto al enemigo, fueron a su vez rechazadas, y últimamente vencidas y, en fuga ya, acuchilladas. El rey D. Juan de Castilla perdió su caballo, cuyo azar pudiera costarle la vida,

© Biblioteca Nacional de España

sin la nobleza y patriotismo de D. Pedro González de Mendoza, que le dió el suyo para que huyese, quedándose él a morir en la batalla. El rey, corriendo toda la noche, pudo al amanecer llegar a Santarén y meterse en su escuadra, con la cual enfermo, triste y avergonzado de su derrota, volvió a Sevilla. La batalla de Aljubarrota produjo para Castilla efectos dolorosos. Además de la pérdida de diez mil hombres, entre los cuales había personas nobilísimas, levantó una barrera entre ambos pueblos que, si bien rota por el gigante Felipe II temporalmente, desde Felipe IV acá no se han intimado las relaciones hasta la cordialidad, que a una y otra potencia conviniera (14 agosto 1385).»

Pretensiones del duque de Lancáster.

El sensible contratiempo de Aljubarrota movió al duque de Lancáster, aliado con el maestre de Avis, a reclamar de nuevo la corona de Castilla, como marido de D.ª Constanza, hija de D. Pedro *el Cruel* y la Padilla. Invadió, pues, los Estados de D. Juan I, pero no tardó en quedarse casi sin gente a causa de una terrible epidemia. Desengañado Lancáster entró, a espaldas del Gran Maestre de Avis, en negociaciones con D. Juan I. Los tratos fueron que D.ª Catalina, hija del duque inglés, casaría con el infante heredero de Castilla, D. Enrique. De entonces data el título de *Príncipe de Asturias* que llevan los primogénitos reales.

Política interior.

Mucho más notable es sin duda lo que ocurría en las Cortes que no en aquellas guerras dinásticas y por las alianzas con Francia. En las Cortes de Soria (1381), los brazos declaraban que ningún judío podía desempeñar ningún cargo palatino, pero no sólo se trató con rigor a los hebreos, sino también a los clérigos inmorales, a quienes se exigió que sus barraganas llevasen una señal que las distinguiese.

Después de Aljubarrota dedicóse D. Juan I a mejorar

© Biblioteca Nacional de España

el estado del país. Quiso acabar con los abusos de conceder beneficios eclesiásticos a los extranjeros; persiguió la mendicidad y la vagancia; organizáronse *Hermandades* para perseguir el bandolerismo.

Nunca habían funcionado con tanta amplitud las Cortes como bajo aquel reinado, pues se estableció el presupuesto de gastos y se fijó en 6,500 hombres la hueste real. Se dispuso que los pleitos entre nobles y señores se tratasen ante los alcaldes o jueces ordinarios, con alzada ante los tribunales reales.

Fué aquel reinado el paraíso de la clase media (o sea del *Estado llano*), y a buen seguro no se repitió después un período semejante en este concepto.

Por desgracia, murió D. Juan I de una caída de caballo, dejando dos hijos, D. Enrique III, de once años de edad, y D. Fernando de Antequera. «Por lo demás, dice un autor, el reinado de este honradísimo D. Juan, si militarmente aparece débil y desgraciado, en cambio podemos decir a estilo moderno, que fué un excelente monarca constitucional; obró siempre con acuerdo de las Cortes; las animó a que legislaran, reuniéndolas muchas veces, y tomando gran parte en ellas. En fin, algunas de sus leyes de carácter religioso o político, civil o económico siguen vigentes todavía.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

ENRIQUE III «EL DOLIENTE»

La minoridad.—Matanzas de judíos.—Años de paz.—El cisma de la Iglesia.—Conquista de Canarias. — Embajadas a Bayaceto y el Gran Tamerlán o Timur Lenk. — Sucesión de Don Enrique. — Cortes en Madrid. — Guerra con Granada.

(1390-1406)

La minoridad Fallecido D. Juan I, el arzobispo de Toledo, D. Pedro Tenorio, procuró ocultar la muerte, y aun llegó a ordenar rogativas para el recobro de la salud del monarca. Por fin no pudo prolongarse más el disimulo y fué proclamado rey D. Enrique III. Tres años faltaban aún para llegar a la mayoridad, y de ahí que estallaran las más graves disensiones entre los que querían ejercer la regencia, pues D. Enrique había quedado también huérfano de madre. Por fin se convino en una especie de consejo de tutoría formado por el marqués de Villena, los arzobispos de Toledo y Sevilla, los maestres de Calatrava y Santiago, el conde de Niebla, D. Pedro de Mendoza, el duque de Benavente y otros caballeros, y diez y ocho diputados de las villas y ciudades, lo cual basta a decir los alborotos que se promoverían.

© Biblioteca Nacional de España

Todos aquellos gobernadores o tutores no pensaban más que en medrar, llenándose los bolsillos y repartiendo mercedes entre los paniaguados.

Aunque de salud delicada, D. Enrique reveló, cuando menos podía presumirse, una voluntad de hierro. Mandó reunir Cortes en Burgos, y manifestó que, aunque faltaban dos meses para cumplir los catorce años, quería asumir el gobierno desde luego. La ceremonia de la coronación se celebró con gran pompa en el monasterio de las Huelgas (agosto de 1394). El discurso de la Corona fué tan breve como enérgico. Declaró que quedaban revocadas todas las pensiones que se habían adjudicado a sí mismos los ex tutores; que quedaban anulados los beneficios eclesiásticos concedidos a los extranjeros y que ya cuidaría de poner coto a los escándalos y vergüenzas ocurridos durante la minoridad.

En cuanto al famoso episodio llamado del *Gabán del rey*, parece debe relegarse al terreno de la fábula.

Conforme se había convenido con el duque de Lancáster, celebróse el casamiento de D. Enrique III con la inglesa, y el de D. Fernando de Antequera con la condesa de Alburquerque, dama poseedora de una fortuna inmensa.

Matanzas de judíos

Ya durante los anteriores reinados de Enrique II y de Juan I de Castilla, habían ocurrido terribles agresiones contra los hebreos, especialmente en Toledo. El movimiento antisemita recrudeció, sin embargo, durante la minoridad de Enrique III. En Córdoba y Sevilla fueron horribles los asesinatos y el saqueo. Acaudillaba aquellas feroces turbas el arcediano de Écija, Fernán Martínez. Las matanzas se propagaron luego por Toledo, Logroño, Valencia, Barcelona. Por fin, llegado ya a la mayoridad quiso acabar Enrique III con aquellas odiosas carnicerías, y

© Biblioteca Nacional de España

mandó prender en Sevilla al arcediano por «amotinador de la gente y atizador principal de los graves daños que los días pasados se hicieron en aquella ciudad y en otras partes a los judíos. Esta prisión y el castigo que le dieron fué escarmiento para otros y aviso de no levantar al pueblo con color de piedad.» (Mariana.)

Años de paz. Desde que D. Enrique III había empuñado el cetro no tuvo otra idea que reinar en paz, situación desconocida desde largos años. Continuaron las treguas con el granadino, estrechóse la amistad con Carlos VI de Francia, con Carlos *el Noble* de Navarra, con D. Juan I de Aragón y con el duque de Lancáster. Sólo Portugal resultó una nota discordante, pues el Prior de Avis, muy orgulloso con su chamboneria de Aljubarrota, se negaba a prolongar las treguas. El portugués atacó de repente a Badajoz y se apoderó de esta plaza, pero como luego comenzaron a sucederse una serie de altibajos, se acabó por concertar otras treguas (1398).

Sello de D. Enrique III

Renació, pues, la tranquilidad, y bien poco de notable ofrecen las empresas belicosas de Enrique *el Doliente*. En cambio fué admirable la energía con que procedió a extirpar los escándalos y abusos de los próceres, convertidos en verdaderos bandidos, distinguiéndose en el particular las cuadrillas acaudilladas por D. Pedro Ponce de León y el conde de Niebla, en Sevilla.

«La noticia de tantos robos, asesinatos y secues-

© Biblioteca Nacional de España

tros, porque se cautivaban unos a otros, y se rescataban por dinero, como si hubiesen caído en poder de moros, escribe el Sr. Zugasti, obligó al rey a enviar las órdenes más apremiantes a los ministros de justicia y regidores de la ciudad, para que inmediatamente pusiesen coto y término a tamaños crímenes y a tantas revueltas.

»Viendo el rey que se dilataba el remedio, mandó jueces especiales de su confianza; pero tanto éstos como los otros, no quisieron o no pudieron contener aquellas desastrosas y prolongadas sediciones, por lo cual el monarca, que era tan amante de la justicia, como celoso de su autoridad, partió con la rapidez del rayo para Sevilla.

»Inmediatamente juntó en el alcázar a los principales de la ciudad, mandó cerrar las puertas, apostó sus guardias en los sitios más convenientes, llamó a los dos condes, alcaldes mayores y veinticuatros que la gobernaban, y les dirigió los más severos cargos por los escándalos y crímenes que, por falta de justicia, se habían cometido.

»Todos escuchaban llenos de terror, comprendiendo aunque tarde, que ya había pasado el tiempo en que podían desatenderse impunemente las órdenes de los tutores, y que era muy peligroso desobedecer al rey, aunque fuese tan joven, y además doliente.

»En seguida ordenó que fuesen degollados los dos caballeros que manejaban los bandos, uno por parte del conde de Niebla y otro por la de D. Pedro Ponce, poniendo a éstos presos; quitó las venticuatrías y los oficios de alcaldes a los que los desempeñaban, privándolos perpetuamente de empleos, beneficios y honores, y mandó a su alcalde de corte D. Juan Alfonso de Toro, que castigase sin contemplación alguna a cuantos facinerosos, malhechores y delincuentes hallase en Sevilla.

© Biblioteca Nacional de España

»No adolecía D. Juan Alfonso de Toro de la indolencia de los otros jueces, pues celoso del bien público y agradecido por el corregimiento de aquella ciudad, que le dió el rey, procedió con tanta eficacia y diligencia, que descubrió crímenes inauditos, pero más espantosos todavía por su increíble número, por su ramificación aterradora y por la calidad de los cómplices.

»Muy pronto pudo ver el rey y contemplar Sevilla el más saludable escarmiento en el terrible castigo de aquéllos, que durante largo tiempo habían sido el azote y terror de la ciudad, pues unos fueron desterrados, otros sufrieron enormes penas pecuniarias, no pocos fueron asaeteados, muchos perdieron la cabeza en el tajo, y la mayor parte de los malhechores perecieron en la horca; de suerte que entre presos y justiciados en diversas formas, ascendió a más de mil el número de castigados.»

El cisma de la Iglesia.

Gran dolor era que el mal estado de salud de D. Enrique III *el Doliente* le impidiese entregarse sin descanso al cuidado del gobierno, por más que realizaba los mayores esfuerzos para poner orden en las cosas del reino y proteger todas las manifestaciones progresivas. Fomentó la cría caballar, y reformó las leyes de procedimiento judicial, pues, ante el espectáculo de la lenidad con que los alcaldes aplicaban las penas, quedando así impunes los más horribles crímenes, mandó cesar a dichos alcaldes, nombrando en su lugar a regidores.

En esto renació la cuestión del cisma de Occidente, iniciado ya en tiempo de Enrique II, que con buen acuerdo no quiso declararse por ninguno de los dos papas. Había fallecido en Aviñón S. S. Clemente VII (1378), mientras seguía en Roma la Santidad de Urbano VI. Fué elegido papa, por el cónclave de Aviñón, el cardenal de Aragón D. Pedro de Luna, de ilustre

© Biblioteca Nacional de España

linaje y notable, sobre todo, por su energía en toda suerte de cuestiones. Tomó el nombre de Benedicto XIII. Pronto se pudo ver que el *Papa Luna*, como se le suele llamar, no era persona grata al rey de Francia que procuró atraer a su partido a los reyes de Navarra, Aragón y Castilla, a pesar de las simpatías que todos ellos sentían por el prócer aragonés. El rey de Francia, exasperado ante la resistencia de Benedicto XIII, le sitió en su palacio de Aviñón, hasta que por fin Luna logró escapar disfrazado a Cataluña, donde contaba con mucho partido, especialmente en Reus, a la cual villa concedió como armas las llaves de San Pedro.

Conquista de Canarias

Ocurrió, hacia 1402, que un caballero francés, de Normandía, llamado Juan de Bethencourt, propuso a D. Enrique III *el Doliente* conquistar por su cuenta las llamadas entonces *Islas Afortunadas* y después Canarias. Los indígenas opusieron heroica resistencia, pero hubieron por fin de sucumbir, y Bethencourt, con gran nobleza se apresuró a ceder su conquista al rey de Castilla.

Digamos ahora que no era la primera vez que se intentaba la tal conquista, pues la habían comenzado ya hacía mucho tiempo algunos navegantes y después la tomaron a su cargo los vizcaínos, los cuales hicieron gran gasto para la expedición. «Reconocieron todas las islas, se informaron de sus hombres, sus producciones y su hermoso clima. Surgieron en Lanzarote y saltaron en tierra, vinieron a las manos con los isleños, prendieron al rey, la reina y 170 de sus vasallos. Con tanto dieron la vuelta a España, cargados los bajeles, demás de los cautivos, de pieles de cabra y alguna cera, de que aquellas islas tienen abundancia, para muestra de los trajes, de los frutos y fertilidad de la tierra, y del útil que se podía sacar si continuaban las navegaciones, a propósito de sujetar aquellas islas a la corona de Castilla, como finalmente se hizo.» (Mariana.)

© Biblioteca Nacional de España

Embajadas a Bayaceto y el Gran Tamerlán.

Aprovechando la profunda paz que reinaba en Castilla, Enrique III despachó respectivamente para la corte del sultán de los otomanos y la del Gran Kán de Tartaria a los caballeros Payo Gómez de Sotomayor y Hernández Sánchez de Palazuelos, con riquísimos presentes. Agradecido Tamerlán envió a su vez otra embajada a Castilla, portadora de espléndidos regalos, no solamente de joyas, sino también de mujeres. Don Enrique no queriendo que Tamerlán le ganase en demostraciones de amistad, le envió una segunda embajada, compuesta de Fray Alonso Páez de Santa María, el camarero Ruy González Clavijo y Gómez de Salazar, perteneciente a la guardia del rey, a bordo de una carraca mandada por Julián Centurio.

Nada más interesante que la narración que de este viaje escribió Clavijo. Los embajadores salieron del Puerto de Santa María el 21 de mayo de 1403; después de hacer escala en varios puertos fondearon en la isla de Rodas; estuvieron en Grecia y en el arrabal de Pera de Constantinopla, y por fin, a primeros de septiembre llegaban a Samarcanda. La expedición se prolongó por el interior del Kanato, y los embajadores regresaban a Sevilla a principios de la primavera de 1406.

Sucesión de D. Enrique.

Grande alegría hubo de ocasionar en Castilla el nacimiento, primero de una infanta y después de un varón; con ello se evitaba que surgieran de nuevo las guerras en demanda del trono, aunque, por desgracia, la salud del rey, cada vez más decaída, hacía prever una nueva y turbulenta minoridad, suceso que casi se había hecho normal en Castilla.

Cortes en Madrid.

En 1405 reuníanse de nuevo las Cortes en la villa de Madrid, y en ellas se revalidó la orden mandando que los judíos y las rameras se distinguiesen por un traje especial. También en virtud de la gran miseria por la carestía de las subsisten-

© Biblioteca Nacional de España

cias, se dispuso imponer la tasa a los artículos de primera necesidad, lo cual fué una medida contraproducente, pues con ello fué más desesperante la miseria y mayor la carestía.

Guerra en Granada.

Reinaba la más completa paz entre Castilla y Granada, en virtud de las largas treguas concertadas, pero sabedor sin duda Mohamed VI del pésimo estado de salud de Enrique III, amenazado de próxima muerte, rompió de pronto traidoramente las hostilidades. Reclamó don Enrique contra aquella falta de palabra, pero Mohamed se negó a acceder.

A pesar de hallarse muy enfermo D. Enrique, no se pudo contener al ver que los granadinos habían entrado a sangre y fuego en el territorio de Baza, venciendo a los castellanos en la batalla de los Callejares. No se arredró por eso, y haciendo supremos esfuerzos de actividad y de valor logró levantar a Castilla en masa, de manera que en breve contó con un ejército de 4,000 caballos, 50 infantes y 10,000 hombres de armas. Todo hacía presagiar que en breve ondearía en las torres de la Alhambra el pendón de Castilla, cuando, por desgracia, falleció D. Enrique *el Doliente* en Toledo (diciembre de 1406).

De sus nobles sentimientos es testimonio la frase que muchas veces pronunció: «Más temo las maldiciones de los pueblos que las armas de los enemigos.» Como queda dicho, no fueron de gran monta las guerras que tuvo que sostener con Portugal y Granada, mientras en cambio se recomienda su reinado por la grande importancia que adquirieron las Cortes y el impulso que dió a la buena administración de justicia y el orden que estableció en la recaudación de los impuestos, cuidando de excusar los gastos sin propósito. Consta que era D. Enrique III de apacible condición «afable y liberal, de rostro bien proporcionado y agracia-

© Biblioteca Nacional de España

do... bien hablado y elocuente, y que en todas las cosas que hacía y decía se sabía aprovechar de la maña y el artificio. Despachaba sus embajadores a los príncipes cristianos y moros, a los de cerca y los de lejos con intento de informarse de sus cosas y de todo recoger prudencia para el buen gobierno de su reino y de su casa, y para saber en todo representar majestad a que era muy inclinado».

Aquí suspendemos la relación de los sucesos de Castilla en el transcurso del siglo XIV para continuarla en el siguiente tomo, dedicado al siglo XV.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO

ARAGÓN

JAIME II. — PAZ CON LOS DEMÁS PRÍNCIPES. — GUERRA CON LOS ANGEVINOS. — LA PAZ DE AGNANI. — CASAMIENTO CON BLANCA DE ANJOU. — D. JAIME II CONTRA SU HERMANO D. FADRIQUE. — DON JAIME HACE LA GUERRA A CASTILLA. — D. JAIME HACE LA GUERRA AL REY DE SICILIA. — INVESTIDURA DE CÓRCEGA Y CERDEÑA. — NUEVOS TRIUNFOS DE LOS SICILIANOS. — LA GRAN BATALLA DE CABO ORLANDO. — SIGUE LA GUERRA EN SICILIA. — LA PAZ DE CASTRONOVO.

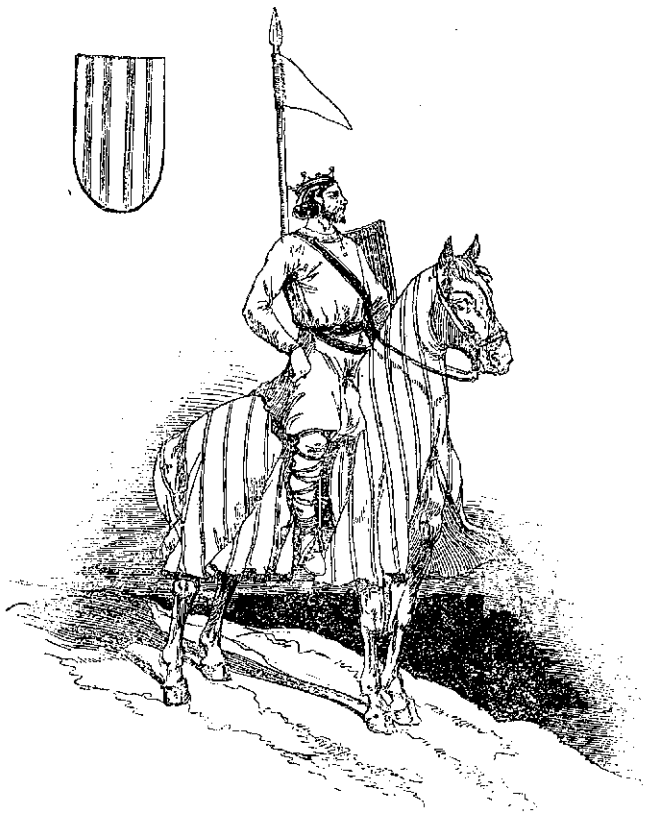
(1291-1302)

Jaime II. Se recordará que al fallecer, en 1285, don Pedro III *el Grande,* repartió, según la costumbre de aquellos tiempos, sus Estados entre sus dos hijos: Alfonso III *el Liberal* fué proclamado rey de Aragón; su hermano D. Jaime, rey de Sicilia.

La muerte de Alfonso III (1291), sin sucesión, hizo que correspondiera la corona de Aragón a D. Jaime de Sicilia. Despidióse éste de sus buenos vasallos, prome-

© Biblioteca Nacional de España

tiéndoles que jamás les abandonaría y dejando por lugarteniente a su hermano D. Fadrique, embarcóse para Mallorca, donde le esperaban los más ilustres próceres de



D. Jaime I de Aragón, según su sello

Aragón, Valencia y Cataluña. Ya en Barcelona pidió se le jurase como rey, y se le dejase jurar a su vez, pero sin Cortes, a fin de que con la prioridad del juramento en las Cortes catalanas no se agraviasen los aragoneses.

© Biblioteca Nacional de España

Una vez en Zaragoza juró los fueros y privilegios del reino, y declaró, como de costumbre, que recibía la corona manteniendo contra la Santa Sede la libertad y exención del reino en lo temporal.

Paz con los demás príncipes.

Presentábase el nuevo reinado bajo los mejores auspicios. El rey de Granada le proponía paz y tregua a D. Jaime II y lo mismo el rey de Tremecén, pero lo más importante era el convenio concluído con Sancho IV *el Bravo* de Castilla, comprometiéndose D. Jaime a desentenderse por completo de los La Cerda, resolución que disgustó en gran manera a los aragoneses.

Retener D. Jaime II la corona de Sicilia era suscitar, a todo trance, la guerra con Francia y con la Santa Sede, que siempre había dispensado su protección a los angevinos. Era faltar a lo firmado, ignominiosamente, por Alfonso III *el Liberal* en el tratado de Tarascón, pero en conciencia no podía Jaime II dejar de proceder como procedía: tratábase del futuro engrandecimiento del poderío catalán en el Mediterráneo y aparte de esto, de respetar y conservar piadosamente la obra con tanto esfuerzo realizada por Pedro III *el Grande*.

Ya veremos, sin embargo, cómo este mismo rey, que con el peso de tales obligaciones subía al trono, empleaba después todas sus energías y su tiempo en volver las cosas de Sicilia tal como estaban antes de su insigne padre, heredero del rey Manfredo de Suabia.

Por lo demás, el concepto de patriotismo que tan corriente se ha hecho y todos entienden, costaba mucho de comprender entonces, o, mejor dicho, no se comprendía. Así, mientras el rey de Aragón, apenas llegado al trono (1292) tiene que hacer frente al Papa, al rey de Nápoles, al rey de Francia y a los angevinos, los nobles de Aragón y los barones de Cataluña, completamente indiferentes a tales complicaciones se entre-

© Biblioteca Nacional de España

tenían en hacerse cruda guerra, y esta rebeldía se dejaba sentir también con la mayor desvergüenza en las más difíciles situaciones.

Guerra con los angevinos

Apremiando cada día más la cosa, envió D. Jaime II en defensa de sus Estados de Italia a dos notabilísimas capacidades militares: D. Blasco de Alagón, para que tomara el mando de Calabria, y Roger de Lauria, para ponerse al frente de la marina. Pero apenas en tierra D. Blasco de Alagón se encontró con que los que ocupaban los primeros puestos se negaban a ponerse a sus órdenes. No era D. Blasco, sin embargo, de los que se doblan, y no se dobló, y para demostrar quién era arremetió contra los franco-napolitanos que tenían sitiada la plaza calabresa de Montalto, les desbarató e hizo prisionero a su general, Guido de Primerano.

Hubiera parecido que tal victoria debía ser objeto de loor, pero no fué así, pues sólo mereció censuras. Se le acusó, en efecto, a D. Blasco de haber quebrantado una tregua y batido moneda, y bajo estas inculpaciones, no tuvo más remedio que dejar la dirección de la campaña y presentarse al rey, pero antes de embarcarse pidió audiencia al lugarteneinte D. Fadrique y le dijo que contara con él en cuanto hubiese dado sus descargos.

Respecto a Roger de Lauria mostróse el mismo admirable marino de siempre, pues sabía más que todos cuantos cruzaban el mar latino. Así, el general francés Guillermo Estandart, con buen golpe de gente, tuvo la candidez de creer que le atraería a una celada en Castella, pueblo de la costa de Nápoles no lejos de Cotrone; Lauria comprendió en seguida el intento, y en lugar de saltar en tierra allí varió de rumbo, y mientras los franceses estaban esperando impacientes el desembarco de los aragoneses, aparecieron éstos atacándoles por retaguardia. La derrota fué completa, y el mismo Estandart resultó herido.

© Biblioteca Nacional de España

Después de esto volvió al mar, que era su imperio. Entró por sorpresa en la ciudad de Malvasia (Morea), que entregó al saqueo; exigió dinero y prisioneros a la isla de Corfú; sorprendió en la bahía de Chio a una porción de naves extranjeras; apresó las mejores y se hizo entregar fuertes sumas de dinero por las demás; encontró a la escuadra francesa en Modone y la venció, y así, cargado de gloria y de botín entró triunfador en Mesina.

Por extraño que pueda parecer el caso, ello es que tantas victorias no conseguían aumentar el prestigio personal del rey; los ricos-hombres se desentendían por completo de *sus* asuntos de Sicilia, sin que se les importaran nada. Sancho IV *el Bravo* de Castilla, amagado por los benimerines y temeroso de Francia, no le prestaba apoyo: Francia se dedicaba a reunir enormes fuerzas y Bonifacio VIII amenazaba con nuevas y tremendas excomuniones. Su situación era, por lo tanto, asaz comprometida, y aunque con profundo dolor optó por desprenderse de Sicilia y entregarla a los angevinos, por mala y vituperable que fuese semejante acción.

Es de suponer que el rey Jaime II tendría que sostener una lucha angustiosa entre su conciencia y los dictados de la realidad. La voz de la sangre, los compromisos contraídos por el rey de Aragón con los sicilianos le obligaban a no desamparar a éstos, pero como otras tantas veces se impuso la conveniencia.

La paz de Agnani.

La vergonzosa humillación quedó firmada en Agnani (1295). En virtud de la paz de este nombre, D. Jaime II de Aragón, aunque solemnemente desposado con la hija del rey de Castilla, tenía que casar con D.ª Blanca de Anjou, hija del rey Carlos de Nápoles; se obligaba a restituir al Pontífice la isla de Sicilia, *liberlada por su padre de la tiranía francesa, y si los sicilianos se resistían les obligaría a*

© Biblioteca Nacional de España

la fuerza, a cambio de lo cual el Papa le *devolvía* su reino de Aragón, que, como ya sabemos, le había regalado al rey de Francia. Además, y como premio de *consolación*, el Papa le autorizaba para conquistar las islas de Córcega y Cerdeña, posesiones de Pisa, que fué una autorización asaz desgraciada por las largas guerras a que dió lugar, al fin para no obtener provecho alguno. De aquella dominación no queda la menor memoria en Córcega, aunque sí en alguna ciudad de la costa occidental de Cerdeña, donde se ha conservado el uso del catalán.

Más humillaciones contenía aún el tratado de Agnani: en virtud de una cláusula secreta (ardid, como se ve, viejísimo en la diplomacia) D. Jaime II de Aragón firmaba una alianza con el rey de Francia para hacer la guerra al rey de Inglaterra, en cambio de lo cual, el francés se comprometía a no ayudar al castellano si éste le declaraba la guerra a D. Jaime II, que de tal manera había dejado plantificada a su pobre novia, la infanta D.ª Isabel, que desde hacía cuatro años se titulaba reina de Aragón, con residencia en Daroca.

También se ató otro cabo, que debía tener a no tardar mucha importancia, y fué la reintegración en el trono de las Baleares a su rey D. Jaime, el hermano de Pedro III *el Grande*, cuyos Estados le había arrebatado su sobrino Alfonso III *el Liberal*.

Desde aquella fecha D. Jaime de Mallorca había continuado residiendo en sus limitadas posesiones de Rosellón y Montpeller. Ya ahora, sin necesidad de guerras, recobraba lo que le había quitado su sobrino.

Tal fué el tratado de Agnani, que, en humillaciones y pérdidas materiales no le iba en zaga al tratado de Tarascón. Se hubiera necesitado para el caso un gran rey, un D. Jaime, un Pedro III, un Alfonso XI, pero al bueno de D. Jaime II le faltaba bastante para compararse con su padre en magnanimidad, entereza y valor.

© Biblioteca Nacional de España

«Esta fué, dice Balaguer, la que un cronista llama *paz decorosa,* la que dice haberse hecho para salvar a la cristiandad de una guerra cruel. Sin embargo, en esta *paz decorosa* todo se había salvado, menos la honra de Aragón. Sin embargo, esta paz era la guerra, o, por mejor decir, eran tres guerras: una fratricida contra la Sicilia y los catalanes y aragoneses que su causa apoyaban, otra contra Castilla, otra contra Inglaterra. A más se perdía el fruto de las expediciones a Sicilia y a las Baleares. ¡Si el gran D. Pedro hubiese podido levantar la losa de su sepulcro!

»El rey convocó Cortes en Barcelona para confirmar la paz. Se han equivocado algunos modernos historiadores al decir que tan cansados estaban los pueblos de hacer sacrificios, que en ellas no se levantó ninguna voz contra aquel tratado. Este se aprobó, pero no sin dejar de manifestarse que el rey había sido engañado y seguía mal consejo, pues dejaba lo que tenía, que era cosa importante, por recibir de otro lo que se le prometía y se había de conquistar por las armas, aludiendo a Córcega y Cerdeña.»

Casamiento con Blanca de Anjou.

Celebráronse con grandísima pompa las bodas de D. Jaime II con la angevina doña Blanca en el monasterio de Villabertrán, sitio que no habla mucho en favor del buen gusto de dicho rey, pues a la vista se hallaban el *Coll de Panissars,* teatro de la terrible rota infligida por Pedro *el Grande* a Felipe III *el Atrevido,* y del castillo de Perelada, convertido en un montón de escombros en la irrupción francesa, que tan mal término hubo de tener.

Por cierto que quedó un tanto aguada la fiesta con la inesperada aparición de una embajada siciliana que, en representación del parlamento, le suplicó no aceptara, entre las condiciones de paz, la cesión de Sicilia a los franceses. D. Jaime II les escuchó con la mayor frialdad y acabó por decirles que ya no tenía

© Biblioteca Nacional de España

nada que ver con ellos, pues había renunciado los reinos de Sicilia y Calabria en el rey Carlos de Sicilia, su señor suegro.

El embajador, Cataldo Rosso, escandalizado ante lo que acababa de oir, prorrumpió entonces en terribles frases contra la deslealtad de D. Jaime II, el cual, después de aguantar el chaparrón, vió con placer alejarse a aquellos importunos, para celebrar la noche de bodas.

D. Jaime II contra su hermano D. Fadrique

Mal había cumplido D. Jaime II la palabra empeñada a los sicilianos al despedirse de ellos para ir a posesionarse de la corona de Aragón, mas no por eso desistieron del propósito que les había hecho tomar las armas para realizar la terrible revolución de las Vísperas: antes morir que caer de nuevo bajo el yugo del aborrecido francés.

Y como el lugarteniente, D. Fadrique, se había captado durante su gobierno las simpatías de todos, fué alzado rey de Sicilia por el parlamento congregado en Palermo (15 de enero de 1296), en medio de un entusiasmo delirante.

Parecía, en efecto, haberse encarnado en aquel gallardo joven toda la energía y grandeza de alma del gran Pedro III. No se le ocultaba la terrible situación en que se encontraba con tantos enemigos y ni un solo aliado, mas no se arredró ni por un momento, fiado en la justicia de su causa y el esfuerzo de su pueblo. No podía pensar que pudiesen serle traidores los que más estrechamente obligados estaban a combatir por él.

En cuanto D. Jaime II supo que su hermano se había permitido aceptar la corona que le ofrecieran los sicilianos, y reinaba con el nombre de Federico III, apresuróse a cumplir lo que había firmado en Agnani, o sea ordenar a los gobernadores catalanes y aragoneses de la isla a hacer entrega a la Iglesia de las plazas

© Biblioteca Nacional de España

confiadas a su custodia. No fueron muchos los que lo hicieron, pero aun así, no se dejó ver por allí ningún gobernador pontificio para hacerse cargo del mando. El estado del país era asaz crítico para que ningún angevino se atreviera a poner los pies allí. Cupo el nada envidiable papel de primer traidor al rey legítimo (por derecho y por elección), a aquel Juan de Prócida, organizador de las *Vísperas Sicilianas* y gran canciller del reino desde entonces. Sin duda lo hizo creyendo que Federico III no podría resistir la coalición de Nápoles, Francia, Roma y Aragón, pero se equivocó.

Federico III nombró gran canciller a Conrado de Llansa; grande almirante a Roger de Lauria y generales al conde de Catanzaro y al bravo y honrado don Blasco de Alagón, quien, escuchando tan sólo los dictados de la lealtad, escapó de la corte de Jaime II para ir a ofrecer su victoriosa espada a Federico III. El héroe de Montalto cumplía su palabra, y acudía en defensa de la isla, como había prometido. Otro prócer que espontáneamente se presentó a Federico III para ponerse a sus órdenes fué el conde Pons Hugo III de Ampurias, que por su esfuerzo obtuvo luego el título de conde de Esquilache.

Rompiéronse desde luego las hostilidades, y por si algo faltaba que aumentase el ardor de los sicilianos era ver cómo combatía en medio de ellos, cual otro cualquier soldado, el propio rey, pródigo de su vida, de igual manera que avaro de toda comodidad, pues no quería diferenciarse en nada de los más humildes e igual que ellos acampaba.

El ejército de Federico III iba de victoria en victoria, y caían en su poder Esquilache, Catanzaro, San Severino, Rosano y otras plazas que se habían declarado a favor de la Santa Sede. El efecto moral que estas victorias, alcanzadas por los sicilianos y los terribles almogávares aragoneses y catalanes, produjo en Ita-

© Biblioteca Nacional de España

lia fué inmenso; era general la consternación, y de querer Federico III, extenderíase su dominación desde Calabria hasta los mismos Estados de la Iglesia.

D. Jaime II hace la guerra a Castilla.

Había llegado la hora de exigir, según el tratado de Agnani, que D. Jaime II de Aragón les fuese a meter en cintura a los sicilianos, sus antiguos y caros súbditos; pero el feliz marido de D.ª Blanca de Anjou no estaba ahora en disposición para ello. Firmado el ignominioso convenio no se le ocultó a D. Jaime II que el castellano se aprestaría a la guerra, y para prevenir la contingencia de una invasión había enviado numerosas fuerzas a la frontera; después, convirtiéndose en paladín de D. Alfonso de la Cerda, había enviado un ejército a Castilla. Este ejército puso sitio a Mayorga, pero tuvo que retirarse luego diezmado por una epidemia, después de haber perdido sus mejores capitanes, como eran el infante D. Pedro, D. Jimeno de Urrea, Ramón de Anglesola y otros.

D. Jaime II, a quien la historia ha denominado *el Justo*, no quiso que se le tachara de remiso en el cumplimiento de su palabra: la guerra que hacía era contra una viuda, D.ª María de Molina, tutora de un niño, Fernando IV. D. Jaime dijo, pues, que en virtud de los pactos que había hecho con La Cerda, éste le cedía el reino de Murcia, y allá se fué. La *conquista* no fué muy difícil, y los cronistas ponderan la bizarría del rey de Aragón en la toma del castillo de Alicante, defendido con valor por su gobernador Nicolás Pérez. Ello es que en pocas semanas cayó dicho reino en poder de D. Jaime II. Por más que algunos hayan calificado de *gloriosa* la tal expedición, no vemos motivo para esta calificación. Era cuando Castilla se hallaba dividida en miserables facciones alrededor de una débil mujer, y no había de costar mucho valerse de tal coyuntura (1296).

© Biblioteca Nacional de España

D. Jaime II hace la guerra al rey de Sicilia.

No valían ya demoras para marchar contra su hermano Fadrique, a cuyo lado seguía como principal sostenedora, su madre doña Constanza, la ilustre hija de Manfredo, esposa de Pedro III, y con ella su hija D.ª Violante.

D. Jaime II escribió cartas a su querido hermano Fadrique, a quien daba el título de *infante*, invitándole a una entrevista, y a Roger de Lauria ofreciéndole grandes premios si abandonaba a Federico III.

Las artes diplomáticas del rey Jaime II produjeron su efecto. Los embajadores portadores de las cartas *convencieron* a Roger de Lauria de que debía abandonar a Federico III de Sicilia para pasarse al rey de Aragón, y lograron también que la reina madre doña Constanza y la infanta Violante pidieran permiso para marcharse al rey de Sicilia por tener que casar en Roma dicha infanta con el duque de Calabria, hijo de Carlos de Nápoles.

Las circunstancias eran tan críticas que Federico III no pudo negarse, pues hubiera sido, como decimos en el lenguaje corriente, precipitar los acontecimientos. Salieron, pues, de Sicilia D.ª Constanza y D.ª Violante, acompañadas de los dos traidores Juan de Prócida y el grande almirante.

Quintana, el insigne biógrafo de Roger de Lauria, escribe a este propósito:

«Era ciertamente un espectáculo propio a manifestar la vicisitud de las cosas humanas que a un tiempo, y como expelidos, dejasen a Sicilia la hija y la nieta de Manfredo, el negociador que con su actividad y su consejo había libertado la isla, y el guerrero invencible que la había defendido a costa de tanta sangre y con tanta gloria; y que, saliendo de allí, se dirigiesen a buscar un asilo entre los mismos de quienes eran antes mortales enemigos. Roger perdía en la separación, no sólo los grandes estados que tenía en Sicilia, sino cau-

© Biblioteca Nacional de España

dales inmensos que había puesto en poder de mercaderes. El rey D. Federico se apoderó de todo, y arrojó de las fortalezas a Juan y Roger de Lauria, sobrino el uno, y el otro hijo del almirante, que desde ellas habían empezado a hacer correrías en el interior de la isla. Pero el cargo de almirante de Aragón, y el de vicealmirante de la Iglesia, y el estado de Cocentaina, y el enlace de su hija Beatriz con D. Jaime de Ejérica, primo hermano del monarca aragonés, consolaron a Roger de las pérdidas que hacía en Sicilia y le pagaron su deserción. Es preciso confesar, sin embargo, que esta última parte de su carrera no es tan gloriosa como la anterior, y que parecía más grande al frente de las fuerzas sicilianas y defendiendo aquel estado, objeto de tanta porfía, que no al frente de sus poderosos enemigos atraído por dones y empleos, todos por cierto desiguales a su mérito y fama.»

No nos admiremos de muchas cosas que ocurren en el día, pues de algo sirve la historia, al ver convertido en viccalmirante de la Iglesia al que un tiempo fuera considerado como el terror de Roma.

Investidura de Córcega y Cerdeña.

Celebróse en la Ciudad Eterna el casamiento de D.ª Violante con Roberto de Calabria (marzo de 1297) y allí estuvieron Jaime II de Aragón, Carlos II de Nápoles, la reina Constanza, Juan de Prócida y Roger de Lauria. Aprovechándose de la presencia de D. Jaime, confirióle el Papa la investidura de las islas de Córcega y Cerdeña, aunque, como ya hemos dicho, pertenecían a la República de Pisa. Claro que la investidura no fué gratis, sino con estas condiciones:

El rey D. Jaime II de Aragón se obligaba a sostener a su costa, tres meses cada año, en los Estados Pontificios, un cuerpo de 600 hombres de armas, en esta forma: 500 infantes, entre ellos 100 ballesteros, y 100 jinetes. Si el Papa lo prefería, este auxilio sería substi-

© Biblioteca Nacional de España

tuído por el de cinco galeras en el mar Tirreno o en el Adriático.

Siendo el reino de Córcega y Cerdeña, derecho y propiedad de la Iglesia, el rey D. Jaime II y sus sucesores debían prestar juramento de vasallaje y fidelidad a la Santa Sede.

El rey de Aragón y sus sucesores debían pagar un censo anual de 2,000 marcos de plata, quedando nula la investidura si dejara de pagar durante un año dicho censo.

Si el trono de Aragón fuese ocupado por una hembra, ésta no podía tomar esposo sin el consentimiento de la Santa Sede, y con príncipe católico y amigo de Roma.

Si un rey de Aragón fuese elegido emperador de Alemania, no podría retener dichas dos islas.

Al mismo tiempo que se despachaba este negocio de la investidura de Córcega y Cerdeña, eran absueltos de todas las excomuniones cuantos habían incurrido en ellas con motivo de las pasadas guerras.

Como si le faltara tiempo a Roger de Lauria para hacer armas contra su patria y su legítimo rey, partió para Nápoles al objeto de ponerse a las órdenes de Carlos II contra Federico III. Resultaba su concurso segura prenda de victoria, ya que era tenido, según pruebas, por tan entendido en batallas campales como marítimas. Carlos de Nápoles le dió el mando de una lucida hueste franco-italiana y con ella salió Lauria inmediatamente a campaña.

Antes de llegar a las manos probó las artes del soborno y ofreció grandes ventajas al gobernador de Calabria D. Blasco de Alagón si quería pasarse a su partido, proposición que el vencedor de Montalto rechazó indignado, contestando que «siempre le había parecido justa la causa de los sicilianos y que no era él de los que se vendían».

© Biblioteca Nacional de España

Frustrados sus malos deseos, no le quedó otro recurso a Roger de Lauria que apelar a las armas.

«Gracias a sus manejos, sin duda, dice Balaguer, la población de Catanzaro alzó banderas por el rey Carlos de Nápoles, y puso en tanto aprieto al presidio que guardaba el castillo, que se vió obligado a comprometerse a rendirlo si dentro treinta días no recibía socorro de su rey D. Federico. Pocos días antes de cumplirse el plazo llegó Blasco de Alagón a Esquilache, dando vista a las tropas enemigas que estaban en la plaza acaudilladas por Roger de Lauria. Este tenía a sus órdenes 700 hombres, y Blasco de Alagón no contaba más que con 200 y una compañía corta de almogávares. Confiado el almirante en el número de los suyos y en su afortunada estrella, salió de la plaza y se arrojó impetuosamente contra D. Blasco, que, con los estandartes tendidos, se hallaba en orden de batalla delante de la población. Rudo fué el combate, feroz. Gritos de guerra extranjeros sonaban a oídos de Roger de Lauria en sus filas, y los gritos de *Aragón* y *Sicilia*, con los cuales tantas veces había llevado su gente a la victoria aquel desacordado almirante, resonaban entonces en el campo de D. Blasco. La victoria se declaró por éste. Era la primera vez que la fortuna y la victoria abandonaban a Roger como para castigarle por su deserción, yendo a orlar con inmarcesibles lauros las sienes del noble y leal guerrero aragonés. Fué aquélla la vez primera — verdad es que también fué la única — en que Roger hubo de declararse vencido.

»Sus tropas fueron derrotadas, y él, herido en un brazo, cayó junto a un valladar, de donde fué recogido y salvado por un soldado que le montó en su caballo, alejándole del campo de batalla. Furioso de ira por su revés, rugiendo de cólera por su derrota, Roger abandonó la Italia y se vino en seguida a las costas

© Biblioteca Nacional de España

de Valencia para precipitar los medios de tomar una terrible y sangrienta venganza.»

Nuevos triunfos de los Sicilianos.

No insistiríamos en esta guerra de Sicilia, si no constituyese un momento importantísimo en nuestra historia, pues gracias a Federico III, contra Jaime II, se mantuvo la gloriosa dominación aragonesa en Sicilia y Calabria, conservada y engrandecida luego al verificarse la unión española. De haber triunfado Jaime II no hubiéramos sido jamás dueños de casi toda Italia, desde Palermo hasta Milán, ni podido realizar las empresas contra Turquía y África. Nuestros ejércitos no hubieran quedado ilustrados con las hazañas de los tercios y las escuadras de Nápoles y Sicilia, y nos hubiera faltado camino para defender los derechos de España en Flandes y hacer frente a la sempiterna agresión francesa.

Siempre deseoso Federico III de evitar el derramamiento de sangre y comprendiendo el furor que debían experimentar Jaime II y Roger de Lauria por el terrible descalabro sufrido por éste en su expedición contra Calabria, despachó secretamente a su leal amigo el caballero Pérez de Sosa para que viera de convencer a los ricos-homes, barones, caballeros y representantes de los comunes o universidades de la conveniencia de cesar en las hostilidades y respetar la voluntad de los sicilianos. Además llevaba Pérez de Sosa una carta para Ramón Folch de Cardona, amigo seguro de Federico III, para que, en su nombre, desafiara como traidor a Roger de Lauria. Por desgracia no pudo realizar Pérez de Sosa su misión, pues apenas en tierra española tuvo que reembarcarse sabedor de que se había dictado auto de prisión contra él. Algún felón había, sin duda, participado desde Sicilia su embarque.

Triste espectáculo era el que daba por este tiempo D. Jaime II, que, con desusado ardor y como si se

© Biblioteca Nacional de España

tratara de cosa propia, realizaba los más extraordinarios preparativos al objeto de arrojar a su hermano Federico del trono de Sicilia, y sentar en él a Carlos de Nápoles. Con elocuente expresión escribe Balaguer:

«El mundo estaba destinado a ver cómo la casa de Aragón, que a costa de tanta guerra y tanta sangre había arrancado a Sicilia de manos de la casa de Anjou, iba entonces a promover nueva y más feroz guerra y a derramar nueva y más preciosa sangre para devolverla a aquellos a quienes la había quitado.»

Todo lo sacrificó D. Jaime II a su odio fraternal. Logró concertar treguas con Fernando IV de Castilla y fué a Argelés (Rosellón) a avistarse con su tío Jaime II de Mallorca. Pronto se entendieron, reconociéndose el tío feudatario de su sobrino.

Las Cortes de Cataluña habían votado un subsidio de 200,000 libras para la campaña de Murcia, y D. Jaime empleó este dinero en organizar una escuadra, aparte de lo cual, y agradecido a la dádiva, declaró abolido el tributo del bovaje, que se pagaba, como reconocimiento de señorío, al principio de cada reinado.

La escuadra era formidable; estaba compuesta de 80 galeras, gran número de naves de guerra y no menor cantidad de buques de transporte. Dirigióse primero a Ostia, desde donde D. Jaime II se trasladó a Roma para recibir de manos del papa Bonifacio VIII el estandarte de la Iglesia, y zarpando luego de Ostia, la armada navegó hacia Nápoles para incorporarse a la de Carlos de Anjou.

Ejercía el mando en jefe de la expedición angevina el rey de Aragón, en concepto de Capitán general de la Iglesia, llevando como segundo a Roberto de Calabria, el marido de D.ª Constanza; era almirante Roger de Lauria; vicealmirante, Bernardo de Sarriá, y entre otros caballeros catalanes se hallaba el conde Armengol de Urgel.

© Biblioteca Nacional de España

El conjunto de la escuadra franco-aragonesa era importante.

No así el de la escuadra siciliana, pues sólo constaba de 74 galeras, a las órdenes del almirante Conrado Doria; entre otros capitanes figuraban D. Blasco de Alagón y el conde Pons Hugo de Ampurias.

La desigualdad de fuerzas era tan evidente que un autor antiguo hubo de escribir que era la lucha de David con Goliat, y así lo fué, en efecto.

Atacados por la escuadra angevino-aragonesa las plazas y castillos de Patti, Milazzo, Novara, Monforto, San Pietro y otros de aquella parte, cayeron fácilmente en su poder, y como promediara ya el otoño (1298) pensó D. Jaime II en tomar a Siracusa para invernar allí. Esta vez, sin embargo, se encontraron los angevinos con un hombre de temple, Juan de Claramonte, que después de rechazar toda clase de sobornos, defendió la plaza con admirable pericia, sin que de nada valieran los ataques por mar y por tierra.

Por otra parte, los naturales, con los almogávares, asaltaban las poblaciones que habían reconocido la soberanía del Papa, y una gruesa partida de catalanes y aragoneses, al mando de D. Blasco de Alagón, derrotaba, cerca del castillo de Pietrapersia, a una columna jaimista, haciendo prisioneros a sus jefes los hermanos Cabrera y a D. Alvaro de Urgel.

Habíase insurreccionado contra la nueva dominación la villa de Patti, la primera de las conquistas hechas por D. Jaime, y la guarnición había tenido que refugiarse en el castillo, donde quedaba sitiada. Partieron en su socorro Roger de Lauria y su sobrino Juan. El primero, trocando su cargo de almirante por el de general de caballería, partió en su auxilio con 700 lanzas, y huyendo los sitiadores a la noticia de su aproximación, relevó la guarnición, y regresó tran-

© Biblioteca Nacional de España

quilamente a Siracusa, ante la cual se hallaba el campamento de D. Jaime II.

A igual tiempo que Roger llegaba a Patti una escuadra aragonesa, mandada por su sobrino Juan de Lauria, con orden de proveer de víveres el castillo. Realizada su misión zarpó con rumbo también a Siracusa, pero ya a larga distancia se encontró con una escuadra siciliana que Federico III había armado rápidamente, botando al agua 22 galeras guardadas en el arsenal de Mesina.

Entablóse una lucha encarnizadísima, y la escuadra aragonesa fué vencida en toda la línea, quedando prisioneras 16 galeras, entre ellas la capitana.

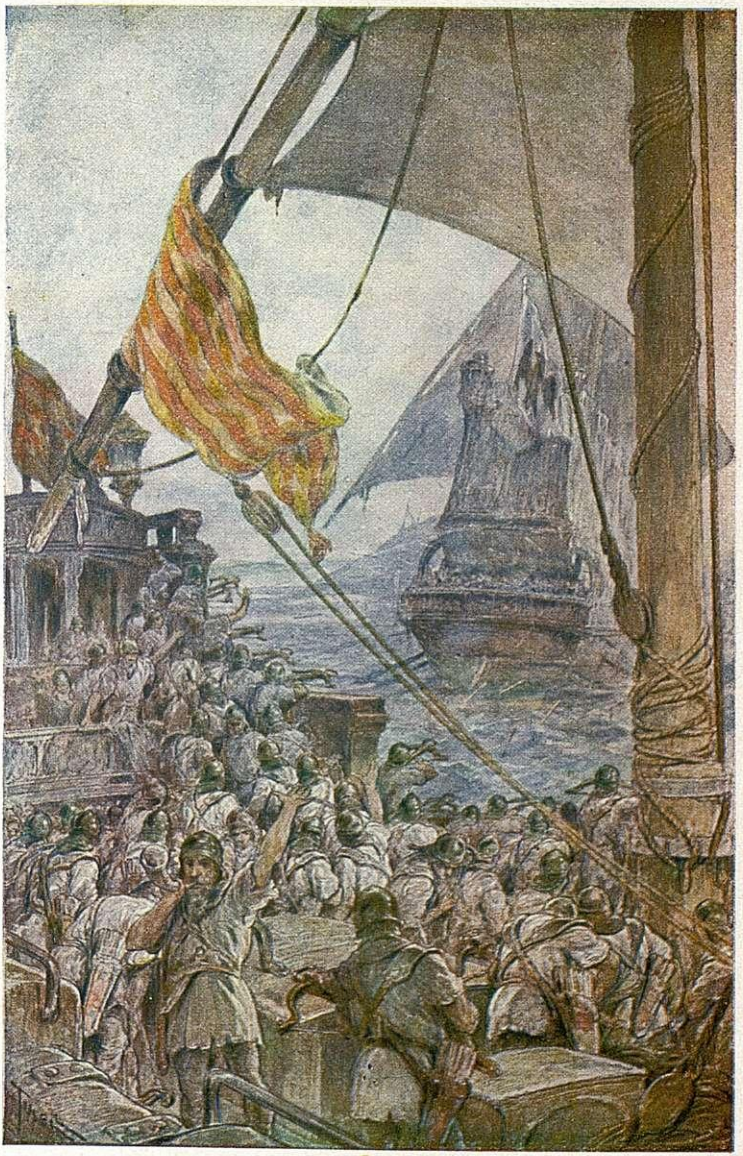
Conducido Juan de Lauria ante un Consejo de guerra fué condenado a muerte por traidor a Sicilia, junto con el caballero Jaime de la Roca.

Esta rota, la porfiada resistencia de Siracusa y una epidemia que hacía estragos en el campamento de D. Jaime, obligaron a éste, no creyéndose seguro donde estaba, a buscar refugio en Nápoles. Federico III, animoso como siempre, salió con su escuadra a presentar batalla a su hermano, que pasó por la humillación de no poder aceptarla, después de lo cual se puso en camino para Barcelona a organizar una nueva expedición, enérgicamente requerido para ello por Roger de Lauria, que ansiaba desquitarse de su anterior derrota y vengar la muerte de su sobrino.

La gran batalla de Cabo Orlando.

Ya en Barcelona reunió Cortes D. Jaime II pidiendo nuevos subsidios para continuar la guerra, que le fueron concedidos. Y, sin embargo, sólo la ciudad de Barcelona había proporcionado ya por su parte 300,000 libras a don Pedro III y a sus dos hijos Alfonso III y Jaime II, que habían servido para desempeñar al real patrimonio de los gravámenes ocasionados por aquellas expediciones a Sicilia.

© Biblioteca Nacional de España



Batalla naval de Cabo Orlando

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Y en espera de volver cuanto antes a pelear con su hermano en Italia, el rey de Aragón se dió una vuelta por Valencia, confirmó las treguas con Fernando IV y revistó las guarniciones fronterizas de Granada y Castilla.

Como se necesitaba mucho más dinero del que se disponía, D. Jaime se dirigió a su suegro Carlos de Nápoles pidiéndole 20,489 onzas de oro.

Armada por fin otra poderosa escuadra, partió nuevamente para Sicilia el rey de Aragón, para deshacer la obra de su padre. A esta escuadra se reunieron algunas naves napolitanas (junio de 1299). En todo constaba de 56 galeras, y fondeó en cabo Orlando.

Impaciente Federico III por llegar a las manos con su hermano y enemigo, salió a su encuentro con sólo 40 galeras, siendo así que de haber esperado algo hubiera recibido el refuerzo de algunas que se hallaban destacadas en la isla de Cefalonia.

Horrible fué aquella lucha fratricida. Juntos habían combatido y vencido cien veces los de uno y otro bando, a las órdenes de Pedro *el Grande*, y llevaban nombres de igual naturaleza. Los capitanes de D. Federico se llamaban D. Blasco de Alagón, Pons Hugo de Ampurias, el vizconde de Bas, Ribelles, Entenza, García Sánchez; los de D. Jaime se llamaban Centellas, Guerau de Cabrera, Belloch, Sessé. El almirante era Roger de Lauria, y junto a los estandartes de Aragón ondeaban las banderas de la Iglesia.

Comenzó la batalla al rayar el alba (4 de julio de 1299) y no cesó hasta la noche, bajo un sol abrasador, de suerte que muchos murieron de insolación. En las primeras horas el combate fué a distancia, con armas arrojadizas, pero por la vehemencia de un capitán llamado Gombaldo de Entenza, que mandó cortar el cable que amarraba su galera a las otras, y embistió sola, hicieron igual todas las demás.

© Biblioteca Nacional de España

Entenza pagó con la vida su temeridad, y su galera tuvo que rendirse. El rey Federico hacía prodigios de valor y andaba buscando sin cesar la galera de su hermano, hasta que cayó sin sentido, extenuado de fatiga y asfixiado por el calor. El conde de Ampurias y demás capitanes que se hallaban a bordo dieron orden de que en seguida, a fuerza de remos, se saliese de la batalla la galera real para refugiarse en Mesina, y como el movimiento fué notado por las otras, siguieron doce más la dirección de la capitana.

D. Blasco de Aragón entendió debía hacer lo mismo y mandó a su alférez abanderado, Fernando Pérez de Arce, que bajase el pendón, para acompañar al rey.

—No permita Dios jamás — exclamó el pundonorosísimo caballero aragonés — que yo vea arriar el pendón estando enfrente del enemigo; — y quitándose el yelmo se estrelló la cabeza contra uno de los palos.

También se condujo con gran valor D. Jaime II, pues herido de una flecha en un brazo, se negó a abandonar su puesto.

Roger de Lauria venció, pero se cubrió de oprobio. Había apresado diez y ocho galeras sicilianas

«La mayor parte de los prisioneros, principalmente los nobles de Mesina, dice un historiador, pagaron con su vida la muerte de Juan de Lauria. Dióseles muerte de mil maneras: a cuchilladas, con mazas, arrojándolos al mar; y en tanto que los espectadores de esta horrible carnicería lanzaban voces de lástima y perdón, el almirante, con inusitada crueldad, incitaba en altas voces a la matanza y gritaba a los suyos: «Vengad a Juan de Lauria.» Se encuentra que entre las víctimas de la batalla y las inmoladas a la cólera y venganza del vencedor almirante, fueron 6,000 los muertos por parte de los sicilianos.»

Nada más extraño que lo que ocurrió luego, y fué que en vez de persistir en la campaña, D. Jaime II

© Biblioteca Nacional de España

regresó a Cataluña, trayéndose a D.ª Constanza, su madre, y a su esposa, sin que bastaran a retenerle las súplicas de Carlos de Nápoles. Algunos creen que obró por causas sentimentales, por las súplicas de su madre, por su dolor al tener que combatir contra su hermano; pero es más humano suponer que si se marchó fué por creer que estaba ya completamente ganada su causa, y que no tenían los napolitanos que hacer más que presentarse para enseñorearse de Sicilia.

Enojado el Papa le escribió para que volviera con nuevos refuerzos, pero se ve que D. Jaime tenía bien tomada su resolución y contestó, desde Barcelona, excusándose.

Entretanto, y no por haberse perdido la batalla de Cabo Orlando había dejado de continuar furiosa la guerra; los catalanes y aragoneses que habían servido a Federico III continuaron a su lado. D. Jaime II les hizo embargar sus bienes, o hizo como que se los embargaba.

Los angevinos, rechazados de Randazzo, consiguieron que capitulase Catania. En un empeñadísimo encuentro entre las tropas de Carlos de Nápoles y una corta hueste mandada por el rey Federico, lanzóse éste, al frente de sus caballeros, contra el enemigo, poniéndole en fuga y apoderándose un soldado catalán, llamado Martín Pérez de Ros, de la persona del príncipe de Tarento. D. Blasco de Alagón y el conde de Catanzaro, Guillén Galcerán, derrotaban a su vez, en Nápoles, a los angevinos, junto al Garellano.

Roger de Lauria, en cambio, obtenía nuevas victorias, manchadas por las más execrables atrocidades. No fué muy glorioso el triunfo conseguido en Ponza, pues contaba con 58 galeras y el almirante siciliano sólo con 32; pero fué imperdonable que en vez de tributar al vencido el homenaje debido a su valor *mandara sacar los ojos y cortar las manos a gran número de sus prisioneros.*

© Biblioteca Nacional de España

Para no tener que volver sobre esta guerra, continuaremos rápidamente su relato hasta su terminación.

Los angevinos acumularon cuantas fuerzas y medios tenían a su alcance para apoderarse de las plazas fuertes de Mesina y Reggio, cuya defensa tenía encomendada Federico III a D. Blasco de Alagón y al conde de Ampurias, y, en efecto, estos dos denodados y leales caballeros demostraron que no hubiera podido ponerse en mejores manos la suerte de las dos ciudades: los angevinos se vieron obligados a levantar el cerco. Desgraciadamente los sicilianos tuvieron que deplorar una terrible pérdida: había fallecido, de enfermedad natural, D. Blas de Alagón, durante el sitio de la plaza encomendada a su guarda.

Estaba visto que los angevinos perderían gente y dinero en el empeño de sojuzgar a Sicilia, cuyos moradores, a una, peleaban por su independencia, pero aun así persistían los franceses en su temerario empeño. Habría guerra mientras quedase en vida un siciliano y aunque fuesen dueños los extranjeros de todas las ciudades y castillos.

Al objeto de emprender lo que modernamente llamamos una *operación decisiva,* aprestóse en Francia un poderoso ejército y una formidable armada, que fueron puestos a las órdenes de Carlos de Valois. Esperábase que la espantosa miseria reinante en la isla, cerrado su comercio, y ocupada por los angevinos gran parte del territorio, favorecería la empresa, y, sin embargo, desde el primer momento hubo de encontrarse Valois con una desesperada resistencia.

Más grande que nunca se nos aparece en esta coyuntura el rey Federico, y más admirables que en otra ocasión sus valerosísimos y leales caballeros, Ampurias, Berenguer de Entenza y Roger de Flor.

El numeroso y aguerrido ejército de Carlos de Valois se encontró con que la plaza de Siracusa, no muy

© Biblioteca Nacional de España

fuerte ante los terribles medios de combate de que disponía el enemigo, se negaba resuelta y altaneramente a rendirse. Pasaban semanas y meses y Siracusa no cedía, mientras en los campamentos del sitiador hacía estragos la peste. Era cuestión de levantar el cerco, pero la altanería de los asediados hacía cuestión de amor propio permanecer allí.

En tal estado las cosas, súpose que se acercaba el rey Federico al frente de un fuerte ejército. Carlos de Valois se vió perdido, y sin más recurso que embarcarse, mas por no caer en nota de cobardía apeló a una ingeniosa combinación y fué pedir la paz, no por sí, sino por medio de terceras personas. El expediente fué acogido con regocijo por D.ª Violante (la hermana de D. Federico, casada con el príncipe heredero de Nápoles) y comenzaron las negociaciones en el pueblecito de Caltabellotta, entre el rey de Sicilia y dicho príncipe heredero Roberto de Calabria. Acordados los preliminares de paz, fueron confirmados en agosto siguiente (1302) sobre las siguientes bases:

1.ª Federico se llamaría rey de Sicilia o rey de Trinacria, según Carlos de Nápoles eligiese.

2.ª Se procuraría que el Papa diese a los hijos que Federico tuviese de Leonor, el reino de Chipre o el de Cerdeña. En caso de no alcanzar la concesión de alguno de estos reinos, podrían los hijos después de la muerte del padre retenerse la Sicilia, pero con obligación de entregarla al rey Carlos o a sus herederos, siempre que éstos les diesen la cantidad de 100,000 onzas de oro.

3.ª Prorrogábanse los términos dentro los cuales se habían de restituir los territorios ocupados.

4.ª Debían devolverse a la Iglesia los bienes que tenía en Sicilia antes de la revolución de las Vísperas.

5.ª Amnistía general por una y otra parte para los que habían abrazado una u otra bandera.

Había resultado, pues, inútil y odiosa la guerra de

© Biblioteca Nacional de España

Jaime II para deshacer la magna empresa iniciada por su padre: al cabo de veinte años de lucha «quedaba afirmada la corona de Sicilia en las sienes de un hijo de D. Pedro III de Aragón».

Y esta corona debía perpetuarse en las sienes de los reyes de España hasta la malhadada guerra de Sucesión.

Noble proceder de D. Fadrique

Gracias a la prudencia de Federico III logró atraerse éste a los sicilianos, que encontraron en él al hombre que buscaban. Hallábase dividida la isla, en tiempo de su lugartenencia, en dos partidos: el *patriótico-siciliano* y el *siciliano-aragonés*. Estaba formado el primero, según el historiador alemán Dr. Hans E. Rohde, por la burguesía ilustrada; obra suya fueron las *Vísperas sicilianas* y aspiraba a la constitución de una nación libre e independiente; a este partido se unió después gran parte de la nobleza. El partido *siciliano-aragonés* estaba fundado sobre la base de los feudos, de los caballeros que habían asistido a D. Jaime II contra los angevinos, de los desterrados gibelinos y de los catalanes y aragoneses que habían pelcado ya bajo las banderas de Pedro III. El propósito de D. Jaime II era debilitar el partido patriota, pero no siguió igual política D. Fadrique que se fué inclinando poco a poco hacia aquél, al mismo tiempo que los afiliados anhelaban se pusiese a su frente, cifrando en él todas sus esperanzas.

«El pueblo, dice el Dr. Hans E. Rohde, amaba su aspecto caballeresco y juvenil, su pericia en las armas, en las que, fiel a las tradiciones de su casa, se ejercitaba con asiduidad; las personas ilustradas apreciaban su ansia de saber y sus dotes, como su espíritu animado y abierto. A todo era accesible, y sensible a toda excitación, de tal manera que parecía corresponder a las más halagüeñas esperanzas, prometiendo satisfacerlas en lo porvenir. Era famoso por su justicia, y por sus sinceros cuidados en orden a la tranquilidad del país

© Biblioteca Nacional de España

y para hacer en él fructíferas las bendiciones de la paz, o mejor, las del armisticio. A todos complacía su modo de ser cariñoso y amigable: el comercio florecía de nuevo, la tranquilidad y el bienestar imperaban bajo su regencia. Especialmente agradaba a los patriotas el que no era, cual muchos caballeros aragoneses, soberbio e inaccesible a los sicilianos, sino que les prestaba atento oído, escuchaba sus consejos, y aun los seguía si le parecían acertados. Pero precisamente esto tenía que hacerle sospechoso a los ojos de D. Jaime, y así no cesaban las quejas contra Federico.»

Federico procuró en cuanto pudo mantenerse leal a su hermano, hasta que a la noticia de que quería abandonar la isla, no tuvo más remedio que adoptar una resolución, y de ahí que se constituyera en jefe del partido independiente, sin seguir a D. Jaime II en su tortuosa política, que le hacía precipitarse en brazos de Francia.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

ESTADO INTERIOR DE ARAGÓN

LAS CORTES. — CATALUÑA. — ARAGÓN. — VALENCIA

Cortes. Dijimos ya que después de la gran victoria naval de Cabo Orlando, en vez de continuar D. Jaime II guerreando contra su hermano, se vino a sus reinos de España, de donde hubiera hecho muy bien en no ausentarse para sacarles a otros las castañas del fuego.

Reunió Cortes (1300), en Lérida, pero esta vez no fué para pedir dinero, sino para asuntos de verdadero interés para el país, cuales fueron varias concordias, paces y treguas entre barones catalanes, eternamente en guerra. Pero no fué eso lo más importante, sino que en ocasión de hallarse D. Jaime II en Lérida fundó la famosa Universidad,—o por lo menos la restauró, si es verdad que la había fundado ya D. Jaime I,—encargando la redacción de sus estatutos y funcionamiento al sabio Fray Arnaldo Amer, general de la Orden de la Merced.

Por entonces fué cuando recibió el requerimiento del Papa para que llamara a Aragón a los caballeros que peleaban al lado de Federico III, privándoles de sus bienes si se resistían. D. Jaime obedeció y escri-

© Biblioteca Nacional de España

bió, para que salieran de Sicilia, al conde de Ampurias, Guillén Galcerán de Castellá (conde de Catanzaro), D. Blasco de Alagón, Moncada, Martín de Olit, Ribelles, Pons de Queralt, Guerau de Pons, Puigert, Bernaldo de Queralt y otros. Ninguno defirió a lo mandado, y en su virtud, les confiscó los bienes, si bien, a creer a Feliu de la Peña, que no es grande autoridad, fué sólo una manera de cumplir, pues entregó las haciendas a los parientes más cercanos.

Desde Cataluña las cosas debían presentársele, sin duda, a D. Jaime II de otra manera que cuando se hallaba en Italia, asaz distraído de lo que le competía hacer en su solar propio

Fuese luego a tener Cortes de Aragón, lo cual equivalía, indefectiblemente, a ir a apurar el cáliz de la amargura. Según costumbre, se otorgó al rey el servicio de monedaje, pero según costumbre también, sólo se alcanzó después de terribles peloteras, escándalos y protestas, pues era profunda la prevención del brazo noble contra el poder real, como pueblo que había hecho la conquista *sine rei* y sabía que el rey siempre trataba de hacer tascar el freno a la terrible *Unión*.

No había tantos disgustos que temer de las Cortes de Valencia. Fuese para allá D. Jaime con el principal propósito de renovar la guerra con Castilla por la cuestión de las fronteras de Murcia, pues, como ya dijimos, antes de embarcarse en la aventura de Sicilia, se había apoderado de gran número de plazas de aquel reino, para lo cual le favorecían los disturbios de la minoridad de Fernando IV. D. Jaime consiguió apoderarse esta vez (1300) de la plaza de Lorca, por tratos, pero habiendo acudido fuerzas de Castilla se retiró.

Al comenzar el año 1301, D. Jaime II se concertaba con el granadino para que éste no prestase apoyo a Fernando IV de Castilla en su protección a los infantes de la Cerda, y receloso de lo que pudiera intentar el

© Biblioteca Nacional de España

rey de Navarra, previnose levantando en la frontera la villa de la Real, para defensa de la tierra.

Y vuelta a celebrar Cortes, lo cual constituye uno de los timbres de gloria de D. Jaime II, respetuoso siem-

Caballero aragonés del siglo XIV

© Biblioteca Nacional de España

pre con las leyes de los reinos que gobernaba. Las primeras fueron catalanas, en Lérida otra vez; pidió don Jaime a los Brazos que le auxiliasen contra algunos descontentos de Aragón y para la guerra de Castilla, y al par les hizo jurar como sucesor a su hijo primogénito D. Jaime, destinado a asombrar a las edades con su originalísimo proceder, como ya diremos.

A estas Cortes de Lérida se negó a asistir el alto y poderoso señor En Ramón Folch, vizconde de Cardona; por cuyo motivo se le declaró fuera de la ley, y el rey dió orden de que le talaran las tierras, a lo cual contestó el heroico defensor de Gerona contra Felipe *el Atrevido,* desnaturalizándose.

Aragón era siempre la cruz de aquellos reyes de la casa de Barcelona, tan queridos, en general, en Cataluña. A pesar del Justicia, los ricos-omes persistían en sus pretensiones desaforadas y amenazaban siempre con el *Privilegio de la Unión,* que era la revolución en permanencia.

Sucedía ahora que muchos ricos-omes se habían unido y juramentado para exigir al rey fuertes cantidades que decían les eran debidas, disponiéndose, si no se las daban, a obtenerlas por medio de las armas. Reunidas Cortes en Zaragoza, D. Jaime II se lamentó de la actitud que habían adoptado los nobles y reclamó el conocimiento del *Justicia.* Este altísimo funcionario falló que los ricos-omes que habían exigido con amenazas de proceder a mano armada el pago de sus débitos debían quedar a merced del rey, aunque éste no podía sentenciarlos a muerte. En su virtud se les condenó a destierro y otras penas, lo cual fué propagar el daño, pues los proscriptos, entre ellos D. Lope Ferriz de Luna y D. Juan Jiménez de Urrea, fueron a ofrecer sus servicios a Fernando IV de Castilla contra Jaime II, empeñado en quedarse con lo que había ocupado en Murcia durante su minoridad.

© Biblioteca Nacional de España

Por fortuna todo se arregló pacíficamente. En 1304 se vieron D. Jaime de Aragón, D. Fernando IV de Castilla y el rey de Portugal en el Campillo, entre Ágreda y Tarazona, para dirimir así las diferencias entre Castilla y Aragón sobre los límites de Murcia, como para el arreglo de la cuestión de los La Cerda. Acordóse que las plazas de Guardamar, Alicante, Elche y Cartagena, con toda la orilla Norte del Segura, menos Molina y Murcia, con sus territorios, quedasen por el rey de Aragón, y el resto por el de Castilla.

Respecto a La Cerda sentenciaron, como árbitros, D. Jaime y el rey de Portugal que el rey de Castilla le diese las rentas de ciertas villas dispersas que le asegurasen 400,000 maravedís anuales.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

EXPEDICIÓN DE CATALANES Y ARAGONESES A ORIENTE

ORÍGENES DE LA EXPEDICIÓN.— ROGER DE FLOR.—TUMULTOS EN CONSTANTINOPLA.—VICTORIA DE CABO ARTACIO.—LOS ALMOGÁVARES EN CÍZICO.—INVASIÓN DE ASIA MENOR: BRILLANTES TRIUNFOS DE LOS CATALANES Y ARAGONESES.— INGRATITUD DE ANDRÓNICO.— LOS CAPITANES ARAGONESES Y CATALANES SEÑORES FEUDALES EN ASIA MENOR.—ASESINATO DE ROGER DE FLOR. MATANZA DE CATALANES.—TOMA DE HERÁCLEA.—TRAICIÓN DE LOS GENOVESES.—QUEMA DE LAS NAVES.—GRANDES VICTORIAS DE LOS ALMOGÁVARES.—VENGANZA DE CATALANES.—LAS HAZAÑAS DE ARENÓS. —DERROTA DE LOS ALANOS.—BERENGUER DE ENTENZA EN LIBERTAD.—EL INFANTE DON FERNANDO.—MUERTE DE ENTENZA.—MUERTE DE ROCAFORT.—MARAVILLOSAS HAZAÑAS DE LOS CATALANES.—BATALLA DE CEFISO. LOS CATALANES DUEÑOS DE TEBAS Y DE ATENAS.

(1302 - 1313)

Orígenes de la expedición.

«Digna es de notarse, y aun de grabarla en mármoles y bronces, la expedición de catalanes y aragoneses al imperio griego», escribe un eminente historiador, y tal vez es aun poco decir; por ello dedicaremos algunas páginas a ese extraordinario suceso, por más que tan homérica hazaña no dejara rastro en la evolución de nuestra historia, ni otro recuerdo que el de «venganza de catalanes» en

© Biblioteca Nacional de España

los pueblos que fueron teatro de aquellas inauditas proezas.

No importa, sin embargo, la falta de provecho de semejante heroísmo para conmemorarle; a lo cual hay que añadir, sin que hagamos hincapié en ello, que tal vez el relato de aquella expedición que tuvo por cronista inmortal a uno de sus capitanes, Ramón Muntaner, fuese como un acicate, y un ejemplo—más positivo que el de los libros de caballería,—para las admirables aventuras de nuestros conquistadores de América, en los siglos XV y XVI. Aun en pleno siglo XVII evocaba la pluma maravillosa de Moncada la *Expedición de catalanes y aragoneses a Grecia* para erigir un monumento imperecedero a la gloria de las letras castellanas.

Y sin embargo, fué una campaña particular, una empresa de *condottieri*, nacida de bajos apetitos y terminada como correspondía a su iniciación, para disiparse luego en la sombra. Por lo dicho correspondería mejor este relato a una historia de las glorias militares españolas que no a la narración de los sucesos interiores.

«El tratado de paz que concluyó la guerra de Sicilia, escriben los señores Fornes, dejó a los almogávares y mercenarios que en ella combatieron sin otra ocupación de pronto que ser causa permanente de bullicios y altercados en las tabernas.» Aprovechando sus caudillos las ventajosas proposiciones que les hacía el emperador de Constantinopla, Andrónico Paleólogo, para que fuesen a su defensa contra los turcos, aceptaron la propuesta.

Este fué el motivo de la prodigiosa expedición.

Roger de Flor.

Encontraron los almogávares, pues casi todos lo eran, el jefe que mejor podía mandarlos en el famoso Roger de Flor, natural de Brindis, hijo de padre alemán—que fué uno de los más adictos partidarios de Conradino *Corazón de Hierro*,

© Biblioteca Nacional de España

como le llaman los italianos, o el *Degollado*, según le denominan los historiadores catalanes, y de madre italiana. Había comenzado por ser templario, pero no encontrándose en aquella Orden bastantes ocasiones en que dar rienda suelta a sus batalladores instintos, se hizo corsario, o mejor dicho pirata, alcanzando en breve gran renombre por su valor y su generosidad. No robaba los cargamentos y los barcos que apresaba, fuesen amigos o enemigos, sino que se contentaba con exigirles una crecida suma con que satisfacer el loco boato que desplegaba.

Era de aspecto feroz, prontísimo en sus impulsos y más que de valiente se le podía calificar de temerario.

Al estallar la guerra entre Federico de Sicilia y los angevinos, fué a ofrecer sus servicios al duque de Calabria, y como éste no los aceptara, se pasó, despechado, al campo del rey legítimo, que, necesitado de fuerzas, comprendió en seguida cuán valioso había de ser el concurso de Roger de Flor y su gente.

Terminada la guerra, el papa pidió a Federico III la entrega del ex corsario, como desertor de la Orden del Temple, pero el rey de Sicilia se negó noblemente a ello, e indicó a Roger de Flor el vasto campo que a su actividad podía encontrar en el imperio griego.

Era, en efecto, cuando Constantinopla se veía amenazada por la invasión de Bayaceto y sus terribles osmanlíes. Andrónico necesitaba defensa, y ya fuese él quien tomase la iniciativa, como creen los más, ya fuese Roger de Flor quien le ofreciera su espada, ello fué que quedó concertada la expedición y la entrada de la hueste catalano-aragonesa al servicio del emperador. Prometió éste al *condottiere* conferirle el título de Megaduque y darle por esposa a su sobrina la princesa María. Para todos habría espléndidos sueldos, y se comprende que Andrónico procediera así, puesto que aquélla era su única tabla de salvación, ya que los griegos, los

© Biblioteca Nacional de España

gréculos como se les llamaba despectivamente, se habían dispersado por Occidente, huyendo de la cimitarra de los turcos, o bien habían aceptado dócilmente el yugo musulmán.

Los almogávares alistados para la expedición eran 8,000; procedióse a la elección de jefe y fué proclamado Roger de Flor, aunque también contaban con partido su hermano de armas Berenguer de Entenza, Jiménez de Arenós y Berenguer de Rocafort. Otros jefes eran Pedro y Sancho de Ros, Arós u Orós; Fernando Ahones; Corberán de Lehet, García de Bergua, Martín Lográn, García Palacín, Guillén de Siscar, Pérez de Caldés, Fernán Gómez, Jimeno de Alvaro, Ramón Muntaner, el inmortal cronista de la expedición, y otros, si bien por lo pronto quedaron en Sicilia Entenza y Rocafort para allegar nuevas tropas.

La escuadra, compuesta de 10 galeras y dos grandes transportes, fletados por Roger de Flor, y otras tantas facilitadas por Federico III, zarpó de Mesina y fondeó en Constantinopla en septiembre de 1303.

Los almogávares fueron recibidos con delirante entusiasmo. «Es fama, escribe un historiador, que no se cansaba el emperador de admirar a quellos hombres tostados por el sol de los combates, con su extraño traje, su aguerrido continente, su militar despego y su marcial desembarazo.»

Tumultos en Constantinopla.

Fueron alojados en el arrabal llamado de Blanquernas, habitado por genoveses; se les repartieron víveres y vino en abundancia y se les anticiparon las pagas de cuatro meses. Hubiera sido conveniente enviarlos pronto a campaña, por ser gente todos ellos pendenciera y mal sufrida, y por no haberse hecho así estuvo a punto de ocurrir una catástrofe.

No había sido del gusto de los genoveses que se enviase a su arrabal a los almogávares, pues les perju-

© Biblioteca Nacional de España

dicaban su negocio, y así no ocultaron desde el primer momento su antipatía. Como un día un genovés se burlara del aspecto bárbaro de un almogávar, cuyo traje ya describimos y no podía ofrecer, por lo tanto, mayor contraste con el refinamiento de la indumentaria bizantina, no se paró en barras el catalán, y le dejó muerto.

Acudieron furiosos los genoveses, hicieron igual los almogávares, y comenzó la lucha, encarnizadísima, que hubiera acabado con el saqueo e incendio de Blanquernas a no haber acudido precipitadamente Roger de Flor a poner paz.

Cumplió Andrónico cuanto había prometido; Roger de Flor fué promovido a la dignidad de *Megaduque* y casó con la gentil princesa María, hija de Azán, rey de los búlgaros, y de Irene, hermana del emperador. Era una jovencita de diez y seis años, a la cual parece amaba con apasionado cariño el terrible ex corsario.

Pero no podía prolongarse más la inacción; los turcos llegaban en sus feroces correrías hasta las mismas puertas de la capital; no pasaba día sin que los osmanlíes convirtieran en pavesas algún pueblo y pasaran a cuchillo a los infelices moradores. Habían quedado abandonados los campos para refugiarse las gentes en las ciudades, donde a su vez hacía estragos la peste. La situación no podía presentar un cariz más amenazador; si Bayaceto hubiese tenido una escuadra para cruzar el Bósforo, sin duda se hubiera apoderado de Constantinopla.

La victoria de Cabo Aztacio.

En tan alarmante estado se hallaban las cosas cuando salió a campaña Roger de Flor, al frente de sus almogávares, de un cuerpo de griegos, al mando de Maralli y otro de alanos, al de su capitán Jorge.

Embarcóse en Constantinopla, para pasar a la otra

© Biblioteca Nacional de España

orilla del Bósforo, en una escuadra cuyo almirante era el aragonés Fernando Ahones, y ya estando para anochecer tomó tierra en el Cabo de Artacio, cerca de las ruinas de Cizico, sobre las cuales se había fundado una nueva población.

Ya en el Asia Menor enteróse Roger de Flor de que los turcos se hallaban acampados a dos leguas de allí.

Toda la noche se pasó en preparativos para el rebato que Roger de Flor pensaba dar en cuanto amaneciese. Apenas rayaba el alba poníase en movimiento la hueste. Iban a vanguardia el Megaduque y Maralli con la caballería y seguía el centro, formado por los almogávares, en un solo haz, bajo las banderas de D. Jaime II de Aragón y Federico III de Sicilia, «porque las armas de Aragón las tenían por invencibles».

Cayeron los terribles almogávares sobre los turcos prorrumpiendo en sus salvajes gritos de *¡Aur! ¡aur! ¡Desperta ferro!* Los osmanlíes se aprestaron a la defensa, pero todo resultaba inútil; la sorpresa había sido totalmente inesperada, y aunque se resistieron con el valor que nadie podía disputarles, la matanza fué cruel. Los almogávares, con sus azconas, se cansaban de herir. Allí murieron 3.000 jinetes y 2.000 infantes de Bayaceto, y el poderoso ejército, hasta entonces terror de los griegos, se deshacía y desbandaba en todas direcciones, dejando en poder de Roger de Flor grandísimo número de prisioneros, hombres, mujeres y niños.

El campamento fué entrado a saco, y pocas horas después enviaba el Megaduque a Constantinopla desde Artacio, gran número de galeras abarrotadas de prisioneros.

Roger de Flor permaneció en Cízico para pasar la invernada, y la escuadra de Fernando Ahones hizo lo mismo en la isla de Chio, cuyo puerto, muy seguro, se hallaba poco distante de los Dardanelos.

© Biblioteca Nacional de España

Los almogávares en Cízico.

No era de esperar que aquellas tropas se condujesen como un modelo de disciplina, aparte de lo cual, Roger de Flor, acostumbrado a permitir a su gente las mayores libertades, tal vez como resabio de su antigua profesión de corsario, no parecía preocuparse por los excesos a que se entregaban sus soldados.

Esto hubo de disgustar a Fernando Jiménez de Arenós, que ya antes que Roger de Flor, se había ofrecido desde Sicilia a Andrónico, con su compañía, siéndole admitidos sus servicios, y ¡de quien dijimos había sido propuesto por algunos como jefe de la expedición. Arenós, pues, y no es de creer que por envidia, pues era un perfecto caballero, sino por dictado de su conciencia, no quiso autorizar las demasías de los almogávares en Cízico y, desavenido con el Megaduque, abandonó el campamento y embarcóse para Atenas, donde entró al servicio de aquel duque franco.

No faltaba, entretanto, quien sintiera los más terribles celos por la gran victoria del Megaduque, y era éste el *sebastocrator* Miguel, o sea la del principal personaje (primera dignidad del imperio) después de Andrónico. Miguel no había hecho más que sufrir descalabros cuantas veces había intentado algo contra Cízico, y había de sentirse despechado al ver ahora allí vencedor a Roger.

Al llegar la primavera de 1304, el Megaduque se fué con su enamorada esposa a Constantinopla, en demanda de dinero e instrucciones; satisfecho en ambas cosas, dejó a María en la capital y regresó a Cízico, donde satisfizo a los patrones el gasto que en sus casas habían hecho sus soldados, sin descontárselo de su paga a los almogávares, gracias a lo cual percibieron éstos íntegras sus cuatro pagas, «y tomando Roger sus libros de las raciones y cuentas, donde constaban los gastos excesivos que los soldados hicieran, los mandó

© Biblioteca Nacional de España

quemar en la plaza pública de Cízico, siendo muy loada de todos semejante liberalidad.»

Semejante proceder era más propio de un capitán de aventureros que de un general, pero se ve que Roger necesitaba del apoyo de los suyos y a ello lo sacrificaba todo.

Ya a punto de reanudarse la campaña, armóse una terrible zalagarda entre los almogávares y los alanos, por fútiles motivos. Llevaron la mejor parte los primeros, que al parecer fueron también los provocadores, e insiguiendo Roger de Flor en su costumbre de darles siempre la razón y de halagarlos, dejó que cometieran los más terribles atropellos contra sus contrarios. Murió en la refriega el hijo de su jefe Jorge, a quien luego quiso el Megaduque aplacar ofreciéndole dinero, a lo cual se negó dignamente el alano, en quien desde entonces tuvo un formidable enemigo.

Por fin, a primeros de mayo prosiguió su marcha la hueste, para Anatolia. Componíase el ejército de Roger de Flor de 6,000 catalanes y aragoneses, 1,000 alanos y las compañías de griegos de Marulli.

Invasión de Asia Menor. --Brillantes triunfos de los catalanes y aragoneses.

«Atendidas las condiciones de una reseña de esta clase, dice Balaguer, no es posible seguir paso a paso la homérica marcha de aquel puñado de hombres. Internóse Roger por el reino de Anatolia; ocupó Germe y Geliana; llegó a Filadelfia, donde venció en reñida batalla a un ejército turco de 12,000 infantes y 8,000 jinetes; hizo una correría por la parte de Kulla; entró triunfante en Nizea; alzó su bandera en los torreones de la mayor de las Magnesias griegas; paseó victorioso el país, cuajado de ciudades donde es fama que se hallaban las siete iglesias cristianas del Apocalipsis; hízose abrir las puertas de aquella famosísima Éfeso de la Diana antigua; atravesó la comarca de Caria, y todo aquel inmenso espacio de provincias

© Biblioteca Nacional de España

que están entre la Armenia y el mar Egeo, haciendo huir ante él, como un grupo de milanos desbandados, las huestes de los turcos, y acabó, finalmente, por despertar los dormidos ecos del monte Tauro con sus alaridos de guerra y sus gritos de victoria, ya que señaladísima la alcanzó su hueste en las faldas de dicho monte.

»Es asombrosa tan continuada serie de hazañas, y no es extraño, por lo mismo, que se devoren las páginas que nos hablan de esta expedición con el mismo afán con que se devoran las de la Iliada». «Los más grandes ejércitos de las cruzadas, ha dicho Ortiz de la Vega, no hicieron lo que entonces ese puñado de catalanes que parecían sumergidos en la vasta región de Asia. Cada paso que daban los catalanes era sobre los escombros de algún pueblo famoso, el río Hermes, la Lidia, la antigua Sardes, Esmirna, Pérgamo, Tyrreum, Éfeso, Antioquía, Apamea, Colossus y otras ciudades parecían estremecerse en sus ruinas sintiendo que por allí andaban hombres.»

»En Éfeso se incorporó a la hueste Berenguer de Rocafort, que venía de Sicilia mandando un cuerpo de 1,000 almogávares y 200 jinetes. A su llegada a Constantinopla, el emperador le dió orden de ir a juntarse con Roger; llegó a Chío en el momento en que el almirante Ahones se iba a hacer a la vela con su armada para Ania, y arribaron juntos a esta ciudad, desde cuyo punto envió a participar su llegada a Roger. Este comisionó a Ramón Muntaner para que fuese a saludar al recién llegado. Muntaner, con sólo 20 caballos y alguna gente práctica para que le guiasen por caminos extraviados, cruzó toda la comarca que se extiende entre Éfeso y Ania, teniendo que abrirse paso muchas veces con la espada, y llegó por fin salvo a esta última ciudad, de donde regresó a Éfeso con Rocafort y su hueste. Fuéle dado entonces a Berenguer de Rocafort el empleo

© Biblioteca Nacional de España

de senescal, vacante por la muerte de Corbolán de Alet.

»Ocho días se detuvieron los nuestros al pie del monte Tauro, y en el mismo lugar donde el 15 de agosto vencieron a 30,000 hombres, 10,000 de ellos jinetes. Tan señalado fué el triunfo y tantos los despojos, que fueron pocos los vencedores para recoger la presa. Al embocar aquel temido desfiladero que separa la Anatolia de la Armenia, y a que se da vulgarmente el nombre de *Puerta de hierro,* detúvose Roger como receloso de seguir adelante e internarse en un país desconocido, falto de guías y gente práctica en la tierra. Y como al propio tiempo entraba ya con rigor desusado el invierno, se decidió a volver con su ejército a las provincias marítimas. En esta retirada, dicen los historiadores bizantinos, que los nuestros hicieron más daño en las ciudades de Asia, que los turcos enemigos del nombre cristiano; y a esto opone Moncada, que si bien debieron ser algunos los daños, no tanto como aquéllos los encarecen. Aun dando por cierto lo que se dice y supone, no se amengua el brillo de las victorias, porque, como ha dicho el autor citado, «¿Qué ejército se ha visto que diese ejemplo de moderación y templanza, y más el que alcanza muy a tarde sus pagas?»

La ingratitud de Andrónico

Los admirables triunfos de Roger de Flor y sus almogávares llenaban de asombro al mundo, pero al propio tiempo exacerbaban la envidia de los generales bizantinos y avivaban el rencor de sus numerosos, y más o menos encubiertos enemigos, entre los cuales figuraban el sebastocrátor Miguel, los genoveses de Blanquernas y Jorge, el general de los alanos. El mismo Andrónico comenzó a sentir celos del Megaduque, cuyos portentosos triunfos pregonaba la fama de uno a otro confín del mundo conocido, y así hallándose el ilustre vencedor ocupado en poner sitio a la ciudad de Magnesia hubo de recibir orden de dejarlo y embarcarse con su gente para pasar

© Biblioteca Nacional de España

los Dardanelos y dejar alojado el ejército en Galípoli, mientras él debía presentarse en Constantinopla con cuatro galeras y alguna infantería de la más escogida.

El pretexto era que había que ir en socorro de su cuñado el príncipe de Bulgaria, contra quien se había levantado un tío suyo, y al par recibir el dinero para las pagas de las tropas.

Desesperábase Roger de Flor entre la turba cortesana de los gréculos, viendo que no se le daba el prometido dinero, cuando de pronto experimentó la grandísima satisfacción de que llegara de Sicilia su íntimo amigo y hermano de armas Berenguer de Entenza con 300 jinetes y 1,000 almogávares. Tratándose de personaje de tal alcurnia y hacia el cual sentía Roger de Flor la más profunda gratitud, consiguió de Andrónico que le nombrara *Megaduque*, mientras a él se le promovería a la dignidad de César. Tal disposición llenó de ira a aquellos ingratos bizantinos, raza degenerada y traidora, suponiendo en su menguada cavilosidad que Roger de Flor pretendía arrojar a los Paleólogos y ocupar el trono del imperio de Oriente.

Era cada día, por lo tanto, mayor la acritud de las relaciones y vino a hacerla más grave la circunstancia de haberles pagado a los almogávares en moneda de baja ley, pues la proporción era sólo de 15 de liga por 9 de oro. Los almogávares estaban para promover una sedición que hubiera sido terrible, por lo cual Roger les aquietó entregándoles sus tesoros y las joyas de su esposa. Con todo, el agravio llegó a lo hondo, y Berenguer de Entenza, que jamás se hubo de distinguir por lo sufrido, arrojó al mar con desprecio las insignias de Megaduque, mientras los almogávares se mostraban más insolentes cada día con los naturales.

Llena de espanto la corte de Constantinopla y temerosos Andrónico y su hijo Miguel de que a lo mejor no estallase una rebelión que diese al traste con ellos,

© Biblioteca Nacional de España

acordaron un astuto plan para perder a los expedicionarios, bajo la apariencia de recompensarles.

Los capitanes aragoneses y catalanes, señores feudales en Asia Menor.

Consistía el plan en dar Andrónico como feudo a los ricos-hombres catalanes y aragoneses las provincias del Asia Menor, con obligación de prestarle auxilio cuando se les requiriera. Cerrado el trato ya no tenía el emperador que pagar a las tropas expedicionarias; sólo quedaba obligado a satisfacer los sueldos ya devengados y a proporcionarles cada año 30,000 escudos y 120,000 modios de trigo.

Aceptadas por Roger de Flor las condiciones, que no podían ser más ventajosas, pues era hacer dueños a los catalanes y aragoneses de aquellas fértiles y magníficas provincias de las cuales habían arrojado a los turcos, quiso el César verse con el sebastocrátor Miguel, que se hallaba en Andrinópolis, para participarle el plan de campaña que había acordado con Andrónico.

Todos a una procuraron disuadir a Roger de Flor de que no se expusiera a la peligrosa aventura, pues para nadie era un secreto que Miguel aborrecía de muerte al César y era hombre capaz de las más villanas acciones. Vanos fueron los ruegos de la princesa María, que conocía harto bien a su primo y sabía las mañas en uso en los palacios imperiales. Contra el parecer de todos, y dejando sumidos los ánimos en los más funestos presentimientos, partió Roger de Flor para Andrinópolis con sólo una reducida escolta de ciento cincuenta caballeros y almogávares, dejando por general en Galípoli a Berenguer de Entenza, y como senescal a Berenguer de Rocafort.

Asesinato de Roger de Flor. --Matanza de catalanes.

Varían las versiones sobre lo que ocurrió en Andrinópolis. Roger de Flor murió asesinado en el Palacio Imperial, según unos, por una turba de alanos capitaneados por el general Jorge, ansioso de vengar la muerte

© Biblioteca Nacional de España

de su hijo en el motín soldadesco de Cízico; según otros, por un pelotón de soldados de Miguel.

El asesinato del caudillo fué la señal de la matanza; todos los almogávares de su escolta fueron pasados a cuchillo, excepto tres que consiguieron escapar, después de desesperada resistencia. Aquellas nuevas *Vísperas sicilianas* repercutieron en Constantinopla, donde fueron asesinados todos los aragoneses y catalanes que allí había, entre ellos el bravo almirante D. Fernando Ahones y varios personajes enviados a la corte de Andrónico para gestionar la paga de los atrasos, y a ejemplo de la capital no hubo ciudad, villa ni aldea donde no se diese muerte a los aragoneses y catalanes, siempre pocos en número, y sin distinción de edad ni sexo, que en ellas se encontraban.

No es menester decir que los catalanes y aragoneses reconcentrados en Galípoli clamaron venganza por la infame traición contra ellos cometida por los gréculos. En cuanto llegaron a la ciudad los tres almogávares que habían podido escapar de la matanza de Andrinópolis y enteraron a sus compañeros del asesinato de Roger de Flor y de la degollación de su escolta, entraron a sangre y fuego las casas de los habitantes y acuchillaron a cuantos griegos, hombres, mujeres y niños vivían en la ciudad y sus contornos, después de lo cual en amenazadora muchedumbre, rodearon el palacio de Berenguer de Entenza exigiéndole la inmediata salida para Constantinopla, y vengar allí la muerte de su caudillo.

En tal estado de agitación los ánimos, se pudo ver cómo en lugar de salir para Constantinopla debían los catalanes y aragoneses de Galípoli ponerse en estado de defensa, pues previendo Andrónico y Miguel las intenciones de la hueste española enviaron contra la plaza un ejército de 30,000 infantes y 14,000 caballos, formado de alanos, turcoples y griegos. Fortificóse la

© Biblioteca Nacional de España

ciudad, que de todas maneras tenía libre el mar, y reunidos los generales y adalides se acordó enviar a Constantinopla una embajada de seis representantes del ejército expedicionario para retar al emperador, ciento a ciento, diez a diez, en satisfacción al alevoso asesinato de Roger de Flor y sus caballeros, y anunciarle que se separaban de su servicio.

Tomaron a su cargo el arduo cometido el caballero catalán Siscar, el adalid Pedro López, dos capitanes de almogávares y dos cómitres de la escuadra, que no tardaron en llegar a Constantinopla, en una barca. Ya allí, retó Siscar a Andrónico, le acusó de bastardía y mala fe y le desafió, ciento contra ciento, diez contra diez.

Lanzado el reto, pidieron los seis heroicos catalanes y aragoneses se les diese un salvoconducto para regresar a Galípoli. Andrónico les dió una escolta, y al llegar a Rodosto, el capitán de la escolta les mandó matar y descuartizar.

Toma de Heráclea

Impaciente Berenguer de Entenza por vengar tantas infames traiciones, embarcóse en su escuadrilla, y dejó encomendada la defensa de Galípoli a Ramón Muntaner, con una corta fuerza. Desembarcó en la isla de Mármora, entregó a las llamas todos los pueblos y no dejó vivo ni a uno solo de sus moradores; apresó muchas naves, que hubieron de conocer también la venganza de los catalanes y aragoneses y atacó luego la ciudad de Heráclea, en la cual no dejó piedra sobre piedra, siendo asimismo acuchillados sus habitantes.

Alarmado Andrónico, que creía a los almogávares fugitivos camino de Sicilia, envió un ejército, a las órdenes de Calo Juan, contra Entenza, el cual se hallaba entonces en Puente Regia. El ejército griego era muy superior en número al catalano-aragonés, pero Entenza confiaba en el valor de los suyos. Trabóse la batalla y el ejército imperial quedó completamente

© Biblioteca Nacional de España

destrozado, pudiendo a duras penas escapar Calo Juan, que llegó a Constantinopla portador de la noticia del desastre.

Entretanto, los catalanes y aragoneses proseguían en su obra vengadora, que era obra de exterminio, señalada por el rastro de sangre y de escombros y pavesas que dejaba a su paso hacia Constantinopla, pues hacia la capital se dirigían.

Traición de los genoveses.

En tal estado las cosas, embocó los Dardanelos una escuadra genovesa compuesta de 18 galeras, a las órdenes de Odoardo Doria, la cual se acercó en son de paz a la escuadrilla catalana compuesta únicamente de cinco. El almirante Doria invitó a comer a Berenguer de Entenza, que fiado en la lealtad de aquél pasó a la capitana genovesa con varios caballeros, pero en cuanto hubieron puesto pie a bordo, Doria les mandó prender a todos, al mismo tiempo que daba orden de atacar a la descuidada escuadrilla catalana.

Entablóse entonces un combate en el cual los nuestros vendieron caras sus vidas y su libertad, pues los genoveses tuvieron doscientas bajas antes de hacerse dueños de aquellos buques, atacados cada uno por cuatro. Con todo, quedaba aún por capturar la galera de Berenguer de Villamarí, *que luchaba sola contra las 18 galeras de Doria.* Mataron los nuestros a 300 genoveses, hasta que, por fin, murieron todos los catalanes, *sin quedar ni uno.*

Los genoveses se llevaron preso a Berenguer de Entenza a su factoría de Trebizonda y desde allí a Génova, y hay que decir ahora, en su honor, que se negaron a entregarle al infame emperador Andrónico, a pesar de que ofrecía por él 25,000 escudos.

Quema de las naves.

A 1,200 infantes y 200 caballos quedaba reducida la hueste catalana, refugiada en Galípoli, mas ni por un momento pensaron

© Biblioteca Nacional de España

en darse a partido, antes bien el acuerdo fué luchar hasta que quedasen vivos un hombre o una mujer, y para que no cupiera posibilidad de poder ponerse en salvo, resolvióse en junta de capitanes cortarse voluntariamente la retirada quemando las galeras, leños y transportes que había en el puerto, acción sublime imitada posteriormente por Balboa y Cortés.

Grandes victorias de los almogávares

Fué elegido ahora por general Berenguer de Rocafort, el senescal del primitivo ejército, con doce consejeros en quienes se asesorase. Se mandó acuñar un sello con la imagen de San Jorge, y este arrogante lema: *Sigilo de la hueste de los francos que reinan en Tracia y Macedonia.* Asimismo se hicieron cuatro banderas, dos con las armas de Aragón y Sicilia, y dos con las imágenes de San Pedro y San Jorge.

No tardó en presentarse ante Galípoli un crecido ejército enviado por Andrónico, pero en una impetuosa salida que hizo Berenguer de Rocafort les ocasionó a los griegos terrible y asombrosa mortandad, por lo cual tuvieron que escapar dejando abandonados gran número de heridos y bagajes.

Venganza de catalanes

Organizóse otro ejército, que esta vez ascendía a 100,000 infantes y 17,000 caballos. El sebastocrátor Miguel mandaba en persona la vanguardia. «Los catalanes, dice Balaguer, no esperaron a que llegase a ellos el centro, sino que, haciendo una marcha rápida, se arrojaron sobre la vanguardia enemiga, que estaba acampada cerca de la ciudad de Apros, demostrando nuevamente que el valor, mejor que el número, es el árbitro de las batallas. Costóles, sin embargo, esta victoria mucho más trabajo que la anterior. La caballería de Tracia y Macedonia sostuvo por largo rato el peso de la refriega impidiendo avanzar a los nuestros, y el mismo emperador joven hizo esfuerzos sobrehumanos para evitar la afrenta de una

© Biblioteca Nacional de España

derrota, llegando hasta el punto de luchar cuerpo a cuerpo con un marino catalán llamado Berenguer, que le hirió en el rostro después de haberle muerto el caballo y héchole pedazos el escudo con su maza.

»Los griegos huyeron de nuevo ante aquellos hombres, a quienes parecía proteger el cielo, y los almogávares que, sorprendidos por la noche, acamparon en el sitio de la batalla, pudieron ver a los matutinos albores del siguiente día cuán considerable había sido su victoria por el número de cadáveres que sembraban el campo. Nicéforo afirma que ya por este tiempo los turcos habían formado alianza con los catalanes, visto que éstos habían vuelto sus armas contra los griegos, y dice que en la batalla de Apros peleó bajo nuestras banderas un cuerpo de turcos. La vencedora hueste se apoderó fácilmente de la ciudad de Apros al día siguiente del triunfo.

»Dicen las historias que después de este triunfo quedaron tan aterrados los griegos y tan dueños del país los nuestros, que discurrían por todas las provincias a su arbitrio, talando, saqueando, vengándose, llevando el terror en su nombre y la muerte en su aspecto. Pero el que se eligió por los catalanes para teatro de sangrientas represalias fué el pueblo de Rodosto, donde sus embajadores, con el bizarro Siscar al frente, habían sido víctimas de la traición y mala fe, sucumbiendo inhumanamente despedazados. Entraron en esta población por escalada y ocupáronla sin resistencia, pero no bastó esto a contener su crueldad. Tal debió ser ella y tan terrible y mortal su venganza, que tengo leído en Moncada que de resultas de esto, aun mucho tiempo después, la maldición más enérgica que en aquellos países arrojarse podía contra un enemigo, era la de exclamar: *Así la venganza de los catalanes caiga sobre su cabeza.*»

Las hazañas de Arenós.

Quedaban vengadas las víctimas de Rodosto. Los *francos* entraron luego en Paccia, o Pánido, que no fué mejor tratada que las

© Biblioteca Nacional de España

otras poblaciones y corrieron luego la Tracia hasta Rodope, siempre esperanzados de poder llevar adelante su idea favorita de atacar a Constantinopla.

En tal estado las cosas, llegó un inesperado socorro. Dijimos ya cómo el caballero Fernando Jiménez de Arenós se había separado de la hueste, después del motín de Cízico, y había ofrecido sus servicios al duque de Atenas. De allí compareció ahora en Galípoli, con una galera y 80 hombres, para auxiliar a sus antiguos compañeros, quienes, como es natural, le recibieron con los brazos abiertos.

No tardó en conocerse la presencia del bravo ricohombre aragonés. Puesto a la cabeza de 300 hombres y 60 caballos, llegó hasta las mismas puertas de Constantinopla, «desde cuyos muros se cuenta que el emperador Andrónico vió cómo pasaba a saco y fuego los alrededores de la ciudad y pueblos de las cercanías». Al momento se mandó salir contra él una fuerte columna, muy superior en número a su hueste, pero fué completamente derrotada. Victorioso y cargado de botín partió Fernando de Arenós hacia Paccia, donde sabía se hallaba ahora Berenguer de Rocafort, terminada su correría por Tracia hasta los montes de Rodope.

No era posible que un hombre de la encumbrada posición de Arenós pudiera avenirse a estar a las órdenes de Rocafort, inferior a él en nacimiento, y bien conocido por su carácter desabrido y dominante, y así, bajo el pretexto de ir a correr aventuras, marchóse con un puñado de aragoneses a tomar la ciudad de Módico, plaza formidable de la Tracia.

Locura parecía semejante idea, y los primeros en pensar así eran sus propios soldados, pero hubo Arenós, sin embargo, de salirse con la suya; el prócer aragonés puso sitio a la ciudad, o mejor dicho, tuvo en jaque a la ciudad con sus correrías; estorbaba la llegada

© Biblioteca Nacional de España

de convoyes, impedía las salidas, tenía de hecho bloqueada la plaza, y así fué cómo al cabo de ocho meses caía Módico en sus manos, proeza inconcebible a no tratarse de una expedición en la cual el valor, la audacia y el heroísmo humanos llegaron a su apogeo; Ilíada que no ha tenido su Homero todavía.

Ya en Módico Jiménez de Arenós, el ejército almogávar quedó virtualmente dividido en tres trozos independientes: Arenós se hallaba en Módico; Rocafort ocupaba Rodosto y Pánido, o Paccia; Muntaner seguía en Galípoli con algunas partidas sueltas. Y ninguno de ellos se estaba quieto, antes bien hacían continuas razzias por los territorios vecinos y mantenían el terror que inspiraba el nombre de *catalanes*.

Reuniéronse, por fin, Arenós y Rocafort y proyectaron una invasión en el corazón de Tracia. «Lleváronla a cabo, dice Balaguer; pasearon triunfantes el país marcando sus huellas los pueblos incendiados y anegados en sangre, y dieron la vuelta cargados de riquísimos despojos, con cuatro galeras que antes les habían pertenecido por ser las que tomaron los griegos en Constantinopla cuando la muerte de Fernando Ahones, y que hallaron Jiménez y Rocafort en el puerto de Stenayre (Estañara), pueblo a la ribera del mar de Ponto que fué ganado a viva fuerza por los nuestros. Con estas cuatro galeras, henchidas de joyas y prisioneros, pasaron los dos caudillos por el canal de Constantinopla, cruzando así en triunfo a la vista de la aterrada capital.»

De regreso de su venturosa expedición Rocafort y Arenós, supieron que los alanos, a las órdenes de su general Jorge, cansados ya de tan larga campaña, abandonaban a Constantinopla para regresar a su tierra. Los alanos eran los asesinos de Roger de Flor, los que más se habían encarnizado contra la hueste catalano-aragonesa, y no era caso de dejarles partir tranquila-

© Biblioteca Nacional de España

mente. Reunido consejo de capitanes en Pánido, se acordó reconcentrar todas las fuerzas distribuídas a la sazón en Módico, Rodosto y Pánido, y dejarle a Muntaner en Galípoli sólo con 200 hombres, las *almogávaras* y 20 caballos, aunque con promesa, para consolarle, de darle un quinto del tercio de la presa que se hiciera y otro tanto para su gente. Las almogávares eran más de dos mil, y por eso pudo escribir el capitán-cronista: «*Romangui mal acompanyat de homens y ben acompanyat de fembres.*»

Derrota de los alanos.

Eran los alanos 3,000 jinetes y 6,000 infantes, con gran número de mujeres y niños, e iba a su cabeza Jorge, el asesino de Roger de Flor. Llevaban de delantera a los catalanes doce jornadas, pero los nuestros se movieron con tal prisa que les alcanzaron antes de que la horda pasara los desfiladeros del monte Hemo.

Todos los historiadores están contestes en que el combate fué terrible, horroroso.

«Ofrecieron una resistencia desesperada los alanos, dice el autor antes citado, que peleaban por defender sus mujeres, sus hijos y las riquezas que habían adquirido en servicio del imperio. Empero, no les sirvieron el valor y el esfuerzo más que para hacer doblemente gloriosa su derrota. La mortandad que hicieron los nuestros en los enemigos fué mucha; el botín que recogieron, inmenso. De los primeros que perecieron a manos de los almogávares fué Jorge, en cuya muerte vengaron así la de su valeroso caudilloRoger.»

Mientras esto ocurría en el monte Hemo, el buen Muntaner se cubría de gloria, con sus *almogávaras,* en Galípoli. Vióse atacada esta plaza, continúa diciendo Balaguer, «por una armada de genoveses que a ello se lanzaron movidos de las promesas de Andrónico y de su hijo Miguel. Los genoveses, al mando de Spinola, desembarcaron y dieron un asalto a la plaza, pero

© Biblioteca Nacional de España

infructuosamente, pues que hallaron brava y tenaz resistencia. Muntaner guarneció las murallas de Galípoli con sus 2,000 mujeres, a las cuales dió armaduras, y a cada diez, por cabo, un mercader catalán; y con la poca gente con que podía disponer hizo varias salidas, obteniendo un éxito felicísimo. Como bravo soldado y como buen capitán, se portó en aquel lance Muntaner. Spinola y los suyos tuvieron que reembarcarse más que de prisa, dejando alfombrados de cadáveres los alrededores de la plaza, y perdiendo en la refriega a uno de sus más famosos capitanes llamado Antonio Bocanegra, que no quiso rendirse a Muntaner, el cual le instaba para ello, deseoso de no tener que acabar con un valiente.

»La defensa de Galípoli es una bella página de aquella epopeya con que se enriquece nuestra historia, debida al valor heroico de un puñado de hombres, cuyos hechos, si se hubiesen acometido en época de remota antigüedad, habrían sido relegados a las maravillas de la fábula o hubieran ganado a sus autores el título de semidioses.»

Berenguer de Entenza en libertad.

Nada más atractivo que la victoria; es ingénito en el hombre acercarse al sol que más calienta, y así, a la fama de los brillantísimos triunfos alcanzados por la hueste catalano-aragonesa sobre griegos y alanos, acudieron a alistarse bajo sus banderas turcos y turcoples, que hasta entonces habían servido a Andrónico.

Al refuerzo inesperado de Fernández de Arenós vino a añadirse ahora otro no menos sorprendente: acababa de llegar Berenguer de Entenza, puesto en libertad por los genoveses gracias a los buenos oficios interpuestos por D. Jaime II, que, curado ya de su manía angevina, había intercedido generosamente en favor del antiguo general de su hermano D. Fadrique.

Libre de sus prisiones, Berenguer de Entenza corrió

© Biblioteca Nacional de España

a Cataluña, vendió parte de su hacienda y con su producto levantó un cuerpo de 500 hombres con quienes se presentó en Galípoli.

Era natural que, restituído a la libertad, creyera deber recobrar la jefatura de que había quedado desposeído por la traición del genovés Doria, pero no fué así, pues el brutal Berenguer de Rocafort, cuya ambición era desmedida, se negó a entregarle el mando que con sobra de razón pretendía corresponderle.

Estallaron, en consecuencia, gravísimas disensiones entre ambos, quedando la hueste catalano-aragonesa dividida en dos bandos, el de Rocafort y el de Entenza, al cual se adhirieron Arenós y Muntaner.

Entenza, con los suyos, fuese a poner sitio a Megarix, y Rocafort, con un ejército del que formaban parte casi exclusivamente turcos y turcoples, cercaba la plaza de Ainé, o Nona.

El infante D. Fernando

Así las cosas, llegó a Galípoli una escuadra compuesta de cuatro galeras, a bordo de las cuales iba el infante D. Fernando, hijo de D. Jaime de Mallorca, enviado a aquellas tierras por su primo Federico III de Sicilia en concepto de lugarteniente suyo, para que tomase el mando de las fuerzas catalanas y aragonesas. Llegado a Galípoli fué reconocido inmediatamente por Entenza y Arenós, pero Rocafort sufrió la más viva contrariedad con ello y se preparó a desbaratar la combinación.

El plan de Rocafort (que fué un villano) consistió en proclamar rey a D. Fernando, a lo cual se negó éste con la mayor decisión, pues era extremadamente leal a su primo Federico III de Sicilia hasta el punto de que, sin las súplicas de Arenós y Entenza, se hubiera marchado ya a Mesina.

Entretanto Entenza y Rocafort habían conseguido sus propósitos de hacerse dueños de las plazas de Megarix y Ainé, pero contra tales ventajas se dejaba

© Biblioteca Nacional de España

sentir una terrible escasez de víveres, pues de resultas de la guerra habían quedado talados todos los campos a diez jornadas en torno de Galípoli. Era, por lo tanto, imposible la permanencia en aquel país, de tal manera privado de mantenimientos, y en junta de capitanes se acordó evacuar aquel territorio y apoderarse de Salónica, en Macedonia, tomando, por primera providencia, la ciudad de Cristopol, situada en la raya entre Tracia y dicha provincia.

Ordenóse, en consecuencia, al gobernador de Galípoli, Ramón Muntaner, que arrasara aquel castillo, el de Módico y demás que eran nuestros en aquella comarca, y embarcara en las 24 naves de que disponía a las mujeres, niños y viejos de Galípoli para dejarlos en Cristopol.

Al par de esto y con gran prudencia para que no surgieran diferencias entre ambos bandos, se dispuso que Rocafort, cuya gente se componía de almogávares, turcos y turcoples, marchase una jornada delante, y siguiese después la división de Entenza, de la cual formaban parte las fuerzas del infante D. Fernando y Jiménez de Arenós.

Muerte de Entenza.

Quiso la desgracia que, hallándose ya el ejército *franco* a dos jornadas de Cristopol, por haberse atrasado la hueste de Rocafort, fué alcanzada por la de Berenguer de Entenza. Creyeron los primeros que los otros caían sobre ellos y revolvieron contra los otros. Entenza, sorprendido, acudió para poner paz, desarmado, pero aun así, al verle Gilberto de Rocafort, hermano de Berenguer, y Dalmau de Sant Martí, tío del mismo, se arrojaron sobre él y le mataron a lanzadas.

Trabóse entonces, alrededor del cadáver del noble caudillo, un terrible combate, en el que perdieron la vida 150 jinetes y 500 infantes, casi todos de la división de Entenza y Arenós. Con tan desgraciada refriega

© Biblioteca Nacional de España

terminaron aquellos insensatos odios y malhadadas desavenencias.

Temiendo Arenós correr igual suerte que su malogrado compañero, abandonó el campo de batalla y se entregó a los griegos, cuyo emperador, Andrónico, le recibió en palmas y le casó con su nieta.

El infante D. Fernando, desconsolado por la muerte de Entenza e irritado con Rocafort por haberse negado a reconocerle como lugarteniente de Federico III, se embarcó en las galeras en que había venido, dejando a aquél por único dueño.

Al llegar a la isla de Tarso se encontró con Muntaner, a quien refirió el caso, y resolvió partirse también con él a Sicilia. Con todo, antes de hacerlo, presentóse a Rocafort, de quien era amigo, para dar cuenta y razón de su gobierno y de la administración de los bienes.

Hallábanse en la isla de Negroponto (hoy Eubea) D. Fernando y Muntaner, cuando surgió una escuadra veneciana a bordo de la cual iba el caballero francés Teobaldo de Cipoy, encargado de proponer a la hueste catalana reconociese por rey a aquel Carlos de Valois, frustrado rey de Aragón, por regalo del Papa y no menos frustrado rey de Sicilia, y que ahora aspiraba a proclamarse emperador de Constantinopla. La escuadra veneciana atacó la flotilla de D. Fernando y robó todo cuanto de valor encontró en ella, que no era poco. Los traidores venecianos enviaron preso a Atenas al infante D. Fernando (que desde allí fué conducido a Tebas), y se llevaron a Muntaner, García Gómez Palacín y demás caballeros a quienes habían hecho prisioneros traidoramente.

Muerte de Rocafort.

No tenía ya competidor alguno el antiguo senescal de ejército de Roger de Flor. Había visto desaparecer a Berenguer de Entenza, que por muerte de aquél debía ser el único jefe, y ahora se desvanecía la sombra que podía hacerle el

© Biblioteca Nacional de España

infante D. Fernando. Jiménez de Arenós había desaparecido, y no había nadie, por lo tanto, que pudiese disputarle el mando.

En lugar de proseguir ahora la marcha sobre Cristopol, pasó de largo por delante, al saber que se hallaba fuertemente pertrechada y bien abastecida, cruzó los montes de Rodope y bajó a la llanura de Macedonia, donde se atrincheró en las ruinas de la antigua Casandria o Potidea, cerca del mar y desde la cual podía amenazar a Salónica.

Allí se hallaba cuando recibió la visita del traidor Teobaldo de Cipoy, que puso en sus manos a dos de los prisioneros que había hecho la escuadra veneciana en Eubea: Gómez Palacín y Muntaner. A las pocas horas rodaba la cabeza del primero, ejecutado sin forma de proceso; en cambio, Muntaner fué muy agasajado, aunque con gran nobleza no quiso reconocer la jefatura de Rocafort, sino que pidió se le dejase regresar a Sicilia.

Rocafort no pudo menos de aceptar las proposiciones que le hacía el francés: sabía que tenía contra él a la casa de Aragón, por el asesinato de Berenguer de Entenza, y a la casa de Sicilia, por su proceder con Don Fernando; arrojóse, pues, en brazos de la casa de Francia, pero no le había de valer para que dejara de tener un mal fin, como se merecía por su ambiciosa deslealtad.

Aclamado Teobaldo de Cipoy general de la hueste catalano-aragonesa, zarpó la escuadra veneciana, y pronto se pudo ver que Rocafort continuaba obrando con entera independencia a pesar del reconocimiento de su alta jefatura. Parece que aspiraba a ceñirse la corona de Salónica.

Entretanto, habíase marchado ya Muntaner con los venecianos y se fué a Sicilia, cuyo rey D. Federico recompensó sus servicios y su lealtad nombrándole

© Biblioteca Nacional de España

gobernador de la isla de Gerbes (Djerddah, en la costa de Túnez), conquistada hacía poco por el siciliano. En cuanto al infante D. Fernando fué, por fin, puesto en libertad, hasta que después, consiguió reunirse en el Rosellón con su padre.

No se le ocultaban a Cipoy los manejos del antiguo general de la hueste catalano-aragonesa y resolvió acabar con él. Reclamado de nuevo el concurso de los venecianos, volvió a surgir en Casandria la escuadra de San Marcos; Cipoy sobornó a catorce jefes almogávares para que se apoderaran de Rocafort y su hermano, y así lo hicieron. Puestos Berenguer y Gilberto en manos del rey Roberto de Nápoles, mandóles encerrar en el castillo de Arversa, donde cometió la horrible inhumanidad de hacerles perecer de hambre.

Digamos ahora que al notar los almogávares que los venecianos se llevaban en su escuadra a los dos Rocafort comprendieron que habían sido víctimas de una traición. Mataron a los catorce cabos que se habían entregado a Teobaldo de Cipoy y, necesitados de una cabeza, eligieron a dos jefes: un adalid y un comandante de almogávares, para que gobernaran asistidos por el consejo de los doce.

Maravillosas hazañas de los catalanes

Había perdido sucesivamente la hueste catalano-aragonesa tres capitanes: Roger de Flor, Entenza y Rocafort. Hallábanse ausentes Arenós y Muntaner. Mandados ahora por dos jefes improvisados intentaron, sin embargo, las más audaces empresas. Abandonando ya sus estancias de Casandria o Potidea, no vacilaron en marchar sobre Salónica, ciudad a la sazón de no menos importancia que al presente, como emporio comercial y en la cual residían, con toda su suntuosa corte, la emperatriz Irene, esposa de Andrónico, y María, que lo era de Miguel, el sebastocrátor. El empeño de los almogávares, faltos de tren de batir, era una verdadera

© Biblioteca Nacional de España

temeridad, y, por lo mismo, fueron rechazados sus asaltos por la guarnición, muy numerosa, y por los ingenios de guerra colocados en las murallas.

Algo hicieron, sin embargo, y fué talar el país, después de lo cual regresaron a Tracia, pero se encontraron con que se les había cortado la retirada. Al flanquear Cristopol se encontraron, en efecto, con una formidable muralla que desde dicha plaza a los vecinos montes había mandado construir Andrónico, para evitar que pudieran regresar a sus guaridas de Casandria, desde donde constituían una constante amenaza para Salónica.

Los almogávares, en vez de darse por perdidos, adoptaron una resolución tan heroica que bien podía calificarse de locura, y fué atravesar de Este a Oeste toda la vasta provincia de Macedonia e invadir luego la Tesalia, «cuyos habitantes ni siquiera soñaban con ellos».

Calcúlese lo que significaba una marcha desde Kavala a Albania, para bajar luego al territorio de la actual Grecia. «Como una especie de huracán de hierro y fuego, dice el autor a quien seguimos, atravesó la hueste catalana aquella provincia para ella erizada de peligros y de enemigos, y tres días de infatigable marcha le bastaron para llegar al pie de aquella cordillera formada por el Pelión, el Olimpo y el Ossa.

»Al pie de estos montes célebres invernaron los catalanes, que según la relación de Nicéforo se apartaron entonces de los turcos, y con la llegada del buen tiempo atravesaron el Olimpo y el Ossa, desde cuyas cimas pudieron tender su vista sobre aquellos deliciosos jardines que se levantan en las llanuras de la Tesalia, las riberas del Eurotas y del Peneo, y los campos de Farsalia, tan honrados en recuerdos. Aquellos hombres que venían de hollar con planta indiferente los sitios donde un día se alzara Troya, héroes a su vez de una epopeya como la que inmortalizó Homero, iban a despertar

© Biblioteca Nacional de España

con el rumor de sus pisadas y los acentos de un lenguaje desconocido los ecos de las Termópilas, los huesos de cuyos defensores debieron estremecerse al sentir que por allí pasaban otros héroes.

»Estaba entonces la Tesalia sujeta al príncipe Juan Angelo, casado con una hija bastarda del emperador Andrónico». «El rey de Tesalia, como ha dicho un historiador, no se atrevió a oponer resistencia a unos hombres que habían vencido en Asia, derrotado en los confines del imperio al búlgaro, y hecho temblar al mismo emperador de Oriente; por lo que les prometió darles paso por sus estados, y facilitarles guías que les condujesen a las ricas y placenteras comarcas de la Acaya y de la Beocia. Desde este momento, la Tesalia fué para los catalanes una tierra amiga, que les ofreció en abundancia los frutos de la tierra, el oro y la plata. Cruzáronla excitando el asombro de los moradores, que no acertaban a volver en sí de su sorpresa. Llegaron de esta suerte a las riberas del Lamia, subieron al monte Eta, pasaron la famosa garganta de las Termópilas, y tomaron asiento no lejos de la Fócida, en las orillas del Cefiso. Sus aguas bajaban del Helicón y del Parnaso, tan celebrados, e iban a acrecentar las del lago Copais, cuyas márgenes pertenecen por un lado a Locria, por el otro a la Beocia. Delfos, el Pindo y los llanos de Moratón no están lejos, junto a aquel otro mar interior, antes llamado Alción, golfo de Corinto después, y más adelante golfo de Lepanto. Aquellos nombres podían haber dado animación a los catalanes, si hubiesen tenido necesidad de ella.»

Batalla de Cefiso.--Los catalanes dueños de Tebas y de Atenas.

Parece ser que el duque franco de Atenas y de Tebas hubo de sentirse grandemente enojado con los catalanes por la amistad que habían contraído con el rey de Tesalia, el referido Juan Angelo, y como contaba con un poderoso contingente de caballería fran-

© Biblioteca Nacional de España

cesa creyó podría hacer duro escarmiento en ellos.

Los catalanes aceptaron el reto. 3.500 jinetes y 3.000 infantes acamparon en Beocia, a orillas del Cefiso, figurando en la hueste varios prisioneros, agregados a las filas de los combatientes por su habilidad en el manejo del arco. El duque franco de Atenas contaba con 6,400 caballos y 8,000 infantes y, seguro de su victoria, adelantábase orgulloso.

Los catalanes, sin embargo, le esperaban muy tranquilos. A la noticia de que se iba acercando rebajaron el nivel del terreno en que querían dar la batalla y lo inundaron con las aguas del Cefiso, dejándolo convertido en un pantano que desde lejos semejaba un verde prado.

El duque de Atenas, a la vista del enemigo, lanzó su caballería contra los catalanes, que se mantenían inmóviles al otro lado de la llanura, pero «antes de haber llegado a mitad de aquel campo, dice el historiador griego Nicéforo, los caballos, como si se hubiesen visto embarazados por pesadas cadenas, y no pudiendo fijar sus pies con firmeza en aquel terreno húmedo y resbaladizo, ya rodaban por el lodo con sus jinetes, ya arrojando a éstos huían por el campo, ya quedaban inmóviles en el mismo sitio con sus dueños, como si hubiesen llevado estatuas por jinetes».

Llegó entonces la hora de que los almogávares lanzaran su terrible grito de *¡Desperta, ferro!* e hicieran con sus azconas horrible carnicería en la infantería del duque franco, desbaratada ya su caballería. En pocos días se hicieron dueños de toda la Beocia y el Atica, y se apoderaron de Tebas y de Atenas, a las que en su rudo lenguaje catalanizaron con los nombres de *Estives* y *Cetines*.

Ya posesionados de aquellas celebérrimas ciudades acordaron darse un jefe, pero no quedaba capitán alguno con autoridad bastante, por lo cual resolvieron

© Biblioteca Nacional de España

enviar embajadores al rey de Sicilia, Federico, rogándole les enviase un príncipe para que les gobernase.

El de Sicilia designó para el caso a su hijo segundo Manfredo, si bien por ser menor de edad pasó a ejercer el mando del nuevo Estado el caballero ampurdanés Bernardo de Estanyol, quien no solamente gobernó con prudencia, sino que extendió los límites de la conquista, haciendo respetado y temido el nombre catalán en toda el Atica.

Murió Estanyol en su residencia *del castillo de Cetines*, o sea en el Partenón, y de nuevo suplicaron los almogávares a Federico de Sicilia les enviase otro gobernador, lugarteniente de Manfredo. Esta vez el rey Federico designó para el cargo a su otro hijo, Alfonso Federico, que fondeó en el Píreo con diez galeras y numerosa tropa. Poco después moría Manfredo y los catalanes proclamaban por señor del Atica y Beocia a D. Alfonso, prontamente confirmado en su cargo por el rey Federico.

Tal fué la famosa expedición de catalanes y aragoneses a Oriente, contra griegos y turcos.

Como los ducados pasaron luego a los reyes de Sicilia, que lo eran también de Aragón, de ahí que los monarcas de este reino se intitularan *duques de Atenas y Neopatria*. Desempeñaban el mando algunos gobernadores, en nombre del rey de Aragón, hasta que por fin fueron arrojados de allí los catalanes y aragoneses por unos aventureros italianos. De todas suertes, la dominación catalano-aragonesa, que duró hasta 1452, no dejó apenas rastro alguno en la historia de Grecia, constituyendo únicamente un ejemplo de sin igual heroísmo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LOS TEMPLARIOS

MUERTE DE ROGER DE LAURIA.—CORTES EN MONTBLANCH.—PROCESO DE LOS TEMPLARIOS.—LOS TEMPLARIOS SE DEFIENDEN.—EL CONCILIO DE TARRAGONA

(1304-1312)

Muerte de Roger de Lauria.

Dada cuenta a grandes rasgos de la inmortal proeza de los almogávares en Turquía europea y Grecia, vamos a reanudar la narración del reinado de D. Jaime II, a quien dejamos celebrando Cortes en los reinos de su corona.

Tratábase ahora de la conquista de Cerdeña, de la cual isla, así como de Córcega, le había dado la investidura el Papa. De gran momento hubiera sido entonces el concurso del gran Roger de Lauria, pero el insigne almirante había fallecido hacía poco.

Después de la paz de Caltabellotta, en la cual por cierto no se hizo caso alguno de sus servicios, marchóse a España, fijando su estancia en Valencia, donde falleció de muerte natural (1304), siendo enterrado en el monasterio de Santas Creus, junto al sepulcro de Pedro *el Grande*.

He aquí la semblanza que de este ilustre caudillo

© Biblioteca Nacional de España

traza el Dr. Hans E. Rohde en su obra, en alemán, *La lucha por Sicilia en los años de* 1291 *a* 1302:

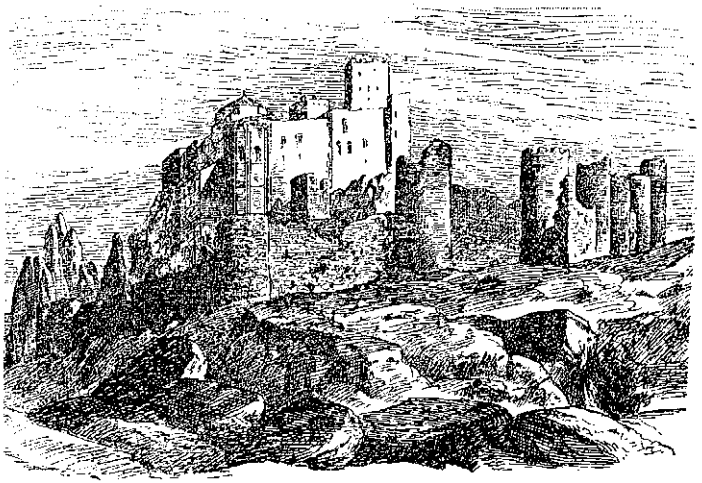
«Roger de Lauria era no sólo el más temido Almirante, sino uno de los más ilustres caballeros de su tiempo, que peleó victoriosamente contra Nápoles, el Papa, Francia y el imperio bizantino, y cuyas flotas habían visitado casi todas las costas del Mediterráneo occidental. Había recibido, además, en la corte aragonesa, una instrucción relativamente vasta y espiritual, y no carecía de ningún modo de pronto y claro conocimiento de la situación política; mas para diplomático tenía, a pesar de todo, escasa habilidad, pues no podía dominar su natural áspero. Sus afectos determinaron con excesiva frecuencia sus actos; sus mismas intrigas adquieren con eso algo de su carácter fiero, altivo y apasionado. Su odio era exterminador, su enemistad terrible; sólo perdonaba iglesias y mujeres. Poco sabemos de sus amigos; pero sus soldados sentían por él extraordinaria veneración, y los caballeros de su tiempo le elogiaban. De extraordinario poderío gozó a veces; los príncipes tenían que confiarse con él, pues mientras se le conservase fidelidad, era fiel y constante como una roca. Mas sería erróneo suponer por ello algún desinterés en este férreo varón; al contrario, si se exceptúan sus ideas en punto a fidelidad, puede ponerse al lado de los más difamados *condottieri* del Renacimiento en cuanto a ansia de poseer y dominar. Como los principales de éstos, anheló también él poderío independiente, lo que consiguió, aunque sólo en parte, y como muchos de ellos era tenido por uno de los mayores capitalistas de su tiempo. Como ellos, alistó soldados a costa suya, y cientos de millares prestó a los que encendían guerras, como D. Jaime, Carlos II y Carlos de Valois: casi como poder independiente permaneció durante largo tiempo en la coalición de las potencias contra Sicilia.»

© Biblioteca Nacional de España

Cortes en Montblanch

D. Jaime II tomó con grande empeño la conquista sarda y no solamente requirió las armas, sino que se valió también de las artes de la diplomacia, atrayéndose a los *güelfos* de Florencia, Luca y Siena y confederándose con la República de San Jorge. La cosa, sin embargo, era muy dificultosa, y no se realizó hasta años después.

El rey D. Jaime II, según costumbre, continuó cele-



Castillo de Loarre (Aragón)

brando Cortes (por donde se ve que en el tenebroso siglo XIV se tenía más cuenta de ellas que en el actual, iluminado por la electricidad). Túvolas en Montblanch (1307) con el principal objeto de conservar íntegra la autoridad real por parte de los pretendidos contrafueros que realizaba el arzobispo de Tarragona, en detrimento de la autoridad susodicha. Después las tuvo en Zaragoza y Alagón, acordándose que la convocatoria

© Biblioteca Nacional de España

de Cortes no fuese obligatoria más que cada dos años, y no precisamente en Zaragoza, sino en cualquiera otra ciudad, villa o lugar de Aragón.

Proceso de los Templarios

Señalóse el año de 1307 por un famosísimo suceso: tal fué la destrucción de la poderosa Orden de los Templarios, por el rey de Francia Felipe IV *el Hermoso*, quien con fecha de 13 de Octubre de 1307, aconsejado por su canciller Nogaret, dispuso que todos los caballeros y religiosos de la Orden que existiesen en sus Estados fuesen reducidos a prisión.

No hemos de entrar en la narración de un episodio que interesa principalmente a la historia de Francia; sólo diremos que, sin dejar de ser cierto que los templarios habían reunido inmensas riquezas y entregádose a reprobables prácticas, Felipe IV les hizo acusar de los más horribles crímenes, todo para apoderarse de sus tesoros, ya que se hallaba por su parte muy falto de dinero.

Presos ya los templarios franceses, escribió Felipe IV a los reyes de Castilla y Aragón para que procedieran de igual suerte (de igual manera que hizo Luis XV cuando la bárbara expulsión de los jesuítas). «El verdadero e imperdonable delito de los templarios, ha escrito un autor tan liberal como D. Fernando Patxot (*Ortiz de la Vega*), consistía en tener sobrados bienes, mucha arrogancia y poca armonía con los religiosos y los letrados, y demasiada propensión a declararse independientes en sus castillos y a defenderse en ellos.»

Y ésta es la verdad, siendo pura calumnia lo de sus horribles sacrilegios, sus vicios contra natura, sus pactos con el diablo y demás infundios, propagados por los que necesitaban apoderarse de sus arcas repletas de oro.

Porque ya se sabía hasta qué punto llegaba la for-

© Biblioteca Nacional de España

POBLET. — Bodega del Monasterio

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

tuna de los Templarios, como que contaba con 10,500 casas.

A la carta de Felipe IV *el Hermoso* contestó D. Jaime II maravillándose de que de tan horrendos delitos se culpase a los caballeros templarios, pues de nada de ello se les podía acusar en la corona de Aragón, de manera que jamás procedería contra ellos como no se lo mandase expresamente el Papa.

Sucedió, sin embargo, que mientras llegaba la carta

Templarios. — Traje militar y traje religioso

a manos del rey de Francia, recibía D. Jaime II un breve del Pontífice Clemente V mandándole hiciese lo mismo que había hecho Felipe IV, y con igual sigilo; que los prendiese, inventariase sus tierras y las hiciese cultivar a expensas de la Orden, y lo tuviese todo en buen estado hasta que se fallara la causa.

No se atrevió a resistir D. Jaime II al mandato de

© Biblioteca Nacional de España

Clemente (era un papa de Aviñón) y catequizado, además, por algunos frailes predicadores ordenó abrir proceso contra los Templarios, y dictó auto de prisión contra los caballeros, y el embargo de sus bienes (1.º de diciembre de 1308).

«Muchos de los individuos de la orden, dice Balaguer, despojándose de sus hábitos, se salvaron aislados e indefensos en el seno de sus familias unos, en las ásperas breñas de los montes otros. No pocos, sin embargo, trataron de resistir y oponer la fuerza a la fuerza, tremolando su estandarte y encerrándose en sus castillos de Miravete, Ascón, Monzón, Cantavieja, Villel, Castellote, Gisbert y Peñíscola. Todo su valor y esfuerzo de nada hubo de servirles. Uno tras otro, y después de haber ofrecido más o menos resistencia, fueron sucumbiendo todos los castillos. Acosados entonces por doquiera, sólo encontraron protección los templarios en el conde de Urgel, el obispo de Gerona y D. Dalmau de Rocabertí, que abiertamente se opusieron a la prisión y embargo de los bienes de aquéllos que residían en sus dominios.»

Caballero de la Orden de Montesa

Los Templarios se defienden

Seguían, entretanto, defendiéndose los Templarios en su fuerte castillo de Miravete, a las órdenes de Fray Raimundo Zaguardia, lugarteniente de maestre en la Corona de Aragón, y lo mismo hacía el castillo de Monzón, hasta que, por último, en septiembre de 1309, capituló Miravete, en dignas condiciones.

El Concilio de Tarragona.

Reunido en la capilla del Corpus Christi del claustro de la catedral de Tarragona un Concilio provincial, en sesión de 4 de no-

© Biblioteca Nacional de España

viembre de 1312 declaró *inocentes* a los Templarios (después de haber sido sometidos muchos de ellos al horrible tormento del potro), absolviéndolos «de todos los delitos, errores e imposturas de que eran acusados, y se mandó que nadie se atreviese a infamarlos, por cuanto en la averiguación hecha por el Concilio fueron hallados libres de toda mala sospecha».

Así terminó el proceso formado a los Templarios. Para no tener que volver sobre el asunto, diremos que igual ocurrió en Portugal, León y Castilla. La orden quedó extinguida y sus bienes fueron aplicados a la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén. Años después, en 1319, instituyó D. Jaime II, como sucesora de la Orden del Temple, la de Nuestra Señora de Montesa.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

LA RENUNCIA DE UN TRONO

JORNADA DE ALMERÍA.—MUERTE DE D. JAIME II DE MALLORCA.—LA RENUNCIA DE UN PRÍNCIPE HEREDERO.—CONQUISTA DE CERDEÑA.—INJUSTICIA DE LA GUERRA.—FAMOSAS CORTES DE ZARAGOZA.—GUERRA DE CERDEÑA.—BANDOS INTERIORES.—MUERTE DE D. JAIME II DE ARAGÓN.

(1308-1327)

Jornada de Almería.

Mientras se procedía, como hemos visto, contra los templarios, veíanse en Monreal D. Jaime II de Aragón y el rey de Castilla D. Fernando IV para tratar de hacer la guerra a los moros, al propio tiempo que concertaban el casamiento del primogénito del aragonés, D. Jaime, con D.ª Leonor, hija del castellano.

Conforme a lo pactado, envió D. Jaime II contra Almería una fuerte escuadra, al mando del veterano D. Bernardo de Sarriá, mientras él seguía por la costa al frente de su hueste para sitiar la *Perla de los mares* por mar y tierra, mientras tanto Fernando IV atacaría la plaza de Algeciras.

Interin estaba marchando D. Jaime II, acompañado de su esposa D.ª Blanca de Anjou y de su brillante séquito de caballeros catalanes y aragoneses, el bravo

© Biblioteca Nacional de España

vizconde de Castellnou, Jasbert, se apoderaba de Ceuta, plaza granadina, con su armada. Es de saber que para el caso se habían aliado D. Jaime II y el emperador de Marruecos, el cual envió un ejército para combatir por tierra la plaza, de suerte que por primera vez se vieron ondear en la célebre fortaleza del Hacho las banderas de Aragón y Marruecos.

El sitio de Almería se presentaba dificilísimo. Poco tiempo hacía que se hallaba allí D. Jaime, cuando recibió el refuerzo del infante D. Fernando de Mallorca (el que vimos desempeñar tan importante papel en el imperio griego) con numerosa caballería del Rosellón.

No solamente era ardua la empresa de tomar la plaza, sino que había que prevenirse contra las terribles salidas de los sitiados, por lo cual, desoyendo los consejos de sus capitanes, mandó D. Jaime II rodear de fosos sus reales para prever cualquier sorpresa.

«Altas torres de madera, ingenios varios, minas, trabucos, dice Balaguer, de todo se echó mano para destruir las murallas y ofender a los sitiados. Distintas veces el rey de Granada probó la suerte de las armas para dar socorro a los cercados, pero siempre sin fruto, trabándose una vez empeñado combate entre los nuestros y los que acudían en auxilio de los citados, combate en que tomó parte el mismo rey en persona, y en el que tuvieron ocasión de mostrar su valor y su esfuerzo el infante D. Fernando de Mallorca, Juan Jiménez de Urrea y Guillén de Anglesola, entre otros. Sirvió esta batalla para demostrar cuán prudente y cuerdamente había obrado D. Jaime rodeando de foso su campo, contra el parecer de algunos que lo consideraban prevención inútil.»

En último resultado, ocurrió que el castellano tuvo que levantar el sitio de Algeciras, y D. Jaime II hubo de renunciar a apoderarse de la formidable plaza de Almería (febrero de 1310).

© Biblioteca Nacional de España

Muerte de D. Jaime II de Mallorca

Al año siguiente fallecía en su corte de Mallorca aquel rey D. Jaime, hermano de Pedro *el Grande*, y que si bien para afianzar su dinastía no vaciló en ponerse al lado del francés, con todo dejó grata memoria de su reinado entre sus súbditos isleños. Fundó once villas en Mallorca, protegió las letras y la instrucción, fomentó la agricultura y el comercio, acuñó una moneda mallorquina apreciadísima en todas las plazas mercantiles, construyó el famoso castillo de Bellver, dió grande impulso a las obras de la catedral y se condujo siempre como un padre respecto a sus mallorquines, lo cual, repetimos, no le lava de la nota de traidor a su familia y explica los odios profundos que hacia dicha casa sentía la de Barcelona.

Hubiera debido suceder a D. Jaime II de Mallorca su primogénito, pero éste, ya desde temprana edad, había renunciado a la corona para abrazar la vida monástica y, por lo mismo, fué proclamado su segundón D. Sancho, que se apresuró a presentarse a D. Jaime II de Aragón para prestarle homenaje como feudatario, y a cuya memoria va unida la edificación del célebre *castellet* de Perpiñán.

No son de grande interés, por lo que al curso de la historia se refiere, algunos episodios ocurridos por aquel tiempo: la efímera conquista de Morea, principado franco, por D. Fernando de Mallorca; una corta guerra entre Nápoles y Sicilia; el casamiento de D. Jaime II de Aragón, en terceras nupcias, con D.ª María, hija del rey franco Hugo III de Chipre; las luchas civiles en Cataluña entre el infante D. Alfonso (hijo de D. Jaime), conde de Urgel, como casado con la sobrina del último Armengol, y Ramón Folch, vizconde de Cardona, que reivindicaba la posesión de varios pueblos de dicho condado. De ahí una larga y enconada lucha en todo el Principado.

© Biblioteca Nacional de España

Renuncia de un príncipe heredero.

Comenzaba el año 1320 cuando ocurría un hecho extraordinario. El heredero de la corona de Aragón, D. Jaime, jurado ya en Aragón y Cataluña como sucesor de estos reinos y cuyo matrimonio con la infanta D.ª Leonor de Castilla, hermana de Alfonso XI, había sido concertado en Monreal, doce años antes, entre D. Fernando IV y D. Jaime renunciaba al trono.

Había llegado la infanta a Gandesa, donde debía celebrarse el enlace, y oyendo estaban la misa nupcial los jóvenes novios en la iglesia de aquella villa, cuando de pronto se levantó D. Jaime y se salió del templo, con gravísimo escándalo de todos los presentes.

Interrogado el príncipe manifestó que había resuelto renunciar a sus derechos a la corona, para abrazar la vida religiosa.

D. Jaime II citó entonces a todos los Brazos, no con carácter de Cortes, sino de Parlamento, en el convento de Dominicos de Tarragona para consultarles «respecto a un caso muy admirable y extraño, no menos que peligroso para el rey y para todos sus estados».

Congregados en la gótica nave de la iglesia de Santo Domingo los grandes, prelados y representantes de las universidades, hizo D. Jaime solemne renunciación de sus derechos, sin que valieran las súplicas de su ya viejo padre (23 diciembre 1319), pasando por lo tanto sus derechos a su hermano D. Alfonso, que fué luego jurado sucesor.

No ha sido posible descifrar el misterio de tal renuncia. «Sus costumbres mal compuestas y la severidad de su padre, dice Mariana, pudieron dar ocasión a cosa tan nueva...» «Sobre este hecho, dice también, hubo diversas opiniones; unos le alababan, otros le reprendían; sus costumbres y torpeza y la vida suelta que hizo después dieron muestra que, no por deseo de

© Biblioteca Nacional de España

darse a la virtud y piedad renunciaba al reino, sino por su liviandad y ligereza.»

Ya reducido a la condición de caballero particular, tomó D. Jaime el hábito de caballero de San Juan, pero pareciéndole harta estrechez, se salió y entró en la de Montesa. «Desavenencias con su padre y celos de la privanza de su hermano Alfonso, dice Balaguer, creen otros la causa principal.»

En cuanto a la pobre infanta D.ª Leonor «fué enviada doncella a Castilla».

Conquista de Cerdeña

A pesar de los años transcurridos desde que el Papa había hecho donación a D. Jaime II de las islas de Cerdeña y Córcega (no obstante pertenecer a los pisanos), un incidente vino a decidir el envío de una expedición para la conquista de dichas islas.

Andaban divididos los sardos, como los italianos en general, en *güelfos* y *gibelinos* y el juez de Arborea, Hugo de Sera, que era güelfo (esto es, partidario de la supremacía del Papa, mientras los gibelinos eran partidarios de la supremacía del emperador de Alemania), envió un mensaje a D. Jaime II ofreciéndose a servir contra los pisanos, que se habían hecho dueños de la isla.

D. Jaime II aceptó al momento, sin tener en cuenta que su hermano D. Federico o Fadrique de Sicilia era el representante del partido gibelino, como descendiente de la casa de Suabia, por D.ª Constanza, la hija de Manfredo.

Propuesto el caso a las Cortes, reunidas en Gerona (1321), fué acogida con grande aplauso la proposición. «Los catalanes, naturalmente marinos y belicosos, dice Balaguer, se entusiasmaron y ofrecieron sus servicios. El rey D. Sancho de Mallorca, que asistió a las Cortes, prometió servir con 20 galeras; la ciudad de Barcelona, con las suyas, navíos y barcas de los particulares,

© Biblioteca Nacional de España

con 15,000 escudos y con todo el trigo que fuese menester para el bizcocho de la armada; la de Tortosa con dos galeras y número grande de soldados a sus costas; otras ciudades y villas se ofrecieron también a servir con sus barcas; Camarasa y Cubells, con 9,000 sueldos jaqueses; Santa Linya, con 1,000, y Tarragona para ayudar a los gastos de la empresa, estableció, bajo el nombre de *Sisa,* una contribución sobre los comestibles, que a corta diferencia viene a ser la misma que en el día conocemos bajo el nombre de *contribución de consumos,* durando este impuesto cinco años e importando 100,000 sueldos.»

Dispuso el rey que tomara el mando de la expedición el príncipe D. Alfonso, y como los gastos eran muy grandes, no vaciló el rey en empeñar y vender parte de su patrimonio, al mismo tiempo, por cierto, que, viudo de D.ª María de Chipre, se disponía a encender por cuarta vez la nupcial antorcha, casando con la joven D.ª Elisenda de Moncada, perteneciente a la más elevada nobleza catalana.

Fueron enviadas por lo pronto a Cerdeña algunas fuerzas a las órdenes del vizconde de Rocabertí, que se apoderó del castillo de Quart, en el cual se hizo fuerte, y reunida después una poderosa armada en Port Fangós, llegó a mediados de junio al puerto de Palma de Sols, donde desembarcó la hueste catalano-aragonesa.

Injusticia de la guerra

No asistía en manera alguna la razón a don Jaime II para apoderarse de Cerdeña y Córcega, pues en el fondo los que le habían inducido a emprender la guerra lo habían hecho no en pro del engrandecimiento de la casa de Aragón, sino para el exterminio de los gibelinos.

Unidos genoveses y pisanos habían arrojado de Cerdeña a los árabes en 1050; los primeros se limitaron a quedarse con algunas tierras dejando a sus aliados el señorío de la isla. Vinieron después las disensiones en-

© Biblioteca Nacional de España

tre aquellas dos poderosas repúblicas y escogióse como palenque de la lucha la isla de Cerdeña.

Pisa dividió la isla en cuatro feudos o *juzgados:* Arborea u Oristano, Gallura, Torres o Logadura y Caller o Cagliari, pero tan bien lo hicieron aquellos señores feudales, que acabaron por negar la obediencia a Pisa, a la cual sólo quedó el feudo de Caller, contra el cual iban a dirigirse ahora las armas de Aragón. Más de un siglo debía durar aquella estéril guerra, en la cual se consumieron gran número de vidas e inmensidad de tesoros, todos estérilmente.

Respecto a la campaña sólo diremos que fué brillantísima, aunque costó mucha sangre y pereció en ella gran parte de la nobleza. Después de un largo asedio, que duró siete meses, se apoderó el príncipe de la villa de Iglesias, y después, de Caller. Concértaronse las paces en julio de 1324; Pisa cedía Cerdeña al rey de Aragón, reservándose únicamente Caller, a título de feudo.

Murieron en esta expedición más de 12,000 catalanes, y no fué eso lo peor, sino que al poco tiempo, unidos genoveses y pisanos atizaban a los sardos para que se rebelaran contra la nueva dominación, comenzando la interminable serie de levantamientos que por espacio de más de un siglo constituyeron una sangría suelta para la confederación catalano-aragonesa.

D. Jaime II, creyendo haber prestado un buen servicio a la Iglesia con la conquista de Cerdeña, que tanta sangre había costado, envió a Roma a su hermano el infante D. Pedro para pedir al Papa redujese el censo que había de pagar el reino de Aragón a la Santa Sede, pero su Santidad sólo otorgó parte de lo que se pretendía: rebaja de 1,000 marcos y de la mitad del servicio militar, cada año, y concesión, por dos años, del diezmo de los frutos eclesiásticos.

Y dada las circunstancias, preciso es reconocer

© Biblioteca Nacional de España

que no podía llegar más allá en sus concesiones la Santa Sede.

Famosas Cortes de Zaragoza

Más de lo que nos proponíamos hemos tenido que detenernos en el reinado de don Jaime II de Aragón, ya por la guerra de Sicilia, ya por la prodigiosa epopeya de catalanes y aragoneses en Turquía y Grecia, ya por la cuestión de los Templarios y la expedición para apoderarse de Cerdeña. Vengamos ya ahora a un hecho de orden interior, de grandísima trascendencia.

Hemos visto que D. Jaime II, con todas sus iniciativas personales, no había dejado de ser nunca un rey perfectamente *constitucional*, y valga el anacronismo, siempre atento al concurso de las Cortes.

Celebrólas repetidas veces en Tarragona, en Zaragoza, en Valencia, pero merecen singularísima mención las que tuvo en Zaragoza en 1325.

En estas Cortes confirmó el rey D. Jaime II de nuevo el *Privilegio general de Aragón*, el arma terrible de la nobleza y el pueblo contra las demasías del trono, contra las reclamaciones que, movidos por el poder real, habían presentado algunos; declaróse, además, que la *cuestión del tormento* (aplicada en el proceso de los Templarios) era contra fuero, y solamente podía emplearse, cuando más, contra los siervos o los monederos falsos, pero a condición de que no hubiesen nacido los reos en los dominios de Aragón. Se decretó también que, fuera de los delitos de alta traición, no procedía la confiscación de bienes, y, finalmente, «que las inquisiciones y pesquisas de oficio eran contrarias a los privilegios concedidos a estos naturales».

Conviene decir también que en estas Cortes fué jurado como primogénito el sietemesino príncipe D. Pedro, hijo de D. Alfonso, con lo cual quedaron desbaratadas las tramas del infante D. Pedro, hermano de dicho D. Alfonso, que aspiraba a alzarse con la corona.

© Biblioteca Nacional de España

Guerra de Cerdeña.

No había calculado bien D. Jaime II lo que le había de costar la conquista de Cerdeña. Al ver esta isla en poder de Aragón uniéronse las antes irreconciliables repúblicas de Génova y Pisa, fomentando las insurrecciones de los naturales contra sus dominadores. Mandaba allí el almirante Francisco Carroz, y no cabía que el poder estuviese en mejores manos. Carroz derrotó con su escuadra la flota coligada de genoveses y pisanos; dejó sentir todo el peso del más riguroso castigo sobre los pueblos sublevados y obligó a Pisa a pedir la paz, entregando, esta vez, en rehenes el castillo que se le había dejado a aquella república en Caller o Cagliari. La guerra fué terrible en algunas ocasiones, y de ahí que la pobre villa de Stampace fuese entrada a saco y perecieran degollados gran número de sus habitantes.

Desgraciadamente, como sucediera en la expedición a Oriente, estallaron violentísimas disensiones entre los caudillos; desavenidos el almirante Carroz y el noble D. Ramón de Peralta, a quien D. Jaime II había enviado a Cerdeña como general del ejército de tierra, llegaron a las manos, con grande mortandad de ambos bandos. El rey les separó del mando a los dos y les mandó presentarse en su corte, nombrando en su lugar a Bernardo de Boxadors y a Felipe de Boyl, que, de perfecto acuerdo, consiguieron apaciguar los ánimos y restablecer por completo el orden público en la isla.

Así llegamos al año 1329, en que se hace visible un cambio de conducta en la política de Italia, pues don Jaime II favorece ahora en lo posible a su hermano Federico, contra Roberto de Nápoles y la Santa Sede. No era de esperar tal rectificación de conducta después de haber luchado tanto en favor de la Iglesia.

Bandos interiores.

A todo esto, y por si no bastara la eterna displicencia de los ricos-hombres de Aragón en sus relaciones con el trono, surgieron en-

© Biblioteca Nacional de España

conadas guerras de bandería en Valencia y Cataluña, pagando en último resultado el país que sufría las consecuencias de tales querellas personales.

Muerte de D. Jaime II

Después de un reinado de treinta y seis años y a los sesenta y seis de edad, falleció en Barcelona, a primeros de Noviembre de 1327, el rey D. Jaime II, llamado por unos el *Justo* o *Justiciero*, y por otros el *Habilidoso*.

Como hemos visto, fué su prolongado gobierno, uno de los más fecundos en extraordinarios sucesos.

Fueron sus anhelos, como hace notar el Dr. Hans E. Rohde en su citado libro, el robustecimiento de su poder en Aragón y el quebrantamiento del poderío de sus vecinos, el castellano y el navarro, para ejercer la hegemonía española. En cuanto a Sicilia, en un principio se ve que D. Jaime quería conservarla durante su vida, salvo entregarla luego a la Iglesia, aunque ésta no podía darla a feudo.

De todas suertes consiguió sus propósitos: dilatar su reino de Valencia hasta Alicante, conquistar a Cerdeña «que a un tiempo daba vista a las Baleares, a África, a Sicilia y al continente de Italia», y vivir en paz con la Iglesia, que había levantado las excomuniones y el entredicho lanzados contra Pedro *el Grande* y el propio D. Jaime en los principios de su reinado.

Mostróse D. Jaime II digno de loa por lo enemigo que era de los pleitos, lo cual le hizo desterrar de sus reinos al famoso jurisconsulto Jimeno Álvarez de Rada, que con sus enredos había dado ocasión a grandísimo número de litigios, y con ellos a la ruina de no pocas familias.

Aunque se le ha llamado a este monarca *el Justo*, hacen notar algunos historiadores que distó bastante de serlo en la cesión de Sicilia a la Sante Sede, en la guerra contra su hermano D. Fadrique y en el proceso contra los Templarios. Reconócenle, sin embargo, ex-

© Biblioteca Nacional de España

tremo valor y admirable grandeza de alma en los peligros. No abundan, en cambio, las pruebas en favor de su bondad y clemencia. «El suplicio de Alaímo de Lentini, entre otras cosas, y su notoria ingratitud con Sicilia, dice un autor, serán siempre en la historia una acusación perpetua contra el hijo de Pedro *el Grande*.»

Había D. Jaime II contraído nupcias cuatro veces: primero con D.ª Isabel de Castilla, aunque no llegó a consumarse el matrimonio; con Blanca de Nápoles, de la que hubo cinco varones y cinco hembras; con doña María de Chipre y con la jovencita D.ª Elisenda de Moncada; no tuvo sucesión de estas dos últimas.

Por renuncia de su hijo mayor, D. Jaime, subió al trono su hijo Alfonso IV, llamado *el Benigno*, cuyo primer cuidado fué dar sepultura a su padre en el famoso monasterio de Santas Creus, donde descansaban los restos de Pedro *el Grande* y Roger de Lauria.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

UNIFICACIÓN DE LA CORONA DE ARAGÓN

ALFONSO IV: CAMBIO DE POLÍTICA. — GUERRA CON GÉNOVA. — POLÍTICA INTERIOR. — PEDRO IV: PRINCIPIOS DE SU REINADO. — INVASIÓN DE LOS BENIMERINES. — MAQUINACIONES DE PEDRO IV CONTRA EL REY DE MALLORCA. — TOMA DE MALLORCA. — TOMA DE ROSELLÓN.

(1327-1344)

Alfonso IV. — Cambio de política.

Continuaban al advenimiento de Alfonso IV las guerras de bandería, sobre todo en el condado de Pallars, cuya posesión se disputaban Arnaldo Roger y el conde de Comenge, auxiliado éste por tropas francesas.

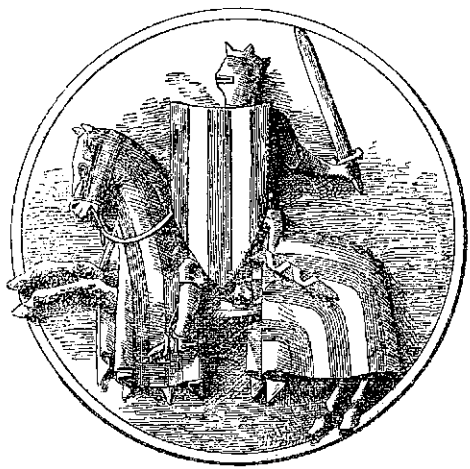
Celebradas Cortes en Cataluña y Aragón, quiso coronarse en Zaragoza con pompa jamás vista hasta entonces, tanto, que formaban el séquito 30,000 hombres a caballo. La corona era toda de oro y piedras preciosas, evaluada en 50,000 duros de la actual moneda, y que luego, en el banquete de la Aljafería, por el mucho peso, cambió por otra estimada en 25,000 escudos. En este banquete hizo las veces de mayordomo su hermano el infante D. Pedro, que cambió de traje cada una de las diez veces que sirvió el plato a D. Alfonso. Esos vestidos eran de oro forrado de armiño y

© Biblioteca Nacional de España

sembrados de perlas, y cada muda era regalada a alguno de los servidores.

Viudo de D.ª Teresa de Entenza, desde pocos días antes de su ascendimiento al trono, había tenido en ella cinco hijos y dos hijas, de los cuales vivían D. Pedro, heredero del trono, D. Jaime, conde de Urgel, y Constanza, casada con el rey Jaime III de Mallorca, sobrino del difunto D. Sancho.

Alfonso IV dió evidente prueba del radical cambio



Sello de D. Alfonso IV de Aragón

de política que iba a plantear, tomando por esposa a D.ª Leonor de Castilla, hermana de Alfonso XI. El casamiento rompía con la tradición paterna y daba que recelar a catalanes, aragoneses y valencianos no fuese el primer paso hacia la sujeción a Castilla. Habíanse disipado, pues, aquellas aspiraciones de Jaime II *el Justo* a que Aragón ejerciese la hegemonía de España, a cuyo intento no había vacilado en sacrificar a Sicilia para tener propicias a Francia y a la Santa Sede.

© Biblioteca Nacional de España

El casamiento con D.ª Leonor debía ocasionar resultados funestos, como ya veremos; pero ya desde luego comenzó a murmurar el pueblo suponiendo que la nueva reina se mostraba asaz afecta a su hermano, no muy tierna con su marido y sobrado descontenta de las costumbres de Aragón.

Guerra con Génova.

Abundante sangre había de correr de nuevo en Cerdeña. Los genoveses, implacables enemigos de los catalanes, por su rivalidad comercial con ellos en el Mediterráneo, fomentaron una nueva rebelión de aquella isla, que estalló imponente en Sasari; pero no se localizó la guerra en Cerdeña, sino que las escuadras de Génova se presentaron en las costas de Cataluña, Mallorca y Menorca causando en ellas grandes destrozos y apoderándose de gran número de ricas presas. A tanto llegó la audacia de aquella gente, que atacaron el mismo puerto de Barcelona, en el cual ocasionaron grandes daños. Por fin llegó, sin embargo, la hora de la victoria, y la escuadra catalana, al mando de Ramón de Moncada, derrotó en toda la línea a la genovesa, frente a Cagliari o Caller, y después en otros puntos, habiendo contribuído en no escasa parte al triunfo el rey de Mallorca con sus galeras (1332).

Política interior.

Sin duda el bueno de D. Alfonso IV tenía un concepto muy extraño de su poder, pues se figuraba que los reinos y estados heredados de sus antepasados eran propiedad suya y podía hacer de ellos lo que mejor le pareciera.

Desde luego, en cuanto se casó, hizo donación a D.ª Leonor de la ciudad de Huesca y de varias villas y castillos, y al nacerle el primer hijo de este segundo matrimonio, D. Fernando, se apresuró a hacerle el regalo de las villas de Játiva, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellón, en el reino de Valencia.

Protestó de ello enérgicamente el príncipe heredero, D. Pedro; protestó D. Otto de Moncada, y protestó,

© Biblioteca Nacional de España

sobre todo, Guillén de Vinatea, representante del brazo popular de Valencia, quien presentándose ante D. Alfonso IV y D.ª Leonor leyó el siguiente mensaje que no vacilamos en reproducir:

Mensaje de Guillén de Vinatea.

«Señor: Las donaciones de las villas de Játiba, Alcira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellón, que son partes de este reino, han parecido tan exorbitantes y desordenadas (aun para la comodidad de vuestros hijos), que nuestra ciudad y todos los pueblos del reino con profunda admiración se desconsuelan de que vuestra persona real las haya decretado, y se irritan de que vuestros consejeros las hayan permitido o procurado, como si la república los sustentase, honrase y obedeciese para que con sus lisonjas ambiciosas o pusilánimes sean nuestros primeros y más autorizados enemigos, no para ser nuestros ficles y justos procuradores; o como si pudiese llamarse servicio vuestro lo que es ruina de los reinos que os dan el nombre y majestad de rey, en los cuales *por vuestra naturaleza no sois más que uno de los demás hombres y por vuestro oficio* (que Dios por la voluntad de ellos como por instrumento de su providencia puso en vuestra persona) *sois la cabeza, el corazón y el alma de todos.* Así no podéis querer cosa que sea contra ellos; pues *como hombre no sois sobre nosotros y como rey sois por nosotros y para nosotros.* Fundados, pues, en esta manifiesta y santa verdad, os decimos que no permitiremos el exceso de estas mercedes, porque son el destrozo y el peligro de este reino, la división de la corona de Aragón y el quebrantamiento de los mejores fueros; por los cuales advertimos a vuestra real benignidad que estamos todos prontos a morir, y pensaremos en eso serviros a vos y a Dios. Mas sepan vuestros consejeros que si yo y mis compañeros muriésemos o padeciésemos aquí por esta justa libertad, ninguno de cuantos están en el palacio,

© Biblioteca Nacional de España

menos las personas reales, escaparía de ser hoy degollado a manos de la justa venganza de nuestros ciudadanos.»

Refiérese que la reina D.ª Leonor, furiosa, exclamó:

Alfonso IV

«Tal cosa como ésta no la toleraría mi hermano el rey de Castilla, y de seguro a tan sediciosas gentes las

© Biblioteca Nacional de España

mandaría degollar», a lo cual replicó el aragonés: «Reina, nuestro pueblo es más libre que el de Castilla: nuestros súbditos nos reverencian como a señor suyo, y Nos los tenemos a ellos por buenos vasallos y compañeros.»

Reunidas las Cortes, fueron revocadas las donaciones, con grandísima ira por parte de la reina D.ª Leonor, y no sólo esto, sino que se decretó un Estatuto para la conservación de los reinos unidos.

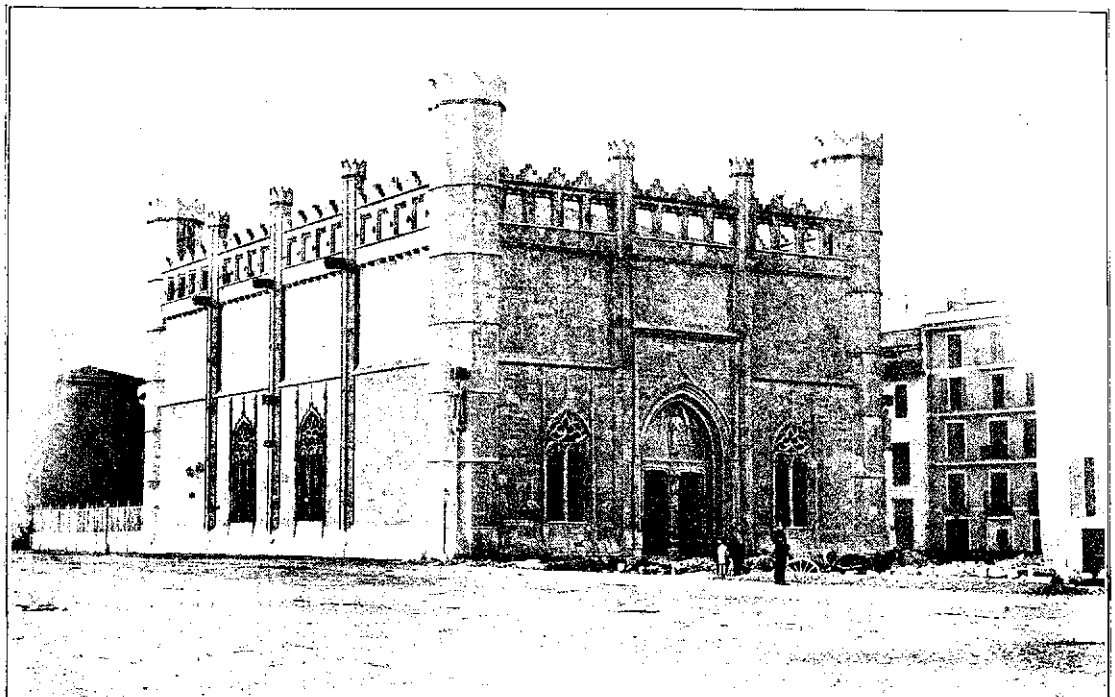
Quedaba declarada la guerra entre la madrastra y el entenado; abandonando la una y el otro a D. Alfonso, fortificóse la primera en Fraga y buscó refugio el segundo en Zaragoza, mientras tanto, y ya en su agonía, ratificaba Alfonso IV las malhadadas donaciones, legando así una guerra civil y una guerra con Castilla.

Porque, como dice Castelar, la reina D.ª Leonor había hecho de su matrimonio asunto de granjería, y en su afán por dejar bien heredados a sus hijos no había vacilado en atentar contra el arca santa de las libertades de Aragón y Valencia. Bajo su influencia privaron en demasía los castellanos, ahondando todavía más con ello el odio del príncipe heredero D. Pedro.

En cuanto al afecto que profesara a Alfonso IV, no dice mucho en su favor el hecho de que en cuanto le vió moribundo escapó de Barcelona atenta a salvar las riquezas que había allegado, aunque bajo el pretexto de poner en salvo a sus hijos.

Falleció Alfonso IV en Barcelona, en enero de 1336, al cabo de nueve años de reinado y a la edad de treinta y siete y el primogénito D. Pedro, que sólo contaba a la sazón diez y seis años, se apresuró a hacerse coronar con gran pompa en la iglesia de San Salvador de Zaragoza, llegando en su impaciencia a no esperar que el arzobispo le ciñera la corona, sino que tomándola del altar se la puso él mismo.

© Biblioteca Nacional de España



PALMA DE MALLORCA. — Casa Lonja

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Principios del reinado de D. Pedro IV.

Ya desde luego hacían presagiar los primeros actos del nuevo rey que iba a regir los destinos de la confederación catalano-aragonesa un hombre dotado de extraordinaria energía. Sabedor de que su madrastra había emprendido desde Barcelona (por Valencia) el camino de Castilla con un gran convoy de acémilas cargadas de oro, plata y joyas, envió en su persecución, para que la detuviera, a Pedro Ferrer de Abella, aunque no pudo alcanzarla; pero más grave fué aún lo ocurrido en Cataluña.

Celebraba D. Pedro IV Cortes en Zaragoza y sin pérdida de tiempo nombró el nuevo personal encargado del gobierno y administración de las ciudades de Cataluña. Resistiéronse éstas a aceptar a los nuevos vegueres y demás oficiales, por no haber jurado D. Pedro los fueros y libertades del Principado, y en cuanto lo supo el rey exclamó: — Esto quiero que se haga y esto ha de ser, — palabras que fueron desde entonces su divisa.

El rey, sin embargo, hubo de tascar el freno, y tener Cortes en Lérida, donde juró, pero ni aun así le valió, pues se acordó que no se le debía atender hasta haber jurado en Barcelona, como así lo hizo (julio de 1339), todo lo cual no hacía más que exasperar su natural despótico.

Sin embargo, más que la resistencia de los pueblos a obedecerle sin haber cumplido antes con la jura de sus privilegios, encendía la cólera del joven rey la conducta de su madrastra, empeñada en conservar las donaciones que en mal hora la hiciera Alfonso IV. Para ello se apresuró D. Pedro IV a concertar una tregua larga con el rey de Granada, y una vez libre de cuidados por aquella frontera comenzó a proceder contra el poderoso magnate aragonés D. Pedro de Exérica, que había favorecido la evasión de D.ª Leonor y de sus hijos los infantes D. Fernando y D. Juan. Confió D. Pedro el cui-

© Biblioteca Nacional de España

dado de aquella guerra a su hermano el infante D. Jaime. Eran muchos los castillos y villas fortificadas que el ricohombre aragonés poseía en el reino de Valencia, y no adelantaba gran cosa D. Jaime, por lo cual resolvió Pedro IV tomar el mando él mismo, pero mal le hubo, pues quedó sitiado en Viver, y habiendo incendiado el pueblo los soldados de Exérica, estuvo a punto de perecer en las llamas. Dejólo entonces, y como se vió ahora amenazado por Alfonso XI de Castilla que le exigía confirmara las donaciones hechas a su hermana y sobrinos, procuró dar largas al asunto, para lo cual no le faltaron especiosas razones, en que era consumado maestro (1337).

Siempre dominado por la idea de la reintegración de las ciudades, villas y castillos donados a su madrastra y a sus aborrecidos hermanastros, convocó Cortes de aragoneses, catalanes y valencianos en Castellón (1337), para tratar de la herencia que debían percibir la reina Leonor y sus dos hijos, y con igual objeto las tuvo luego de aragoneses en Gandesa y Daroca. El resultado fué que se sometiera el litigio a un tribunal arbitral cuyo fallo hubo de disgustar profundamente al rey: sentencióse, en efecto, que se reconciliasen D. Pedro y el de Exérica; que D.ª Leonor continuase en la posesión de las villas y castillos que la había donado D. Alfonso IV, aunque con la alta y baja jurisdicción de Pedro IV; que el infante D. Fernando, marqués de Tortosa, continuara también en su posesión y que se entregaran al otro infante D. Juan las villas de Castellón, Liria, Burriana y otros poblaciones.

Invasión de los benimerines.

A regañadientes aceptó el laudo D. Pedro IV, pero no permitían otra cosa las circunstancias, pues era cuando la cristiandad, alarmada, estaba esperando de un momento a otro la formidable invasión de Abul-Hacén, al frente de sus benimerines. Pedro IV, requerido por Alfonso XI

© Biblioteca Nacional de España

para que le prestara su concurso, no se pudo negar a ello, dejando en segundo término las diferencias con D.ª Leonor.

Digamos, con toda verdad, que D. Pedro IV secundó con poco entusiasmo al castellano, por quien no sentía el menor afecto, insiguiendo la tradición de sus mayores, sólo interrumpida por Alfonso IV, entregado por completo a su segunda mujer.

Recordemos que, reunidas las escuadras de Castilla, al mando de D. Alonso Jofre Tenorio, y de Cataluña, al de Gilaberto de Cruilles, no pudieron impedir que pasaran el Estrecho las 270 velas de los benimerines, pero que Cruilles se desquitó de esta contrariedad derrotando en Ceuta a una escuadra africana, muy superior en número y regresando con algunas naves apresadas y cargadas de botín. Por desgracia, poco después el ilustre almirante de Aragón caía mortalmente herido de una saeta en un combate con los moros, cerca de Algeciras.

D. Pedro IV nombró en reemplazo del malogrado Cruilles a D. Pedro de Moncada, hijo de D. Otto y de D.ª Constanza, hija de Roger de Lauria, y como vicealmirante a Galcerán Marquet. Poco después se inmortalizaban con el inmenso triunfo del Salado las armas castellanas, y no han faltado historiadores que acusaran a D. Pedro de Moncada, cuya escuadra hacía el crucero del Estrecho, de no haber saltado en tierra con sus soldados para tomar parte en la batalla y cortado la retirada al fugitivo rey de Marruecos hacia Algeciras.

Con todo, esta intervención en la guerra con los moros resulta un suceso secundario en relación con la política de Pedro IV, cuya idea fija era la reintegración a su corona de los Estados que había reunido Jaime I, y al decir esto, no sólo deben entenderse las donaciones de su padre, sino el reino de Mallorca, cuyo trono

© Biblioteca Nacional de España

ocupaba a la sazón Jaime III, y los condados de Rosellón y Cerdaña.

Maquinaciones de Pedro IV contra el rey de Mallorca.

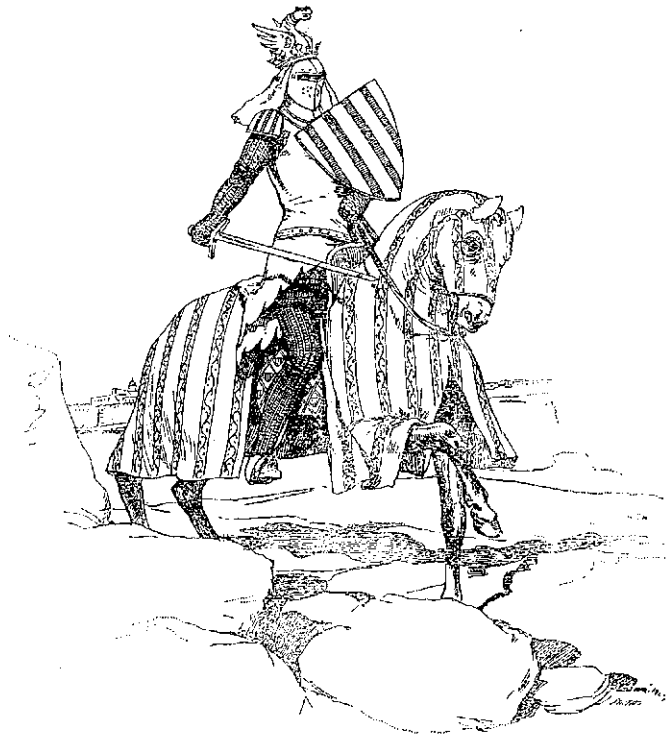
Nunca había podido ocultar Pedro IV el odio que sentía hacia su cuñado D. Jaime III de Mallorca, casado con su hermana D.ª Constanza. Habíale infligido ya insoportables humillaciones al ser jurado conde de Barcelona, en julio de 1339, obligándole a permanecer de pie en las Cortes y accediendo, por fin, a que le trajeran una almohada, pero mucho menor y diferente de la suya.

Poco después, recibía D. Pedro IV orden del papa Benedicto XII para que se presentara en su sede de Aviñón a fin de prestarle homenaje por el reino de Córcega y Cerdeña.

En cuanto supo D. Jaime III de Mallorca que el rey D. Pedro IV debía pasar, para ver al Papa, por sus Estados del Rosellón, salióle al encuentro y le condujo con grandes muestras de afecto a Perpiñán, y se brindó a acompañarle a Aviñón, corriendo de su cuenta los gastos del viaje. Suponen algunos maliciosos que Don Jaime obró así para ver humillado a su cuñado ante el Papa y recibir ambos por igual las honras pontificias. Ello es que mejor hubiera sido para D. Jaime renunciar a tal acompañamiento, y en efecto: «Al siguiente día de estar en la ciudad, escribe Balaguer, salieron juntos a caballo para ir a ofrecer sus respetos al Papa. Cada uno, tanto el de Aragón como el de Mallorca, llevaba un caballero delante, que, sujetando su corcel del diestro, le servía de palafrenero. Sucedió en esto que Gastón de Levis, que cuidaba el caballo de D. Jaime, viendo que el de D. Pedro se adelantaba, le dió algunos golpes y aun al caballero que lo guiaba. El aragonés, en el fondo de cuyo ambicioso corazón hervía la cólera, no hubo menester más para hacer a D. Jaime cómplice de semejante desacato, y así es que, movido de grande ira, como él mismo dice en su crónica, echó mano a

© Biblioteca Nacional de España

la espada con intento de acuchillar al rey de Mallorca. Afortunadamente, aun cuando por tres veces tiró de la espada, ésta se resistió a abandonar la vaina. Valióle esto al de Mallorca, que, a no ser así, allí acababa la



D. Pedro IV de Aragón

vida a manos de su cuñado D. Pedro, quien, en su ciego coraje, no titubeó en decir, contestando a las reflexiones que acudió a hacerle su tío el infante Don Pedro: — «Con tal de haber dado muerte al rey de Mallorca, poco nos hubiera importado morir después.»

© Biblioteca Nacional de España

Marchóse de Aviñón furioso D. Pedro IV y desde entonces no pensó más que en labrar la ruina de su cuñado y apoderarse de su reino y sus señoríos.

No había pretexto alguno que motivase una guerra, pero no era hombre Pedro IV que se detuviese en el empleo de las más infames tretas, y renovando, como hace observar un autor, la fábula de *El lobo y el cordero,* halló medio de llevar a cabo sus execrables propósitos, favoreciéndole para ello una inesperada circunstancia.

Era cuando más encendida andaba la guerra entre Felipe VI de Francia y Eduardo III de Inglaterra. Receloso el primero de D. Jaime III de Mallorca, por el auxilio que pudiera prestarle al inglés (posesionado de la Guiena), mandó se presentase a renovarle el homenaje que había prestado ya en 1331 por el señorío de Montpeller. No había motivo alguno para semejante repetición y, por lo mismo, se negó.

Cada vez más amenazador Felipe VI, pidió amparo D. Jaime III a Pedro IV, y aquí empieza la serie de las villanas e indignas maquinaciones de éste contra su cuñado.

Citóle a una entrevista que se celebró en la villa de San Celoni (primavera de 1341), y en ella manifestó el mallorquín al rey de Aragón que en vista de las amenazas de Felipe VI se hallaba dispuesto a declararle la guerra y a aliarse con los ingleses, pidiéndole que le ayudase por su parte. El resultado fué engañarle Pedro IV a Jaime III, conviniendo en que levantarían un ejército de 100,000 infantes y 3,000 hombres de armas, todo con el objeto de apartarle de la alianza con Eduardo III y fomentar el odio de Francia.

En otra entrevista propuso D. Pedro IV a su cuñado que enviasen una embajada a Felipe VI para llegar a un acuerdo, aunque en realidad, sólo para ganar tiempo, y en efecto, de pronto fueron invadidos por un ejército

© Biblioteca Nacional de España

francés Montpeller y varios vizcondados vecinos, mientras otro ejército se disponía a entrar en el Rosellón.

Jaime III, alarmado, requirió el auxilio de Pedro IV, quien reunió su consejo, en Valencia, donde se hallaba para proponer en él, como dice Piferrer, «un ardid vergonzoso y contrario al honor y a la buena fe del monarca de Aragón». Dijo, pues, Pedro IV que lo mejor sería irse a Barcelona para convocar Cortes catalanas, y llamar a D. Jaime III para que asistiera a ellas, según obligación que tenía, y como ya sabía D. Pedro que su cuñado se veía en la imposibilidad de ponerse en camino, quedaba roto el convenio y, por lo tanto, cesaba la obligación de ayudarle contra el rey de Francia.

El mismo Zurita, tan circunspecto siempre, reconoce que fué aquélla una «sutileza indigna de un príncipe».

El pobre D. Jaime, lleno de confianza en su cuñado, le escribió manifestándole que no le era posible asistir a las Cortes, pero que le esperaba a él en Perpiñán, a lo cual contestó el rey de Aragón diciéndole que en virtud de su desobediencia quedaba roto todo entre ambos, y no sólo esto, sino que le mandó procesar por el delito de «hacer fundir en sus Estados de Rosellón y Cerdaña las monedas de Aragón para fabricarlas de otra especie, dando circulación, además, por el país a otras diversas de Francia».

Continuaron las maquinaciones, cada vez más odiosas y repugnantes. D. Pedro IV declaró rebelde contumaz a D. Jaime III; éste, viéndose perdido, se humilló ante Felipe VI de Francia, pero de nada le valió, pues Pedro IV se apresuró a contraer nueva alianza con aquél, arrancándole el compromiso de que jamás ni en ningún caso fuesen osados los barones y oficiales franceses a tomar la defensa de D. Jaime III ni hacer armas contra Pedro IV.

Desesperado el rey de Mallorca, tuvo la desgraciada ocurrencia de meterse en la boca del lobo, y fué presen-

© Biblioteca Nacional de España

tarse en Barcelona con su esposa D.ª Constanza, fiado en la eficacia de las súplicas que ésta le dirigiera a su hermano, Pedro IV. Este inventó entonces un novelón, propalando que D. Jaime y su esposa tenían tramado sorprenderle y llevárselo preso a Mallorca, matándole si se resistía. El resultado fué que D. Pedro IV mandó raptar a D.ª Constanza, y la llevó a su palacio, bien guardada; D. Jaime III protestó inútilmente, y gracias si se le dejó partir con su escuadrilla.

Ausente el rey de Mallorca, continuó el proceso, añadiéndose a los anteriores delitos el de tentativa de asesinato contra Pedro IV y haber intentado aliarse con los reyes de Sicilia, Francia y Marruecos para declararle la guerra. Con ésto quedaba pronunciada la ruina de Jaime III, descendiente directo de D. Jaime I *el Conquistador*, habiendo sido inútiles la protesta del legado del Papa, las instancias del propio pontífice Clemente, la embajada de su tía D.ª Sancha de Nápoles y las lágrimas de su hermana Constanza; por fin, en 21 de febrero de 1343 se pronunció sentencia, declarando que le serían confiscados a D. Jaime III sus reinos en beneficio de la Corona de Aragón si antes del año no comparecía en persona para purgar su contumacia.

Como se ve, pocas infamias registra la historia comparables a las de Pedro IV para arrebatarle sus Estados al legítimo soberano.

Inmediatamente de pronunciado el fallo publicó Don Jaime III una protesta desmintiendo las viles acusaciones de que había sido objeto y retando a singular combate a quien sostuviese lo contrario, lo cual no sirvió más que para precipitar los acontecimientos, pues sin esperar a que terminara el año D. Pedro IV se dispuso a apoderarse de Mallorca.

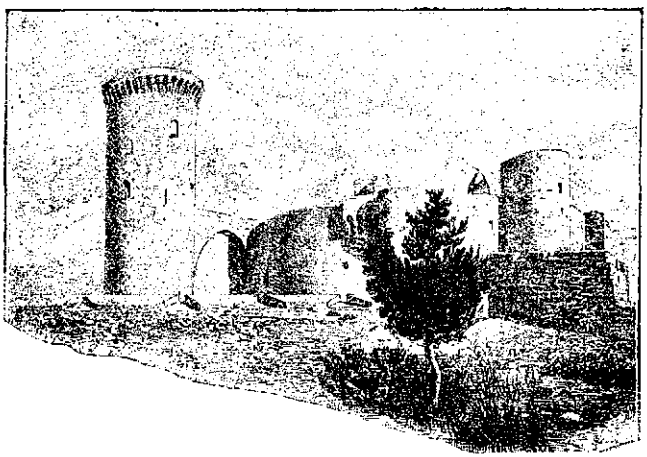
Toma de Mallorca.

Precisa decir, en honor a la verdad, que lo mismo en Mallorca que en Rosellón y Cerdaña era popularísima la idea de ser anexio-

© Biblioteca Nacional de España

nados estos Estados a la Corona de Aragón para formar un solo reino, enmendando así la obra disgregadora del Conquistador y de Alfonso IV; a lo cual hay que añadir la numerosa población catalana que se hallaba establecida en dichos dominios y sólo esperaba ocasión de que se presentase Pedro IV para proclamarle como soberano único.

Y ya fuese por espontáneo impulso, ya por maquina-



Castillo de Bellver (Mallorca)

ciones de los agentes de D. Pedro IV, todos se revolvían contra D. Jaime III: los roselloneses, los cerdañeses, los mallorquines, pretextando los unos lo gravoso de los impuestos y protestando los otros contra las detenciones que se efectuaban.

Así las cosas, llegó a Barcelona a primeros de mayo un tal Beltrán Roig, como embajador de los mallorquines, para anunciar a Pedro IV que en cuanto se presentase en la isla sería reconocido como rey. Encantado Pedro IV, le pagó el servicio concediéndole 6,000

© Biblioteca Nacional de España

sueldos de renta y haciéndole caballero, aunque resultara más que dudosa tal *caballerosidad*.

D. Jaime III no quiso, sin embargo, que le arrebatasen a Mallorca sin pelear en defensa de su derecho, y se embarcó para la isla con 15,000 infantes y 300 ca-

El «Castellet» de Perpiñán

© Biblioteca Nacional de España

ballos. Poco después partía para allí Pedro IV con una poderosa escuadra de 116 velas. No hubo lucha; el rey de Aragón desembarcó en Santa Ponza, y las tropas de D. Jaime se desbandaron al primer ataque. El desgraciado rey pudo huir, y en un momento quedó conquistada la isla.

Los buenos mallorquines, muy contentos, se asustaron, sin embargo, a la vista de los almogávares —los que habían conquistado la isla, — y pidieron se les volviese a las galeras, y asustados también de ver a tanta gente con ballestas, lanzas y espadas suplicaron a D. Pedro IV que entrasen sin armas en la ciudad, él y su comitiva, como así se hizo.

Toma del Rosellón.

Ya en poder de Pedro IV las Baleares, dispúsose a adueñarse del Rosellón y Cerdaña. La conquista fué algo empeñada, pero por fin se realizó, y D. Jaime III, que se hallaba en Perpiñán, tuvo que entregarse, refugiándose luego en el castillo del conde de Foix, único amigo leal que le quedaba (1344). D. Jaime III protestó de la violenta expoliación de que había sido víctima, y como contaba aún con entusiastas partidarios, estallaron algunas sublevaciones, que fueron ahogadas en sangre, en Mallorca, Cerdaña y Rosellón. Por fin, retiróse D. Jaime a Montpeller (feudo francés), cuyo señorío vendió al rey Felipe VI en 120,000 escudos de oro, y con esta cantidad pensaba reanudar la guerra en ocasión oportuna.

Digamos también que a instancias del Papa, decidido protector de D. Jaime III, le fué devuelta a éste su esposa D.ª Constanza, a la cual acompañó a Aviñón un cardenal expresamente enviado por el Pontífice.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

EL PODER REAL CONTRA EL PRIVILEGIO DE «LA UNIÓN»

VIOLACIÓN DE LA CONSTITUCIÓN ARAGONESA. — LA UNIÓN. — LAS CORTES DE ZARAGOZA. — CORTES EN BARCELONA. — DESTRUCCIÓN DE LA «UNIÓN ARAGONESA». — DESTRUCCIÓN DE LA «UNIÓN VALENCIANA». — MUERTE DE JAIME III DE MALLORCA. — GUERRAS EN CERDEÑA. — GUERRA CON CASTILLA. — LA CUESTIÓN DE SICILIA. — ÚLTIMA TENTATIVA DE LOS REYES DE MALLORCA. — DESGRACIA DE DON BERNARDO DE CABRERA. — ANEXIÓN DE SICILIA. — CUARTO CASAMIENTO DEL REY

(1347 - 1387)

Violación de la Constitución aragonesa.

Corría el año 1347 cuando viéndose Pedro IV sin sucesión masculina en su casamiento con D.ª María de Navarra, imaginó, hallándose en Valencia, declarar heredera de la Corona a su hija mayor D.ª Constanza, en caso de morir sin tener hijos varones, por más que la constitución aragonesa negase tal derecho a las hembras, según terminante prohibición de D.ª Petronila.

El rey, obediente a su máxima de «*Esto quiero y otra cosa no ha de ser*» sometió su idea a la deliberación de un consejo de veintidós teólogos y letrados, veinte

© Biblioteca Nacional de España

de los cuales opinaron en favor, y sólo dos en contra.

Hubo el dictamen de llegar a noticia de D. Jaime, conde de Urgel, gobernador general de Aragón, el cual se presentó a su hermano para quejarse del tal acuerdo, pero en vez de darle satisfacción, D. Pedro IV rompió en amenazas contra él, como era de esperar, pues su condición y naturaleza, como dice Zurita, «fué tan perversa e inclinada al mal que en ninguna cosa se señaló tanto ni puso mayor fuerza como en perseguir su propia sangre».

Tal vez en Cataluña fuese acogido con aplauso el plan de Pedro IV, pero no así en Aragón, donde unánimemente se reconocía el derecho de D. Jaime a heredar el trono a falta de descendencia masculina, uniéndose a este motivo de disgusto la conducta del rey que arrojó de sus cargos a los ricos-hombres y barones que formaban su consejo y desempeñaban los empleos de la Casa Real, para substituirlos con los traidores que le habían ayudado en la expoliación de Mallorca y Rosellón.

Como consecuencia del nuevo orden de sucesión, decretado sin anuencia de las Cortes, fué destituído de su cargo de Gobernador general, o lugarteniente de Aragón, D. Jaime, siendo nombrada en su lugar doña Constanza, con la consiguiente remoción del personal. D. Jaime fué expulsado de la corte de Valencia y desterrado a Montblanch, pero en lugar de obedecer se presentó en Zaragoza, donde se iba formando un importante partido nacional.

Ante el gravísimo atentado de Pedro IV contra la constitución aragonesa, desaparecieron todas las diferencias que existían entre los ricos-hombres, tremolando de nuevo la bandera de la *Unión*, y dándose como santo y seña la palabra *Cortes*, «mágica voz que en todas las grandes ocasiones de la historia invocaban como su única salvación los bravos aragoneses».

Digamos ahora, entre paréntesis, que habiendo fa-

© Biblioteca Nacional de España

llecido D.ª María de Navarra se desposaba D. Pedro en segundas nupcias con D.ª Leonor de Portugal.

La Unión. Puestos de acuerdo los agraviados ricos-hombres y caballeros aragoneses, escribieron a los infantes D. Fernando, marqués de Tortosa, y D. Juan, hermanos del rey Pedro IV, que se hallaban en Castilla, para que acudiesen a Zaragoza, en defensa del derecho, y lo mismo a todos los barones e infanzones ausentes, invitándoles a reunirse con ellos «por muchos y diversos agravios, perjuicios y desafueros de sus usos, privilegios y libertades que se hacían al reino por el rey y sus oficiales».

Todas las ciudades de Aragón se adhirieron a la sagrada causa menos Calatayud, Daroca, Huesca y Teruel; la *Unión* hizo acuñar un sello propio y se formó una Junta compuesta del infante D. Jaime, conde de Urgel, diez ricos-hombres, dos mesnaderos, siete caballeros y once ciudadanos de Zaragoza. También fueron nombrados varios delegados llamados *Conservadores de la Unión,* los cuales mandaban, requerían y ejercitaban actos de jurisdicción y superioridad. La *Unión* levantó un ejército y contaba con el apoyo del rey de Castilla, Alfonso XI.

La actitud de la *Unión,* sin embargo, no podía ser más respetuosa, pues lo único que pretendía era que el rey celebrase Cortes.

Alarmado D. Pedro IV, partió precipitadamente de Valencia para Barcelona, atento a que no prendiera en Cataluña el movimiento surgido en Aragón, pero apenas hubo perdido de vista la ciudad del Turia, donde dejó por gobernador a su antiguo enemigo y ahora fiel servidor, D. Pedro de Egérica, cuando todo el reino de Valencia se levantó en armas, y asumió el mando el consejo de los jurados de la capital. Huyó Egérica, y el nuevo gobierno comenzó a dar desde luego fe de su existencia con los bandos que publicó.

© Biblioteca Nacional de España

En primer lugar, anunciaba a todos los habitantes del reino de Valencia que haría respetar su libertad, y que, por lo tanto, todos podían hablar, escribir y aconsejar cuanto creyesen conducente a la defensa de sus fueros; mandóse después que en el término de diez días estaban todos obligados a adherirse a la *Unión*, quedando privados de sus derechos de ciudadanía los que se negaran, y por fin se ordenó que cualquier unionista que recibiera algún insulto o agravio o fuese víctima de un contrafuero, acudiese a denunciarlo y se le haría justicia. El consejo se reunía al son de una campana, que se mandó fundir para este determinado objeto y fué colocada en la sala de Corte.

Coligadas ya ahora las *Uniones* de Aragón y Valencia exigieron de nuevo al rey celebrase Cortes, y don Pedro IV no tuvo más remedio que acceder, convocándolas en Zaragoza para el día de San Juan (1347), si bien fueron aplazadas luego hasta primeros de agosto.

Digamos ahora que durante este intervalo, o sea desde su salida de Valencia, hasta la ida a las Cortes de Zaragoza, había probado fortuna el despojado rey Jaime III de Mallorca invadiendo sus antiguos estados de Rosellón, Cerdaña y Conflent, pero acudió don Pedro IV en persona y triunfó de la insurrección, dejando como recuerdo de su victoria un montón de ruinas, la desolación y la muerte.

Entretanto, y antes de acudir a Zaragoza, preparábase D. Pedro para combatir contra la Unión en el terreno de las armas y el de la astucia. Contaba en su apoyo con los catalanes, con varios ricos-hombres y caballeros y con Egérica, a pesar de lo cual resultaban grandemente superiores en número las fuerzas de las Uniones de Valencia y Aragón.

En el terreno de la astucia hallábase perfectamente secundado por un consejo, compuesto del arzobispo de Tarragona, el obispo de Vich, el rosellonés Fenollet,

© Biblioteca Nacional de España

el catalán Anglesola y el después famoso D. Bernardo de Cabrera. De acuerdo con éstos, prestó juramento sobre los Santos Evangelios de que fuesen tenidas por ningún valor cuantas concesiones le fuesen arrancadas por la Unión, por no hechos todos los juramentos prestados y por nulo todo cuanto decretase y ordenase contra su voluntad, y descargada así su conciencia, fuese a Zaragoza, donde se le había obligado a tener las Cortes, aunque él había pretendido celebrarlas en Monzón, como villa más próxima a la raya de Cataluña.

Las Cortes de Zaragoza.

Durísimo trance se le esperaba a Pedro IV en la capital de Aragón. Celebráronse las Cortes en la iglesia del Salvador. Las pretensiones de los unionistas eran realmente excesivas, pero en virtud del juramento de no cumplir nada de lo que jurara aceptar lo concedía todo. Tal aquiescencia hizo que las demandas de los unionistas fuesen cada vez más exorbitantes, a pesar de las protestas de Bernardo de Cabrera, hasta que al leérsele un capítulo en que se le acababan de cercenar las pocas facultades que le dejaban como rey, «encendido ya, con trabada lengua y ademanes impropios, por el furor que expresaban, dirigiéndose a su hermano D. Jaime, caudillo de los unionistas, le trató de aleve, traidor e infame, retándole a singular combate» (Fornes).

D. Jaime, con grande indignación, volvióse hacia los presentes, y exclamó:

— ¡Oh pueblo cuitado! En esto veréis cómo se os trata, pues cuando a mí, que soy su hermano y su lugarteniente general se me dicen tales denuestos, ¡cuánto más no se os dirá a vosotros!

A estas palabras, uno de los caballeros, catalán, que estaban al servicio de D. Jaime, comenzó a gritar:

— ¡Caballeros! ¿No habrá quién responda por el mi señor el infante D. Jaime, retado como traidor en vuestra presencia? ¡A las armas!

© Biblioteca Nacional de España

Cortes de Zaragoza. — D. Pedro IV, *el del Punyalet*, se abre paso a estocadas

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Armóse una confusión espantosa. Abrió el caballero catalán las puertas del templo y se precipitó en él la multitud. D. Pedro IV y sus leales desenvainaron las espadas y se abrieron paso a cintarazos, retirándose a la Aljafería.

Pocas horas después salían de Zaragoza el rey de Aragón y sus adictos, y cuéntase que, al llegar a Fraga, como Bernardo de Cabrera le indicara que era (entonces) la primera población de Cataluña, exclamó D. Pedro, quitándose el birrete:

—Bendita tierra, tierra poblada de lealtad; y bendito nuestro Señor Dios que nos ha dejado salir de tierra rebelde y malvada.

Cara debía expiar Cataluña la salutación del tirano. No quiso entonces adherirse al honrado movimiento de protesta de Aragón y Valencia, como no quiso después adherirse al movimiento de las Comunidades de Castilla, ni a las Germanías de Valencia y Mallorca, ni a las alteraciones de Aragón contra Felipe II, para esperar el desamparo en la guerra de los segadores y el golpe final bajo Felipe V.

Cortes en Barcelona.

Ya en la capital del Principado, convocó Cortes; poco después llegaba allí el infante D. Jaime, a quien su hermano *hacía desaparecer con un veneno.* No importó eso para que se casara entonces con D.ª Leonor de Portugal, desembarcada en Barcelona, aunque las bodas se celebraron con más tristeza que júbilo; con todo, D. Pedro estaba muy contento por la cuantiosa dote que le traía su segunda mujer y de la cual se aprovechó para levantar un ejército contra la *Unión.*

D. Pedro IV prisionero en Valencia.

Muerto envenenado D. Jaime, conde de Urgel, los unionistas ofrecieron la gobernación de la corona de Aragón al infante D. Fernando, marqués de Tortosa (hermano de Pedro IV, aunque habido de D.ª Leonor de Castilla,

© Biblioteca Nacional de España

segunda esposa de Alfonso IV). Estalló la guerra y venció siempre la *Unión* valenciano-aragonesa.

La situación no podía ser más grave; por consejo del legado pontificio declaró D. Pedro sucesor del reino (por fallecimiento de su único hermano D. Jaime) a su hermanastro D. Fernando, en caso de no tener sucesión masculina; destituyó a su consejo y concedió al reino de Valencia un magistrado con iguales derechos que el Justicia de Aragón (salvo siempre el juramento de no cumplir nada de lo jurado).

Camino iba de Valencia cuando fué detenido en Murviedro por una partida de unionistas, los cuales le retuvieron, o mejor dicho, le hicieron prisionero, y le condujeron, con grande algazara, a la capital, siendo objeto lo mismo en el camino que en Valencia, de numerosos desacatos.

«Celebráronse danzas y se hicieron fiestas, escribe el Sr. Ortega y Rubio, que en la situación angustiosa de los reyes antes resultaban ultrajes que obsequio. En uno de aquellos bailes un empleado de palacio dirigió insultos a la gente popular; pero, cuando iba a ser castigado, un francés salió a su defensa e hirió con su maza a uno de los del pueblo. Los populares propagaron por todas partes que se les quería asesinar, dirigiéndose a palacio, cuyas puertas rompieron y, con las espadas desnudas, buscaron en los aposentos más interiores a los favoritos del rey. Salió éste de su cámara y comenzó a bajar los peldaños de la escalera, gritando: *¡A Nos, a Nos, traidores!* Los amotinados se detuvieron ante el rey encolerizado, exclamando *¡Viva el rey!* El infante salió acompañado de los de la Unión y besó respetuosamente al soberano. «Entonces, dice el mismo D. Pedro, seguimos andando juntos; pedimos de beber, y como nos trajesen agua en una escudilla, el pueblo se empeñó en que se probara antes de dárnosla, temeroso de que estuviera envenenada. Así dimos vueltas a la ciudad, y

© Biblioteca Nacional de España

en el momento de tornar a palacio rendidos de fatiga, con intento de acostarnos, un grupo de cuatrocientos o quinientos hombres vino a danzar bajo nuestras ventanas al son de trompetas y de címbalos, y quieras o no quieras, la reina y Nos tuvimos que tomar parte en el baile. Un barbero, de nombre Gonzalo, que dirigía la danza, se puso entre Nos y la reina, entonando una canción que tenía por tema: *¡Mal haya quien se partiere!* Nosotros callamos y no dijimos una palabra.»

Destrucción de la «Unión Aragonesa»

Diezmaba a la sazón a Valencia una horrible epidemia de peste negra, por lo cual don Pedro se marchó de allí para trasladarse a Teruel, villa que le había sido siempre adicta, por lo cual le confirió el título de ciudad, y desde allí ratificó cuanto había ofrecido a la *Unión*, al mismo tiempo que su hermano D. Fernando se presentaba en Zaragoza.

Llegó la hora de cumplir lo ofrecido, y, en efecto, en virtud del juramento previo hecho para no cumplir nada de lo que jurara, dejó de llevar a efecto nada de lo prometido. Indignada la *Unión* reunió sus fuerzas para obligar al rey a atenerse a lo convenido. Los unionistas, reunidos en Epila al mando del infante D. Fernando y de D. Lope de Luna, fueron sorprendidos por el ejército real, compuesto de 400 caballos de Castilla y 300 de la mesnada del propio D. Pedro, aunque éste no estuvo presente en la batalla. Cruenta derrota sufrieron los unionistas.

Allí cayó prisionero, herido en el rostro, el bravo D. Fernando, marqués de Tortosa, y con él Hijar, Urrea y otros ricos-hombres. Allí quedó vencida por el poder real la aristocracia aragonesa, que no debía resistir ya a aquel terrible golpe. Triunfante la monarquía, convocó D. Pedro nuevas Cortes en Zaragoza, que se reunieron en octubre de 1348.

En estas Cortes declaró abolidos Pedro IV los dos

© Biblioteca Nacional de España

Privilegios de la Unión otorgados por Alfonso III *el Liberal*. Lleno de rabia el rey quiso, con su propio puñal, rasgar los pergaminos en que constaban aquellos privilegios, haciéndolo con tanto furor que se hirió con el arma en una mano. Corrieron los nobles para cohibir la hemorragia, pero él les apartó diciendo:

— *Dejadme: justo es que la sangre de un rey lave la debilidad de otro rey.*

Aparte de esto, justo es decir que si el monarca aragonés abolió los dos *Privilegios de la Unión*, otorgó mayores facultades y autoridad al cargo de Justicia, confirmó el *Privilegio general* de Pedro III, juró guardar y mandar jurar los fueros, privilegios, usos y costumbres del reino e hizo promulgar varias leyes protectoras de los derechos individuales y políticos, grandemente beneficiosas para Aragón.

Destrucción de la «Unión Valenciana»

Vencida la Unión aragonesa en los campos de Epila, dispúsose Pedro IV a acabar con la Unión de Valencia. Las fuerzas populares fueron derrotadas por completo en Mislata, donde, aparte de horrible carnicería, se hicieron muchos prisioneros.

Era el propósito de D. Pedro *del Punyalet* quemar toda Valencia, arrasarla y sembrarla de sal, para que no pudiera ser jamás habitada ni quedase memoria de ella, pero ya que no llevó adelante su idea, cebóse con la más horrible crueldad en los vencidos. Hizo fundir la *Campana de la Unión* y les hizo tragar el caldo hirviente a los conservadores y demás diputados que se reunían a su tañido. En cuanto al barbero Gonzalo, el que le había cantado la canción de *Malhaya quien se partiere*

(*Malhaja qui s'en vol anar*
Encara y encara)

le hizo arrastrar por las calles y plazas de la ciudad.

© Biblioteca Nacional de España

Sólo resistía Castellón de la Plana, pero fué entrada a sangre y fuego.

D. Pedro IV había dado el golpe de gracia, si no al pueblo, a la nobleza de Aragón y Valencia, arrancándola los *Privilegios de la Unión* que eran la más poderosa cortapisa a las demasías del Poder real,

Para que todo fuesen venturas, como por muerte de D.ª Leonor de Portugal hubiese contraído D. Pedro IV terceras nupcias con D.ª Leonor de Sicilia, hermana del rey Luis, nacióle un hijo (1349), al que le impuso el nombre de Juan y recibió el título de Duque de Gerona, que debía ser el que llevasen en adelante los primogénitos y herederos de los reyes de Aragón.

Muerte de D. Jaime III.

En tal estado las cosas, imaginó el desposeído rey de Mallorca probar fortuna nuevamente. Contaba con el dinero que recibió del rey de Francia por la venta del señorío de Montpeller, y con el apoyo de la reina de Nápoles Juana I. Organizó una hueste y desembarcó en Mallorca, esperando que el país se levantaría a su favor, pero en lugar de ser así, vióse abandonado de todos. Atacado en Lluchmajor (fines de 1349) por las tropas de D. Pedro IV, peleó como un héroe y sucumbió gloriosamente en la defensa de su derecho.

Con él iba su hijo, llamado también D. Jaime, que cayó prisionero y fué encerrado primero en Játiva y después en Barcelona, hasta que, años adelante, logró escapar. En cuanto a su madre, D.ª Constanza, había fallecido ya, tres años antes, en Montpeller.

Guerras en Cerdeña.

Apaciguados los trastornos interiores, tuvo D. Pedro IV que concentrar toda su atención en lo que ocurría en la siempre revoltosa Cerdeña, donde los genoveses dispensaban toda su protección al alzamiento de los hermanos Oria. Andaban por aquel tiempo en encarnizada guerra Génova y Venecia, y habiéndose formado una liga entre la

© Biblioteca Nacional de España

señoría de San Marcos, el emperador de Constantinopla, Juan Cantacuzeno y D. Pedro IV, las escuadras reunidas de estos confederados derrotaron en los Dardanelos a la flota de la República de San Jorge (1352). En vano fué luego que el Pontífice quisiera poner paz entre Aragón y Génova; por fin creyó indispensable acudir Pedro IV personalmente, y si bien consiguió pacificar la isla, valiéndose ya de las armas, ya de la política, con todo, en cuanto regresó a Barcelona volvió a retoñar la insurrección, al mismo tiempo que las tropas catalano-aragonesas se veían diezmadas por aquella terrible peste negra que también ocasionaba no pocos estragos en nuestro país.

Guerra con Castilla.

Poco tiempo después, y con motivo de la presa, de que hablamos ya, de dos buques pisanos por la escuadra catalana de Perellós, declaraba Pedro I de Castilla la guerra a su tocayo de Aragón (1356), que, como sabemos, fué desastrosa para el castellano, siendo digno de notarse, por parte de la marina catalana, el empleo de una formidable bombarda, montada en una de las galeras, y cuyos *truenos* o tiros destrozaron los castillos y el árbol de una de las naves de D. Pedro *el Cruel*.

Concertáronse por fin treguas por un año, aunque sin dejar de prepararse Pedro I para un próximo rompimiento de hostilidades.

La cuestión de Sicilia.

Dijimos ya cómo Sicilia había logrado escapar de caer en poder de la Santa Sede, que la reclamaba como propiedad suya, y cómo después de la paz de Castelbellotta fué reconocido por rey de aquella isla el valeroso Federico III de Aragón, á quien sucedieron Pedro II y Luis, hasta que, por fallecimiento de éste, ascendió al trono Federico IV *el Simple*. Hallábase a la sazón el reino en plena anarquía, e imploró el socorro de Pedro IV para restablecer el orden, a cuyo efecto le pidió la mano de

© Biblioteca Nacional de España

su hija D.ª Constanza, la primogénita. La ocasión no podía ser más inoportuna, pues el aragonés se hallaba de nuevo en guerra con Pedro I de Castilla, cuya escuadra, como ya dijimos, al mando del almirante Gil Bocanegra, atacó el puerto de Barcelona, aunque fué rechazada por los expertos ballesteros de la ciudad, y las galeras fondeadas en la rada, después de lo cual puso cerco a Ibiza (1360). Aun continuaron las hostilidades al año siguiente, pero por fin se firmó la paz.

A pesar de todo, y en plena guerra terrestre y marítima con D. Pedro I *el Cruel*, quiso atender el aragonés a la demanda de Federico *el Simple* (IV de Aragón y III de Sicilia), y después de pactar las paces con el dux de Génova Simón Bocanegra, casó a D.ª Constanza con el siciliano y le envió a su yerno algunas galeras con que defenderse.

Terminada la guerra con Castilla, y arreglado lo de Sicilia, vióse el aragonés en la necesidad de acudir nuevamente a lo de Cerdeña, pues el juez de Arborea había obtenido un completo triunfo sobre las tropas aragonesas, renovándose de nuevo la guerra que debía durar largos años todavía.

Última tentativa de los reyes de Mallorca.

Dijimos ya que en la batalla de Lluchmajor había caído prisionero el joven príncipe don Jaime, hijo de Jaime III y que después de haber estado preso en Barcelona, logró escapar. Pasó entonces a Nápoles y allí casó con la reina Juana, que tan eficaz apoyo había prestado a su padre, y llevado de la idea de reconquistar la corona de Mallorca, hizo algunas tentativas que resultaron infructuosas. Por fin tuvo que refugiarse en Castilla, donde le amparó Enrique II, el de *las Mercedes*, y falleció en Soria en 1375, extinguiéndose con él la dinastía de los reyes de aquella isla, fundada por voluntad del Conquistador.

© Biblioteca Nacional de España

Desgracia de D. Bernardo de Cabrera.

Bien sabemos la confianza que en este ministro tenía depositada Pedro IV, y la lealtad con que éste le correspondía, habiendo sostenido todo el peso de las violentas discusiones con los ricos-hombres de Aragón en las Cortes de Zaragoza de 1347. No se sabe por qué motivos presentaron ahora graves quejas contra él la reina doña Leonor, esposa de Pedro IV, Carlos *el Malo* de Navarra, D. Enrique II de Castilla, el conde de Denia y otros encumbrados personajes. El rey *del Punyalet* mandó, hallándose en Valencia, se le procesase, y Cabrera huyó, refugiándose en Navarra. Carlos *el Malo*, procediendo como quien era, le entregó a Pedro IV, que le hizo decapitar en Zaragoza (23 de julio de 1364), y dice el siempre admirable y grave Zurita: «No sé yo, en estos reinos, de hombre tan principal, que más señalados servicios hubiese hecho a su príncipe, ni antes ni después, y que tan injustamente y con tan malos y tan perversos medios padeciese en pago tal muerte.»

Anexión de Sicilia.

Fallecía en 1377 Federico IV *el Simple*, dejando por único sucesor a su hija D.ª María, habida en la hija mayor de Pedro IV, doña Constanza. Procuró el aragonés, a pretexto de que las hembras no podían heredar reinos, hacerse proclamar rey de Sicilia, y ya que no pudo, por haberse negado el Pontífice, hizo donación jurídica de aquel Estado al esposo de D.ª María, su hijo segundo D. Martín, con título de vicario.

Cuarto casamiento del rey.

Viudo ahora de D.ª Leonor de Sicilia, encendió el viejo Pedro *del Punyalet* por cuarta vez la nupcial antorcha casando con D.ª Sibila de Forciá (1377), hija de un barón ampurdanés y que al parecer no se mostró precisamente un modelo de virtudes. D.ª Sibila, con todo, como suele suceder en los matrimonios de ancianos con jóvenes, se apoderó por completo de la voluntad de su real es-

© Biblioteca Nacional de España

poso, hasta el punto de querer arrebatar al duque de Gerona, D. Juan, la gobernación del reino de Aragón, pero el Justicia falló, y D. Juan continuó en su lugartenencia, aunque no sin jurar odio eterno a la madrastra.

Viejo y abatido D. Pedro IV, ocurrió otra insurrección en Cerdeña, acaudillada esta vez por D.ª Leonor de Arborea, y no tuvo más remedio que sucumbir a las terribles condiciones que ésta le impuso (1386), aunque tan humillante era la concordia que no fué posible cumplir las condiciones exigidas, de donde una nueva guerra.

Al año, siguiente moría D. Pedro IV en su palacio de Barcelona, a los 70 años de edad y después de un reinado de 51 años, siendo enterrado en el Monasterio de Poblet.

Cruel, aunque no en el grado que su coevo Pedro I de Castilla, no cabe negar, sin embargo, que fué D. Pedro IV un monarca de extraordinaria cultura. El archivo de la Corona de Aragón está lleno de documentos que acreditan su extraordinario amor a las letras, siempre en busca de libros, protegiendo a los pintores, escultores, letrados y poetas, fundando *Estudios* o Universidades, y restaurando monumentos.

Ortiz de la Vega se muestra severísimo con él, pues le llama envenenador (de su hermano D. Jaime), asesino, despojador de su cuñado D. Jaime de Mallorca, iracundo, poco sufridor de leyes, usurpador de fueros, vengativo, sañudo, plaga de sus pueblos, y que llamado a reinar sobre hombres prefirió entorpecerlos y transformarlos a su semejanza en fieras.

Y no peca de exagerado el cuadro; fué verdaderamente el hombre del puñal, del plomo derretido, de la jaula de hierro y del veneno, ya para rasgar el *Privilegio de la Unión* en Zaragoza, ya para desembarazarse de sus hermanos D. Jaime, conde de Urgel, y don

© Biblioteca Nacional de España

Fernando, el marqués de Tortosa; ya para acabar con los Conservadores y Diputados de la Unión de Valencia, para perseguir a su sobrino D. Jaime, que hubiera debido ser el IV, de Mallorca, de su yerno el conde de Ampurias y de su leal ministro D. Bernardo de Cabrera.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

FIN DE LA CASA DE BARCELONA

JUAN I *el Cazador.*—DON MARTÍN *el Humano.*—SICILIA INCORPORADA A LA CORONA DE ARAGÓN.—EXTINCIÓN DE LA CASA DE BARCELONA

(1387-1410)

Juan I. Reverso de la medalla de su terrible padre fué su primogénito y sucesor D. Juan I, llamado *el Cazador* y el *Amador de la gentileza* (1387).

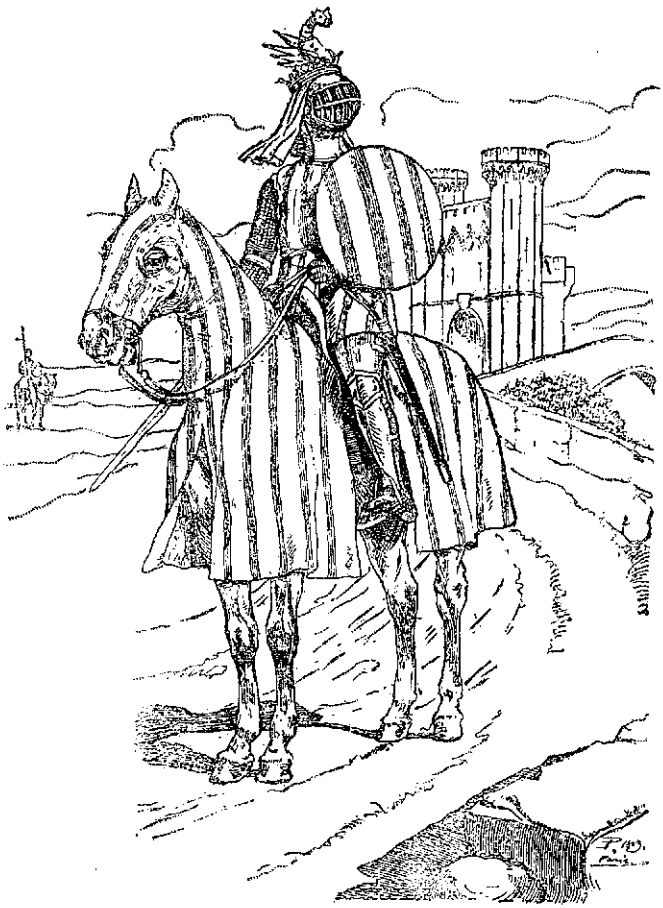
Subía al trono mal cerradas aún las heridas ocasionadas por las continuas luchas con Castilla, Navarra, Sicilia, Francia, Mallorca y Marruecos, aparte de las bandosidades entre los barones catalanes y los ricos hombres de Aragón.

Sus primeros actos fueron de cruel persecución contra su madrastra D.ª Sibila de Forciá, a quien capturó e hizo formar proceso, incluso hasta sujetarla al tormento, acusada de haberle dado un hechizo al difunto *En Pere del Punyalet,* y bajo la misma acusación fueron condenadas a muerte 29 personas.

Poco interesante es su reinado; cabe decir que aseguró, aunque por poco tiempo, los ducados de Atenas y Neopatria, nombrando por su lugarteniente general

© Biblioteca Nacional de España

en ellos al vizconde de Rocabertí, ajustó una suspensión de hostilidades con la siempre rebelde Cerdeña,



D. Juan I de Aragón

triste regalo hecho por el Papa a D. Jaime II, y rechazó una invasión de franceses y gascones, en Cataluña,

© Biblioteca Nacional de España

capitaneados por el conde de Armagnac, que pretendía hacer valer sus derechos a la corona de Mallorca, por traspaso que le había hecho la marquesa de Monferrat, Isabel, después de la muerte de Luis, duque de Anjou, a quien primeramente los cediera.

Otro hecho tristemente notable de este reinado fué la horrible matanza e incendio de las juderías de Barcelona, Lérida, Gerona, Palma, Huesca, Zaragoza y Valencia, al mismo tiempo que ocurrían iguales desmanes en Castilla. Con todo, en parte alguna llegó el horror al extremo que en Barcelona (1391). Formóse proceso contra los incendiarios y asesinos, y fueron condenados quince de ellos a la horca, conmutándose la pena a los demás mediante crecidas multas.

Es de notar que bajo D. Juan I llegaron a su colmo la mala administración y el favoritismo, fomentados por la camarilla que rodeaba al rey y a su esposa Doña Violante, su tercera mujer, sobrina de Carlos V de Valois, rey de Francia, aunque todavía más por cierta D.ª Carroza de Vilaregut, combleza del monarca, la cual ejercía omnímodo poder sobre su voluntad.

El escándalo llegó a tanto, que los ricos-hombres aragoneses exigieron a D. Juan I apartase de su lado a la D.ª Carroza, y al arzobispo de Zaragoza, Fernández de Heredia, consejero íntimo de D.ª Violante, amenazándole, en caso contrario, con una insurrección. Don Juan I, aunque mal de su grado, no tuvo más remedio que obedecer (1388).

En último resultado, distinguióse la Corte de Don Juan I por lo alegre, lujosa y divertida. Pasábase el rey cazando todo el día o bien entregado al placer de la música, hasta el punto de celebrarse en palacio tres conciertos diarios. Privaban los poetas y trovadores, y se celebraban de continuo *Juegos Florales* y *Cortes de Amor*. De ahí que, además de los motes susodichos, se le llamara también *el Indolente*.

© Biblioteca Nacional de España

Después de un reinado de nueve años, estérilmente transcurridos, y durante los cuales no hubo en Europa corte más suntuosa ni espléndida que la de Barcelona, murió D. Juan I de espanto, al verse, persiguiendo una liebre, ante una loba ferocísima de extraordinaria magnitud, y no dejó sucesión masculina, por lo cual le heredó en el trono su hermano el rey D. Martín de Sicilia, duque de Montblanch (1396).

D. Martín *el Humano*

(1396-1410). Si D. Juan I apenas tiene historia, no ocurre igual con D. Martín I *el Humano*, último descendiente de la Casa de Wifredo.

Desde luego fué notable la forma en que se procedió a su proclamación como conde de Barcelona, pues reunidos apresuradamente los Brazos en una Cámara del Palacio Real acordaron: 1.º, reconocer a D.ª María de Luna, esposa de D. Martín (ausente éste en Sicilia), como lugarteniente de su marido; 2.º, aconsejarla bien y lealmente; 3.º, mantener secretas las deliberaciones de la Asamblea. Por eso podrían calificarse de *Constituyentes* esas Cortes de Barcelona, pues aparte del derecho hereditario que podía reivindicar D. Martín, se le proclamaba rey por verdadera elección, dando por nulas las pretensiones que pudieran alegar las hijas de D. Juan I, casada la mayor con el conde de Foix.

Los Brazos de Cataluña enviaron embajadores a Aragón y Valencia para que confirmaran la resolución tomada en Barcelona, a lo cual se avinieron desde luego los valencianos, mostrándose, en cambio, reservados los aragoneses.

Era preciso, ante todo, acabar con los abusos y escándalos del anterior reinado, y con general satisfacción del país fueron procesados los principales favoritos de D. Juan I, D.ª Violante y D.ª Carroza, que tantas irregularidades habían cometido, debiendo decirse que la mayoría de esos favoritos eran catalanes.

Reconocido, al fin, por los aragoneses, como rey

© Biblioteca Nacional de España

legítimo, salió protestando contra ello el conde de Foix, casado con D.ª Juana, hija de Juan I, su primera esposa. Era un personaje muy poderoso, poseedor de grandes Estados en Cataluña, además de los del Bearn; aparte de lo cual contaba con algunas inteligencias en el Principado. El de Foix invadió, al frente de una

[D. Martín *el Humano*

numerosa hueste, el territorio de la Corona de Aragón, hasta que, después de una encarnizada campaña, se vió obligado a retirarse, perseguido por las tropas levantadas por el Parlamento catalán (1396).

Mientras esto ocurría en los Estados de la península, bajo la lugartenencia de la reina D.ª María, el rey

© Biblioteca Nacional de España

electo, D. Martín, dominaba la insurrección de Sicilia, gracias al oportuno auxilio de algunas compañías de almogávares catalanes, valencianos y aragoneses, conseguido lo cual dejaba sentados en aquel trono a su hijo, llamado también Martín, y a su nuera D.ª María, reina propictaria de dicha isla. Acto seguido se embarcó D. Martín I de Aragón para coronarse rey, pero antes de presentarse en Barcelona, Zaragoza y Valencia lo hizo en Aviñón, al objeto de recibir del Papa Benedicto XIII (más conocido por el *Papa Luna*) la investidura de Cerdeña y Córcega.

Lo más importante de su reinado fué el apoyo que prestó al citado Papa, sitiado en su palacio de Aviñón por un ejército francés; y ya que no pudo conservarle la tiara le proporcionó cuando menos la fuga. Igualmente debe citarse el poderoso auxilio que prestó a su hijo D. Martín *el Mozo* para sostenerse en el trono de Sicilia, una expedición contra los insurrectos de Cerdeña y su intervención para poner término a la cruda guerra que se hacían en Aragón los Lunas y Urreas y los Lanuzas y Cerdanes, y en Valencia los Centellas y Soleres.

Sicilia incorporada a la Corona de Aragón.

Había fallecido la reina D.ª María de Sicilia, sin dejar sucesión, sucediéndole su esposo D. Martín *el Mozo*, que tuvo la gloria de sofocar una formidable insurrección de los sardos, y fallecido a su vez, le heredó su padre D. Martín *el Viejo*, que así fué el segundo de dicho nombre entre los reyes de Sicilia.

Extinción de la casa de Barcelona.

Con el fallecimiento de D. Martín I de Sicilia, a quien a su vez se le había muerto su único hijo, quedaba sin sucesión la corona, extinguida por completo la descendencia de los Pedros y los Jaimes.

Viudo de D.ª María de Luna en 1409, contrajo D. Martín nuevas nupcias con la joven y bella Doña Margarita de Prades, pero todo era ya inútil, pues el

© Biblioteca Nacional de España

rey, muy achacoso, era visiblemente impotente. Parece ser que el empleo de las drogas y manjares que le daban las damas de la Reina para que pudiese tener hijos fueron causa de su muerte, ocurrida el 31 de Mayo de 1410, siendo sepultado en Poblet.

Poco antes de morir e interrogado acerca de quién debía sucederle, respondió que *el que tuviera mejor derecho,* sin dar más explicaciones.

Terrible fué la confusión en que quedaron las cosas, pero ya veremos, en su lugar, cómo se resolvió la crisis. Basta decir por ahora que, por lo pronto, reclamaron el trono los siguientes pretendientes: D. Fadrique de Sicilia, hijo bastardo de D. Martín *el Mozo*; el conde de Urgel, D. Jaime, biznieto por línea masculina, de Alfonso IV de Aragón y marido de la infanta Isabel, hija de Pedro IV; el duque de Gandía, D. Alfonso, descendiente, por línea masculina, de D. Jaime II; el infante D. Fernando de Antequera, nieto de Pedro IV por su madre D.ª Leonor; el duque de Calabria, nieto de D.ª Violante, y aun otros. Todos ellos habían expuesto sus pretensiones a D. Martín, en vida de éste, pero el bueno del monarca no se decidía por nadie; lo único que resultaba claro era que le tenía mucha ojeriza al conde de Urgel y que el ánimo de D. Martín era legitimar a su nieto natural D. Fadrique, pero no le dió tiempo la muerte.

Aparte de esto, no podía ser más triste la situación de los Estados de la Corona de Aragón. «Así en la tierra como en el cielo, no veía el pueblo sino señales y nuncios seguros de grandes trastornos y catástrofes; no oía sino llantos, gemidos y choques de armas. Comenzó a circular la voz de que en Valencia había aparecido una estrella que *arrastraba una cola de sangre;* se supo que en Sicilia hubo un terrible terremoto, pasado el cual empezaron los montes a vomitar llamas y a cruzar nubes de fuego por el cielo; en Mallorca había tenido

© Biblioteca Nacional de España

lugar una horrorosa avenida de la *Riera*, que, entrando en la ciudad por la puerta llamada entonces *Plegadisa* y hoy de Jesús, arrastró consigo y sepultó en el mar 1.600 casas, 5.500 personas y un tesoro inmenso, siguiéndose a esta catástrofe la de un hambre general en la isla; en Cataluña se encendió una voraz peste que diezmaba a los habitantes, cebándose muy particularmente en Barcelona, donde moría infinidad de gente todos los días; las costas y pueblos del campo de Tarragona fueron pasados a saco, a sangre y a fuego por una escuadra berberisca, compuesta de ocho galeras corsarias, que se llevó cautivos a muchos habitantes, después de haber degollado a cuantos se resistieron; y para colmo de males y de desolación, á más de la guerra civil que amagaba a estos reinos con el empeño de los pretendientes a la corona, la Iglesia gemía escandalosa y lastimosamente dividida, por ser ya entonces tres los pontífices que se disputaban la tiara, y las principales ciudades del reino unido de Aragón veían ensangrentadas sus calles por las contiendas feroces y obstinadas de parciales bandos, que se hacían cruda guerra en nombre de su odio, como los pretendientes se la hacían en nombre de su derecho y los papas en nombre de Dios.

»Para salvar esta crisis terrible por que pasaba la Corona de Aragón se necesitaban mucha prudencia y grandes virtudes.» (Balaguer.)

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

NAVARRA

LOS REYES CAPETOS.—LA CASA DE EVREUX:—CARLOS II *el Malo*.—CARLOS III *el Noble*.

(1307-1425)

Los reyes Capetos.

Se recordará que habiendo casado Juana I con el Delfín, hijo de Felipe III *el Atrevido*, en 1284, a los trece años de edad, se encontró luego reina de Navarra y esposa del rey de Francia, Felipe IV *el Hermoso*, heredándola en el estado de que era propietaria su hijo Luis X *el Pendenciero* (*le Hutin*), quien se coronó en Pamplona en 1307.

Luis *el Pendenciero* (que casó en primeras nupcias con la famosa Margarita de Borgoña) juró los fueros y permaneció en Navarra por espacio de dos años, hasta que se ausentó para no volver jamás, por lo cual Navarra estuvo gobernada por sus representantes. Como hace notar un autor, Luis *el Pendenciero* merece eterna fama por haber sido el primer rey que proclamó la libertad natural del hombre, al declarar en París en 1315 que: «*Por derecho natural todos los hombres nacen libres*», si bien es verdad que hizo esta manifestación para atraerse al pueblo contra la aristocracia.

© Biblioteca Nacional de España

Murió Luis dejando por heredera a su hija D.ª Juana, habida en Margarita de Borgoña, y que a la sazón sólo contaba ocho años. Como en Francia regía la ley sálica, no pudo ser proclamada reina, por lo cual heredó el trono Felipe V *el Largo*, hermano del difunto monarca; en cambio, como en Navarra podían heredar las hembras, correspondía la corona a dicha tierna niña, pero Felipe V contaba en Navarra con mucho partido por los buenos recuerdos que había dejado de su lugartenencia en tiempo de Luis *el Pendenciero*. Los navarros, para evitar los males de una minoría y sabedores de las buenas prendas de Felipe, le ofrecieron la corona, que aceptó de buen grado (1315).

Con tan poderoso rey pudieron los navarros gozar de perfecta tranquilidad, sin temor a aquellas continuas agresiones de que habían sido objeto antes por parte de castellanos y aragoneses. Aparte de esto, condújose siempre Felipe *el Largo* con el mayor respeto a los usos, fueros, privilegios, franquicias y libertades de sus súbditos españoles; protegió las letras, y en su afición al *gay saber* compuso varias poesías en lengua provenzal.

Murió Felipe (1322), y le sucedió su hermano Carlos IV, llamado por los franceses *el Hermoso* y por los navarros *el Calvo*, de suerte que era el tercero de los hermanos que se sucedían en el trono de Francia y de Navarra. Aunque amigo de la justicia, mostróse sobrado inclinado a cuidar de las cosas de su propio reino que de las de Navarra, por lo cual comenzó este país a mostrarse inquieto y dar señales de descontento.

Falleció Carlos IV en 1328 extinguiéndose con él la línea masculina de los Capetos, por lo cual ocupó el trono de Francia la dinastía de Valois, representada por Felipe VI.

Condújose éste muy noblemente, pues atendiendo a la representación de las Cortes de Pamplona en ruego

© Biblioteca Nacional de España

de tener reyes propios y haciendo justicia al indiscutable derecho de la princesa D.ª Juana (la hija de Luis *el Pendenciero* y Margarita de Borgoña), casada con el conde Felipe de Evreux, le cedió la corona que sus dos antecesores habían poseído indebidamente, y no sólo esto, sino que le dió los condados de Angulema y de Mortain, a cambio de la Champagne y la Brie que fueron definitivamente agregados al reino de Francia.

La Casa de Evreux.

De nuevo, pues, contaba Navarra con reyes propios, y quiso la suerte que resultasen Felipe de Evreux y Juana II dos excelentes soberanos.

Había pendientes con Castilla algunas diferencias, que Felipe logró hacer desaparecer con notable habilidad, y ya desde entonces se dedicó exclusivamente al cuidado de su reino. Numerosas reformas legislativas, el fomento de los intereses morales y materiales del país, su espíritu de justicia y la paz de que se gozaba en Navarra hicieron que este reino alcanzase un grado de prosperidad nunca visto. Siempre noble Felipe, acudió en auxilio de Alfonso XI de Castilla cuando éste puso sitio a Algeciras, y en tal empresa le sorprendió la muerte en Jerez, en 1343. Encargóse entonces del gobierno la reina propietaria D.ª Juana, que, con no menor prudencia, ejerció el poder hasta su fallecimiento en 1349.

Carlos II *el Malo*.

Ocupó ahora el trono el hijo de Felipe de Evreux y Juana de Navarra, Carlos, cuyo largo reinado, como dice un autor, «no presenta otra cosa al historiador que una serie continuada de tiranías en el interior y de actos malignos y desleales con cuantos trató en el exterior».

Digamos, ante todo, que, aparte de sus maldades, era Carlos hombre elocuente, muy instruído, pero su ambición desenfrenada había de conducirle a los más horribles crímenes.

© Biblioteca Nacional de España

Reinaba en Francia Juan II, llamado *el Bueno*, que, como todos los Valois, ocasionó más vergüenzas a su patria que no la dió días de gloria, y hubo de suceder que entregara la espada de condestable a D. Carlos de la Cerda, hijo del titulado rey de las Canarias, valiente y bizarro caballero, tan querido del monarca francés como aborrecido por la nobleza.

Profunda envidia experimentó con ello Carlos de Navarra, aparte de lo cual no podía olvidar que, como nieto de Luis X *el Pendenciero*, le habían usurpado la corona de Francia, por más que no tuviese razón en ello, ya que regía allí la ley sálica. Quejábase, además, de que se le hubiese quitado la Champagne y de que le hubiesen arrebatado el condado de Angulema para dárselo a la Cerda. El resultado fué que, irritado por el orgullo que demostraba el flamante condestable, le hizo asesinar por tres de sus sicarios en su mismo lecho (1351), después de lo cual se encerró en su ciudad de Evreux, declarando que «le asistía la justicia y la razón al hacer lo que había hecho».

Juan II, lleno de dolor y cólera, se dispuso a aniquilarle, pero como se hallaba en guerra con Eduardo III de Inglaterra, temió que Carlos no se pusiese de su parte, por lo cual, y al objeto de atraérselo, no solamente le perdonó, sino que le dió a su hija Juana por esposa, juntamente con la concesión de algunas tierras, para que renunciara a sus pretensiones sobre la Champagne. Carlos pareció aquietarse de momento, pero siempre vengativo, huyó a Aviñón, y ya allí pactó alianza con el inglés.

En cumplimiento de la obligación contraída, desembarcó en Cherburgo, con algunas fuerzas, pero Juan II logró atraérselo con algunas concesiones que el otro aceptó, aunque resuelto siempre a traicionar al que creía le había usurpado el trono de Francia.

Necesitaba Juan II hacerse con dinero, para lo cual

© Biblioteca Nacional de España

estableció varios impuestos, que Carlos impidió fuesen cobrados en sus dominios. Lleno de indignación el rey Juan, juró vengarse, y un día que el Delfín, Carlos, había convidado a un banquete, en su castillo de Ruán, a Carlos de Navarra, el conde de Harcourt y otros señores, partidarios del inglés, entró de repente en la cámara el rey de Francia y, arrojándose sobre Carlos de Navarra, exclamó: — ¡Por el alma de mi padre que no pienso en comer ni en beber mientras tú vivas!

Gracias a que se pudo evitar le matara allí mismo, escapó con vida. Harcourt y otros tres señores fueron decapitados, sin ser juzgados por sus pares, como a ello tenían derecho, y Carlos de Navarra, muy maltratado, fué arrastrándose de prisión en prisión, mientras todos sus dominios eran ocupados por las tropas francesas (1356).

Meses después ocurría el inmenso desastre de Poitiers, en el cual fué hecho prisionero el rey Juan, quedando como lugarteniente general del reino su hijo el Delfín Carlos, que se había conducido cobardemente en la batalla. Podía decirse, sin embargo, que el verdadero rey de Francia era el preboste de los mercaderes de París, Esteban Marcel, hombre dotado de verdadero genio político. El Delfín Carlos convocó Estados generales en la capital, y una de las exigencias de la Asamblea fué que fuese puesto en libertad el rey de Navarra, preso en menosprecio de las leyes. El Delfín procuró dar largas al asunto mientras, aprovechándose del estado de anarquía del país, los partidarios de Carlos recobraban la plaza de Evreux.

Disolvió el Delfín los Estados generales, pero por falta de dinero tuvo otra vez que convocarlos. Hacía falta un jefe, pues Marcel había cesado en su cargo por orden del Delfín, y mejor aún que un jefe un defensor de los derechos del pueblo, por haber prohibido el Del-

© Biblioteca Nacional de España

fín a Esteban Marcel y a los regidores de París que continuaran inmiscuyéndose en el gobierno.

«Existía un hombre popular, dice Lavallée, para Francia por el brillo de su cuna y el encanto de su trato, a quien todos miraban como una víctima, porque había sido vendido por el Delfín y perseguido por el rey, que había manifestado sus simpatías y su compasión por los padecimientos del pueblo; y que era por fin amado, porque la opinión general en su esperanza veía en él todo lo que deseaba. Este era Carlos, rey de Navarra. Según una deliberación secreta de los Estados, fué libertado de su prisión por Juan de Pecguigny; atravesó el Vermandois y la isla de Francia en medio de las aclamaciones del pueblo, que se amontonaba en torno suyo, y entró en París con gran pompa. El Delfín se vió obligado a permitirle la entrada, y Marcel le dijo a aquél «que accediera a lo que se le pedía amablemente, pues de lo contrario no respetaría el pueblo su voluntad». Carlos de Navarra manifestó su adhesión a los intereses del pueblo: arengó a los vecinos en los mercados, y les dijo que quería vivir y morir en defensa del reino de Francia; pero «dió a entender con sus palabras que si llegaba a disputar la corona, mostraría por sus derechos que le pertenecía más justamente que al rey de Inglaterra». El Delfín quiso luchar en elocuencia con su rival, y desde entonces los mercados y el Prado de los Clérigos tuvieron diarias asambleas políticas donde los señores y magistrados procuraban captarse el aura popular. El joven príncipe se vió obligado a reconciliarse con Carlos, devolverle sus dominios y rehabilitar las víctimas de Ruán. El navarro partió a Normandía a tomar posesión de sus fortalezas, y fué recibido por los de Ruán con alegres aclamaciones.»

El Delfín, ante aquella formidable protesta, procuró formarse un partido en París, y ordenó a los gober-

© Biblioteca Nacional de España

nadores de las fortalezas del navarro que en manera alguna se las devolviesen. Carlos II, ya declarado enemigo suyo, mientras Esteban Marcel se ponía al frente de la revolución de París, principió sus hostilidades en Normandía, hasta que de nuevo se reconcilió con el heredero de la corona.

No es de este lugar referir las turbulencias que ocurrieron en Francia; mientras por una parte los parisienses, a la voz de Esteban Marcel, se declaraban en rebelión contra el Delfín, Carlos de Navarra, el antiguo ídolo del pueblo, se entendía con aquél y derrotaba a los anarquistas agrarios que con el nombre de *jacques bonhomme* se habían levantado contra los señores feudales.

De cada vez más apurado Esteban Marcel para resistir a los ataques del Delfín, buscó el apoyo de Carlos de Navarra, a quien entregó el tesoro de la ciudad de París y propuso fuese nombrado capitán general del reino, pero no le satisfacía esto al nieto de Luis X *el Pendenciero*, sino que anhelaba ser rey de Francia, secundándole en tales miras el famoso preboste. Quedó convenido entre Esteban Marcel y Carlos que el primero le entregaría la Bastilla y la puerta de San Dionisio, con lo cual podía considerarse como dueño de París, pero habiendo tenido noticia del hecho los regidores realistas, sorprendieron a Marcel y le mataron, juntamente con seis más.

Triunfó el Delfín, y logró escapar Carlos de Navarra, pero no para huir sino para encender terrible guerra en el país comprendido entre el Sena, el Marne y el Oise. Puesto al frente de una verdadera cuadrilla de bandidos gascones, ingleses y tudescos, asolaba a Francia y sembraba el terror en Champagne, Borgoña y Picardía. Tantos eran los males y tan profundo el terror que inspiraba, con la particularidad de ser en todas partes el ídolo del pueblo, que el Delfín se humilló a

© Biblioteca Nacional de España

pedirle la paz y aun le admitió en su propio consejo sin más condición que la de «que fuese buen francés».

No por eso hubo sosiego, pues mientras Carlos se estaba quieto en París, sus compañías de aventureros continuaban entrando a saco las ciudades y robando los pueblos, invocando ahora el nombre del rey de Inglaterra.

Ya en esto había sido rescatado de su cautiverio el rey Juan (1360); transcurrieron cuatro años durante los cuales se apoderó del ducado de Borgoña, perteneciente a Carlos, y falleció, sucediendo el Delfín, mortal aborrecedor del inquieto navarro. Carlos V *el Sabio*, como así fué llamado, continuó peleando con el otro Carlos, hasta que éste regresó a su reino para cometer allí nuevas traiciones, aprovechándose de la guerra entre Pedro I *el Cruel* y su hermano bastardo Enrique de Trastamara.

Vendíase Carlos *el Malo* por grande amigo de Pedro I, pero no fué esto óbice a que se aliara contra él con Pedro IV de Aragón, y con D. Enrique, de quien recibió 60,000 doblas para que no dejara pasar por Navarra a D. Pedro ni al ejército inglés que peleaba a sus órdenes. Carlos *el Malo* se embolsó el dinero y, para esquivar el cumplimiento de lo pactado, pidió a D. Pedro le hiciera prisionero, con lo cual evitaba el compromiso contraído.

Se le atribuyen una porción de asesinatos y no pocos envenenamientos, entre ellos los de su cuñado Carlos V, los duques de Borgoña y de Berri y el conde de Foix.

«Su carácter duro y despótico, falso y turbulento, dice un historiador, le hizo aborrecible y antipático a todo el mundo. Su muerte, según la mayoría de los historiadores, debió ser horrible. Dicen que, padeciendo fuertes dolores reumáticos, por probar si hallaba algún alivio, se envolvió en una sábana empapada en aguardiente, cuando por un descuido se incendió la sábana;

© Biblioteca Nacional de España

y cuando a sus gritos llegó socorro, su cuerpo abrasado era una continuada llaga, muriendo algunas horas después en medio de los más atroces tormentos.»

Digamos ahora que durante las largas ausencias de Carlos II, en Francia, ejercía el cargo de gobernadora de Navarra su esposa D.ª Juana de Valois, asesorada por el deán de Tudela y el obispo de Pamplona. A su regreso no le pareció a Carlos se hubiesen conducido como debían, por lo cual, temerosos de su cólera, huyeron. El deán fué alcanzado en el camino y muerto; el obispo, más dichoso, logró llegar a Aviñón, desde donde se trasladó a Roma.

Afirman algunos historiadores, como Mariana (a pesar de reconocer que llevó una vida poco concertada y fué cruel, avaro y suelto en demasía en los apetitos de su sensualidad), que con la edad, y ya en Navarra, enmendaba con buenas obras las culpas de su pasada vida, «con que procuraba aplacar a Dios, y acerca de los hombres borrar la infamia y mala voz que corría de sus cosas por todas partes».

Carlos III *el Noble.*

No puede imaginarse mayor contraste que el de este ilustre príncipe y su padre Carlos II, a quien sucedió en 1388.

Llegaba al trono Carlos III con larga experiencia de la vida, pues permaneció por largo tiempo preso en Francia hasta que, gracias a la intercesión de don Juan I de Castilla cerca del rey Carlos *el Sabio*, le otorgó la libertad, lo cual explica la estrecha amistad que le unió siempre con aquel reino.

Para afianzar más esta unión, casó D. Carlos con la infanta Leonor, hija de Enrique II, *el Bastardo*, y no sólo esto, sino que D. Juan I quitó las guarniciones castellanas que, por anteriores acuerdos, tenían puestas en algunas ciudades y castillos de Navarra y le perdonó la gran cantidad de dinero que su padre le debía.

Señalábase D. Carlos por su exquisita cortesía, su

© Biblioteca Nacional de España

humanidad, su nobleza, su liberalidad, su suave condición, lo cual hacía que todos los corazones se prendaran de él, pero no fué obstáculo esto a que tuviera que sufrir gravísimos disgustos domésticos. Su esposa D.ª Leonor resultóle, en efecto, una verdadera calamidad, por empeñarse en que su marido no la trataba con las altas consideraciones a que por su linaje era acreedora. Intrigante, ambiciosa y tal vez algo maniaca, acusó a su marido de haberla hecho dar un bebedizo por medio de un médico judío. No cesaba D.ª Leonor de pretender volver a Castilla, a lo cual accedió por fin Carlos *el Noble,* creído de que tal vez con ello se desvanecieran sus excentricidades, pero no fué así, ya que no hizo más que entrometerse en todos los asuntos durante la minoridad de Enrique III *el Doliente.*

Aparte de esto, Carlos III se conducía como el más paternal y sabio de los reyes; bien al revés de su padre, se mantuvo en paz con todos los potentados vecinos, el de Francia, el de Aragón, el de Castilla, introdujo beneficiosas reformas en la administración y tuvo el honor de ser nombrado árbitro para zanjar muchas veces las diferencias entre los demás príncipes.

Reinó D. Carlos hasta su muerte, acaecida en 1425, habiendo el año anterior, en las Cortes de Pamplona, creado el principado de Viana para su nieto, llamado también Carlos, nacido de su hija D.ª Blanca, viuda de Fadrique de Sicilia y presunta heredera de la corona, y del segundo marido de la misma el infante de Aragón, D. Juan, hijo segundo de D. Fernando de Antequera.

Con esto terminamos la narración de los sucesos de Navarra en el transcurso del siglo XIV, que, por lo que hemos visto, forman mejor un capítulo de la historia de Francia que de la nuestra, a pesar de ser los orígenes de dicho reino eminentemente nacionales.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

GRANADA

MOHAMED III. — MULEY NAZAR. — ISMAIL. — MOHAMED IV. — YUSUF I. — MOHAMED V. — ABU SAID, EL REY BERMEJO. — MOHAMED V POR SEGUNDA VEZ. — YUSUF II. — MOHAMED VI.

Mohamed III Vamos a continuar nuestra relación de las cosas de Granada desde el momento en que falleció el glorioso monarca Mohamed II, tan hábil como valeroso; le sucedió su hijo Abu-Abdallah Mohamed III (1302), que debía continuar dignamente la obra iniciada por su padre y su abuelo.

Desde luego se distinguió Mohamed *Al Majilre* por su excesiva aplicación a los negocios del Estado, tanto, que solía pasar muchas noches de claro en claro para atender al despacho de los asuntos del día. Era elocuentísimo, hermoso, amable, y de tan suave condición, que se confundía a veces con la debilidad.

Aunque más aficionado a la paz que no a la guerra, demostró su valor y su pericia militar apoderándose en 1306 de la fortísima plaza de Ceuta, y como fuera de gran cuantía el valor del botín que se recogió, empleó aquellas sumas en la construcción de baños y mezquitas, notables por su bellísimo carácter artístico, ya que no por su suntuosidad.

© Biblioteca Nacional de España

Prosperaba admirablemente el reino de Granada cuando surgió la guerra con Castilla, aliada con Aragón. Fernando IV se apoderó de Gibraltar (1309) y Jaime II puso sitio a Almería, aunque ya sabemos hubo de retirarse. No faltaban ambiciosos en la corte, y así fué cómo su propio hermano, aunque otros dicen tío, Muley Nazar, tramó una conspiración para destronarle. El complot se llevó a cabo con el mayor sigilo, y un día, inesperadamente, vióse Mohamed III sorprendido en la Alhambra por un tropel de gente de baja ralea, que después de saquear el palacio y destruir preciosas obras le intimó a que abdicara. Mohamed obedeció, y fué encerrado, por lo pronto, en el Generalife, siendo luego desterrado a Almuñécar (1310).

Muley Nazar.

A pesar del odioso atentado a que debía el trono, todo hacía presumir que el reinado de Nazar sería uno de los más felices, pues era hombre de claro talento, muy dado al estudio y de maneras muy afables, pero no debía tardar en expiar su criminal proceder.

Había en la corte un joven príncipe llamado Ismail Abul Walid, sobrino de Mohamed III, que creyó podría hacer también él lo que Nazar había hecho. Sublevóse, pues, proclamando la destitución del rey usurpador, pero fué vencido, y gracias a la clemencia de Nazar pudo salvar la vida, si bien no juzgó prudente continuar en Granada.

Cuatro años después fallecía Mohamed III en Almuñécar, y los partidarios de Ismail se levantaban de nuevo en armas; esta vez sonrióles la fortuna, depusieron a Nazar y fué elevado al trono el atrevido príncipe (1314).

Ismail.

Brillante y glorioso debía ser el reinado del nuevo Emir de Granada, digno continuador de la obra de sus antecesores. Desde luego, era grandemente popular por su fanatismo musulmán, siendo el

© Biblioteca Nacional de España

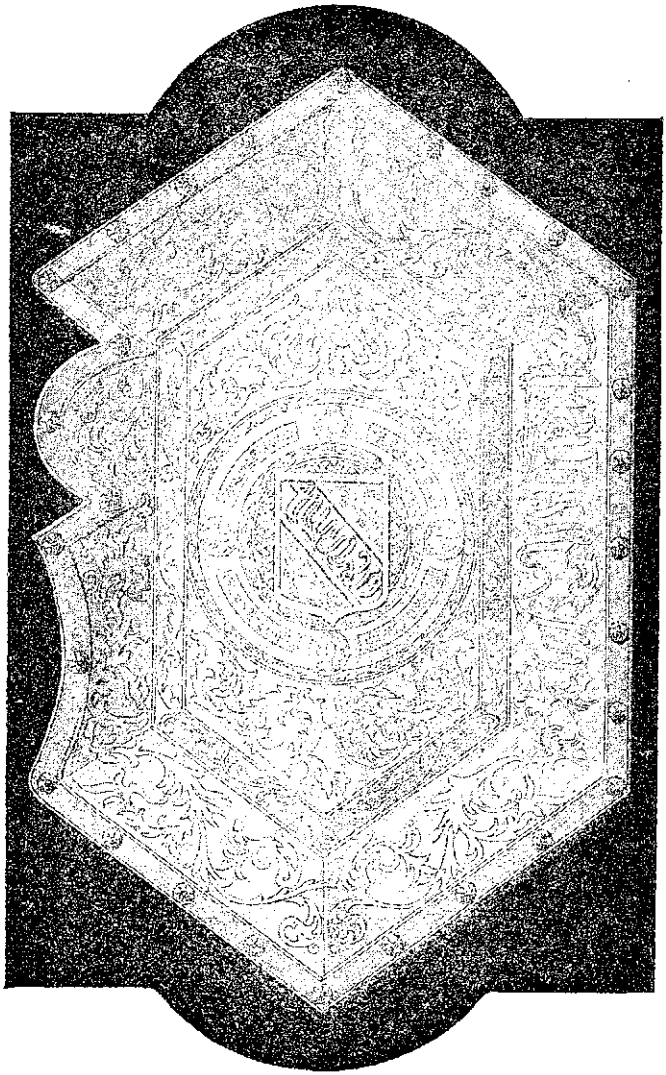
primero en dar ejemplo de la observancia de las más minuciosas prácticas. De ahí que a no tardar rompiera las hostilidades con Castilla, envuelta a la sazón en una guerra civil, con ocasión de la minoridad de Alfonso XI. La amenaza del granadino hizo que se aquietasen las facciones, y el infante D. Pedro se puso al frente de una hueste castellana que penetró en el territorio enemigo. La guerra tomó desde luego un carácter empeñadísimo; sucedíanse los combates, con variable suerte, hasta que las tropas de Ismail fueron derrotadas en toda la línea por los soldados que defendían la plaza fronteriza de Martos en la batalla llamada de Fortuna (1316).

No le desanimó al rey de Granada la repulsa, y continuó la guerra; esta vez emprendió el sitio de Gibraltar, que, como ya sabemos, se hallaba en poder de los castellanos, pero tuvo que retirarse gracias a la heroica defensa de la plaza, gobernada por D. Alfonso Pérez de Guzmán.

Harto animados los castellanos con los triunfos alcanzados sobre Ismail, invadieron el reino de Granada, al mando de los infantes (tíos de Alfonso XI) D. Pedro y D. Juan. Como ya dijimos, llegaron ambos hasta la vega del Darro y el Genil, pero los moros se hallaban ya bien preparados de antemano. Salió de Granada un fuerte ejército, mandado por el valiente Ostman (llamado *D. Ozmín* por nuestros antiguos historiadores) y ya sabemos la catástrofe que ocurrió (1319). Allí murieron los dos infantes, sofocados por el calor y la fatiga, y la hueste castellana se vió obligada a huir a la desbandada, perseguida por los muslimes, cada vez más llenos de ardimiento.

Como consecuencia de esta victoria recobró Ismail todas las fortalezas anteriormente perdidas. Pidió treguas Castilla, las cuales quedaron concertadas por tres años, y en cuanto expiró el plazo volvió el granadino

© Biblioteca Nacional de España



Adarga árabe

© Biblioteca Nacional de España

a empuñar las armas con denuedo, y con elementos que jamás nadie hubiera podido imaginar.

Esta vez la hueste enemiga no vaciló en acometer la ardua empresa de poner sitio a la fuerte plaza castellana de Baza, bien defendida por sus murallas y su aguerrida guarnición, pero Ismail contaba ahora con un arma poderosísima; contaba con *artillería*, «y el efecto espantoso que las pellas o pelotas producían en el caserío y baluartes de la ciudad, dice un historiador, y el estruendo, parecido al trueno, de los disparos, obligaron a los valientes defensores de Baza a someterse.» Con todo, los castellanos porfiaban en su empeño de guerrear, y así fué cómo D. Juan Manuel derrotó al valiente Ostman en la sangrienta batalla del Guadalhorce (1323).

Con iguales medios que en Baza atacó luego Ismail la plaza de Martos, si bien ésta fué tomada por asalto. Por desgracia suya de allí debía dimanar su perdición. Habían los granadinos hecho prisionera a una joven cristiana de extraordinaria belleza, y un primo hermano del Emir, llamado Muhamad-ben-Ismail, se la apropió, pero habiéndola visto aquél quedó prendado de ella y se la arrebató a su primo inmediatamente.

Tres días después perecía Ismail asesinado (1325), después de un reinado esplendoroso, pues no se limitó a ganar batallas, sino que gobernó admirablemente, construyó mezquitas y baños, creó escuelas, plantó jardines, dictó acertadas medidas de policía urbana y contribuyó poderosamente al embellecimiento de la magnífica capital musulmana española.

Mohamed IV Heredaba el trono de los nazaritas un niño de doce años, llamado Mohamed, cuya proclamación fué casi una sorpresa. Pocos sabían, en efecto, la muerte de Ismail, cuando se vió pasar por las calles de Granada, sentado en una silla y llevado en hombros, al tierno Mohamed, aclamado rey por los que le rodeaban. El gobernador de la plaza, con gran leal-

© Biblioteca Nacional de España

tad, se adhirió al acto, y así quedaron burlados los que hubieran preferido poner un rey a su gusto. Y como se sabía quiénes eran, no creyéndose seguros se salieron de Granada para evitar persecuciones y conspirar contra el rey niño.

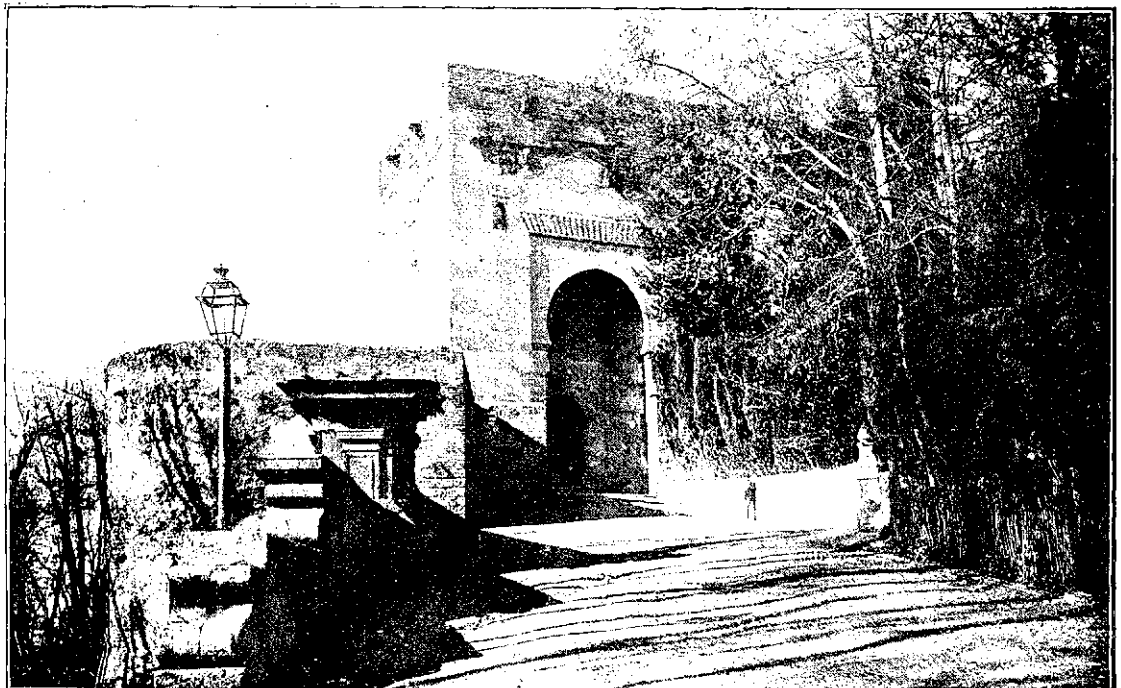
Desde luego, y por la temprana edad de Mohamed IV ejerció, de hecho, la regencia, su visir Abul Hasán. No se conducía éste con la necesaria habilidad, y por haberse hecho blanco del odio público, adelantóse la proclamación de la mayoridad del joven rey, precisamente en ocasión en que había adelantado también la suya Alfonso XI de Castilla, lleno de impaciencia por realizar grandes cosas.

Ya en el poder, manifestó Mohamed IV su propensión a las ocupaciones pacíficas y aun a las diversiones con preferencia a las bélicas empresas; pero si se mostraba aficionado a lo que llamaríamos hoy los deportes, no por eso negaba su estimación a los doctos, a quienes premiaba con largueza, al mismo tiempo que procuraba seguir los huellas de su padre en cuanto a la buena administración y mejoramiento del país.

Apenas sentado en el trono hubo, sin embargo, de apelar a las armas, primero contra los rebeldes que no querían reconocer su soberanía, aunque en rigor se trataba más de bandidos que de insurrectos, y en segundo lugar contra Alfonso XI. La escuadra granadina y la marroquí, pues Mohamed se había aliado con los benimerines, fueron derrotadas por la escuadra castellana, mandada por D. Jofre Tenorio, y Mohamed IV, escarmentado, se apresuró a concertar treguas con el joven rey antes citado.

Poco duró la paz, sin embargo, y unidas las fuerzas de Mohamed IV y de Abul Hacén, el benimerín, consiguieron esta vez apoderarse de Gibraltar, si bien custodiada por la escuadra de Tenorio, muy flojamente defendida por su goberandor Vasco Pérez, que capituló

© Biblioteca Nacional de España



ALHAMBRA DE GRANADA — *Puerta judiciaria*

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

mucho antes de lo que consintiera el honor de las armas.

Y de ahí nuevas treguas con el granadino y el benimerín. Renovada la guerra, alcanzó tales triunfos Alfonso XI, que el granadino se vió obligado a pasar a África en demanda del auxilio del rey de Marruecos. Y no olvidemos que, además del apoyo de éste, contaba el granadino con el de D. Juan Manuel y otros sediciosos castellanos, aunque después se reconciliaron con su rey. Dicho queda lo relativo a aquella porfiada guerra, por lo cual terminaremos dando noticia de que Mohamed IV hubo de perecer a manos de sus aliados, los benimerines (1333).

Yusuf I. Sucedióle su hermano Yusuf I, o Yucef, bajo cuyo reinado triunfaron en el Salado las armas de Alfonso XI , auxiliado más o menos eficazmente por el rey de Aragón, Pedro IV, el de Portugal y la república de Génova. Monarca valiente y cumplido caballero, murió asesinado por un loco, en una mezquita, el año 1354.

Mohamed V Como se ve, y a pesar de su reducido territorio, el reino de Granada seguía manteniéndose firme contra los ataques de todos los reyes cristianos de España. La dominación musulmana, aun en medio de las rebeliones que tenía que sofocar, se mantenía robusta, próspera y sólo necesitaba buenos jefes para subsistir.

Gracias al apoyo del valiente Reduán, visir que había sido de Mohamed IV, pudo subir sin dificultad al trono su hijo Mohamed V. «Joven de veinte años, ilustrado y de hermosa presencia, dice un historiador, elevó al cargo de ministro al insigne historiador Mohamed Abén Aljatibe y fué decidido protector de la industria, del comercio y de las artes liberales. En esta época floreció también el primero de los historiadores árabes Abén Jaldón.»

Como era ya tradicional en Granada, estalló una

© Biblioteca Nacional de España

sedición contra Mohamed V, acaudillada por el arraez Abu-Said, cuñado de Ismail, a quien proclamó rey. Mohamed V huyó a Guadix (1359), y como Abu-Said creyera que la corona le sentaría mejor a él que no a Ismail, mandó asesinar a éste, y se la ciñó.

Abu-Said, el rey Bermejo.

Proclamado rey Abu-Said (o, según otros, Mohamed-Abén-Alhamar, supuesto descendiente de los primeros reyes de Granada, a quien por el color de la barba y los cabellos se llamó el *rey Bermejo*), se hizo cargo en seguida de la situación; tenía en su contra a D. Pedro I de Castillla, grande amigo de Mohamed V, y, por lo mismo, procuró hacerse con la alianza de Pedro IV de Aragón y del rey de Marruecos, Abul Hacén, el benimerín.

Prócer árabe

No tardó en estallar la guerra con Castilla, cuyas tropas invadieron el reino granadino y talaron la vega de la capital, volviéndose luego, aunque lo mismo hicieron a no tardar las tropas de Abu-Said, invadiendo y talando la frontera castellana.

Continuó la guerra, y en 1362 obtuvieron los granadinos un señalado triunfo en Guadix sobre las tropas de D. Pedro I *el Cruel*, aunque no tardó éste en tomar el desquite.

Preocupado Abu-Said con las ventajas del castellano, siempre amigo de Mohamed V (refugiado en Ron-

© Biblioteca Nacional de España

da), y con el partido que iba adquiriendo el destronado monarca, tuvo la mala idea de ir a ponerse en manos de Pedro I, en Sevilla, y ya dijimos cómo éste le asesinó traidoramente (1362).

Mohamed V por segunda vez.

Restablecido en el trono Mohamed V, y agradecido a su protector el rey de Castilla, apresuróse a devolverle libres todos los prisioneros hechos en la batalla de Guadix, y reinó la paz entre los dos reinos.

Y no caben mayores pruebas de gratitud que las que diera siempre Mohamed V al matador de Abu-Said, aunque tal vez no las mereciera el horrible tirano de Castilla.

Su amistad con Pedro *el Cruel* le llevó, en efecto, al verle derrotado unas veces por Pedro IV de Aragón y otras por su hermano D. Enrique a enviarle un cuerpo de 600 caballos, al mando del valiente Reduán, al que debió precioso auxilio, pero como no bastaba, ni de mucho, tal refuerzo, puso luego a sus órdenes 7,000 caballos con numerosa infantería, destinados al sitio de Córdoba, pronunciada por D. Enrique, aunque nada consiguieron contra dicha ciudad.

Resuelto a socorrer a D. Pedro con todas sus fuerzas, reunió las de que podía disponer, pero desgraciadamente, cuando iban a ponerse en camino supo la muerte del rey de Castilla en la tienda de Montiel.

Había cambiado el rey, pero no la política, y siempre afanoso de no tener que medir sus armas con Castilla firmó treguas con Enrique II (1370). Desde entonces pudo el excelente Mohamed V dedicarse a los cuidados interiores en favor de la prosperidad de su reino. «Granada, dice un autor, se hizo el centro de la contratación del Occidente, donde traficaban en grande escala sirios, egipcios, italianos y africanos, con gentes de diversas naciones; siendo la escala de tanta vida y movimiento comercial, la ciudad y puerto de Almería. Apoyado Mohamed en la paz que tenía con sus vecinos,

© Biblioteca Nacional de España

desarrolló la agricultura, industria, comercio y ciencias, lo suficiente para que se le juzgue como uno de los mejores monarcas entre los excelentes que tuvo el pequeño y notabilísimo reino de Granada.»

Siempre quedará, como grata memoria de Mohamed V, su carácter altamente caritativo, que le llevó a fundar en el barrio del Alajerri, a la derecha del Darro, un magnífico hospital. «Granada, dice un autor, no tuvo después de él un monarca más bueno ni más grande.»

Murió este ilustre monarca en 1391, bendecido y llorado por su pueblo, y le sucedió su hijo Yucef, o Yusuf II, cuyas virtudes prometían hacerle digno continuador de la obra de sus nobles antecesores.

Yucef o Yusuf II.

Era singular el ansia de paz con Castilla que abrigaban los reyes granadinos, ya desde el tiempo de D. Pedro *el Cruel*, ni esta misma política insiguió Yusuf II, que se apresuró a renovar las treguas con Enrique *el Doliente*, a pesar de las violentas censuras que por ello le dirigían los fanáticos alfaquíes, los cuales le acusaban de mal musulmán y aun de semi-cristiano.

No por eso se desvió de su camino, para poder dedicar todos sus cuidados al engrandecimiento y prosperidad de su reino, cuyo esplendor aumentaba de continuo. Prefería Yusuf II conservar y robustecer el poder de su nación a luchar estérilmente con Castilla. Por desgracia había en su propia familia quien, no tanto tal vez por fanatismo como por ambición, conspiraba contra el rey, y era su hijo segundo Mahomed, el primero en propalar las más calumnosias especies contra su fe religiosa. El pueblo bajo, celoso de los espléndidos presentes con que el rey obsequiaba a los caballeros castellanos que frecuentaban su corte, secundó fácilmente los manejos del príncipe y estalló uno de aquellos motines tan frecuentes en la populosa Granada, pidiendo la abdicación de Yucef.

© Biblioteca Nacional de España

Hallábase a la sazón en la ciudad un embajador del rey de Marruecos y Fez, quien, indignado, apostrofó a las turbas diciendo a los alborotadores que si tantas ganas tenían de guerra, partieran a la frontera e hicieran algaradas en tierras de Castilla, en vez de chillar como mujerzuelas en las plazas públicas. El pueblo cambió entonces sus gritos contra Yusuf II en vociferaciones para ir a la guerra, y mal de su grado hubo de acceder a ello el monarca. La campaña, favorable a los granadinos, que alcanzaron algunos triunfos en los campos de Murcia y de Lorca, fué breve, sin embargo, acordándose luego nuevas treguas.

Todo estaba tranquilo cuando se le ocurrió en malhora al maestre de Alcántara, D. Martín Yáñez de la Barbuda, de origen portugués, pero que se había pasado a la causa de Castilla, fiar en una pretendida revelación de un ermitaño, que le auguró los más gloriosos triunfos si atacaba a los moros de Granada. El maestre, lleno de presunción, comenzó a reclutar gente, contra la voluntad y la orden de Enrique *el Doliente*, y al poco tiempo tenía a sus órdenes 300 jinetes y 5,000 peones «de toda broza, los más aventureros, mal armados, sin ejercicio de guerra, finalmente más canalla que soldados de cuenta». (Mariana.)

Yucef II, alarmado por aquella inesperada agresión, envió contra los del Maestre de Alcántara un formidable ejército, compuesto de 5,000 jinetes y cien mil infantes. Atacados los aventureros mientras ponían sitio al castillo fronterizo de Egea, perecieron casi todos, no sin haber dado pruebas del más extremado valor en la desigualísima contienda.

D. Enrique III desautorizó por completo la agresión del maestre de Alcántara, y como a Yusuf II le constaba la verdad del hecho, se apresuró a aceptar las treguas que el castellano, tan inteligente y amante de su pueblo, le proponía (1394).

© Biblioteca Nacional de España

Por desgracia, moría poco después el noble rey de Granada; «rugíase, dice Mariana, que por engaño del rey de Fez, que con muestra de amista del envió, en-

Moro del pueblo en traje de caza

tre otros muy ricos presentes, una marlota inficionada de ponzoña, tal y tan eficaz, que luego que la vistió convidado de su hermosura, se hirió de tal suerte que dentro de treinta días expiró, atormentado de gra-

© Biblioteca Nacional de España

vísimos dolores; las mismas carnes se le caían a pedazos, cosa maravillosa, si verdadera» (1396).

No negamos que pudiera ser, pero tal vez no fuese verdad lo del envenenamiento con aquella nueva túnica de Neso. Lo mismo se había dicho con ocasión de la muerte de Enrique II de Castilla, atribuída a unos borceguíes envenenados que le regalara Mohamed V; la nobleza de este rey hace inverosímil tal suposición, pero los tiempos eran a propósito para que se diera acogida a las más absurdas versiones.

Mohamed VI. Muerto el prudente rey de Granada Yucef II, sucedióle, no su hijo primogénito, de igual nombre, sino el segundo, Mohamed, aquel que tanto había conspirado contra él, acusándole de tibio musulmán y semicristiano.

La proclamación se hizo sin protesta alguna; Mohamed VI era popular por su valentía, su ingenio, su ardiente fe muslímica, su gallardía y su afable trato. Todas las clases, nobleza y pueblo, le reconocieron, lo cual no impidió que, como medida de prudencia, encerrara en un castillo a su hermano mayor Yucef.

Preocupábale al usurpador que Enrique III *el Doliente* no tratase de auxiliar al desposeído sucesor de Yusuf II en el trono, y, por lo mismo, dando al olvido sus amargas quejas contra las amistades con Castilla, envió a aquel prudentísimo monarca una embajada, con riquísimos presentes, para concertar nuevas treguas, a lo cual accedió de buena gana el castellano (1397).

Ignórase por qué motivo, y hallándose Granada y Castilla en plena paz, invadieron algunas tropas castellanas el reino de Mohamed VI, aunque otros dicen que la agresión partió de éste. Ello es que Mohamed VI se apoderó de Ayamonte, en la embocadura del Guadiana, y de otros pueblos, y se negó a pagar el tributo y las parias que, conforme a los pasados conciertos, debía satisfacer cada año.

© Biblioteca Nacional de España

Enrique III, siempre prudente, procuró arreglar aquello por la vía diplomática o pacífica, pero orgulloso Mohamed VI se negó a toda transacción. Recrudeció, pues, la guerra, y a principios de 1406 grandes contingentes granadinos invadían el territorio de Baza. Dióse la terrible batalla llamada, como ya dijimos, de los Collejares, en que fueron vencidos los castellanos, recrudeció la campaña, y «sin la muerte de Enrique *el Doliente,* dice un autor, es probable que sus resultados fueran ruidosos y terribles (1406). Aun así, las fuerzas de ambas potencias siguieron empleándose en algaradas, al mando de Mohamed y de Fernando de Antequera; se derramó mucha sangre, y se arruinaron numerosos e infortunados pueblos. En fin, como los desastres eran muchos, y las ganancias no igualaban a las pérdidas, se concluyó por firmar treguas.

»Enfermo de mucha gravedad Mohamed VI, dice un autor, dió órdenes para que matasen a su hermano mayor Jucef, y llegado a Salobreña el oficial comisionado para cortarle la cabeza, halló al príncipe jugando al ajedrez. Jucef, al saber su sentencia, suplicó que le permitiese acabar la partida. Mientras la concluía, llegaron dos caballeros de Granada noticiando que el rey había muerto, y quedaba proclamado sucesor el condenado a muerte, Jucef III.»

Con eso llegamos ya al siglo xv, por lo cual suspendemos nuestra narración, no sin insistir en el formidable poderío que en el transcurso de dos siglos y medio había adquirido el único reino musulmán que quedaba en España, fundado por el genio de Mohamed-ben-Alhamar el Nazarita, y cuya conquista quedaba reservada a los reyes Católicos, un siglo después.

FIN DEL TOMO SEXTO

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

1001973626

© Biblioteca Nacional de España